

SAN JUAN CASIANO
SANCTUS JOHANNES CASSIANUS

COLACIONES

“Collationes Patrum in Scetica eremo”

II



TRADITIO SPIRITUALIS SACRI ORDINIS PRÆDICATORUM

“El que tenga prisa por llegar a una perfección de vida, tiene a su disposición las enseñanzas de los Santos Padres, que, si se ponen en práctica, llevan al hombre hasta la perfección... Para ello leed las Colaciones de los Padres...”. (Regla de San Benito, LXXIII).

“Santo Domingo de Guzmán con suma atención procuraba asimilar un libro titulado Colaciones de los Padres, buscando en él todo vestigio de santidad. El mencionado libro versa sobre la pureza de corazón, sobre los vicios y sobre las virtudes. Domingo, discípulo de Cristo, siempre lo tuvo en las manos y, con la ayuda de la gracia, tuvo un corazón inmensamente puro, conoció los secretos de la contemplación, y alcanzo la perfección de la vida espiritual”. (Pedro Ferrando).

“Santo Domingo leía apasionadamente Las Colaciones de los Padres, un libro del que saco gran provecho”. (Constantino de Orvieto).

“Santo Tomás de Aquino todos los días, por muy ocupado que estuviese con sus lecciones o sus obras, leía un capítulo de las Colaciones, de Casiano, para mantener vivo en su corazón, como él decía, el fuego de la devoción y el amor de Dios”. (“Intr. a la Summa”, S. Ramirez OP, fuente: Tocco, Calo y B. Gui).

ÍNDICE

PORTADA

PORTADA INTERIOR

CRÉDITOS

SEGUNDA PARTE. QUE COMPRENDE LAS OTRAS SIETE CONFERENCIAS DE LOS PADRES QUE
MORAN EN EGIPTO, EN LA TEBaida

PREFACIO

XI. PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD QUEREMON. DE LA PERFECCIÓN

XII. SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD QUEREMÓN. DE LA CASTIDAD

XIV. PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD NESTEROS. DE LA CIENCIA ESPIRITUAL

XV. SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD NESTEROS. DE LOS CARISMAS DIVINOS

XVI. PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD JOSÉ. DE LA AMISTAD

XVII. SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD JOSÉ. DE LAS PROMESAS

TERCERA PARTE. QUE COMPRENDE LAS SIETE CONFERENCIAS DE LOS PADRES QUE MORAN
EN LAS REGIONES MÁS APARTADAS DE EGIPTO

PREFACIO

XVIII. CONFERENCIA DEL ABAD PIAMÓN. DE LOS TRES GÉNEROS DE MONJES

XIX. CONFERENCIA DEL ABAD JUAN. DEL FIN DEL CENOBITA Y DEL ERMITAÑO

XX. CONFERENCIA DEL ABAD PINUFIO. DEL FIN DE LA PENITENCIA E INDICIOS DE LA
SATISFACCIÓN

XXI. PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD TEONAS. DEL DESCANSO DE PENTECOSTÉS

XXIII. TERCERA CONFERENCIA DEL ABAD TEONAS. DE LA IMPECABILIDAD

XXIV. CONFERENCIA DEL ABAD ABRAHAM. DE LA MORTIFICACIÓN

AUTOR

SEGUNDA PARTE
QUE COMPRENDE LAS OTRAS SIETE CONFERENCIAS DE LOS
PADRES QUE MORAN EN EGIPTO, EN LA TEBaida

PREFACIO

AL OBISPO HONORATO Y A EUQUERIO

Vuestra suma perfección os hace brillar en este mundo como lumbreras que irradian una claridad admirable. A muchos de los que se instruyen y siguen de cerca vuestros ejemplos, les es difícil imitaros. Y, sin embargo de ello, hermanos venerables, se os va el corazón tras los hombres esclarecidos de quienes hemos recibido los principios de la vida anacóretica y os inflaman en un gran entusiasmo.

Uno de vosotros, Honorato[1], desea instruir en sus enseñanzas al inmenso monasterio que rige, y para quien vuestra vida santa es ya por sí sola una enseñanza cotidiana. El otro, Euquerio[2], tiene el propósito, ya más ambicioso, de ir a verles con sus propios ojos y edificarse con sus virtudes. Con ánimo de penetrar hasta el fondo de Egipto, quiere dejar nuestra provincia. Es que le parece rígida, porque entorpece los ánimos bajo este cielo frío de las Galias. Por eso ansia volar, cual casta tortolilla, hacia estas tierras fecundas en virtudes y en frutos sazonados, que el sol de justicia caldea de cerca.

La caridad, por otra parte, me ha hecho violencia. El deseo del uno y las fatigas del otro me solicitan hasta preocuparme. Por eso no he querido hurtarme a la tarea, desde luego temible, de escribir sobre un tema que entraña tan arduas dificultades. Me mueve a ello el deseo de que el primero acrezca su autoridad ante sus hijos, y evite el segundo una navegación cuajada de peligros.

Esta obrita viene a completar otras dos que compuse ya en otra coyuntura como mejor pude. Me refiero a los doce libros sobre las instituciones cenobíticas, dirigidos al obispo Castor, de feliz memoria, y a las diez conferencias de los Padres del desierto de Escete, compuestas a ruegos de los santos obispos Heladio y Leoncio. Mas, como quiera que con ellas no se han dado por satisfechos vuestra religiosidad y vuestro fervor, os ofrezco ahora siete nuevas conferencias, escritas en idéntico estilo, y que juzgo un deber dedicaros.

Las oí de labios de tres Padres que vivían en otro desierto y que fueron los primeros con quienes me fue dado alternar. Ellas os pondrán en la pista de mi viaje y del itinerario que seguí. Por lo demás, suplirán lo que mis opúsculos precedentes podrían ofrecer de oscuro e incompleto en torno al tema de la perfección.

Si estas no bastan aún para saciar la sed que os abrasa de cosas tan subidas, otras siete conferencias —que proyecto enviar a los monjes de las islas Estécades—[3], colmarán, según creo, el ardor de vuestros deseos.

- [1] Probablemente se trata del abad que fundó el célebre monasterio de Lérins. Fue luego obispo de Arlés en 426. La Iglesia le honró con el honor de los altares y celebra su fiesta el 17 de febrero. Murió en 429.
- [2] Cuando Casiano le dedicó estas conferencias no era obispo aún. Había contraído matrimonio, del cual tuvo dos hijos. Con el consentimiento de su esposa dejó el mundo y abrazó la vida monástica en Lérins. Luego, solitario, llegó a ocupar más tarde la sede episcopal de Lyon, hacia 435.
- [3] Las islas de Hyères, no lejos de Marsella.

XI.

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD QUEREMON. DE LA PERFECCIÓN

Capítulos: i. Descripción de la villa de Ténnesis.— ii. El obispo Arquebio.—iii. Descripción del desierto donde moraba Queremón, Nesteros y José.— iv. El abad Queremón. Excusa que alega para rehusar la conferencia que le pedimos.—v. Nuestra respuesta en contra de su disculpa.—vi. Proposición del abad Queremón: que de tres maneras se triunfa de los vicios.—vii. Gradas por las que se sube hasta la cima de la caridad, y estabilidad en ella.—viii. Excelencia del alma que se aparta del vicio por el afecto de la caridad.—ix. La caridad hace del esclavo un hijo, y confiere al mismo tiempo la imagen y semejanza divinas.—x. Que la perfección de la caridad consiste en rogar por los enemigos, y por qué indicio se conoce que el alma no ha sido aún purificada.—xi. Por qué ha dicho imperfectos los sentimientos de temor y de esperanza.—xii. Respuesta sobre la diversidad de perfecciones.—xiii. Del temor que nace de la grandeza de la caridad.—xiv. Pregunta sobre la consumación de la castidad.—xv. Queremón difiere la respuesta a la pregunta formulada.

LA VILLA DE TÉNNESIS

I. Después de pernoctar en un monasterio de Siria[1] y haber recibido los primeros rudimentos en la fe, tras de aprovechar algún tanto en la vida espiritual, sentimos el deseo de una más alta perfección. Con tal designio resolvimos visitar a Egipto. Nuestro propósito era penetrar hasta las más profundas soledades de la Tebaida y visitar allí a muchos de aquellos santos varones, cuya fama se había divulgado en todas direcciones. A ello nos movía, si no el afán de imitarles, al menos el de conocerles.

Terminada nuestra travesía, arribamos a una villa de Egipto por nombre Ténnesis. Bañada por todas partes, sus moradores están cercados por el mar y por las lagunas saladas. Como no existe un palmo de tierra apta para el cultivo, se ocupan exclusivamente en el tráfico comercial. Toda su riqueza y posesiones estriban en el comercio del mar. Tanto es así, que se ven precisados, cuando emprenden la construcción de algún edificio, a traer de lejos, por medio de sus naves, la tierra de que carece el país.

EL OBISPO ARQUEBIO

II. Llegamos en el preciso momento en que la Providencia —que secundaba nuestros planes— hizo que llegara el obispo Arquebio[2].

Era un hombre de una santidad consumada. Esto le hacía notable entre todos. Se había visto separado de los anacoretas para ser encumbrado a la sede de Panétesis. A pesar de esto, jamás dejó de permanecer fiel durante su vida al ideal de la vida solitaria. Nunca se le vio relajar nada de su primera humildad, ni complacerse en la dignidad con que había sido honestado. Si se le había llamado a este cargo no era —según decía— por su idoneidad; antes bien, gemía por haber sido arrancado del desierto, por ser indigno de la vida anacorética, puesto que en treinta y siete años que había permanecido allí, no había podido llegar a la pureza de alma que reclama una profesión tan encumbrada.

La elección de un obispo le había conducido casualmente en este día a la mencionada Ténnesis. Nos recibió con vivas muestras de caridad y cortesía. Luego, adivinando nuestro deseo de ir a visitar a los padres hasta las regiones más distantes de Egipto: «Venid —nos dijo— y aguardad un poco para poder ver antes a los ancianos que habitan no lejos de nuestro monasterio». Su edad decrepita ha encorvado sus cuerpos, y, aunque proclives, la santidad brilla en sus semblantes. Para aquellos que gozan de su trato, su sola vista vale tanto como grandes enseñanzas. Lo que yo he dejado perder y no puedo, ¡ay!, comunicaros, os lo enseñarán ellos, no tanto con sus palabras cuanto por el ejemplo de su vida santa. No obstante, creo poder compensar de alguna manera mi indigencia, si, al no tener yo la piedra preciosa del Evangelio, que buscáis, os muestro al menos el lugar donde habéis de hallarla más fácilmente.

DESCRIPCIÓN DEL DESIERTO

III. Tomó, pues, el bastón y la alforja que suelen llevar allí los monjes cuando van de camino, y nos condujo por sí mismo a su villa episcopal.

El territorio de Panétesis, así como la mayor parte de la región vecina —tan fértil antaño que, según dicen, abastecía por sí sola de los manjares que se servían a las mesas de los reyes—, fué arruinado a causa de los movimientos sísmicos. El mar, agitado por violentas sacudidas, rebasó sus límites, inundando casi todos los caseríos, y cubrió de salitrosas marismas las campiñas opulentas. Lo que canta el salmo en sentido espiritual: «Convirtió los ríos en desiertos y las fuentes de las aguas en aridez, la tierra fecunda en salitre, por la malicia de sus habitantes»[3], es tenido, en sentido literal, como profecía del desastre ocurrido en este paraje.

Pero había en el país un número de villas construidas sobre ciertas protuberancias que ofrecía la tierra. La inundación, al ahuyentar a los moradores, hizo del lugar una isla desierta que brinda a los monjes que van en busca de retiro la soledad suspirada. Entre ellos vivían tres anacoretas: Queremón, Nesteros y José, que eran los más ancianos de entre los que allí moraban[4].

IV. El bienaventurado Arquebio quiso conducirnos ante todo a Queremón, porque habitaba más cerca de su monasterio y era más avanzado en años que los otros dos.

Siendo ya más que centenario, solo quedaba en su persona la alegría de espíritu. La vejez, no menos que la asiduidad en la oración, le habían curvado de tal suerte, que, vuelto en cierto modo a la primera infancia, era incapaz de tenerse en pie, de modo que, al andar, le era forzoso apoyar ambas manos en el suelo.

Contemplando nosotros la admirable belleza de su semblante y aquel modo de andar insólito, y viendo que a pesar de tener sus miembros debilitados y casi sin vitalidad no había mitigado el rigor de su austeridad primera, le suplicamos nos concediera una conferencia, comunicándonos su doctrina. Protestamos una vez más que el deseo de conocer las reglas de la vida espiritual constituía el único móvil de nuestra ida. Al oír esto, suspiró profundamente y exclamó: «¿Qué doctrina podré daros yo? La endeblez de mis años, forzándome a mitigar el rigor de otro tiempo, me arrebató el ardor y la audacia

en el hablar. ¿Tendré yo la presunción de enseñar lo que no cumplo y amonestar a los demás a practicar aquellas cosas en que me siento tan tibio y remiso? Esta es la razón por la que no he permitido que ninguno de los monjes jóvenes permanecieran junto a mí, ni siquiera en edad tan provecta. Temía que viendo mi flojedad pudieran entibiarse a vista de mi mal ejemplo. Jamás tendrá eficacia la autoridad del maestro si no va asociada a ella la ejemplaridad de sus acciones, que imprima sus palabras en el corazón de quien le escucha».

NUESTRA RESPUESTA A SU EXCUSA

V. Esto nos llenó de confusión. Y respondimos: «Debiera bastarnos para nuestra instrucción contemplar la aspereza de este paisaje y la vida solitaria que aquí lleváis». La más robusta juventud apenas si podría soportarla. Aun cuando te impongas silencio, estas cosas hablan por sí solas y nos conmueven hondamente. No obstante, te pedimos que interrumpas un tanto tu reserva y nos digas por favor qué es lo que nos hace falta para poder, no digo ya imitar, sino admirar al menos tu virtud. Si nuestra tibieza —que tal vez te ha sido revelada— no merece tal favor, lo merecen, al menos, las fatigas de un tan largo viaje. Porque del monasterio de Belén, donde no se reciben más que los principios de la vida espiritual, hemos venido aquí movidos por el deseo de escuchar tus lecciones y por el afán de nuestro aprovechamiento.

VI. QUEREMÓN. Hay tres cosas —dijo entonces el bienaventurado Queremón— que apartan al hombre de los vicios: el temor del infierno o la sanción de las leyes terrenas, la esperanza y deseo del reino de los cielos y el afecto al bien por sí mismo y el amor de las virtudes.

Leemos, efectivamente, que el amor hace execrable todo contacto con el mal: «El temor del Señor aborrece la malicia»[5]. La esperanza cierra asimismo la entrada a los vicios, cualesquiera que sean: «No caerán —dice— los que esperan en Él»[6]. El amor no teme la ruina ocasionada por el pecado, porque «la caridad no fenece jamás»[7], y «cubre una muchedumbre de pecados»[8].

Por eso san Pablo encierra la suma de nuestra perfección en el cumplimiento de estas tres virtudes, al decir: «Ahora permanecen estas tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad»[9].

En realidad, es la fe quien nos hace evitar el contagio de los vicios por temor al juicio futuro y a los eternos suplicios. Es la esperanza quien despega nuestro espíritu de las cosas presentes, y en la expectación de los premios celestiales, menosprecia los placeres transeúntes. Es la caridad quien nos inflama en un santo ardor, aficionándonos al amor de Cristo y al fruto de las virtudes espirituales, inspirándonos una aversión cordial a todas las cosas que le son contrarias.

No obstante, aunque estas tres virtudes tienden a un mismo fin —puesto que nos impulsan de consuno a abstenernos de cosas ilícitas—, difieren mucho la una de la otra, cuanto a su grado de excelencia.

Las dos primeras son propiamente humanas. Se hallan en aquellos que tienden a la

perfección, pero no han concebido aún un afecto sincero por la virtud. La tercera es propia de Dios y de aquellos que han recibido en sí mismos la imagen y semejanza divinas.

Dios es, en efecto, el único que obra el bien, sin ser movido a ello por el temor o por la esperanza de la recompensa, sino únicamente por puro amor a la bondad. Porque: «Todas las cosas —dice Salomón— las obró Dios por sí mismo»[10]. Sin otra causa ni móvil que su bondad soberana, prodiga a manos llenas la abundancia de sus bienes a dignos e indignos. Porque ni le cansan las injurias, ni pueden causarle dolor las iniquidades de los hombres. Es esencialmente la bondad indefectible, la naturaleza inmutable.

GRADOS POR DONDE SE SUBE A LAS CUMBRES DE LA CARIDAD Y ESTABILIDAD EN ELLA

VII. Quien tiende a la perfección, debe abandonar el primer grado, que es el del temor —estado propiamente servil, como he dicho, del cual está escrito: «Cuando lo hayáis hecho todo, decid: siervos inútiles somos»[11]— y elevarse en una ascensión continua hasta la vía superior de la esperanza.

Quien así obra, no se mueve ya en el estado y condición de esclavo, sino en el de mercenario. La esperanza, en efecto, aguarda la recompensa. Confiado en que le ha perdonado, sin temor ya al castigo, y consciente a la vez de las buenas obras llevadas a cabo, espera el premio que se le ha prometido. Mas no ha llegado todavía a aquel sentimiento filial que, confiando en la indulgencia y liberalidad paternales, no duda de que todo cuanto es de su padre le pertenece también a él.

El pródigo del Evangelio no se atreve ya a aspirar a esta intimidad, después de haber perdido, con la hacienda de su padre, hasta el nombre de hijo. Por eso dice: «Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros»[12].

Fijaos: ha injerido las bellotas que comían los puercos, es decir, el sórdido manjar de los vicios, y aun se le rehúsa hartarse de ellas. Entonces vuelve en sí. Movido de un temor saludable, siente horror por aquellos animales inmundos y teme la cruel tortura del hambre. Viéndose reducido a la condición de esclavo, piensa en el salario con que se paga a los mercenarios de su casa y envidia su condición, diciendo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! Me levantaré, pues, e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros».

Mas el padre viene a su encuentro. Esta humilde palabra de arrepentimiento que le ha dictado la ternura la acoge él con más ternura todavía. Y no contento con darle a su hijo lo menos, que era el grado de siervo y esclavo, le da lo más, es decir, prescinde de ese rango humilde y le restituye a su prístina dignidad de hijo.

Apresurémonos también nosotros a subir, por la gracia de una indisoluble caridad, a este tercer grado de hijos, que miran como suyo cuanto pertenece a su padre. De suerte que merezcamos recibir en nosotros la imagen y semejanza de nuestro Padre celeste, y podamos exclamar, a imitación del Hijo verdadero: «Todo lo que tiene el Padre es

mío»[13]. Palabras de las que se hacía eco el Apóstol, al decir: «Sea Pablo, Apolo o Cefas; sea el mundo, la vida o la muerte; sea lo presente o lo venidero, todo es vuestro»[14].

El mismo precepto del Salvador nos invita a esta semejanza con el Padre: «Sed perfectos, como también vuestro Padre celestial es perfecto»[15]. En los grados inferiores el amor del bien se interrumpe a veces, cuando el tedio, la alegría o el deleite vienen a desvirtuar el vigor del alma, y nos eclipsan en un momento dado el temor del infierno o el deseo de la felicidad futura. Constituyen, sin embargo, como ciertos estadios en el camino de nuestro progreso. Después de haber evitado el vicio por temor de las penas o la esperanza de la recompensa, nos es posible pasar al grado de la caridad, porque «el temor —dice san Juan— no está en la caridad, sino que la caridad echa fuera el temor, pues el temor supone castigo, y el que teme no es perfecto en la caridad. Cuanto a nosotros, amemos a Dios, porque Él nos amó primero»[16]. No existe otro camino para elevarnos a la verdadera perfección. Como Dios nos amó el primero, sin tener otro interés que nuestra salvación, así debemos nosotros amarle únicamente por su amor.

Por lo mismo hemos de esforzarnos por subir del temor a la esperanza, de la esperanza a la caridad de Dios y al amor de las virtudes. Para que, instalándonos en el afecto del bien por sí mismo, permanezcamos adheridos a él inmutablemente, en cuanto es posible a la humana naturaleza.

EXCELENCIA DEL ALMA QUE SE APARTA DEL VICIO POR EL AFECTO DE LA CARIDAD

VIII. Existe una gran diferencia entre el que extingue en sí mismo las llamas del vicio por miedo a la gehena o la esperanza de la retribución futura, y aquel que declina con horror el mal y la impureza misma por puro afecto de la divina caridad. Este último posee el bien de la pureza solo por el amor y deseo de la castidad. Sus ojos no buscan en el futuro el premio prometido; la conciencia que tiene del bien presente constituye para él una delicia. Obra no por temor de la pena, sino por la felicidad y gusto de la virtud. Entre ambos, pues, la diferencia es considerable. El segundo, inclusive cuando no tiene testigos de su conducta, no abusa de la ocasión, ni deja a su alma solazarse en las complacencias secretas de los malos pensamientos. El amor a la virtud ha penetrado hasta el meollo de su alma. Y lejos de dar acogida a las influencias contrarias, todo su ser se subleva para rechazarlas con horror.

En verdad, una cosa es odiar la hez de los vicios y de la carne, porque se gusta ya el bien presente, y otra refrenar las malas apetencias, con miras a alcanzar la recompensa futura. Es cosa muy distinta temer un daño actual que temer los tormentos de ultratumba.

En fin, es una perfección mucho más alta no querer apartarse del bien por amor del mismo bien, que no dar su consentimiento al mal por temor de sufrir un mal peor. En el primer caso, el bien es voluntario; en el segundo, parece fruto de la coacción y como arrancado por el temor del suplicio o el deseo del galardón.

Parejamente aquel que solo renuncia a los halagos del vicio por temor, tomará, no bien se haya desvanecido ese temor que obstaculizaba su marcha hacia el objetivo de sus amores. Para él no cabe estabilidad en el bien. Ni estará jamás libre de las tentaciones, por cuanto carece de la paz firme y constante que trae consigo la castidad. Es inevitable: donde impera el tumulto de la guerra, es imposible evitar el riesgo de ser herido. Y quien se halla en el fragor de la lucha, aunque hiera a su adversario con heridas de muerte, es inevitable que, a despecho de su audacia y bizarría, sea herido alguna vez por la espada enemiga.

En cambio, quien ha superado los ataques del vicio, gozando en adelante de la seguridad de la paz, y enteramente transformado en el amor de la virtud, permanecerá constante en el bien. A él se ha consagrado sin partijas y se debe todo a él. En su opinión, no hay pérdida más sensible que un atentado contra la castidad íntima de su alma. La pureza constituye al presente su más caro y más precioso tesoro, como sería el más grave de los castigos ver las virtudes conculcadas o sentirse contagiado por la mancha emponzoñada del vicio. La presencia y el respeto de los hombres no le moverá a ser más honesto, ni disminuirá en nada su virtud la soledad. Siempre y dondequiera, lleva consigo el árbitro supremo de sus actos y de sus pensamientos: su conciencia. Y todo su empeño consiste en complacer a aquel a quien sabe que no se puede eludir ni defraudar.

LA CARIDAD HACE DE ESCLAVOS HIJOS, Y CONFIERE LA IMAGEN Y SEMEJANZA DIVINAS

IX. La confianza en el auxilio de Dios nos merecerá estas disposiciones, no la presunción que podríamos concebir de nuestros propios esfuerzos. El alma que las posee deja la condición servil caracterizada por el temor y abandona asimismo el deseo mercenario de la esperanza, que se adhiere a la recompensa más que a la bondad de Aquel que la da. De ahí llega a la adopción de hijos, donde no existe ya el temor ni el deseo, pues reina para siempre la caridad que no muere jamás.

Estas reconversiones del Señor a los judíos ponen de manifiesto a quién conviene el temor o el amor: «El hijo honra al padre y el siervo teme a su señor. Y si yo soy el padre, ¿dónde está mi honor? Y si yo soy el señor, ¿dónde está mi temor?»[17]. El esclavo teme necesariamente, porque «si conoce la voluntad de su señor y no la cumple, justamente merece mayores castigos»[18].

Mas todo aquel que ha llegado por la caridad a convertirse en imagen y semejanza de Dios, se complace en adelante en el bien por sí mismo a causa del placer que encuentra en él.

Abraza asimismo con igual amor la paciencia y la dulzura. Las faltas de los pecadores no le enojan ni excitan ya su cólera. Más bien implora su perdón por la profunda conmiseración que siente por las debilidades ajenas. Es que no olvida que también él sintió un día el aguijón de tales pasiones, hasta que plugo a la divina misericordia librarle de ellas. No es su propia industria quien le ha salvado de la insolencia de la carne, sino la protección de Dios. Desde entonces comprende que no es ira lo que hay que sentir contra

aquellos que yerran, sino compasión. Y en la absoluta tranquilidad de su corazón canta a Dios este versículo: «Tú rompiste mis ataduras: te sacrificaré una hostia de alabanza»[19]. Y también: «De no haberme el Señor ayudado, casi habitaría mi alma en los infiernos»[20].

Manteniéndose en esta posición de humildad, se hace capaz de cumplir el precepto evangélico de la perfección: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian y orad por los que os persiguen y calumnian»[21]. Por esto merecerá alcanzar la recompensa por la cual no solo posee en sí la imagen y semejanza divinas, sino también el nombre de hijo: «Para que seáis —dice— hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre buenos y malos y llover sobre justos e injustos».

San Juan tenía conciencia de haber llegado a este estado, cuando decía: «Para que tengamos confianza el día del juicio. Porque como Él es, así somos nosotros en este mundo»[22]. ¿Cómo la naturaleza humana, siendo débil y frágil, puede ser como el Señor, si no es haciendo extensiva a buenos y malos, a justos e injustos, la caridad siempre tranquila de su corazón, a imitación de Dios? Con esto obrará el bien por amor del mismo bien, que esta es, en definitiva, la disposición que le hace llegar a la adopción verdadera de hijo de Dios, de la cual afirma el mismo Evangelista: «Todo el que ha nacido de Dios, no comete pecado, porque su simiente está en él, y no puede pecar, por cuanto ha nacido de Dios»[23]. Y también: «Sabemos que todo el que ha nacido de Dios no comete pecado, sino que la generación de Dios le conserva, y el maligno no le toca»[24].

Con todo, estas palabras no deben entenderse de toda suerte de pecados, sino solamente de los mortales.

De estos últimos, si hay quien no quiera alejarse o purificarse, san Juan sostiene en otra parte que no se debe ni siquiera orar por él: «Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no lleva a la muerte, ore y alcanzará vida para los que no pecan de muerte. Hay un pecado de muerte, y no es por este por el que digo yo que se niegue»[25].

A la inversa, de los pecados que no conducen a la muerte, y de los cuales ni aun aquellos que sirven a Dios fielmente están libres, por circunspectos que sean en guardarse de ellos, habla así el discípulo amado: «Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y no hay verdad en nosotros»[26]. Y: «Sí dijéremos que no hemos pecado, hacemos a Dios mentiroso, y su palabra no está en nosotros»[27]. Porque es imposible que ningún justo esté exento de estas pequeñas faltas que se cometen de palabra, de pensamiento, por ignorancia y olvido, violencia, voluntad o distracción. Tales faltas, aunque difieren del pecado que lleva a la muerte, no dejan de tener cierta culpabilidad moral y son por lo mismo reprensibles.

QUE LA PERFECCIÓN DE LA CARIDAD CONSISTE EN ROGAR POR LOS ENEMIGOS. POR QUÉ INDICIO SE RECONOCE QUE EL ALMA NO ESTÁ AÚN PURIFICADA

X. Cuando, pues, alguno haya llegado a este amor del bien y a esta imitación de Dios de que hemos hablado, estará informado de los sentimientos de longanimidad que fueron

propios del Señor, y rogará como Él por sus perseguidores, diciendo: «Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen»[28].

He aquí otra señal inconfundible de que un alma no ha sido aún purificada de la hez de los vicios: que ante las faltas del prójimo reaccione con malevolencia, encontrando en ella, en lugar de la misericordia y comprensión, la censura de un juez inexorable. Y ¿cómo alcanzar la perfección del corazón, si no poseemos aquello que consume, al decir de san Pablo, la plenitud de la ley: «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo»?[29]; ¿si no poseemos esta virtud de la caridad que «no se irrita, no se envanece, no piensa mal, que todo lo sufre, todo lo tolera»?[30] Porque «el justo se compadece hasta de los animales; en cambio, el corazón de los malos es ajeno a toda misericordia»[31].

Y es cierto que el monje está sujeto a los mismos vicios que condena en los otros con una severidad implacable e inhumana: «El rey y el juez rigurosos tropiezan en pecados»[32]; y «el que cierra sus oídos al pobre, cuando se vea en necesidad, acudirá a otro; no habrá quien le escuche ni tienda la mano»[33].

POR QUÉ LLAMAR IMPERFECTOS A LOS SENTIMIENTOS DE TEMOR Y ESPERANZA

XI. GERMÁN. Lo que has dicho sobre el perfecto amor de Dios es de una elocuencia poderosa y magnífica. Una cosa, no obstante, nos conturba. A pesar de haberlos encomiado tanto, sostienes que son imperfectos el temor de Dios y la esperanza de la eterna retribución. Ahora bien, el profeta parece haber sido en este aspecto de un parecer muy distinto, al afirmar: «Temed al Señor todos sus santos, porque nada falta a los que le temen»[34]. Por otra parte, confiesa haberse ejercitado en la observancia de los divinos mandamientos, con ánimo de recibir la recompensa: «Incliné —dice— mi corazón para cumplir tus mandamientos eternamente, por la retribución»[35]. Y el Apóstol: «Por la fe, Moisés, llegado ya a la madurez, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón, prefiriendo ser afligido con el pueblo de Dios a disfrutar de las ventajas pasajeras del pecado, teniendo por mayor riqueza que los tesoros de Egipto los vituperios de Cristo, porque ponía los ojos en la remuneración»[36].

Luego, ¿cómo es posible creer que la esperanza es imperfecta, cuando David se gloria de haber cumplido los mandamientos divinos para alcanzar el galardón? Y ¿cómo será esto así, cuando el legislador Moisés menospreció la adopción real, y prefirió a los tesoros de Egipto la más cruel de las aflicciones, porque tenía fijos sus ojos en la futura recompensa?

XII. QUEREMÓN. La Sagrada Escritura, habida cuenta del estado y capacidad de cada alma en particular, estimula nuestro libre albedrío, invitándole a subir por diversos grados de perfección. Según esto, sería imposible proponer a todos indiferentemente la misma corona de santidad, por cuanto no todos tienen la misma virtud, ni idéntica voluntad, ni igual fervor. La palabra divina establece, pues, grados diversos y diversas medidas en la perfección.

Una prueba evidente de ello la tenemos en la variedad de bienaventuranzas

evangélicas. Porque, si bien el Señor llama bienaventurados a aquellos de quienes es el reino de los cielos, a los que poseerán la tierra, a los que serán consolados, y a quienes serán saciados[37], creemos, no obstante, que existe una gran diferencia entre habitar los cielos y poseer la tierra, entre recibir consuelos y saciarse con la plenitud de la justicia, entre recibir misericordia y gozar de la gloriosa visión de Dios. Porque «una es la claridad del sol —dice san Pablo—, otra la de la luna y otra la de las estrellas. Una estrella difiere de otra en claridad, y así será la resurrección de los muertos»[38].

Verdad es que la Escritura elogia a aquellos que temen a Dios: «Bienaventurados los que le temen»[39], y les promete, por este medio, la felicidad cumplida. No obstante, dice también: «En la caridad no hay temor, pues la caridad perfecta arroja fuera el temor: porque el temor supone castigo. Y quien teme no es perfecto en la caridad»[40].

Asimismo, constituye una gloria el servir a Dios: «Servid a Dios con temor»[41]. Y también: «Gran cosa es para ti poder llamarte mi siervo»[42]. Y san Mateo: «Bienaventurado el siervo a quien, cuando viniere el Señor, le halle haciendo lo que debe»[43]. Y, sin embargo, el Señor dice a los apóstoles: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Antes bien, os llamo amigos, porque todo cuanto oí de mi Padre os lo di a conocer»[44]. Y en otro lugar: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando»[45].

Ya veis, pues, que la perfección conlleva distintos grados. De una altura el Señor nos invita a subir a otra altura más sublime. Quien haya llegado a ser feliz y perfecto en el temor de Dios caminará «de virtud en virtud», como está escrito, y «de perfección en perfección»[46]. Es decir, que se elevará, en la alegría de su alma, del temor a la esperanza. Luego oirá de nuevo el llamamiento divino que le invita a un estado más alto, que es la caridad. Aquel que se haya mostrado «siervo fiel y prudente»[47] subirá de aquí al comercio íntimo de la amistad y adopción de hijos.

En este sentido hay que entender mis palabras. No quiero decir que la consideración de las penas eternas o del premio feliz prometido a los santos no sea de ningún valor. Al contrario, es útil y provechosa, toda vez que introduce a aquellos que se consagran a ella en los primeros grados de la felicidad. Mas el amor brilla con una confianza más viva y pletórica con el gozo sin fin. Apoderándose de ellos, les hará subir del temor servil y de la esperanza mercenaria a la dilección de Dios y a la adopción de hijos. Si es lícito hablar así, de perfectos que eran, la caridad les tornará más perfectos todavía. «Hay muchas moradas en la casa de mi Padre», dice el Señor. Todos los astros brillan en el cielo; no obstante, entre el resplandor del sol, de la luna, de Venus y de las otras estrellas, media una gran distancia.

Por tal motivo, san Pablo prefería la caridad no solo al temor y a la esperanza, sino a todos los carismas —con ser tan grandes y maravillosos en la estima de los hombres—. Tanto es así, que el Apóstol la muestra como el camino más excelente entre todos. Efectivamente, después de haber expuesto los carismas espirituales, al describir las diversas manifestaciones de la caridad, se expresa así: «Aún os quiero enseñar un camino mucho más excelente sobre toda ponderación. Si hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, y si tuviere el don de profecía, y conociera todos los misterios

y todas las ciencias, y si tuviera tanta fe que trasladara las montañas de una a otra parte, y si distribuyere todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo a las llamas, y no tuviese caridad, de nada me aprovecha»[48].

Como veis, nada más precioso, nada más perfecto y sublime, nada, por decirlo así, más perenne que la caridad. Porque «las profecías cesarán, como también las lenguas; la ciencia se desvanecerá; en cambio, la caridad no terminará jamás»[49]. Sin ella, los carismas, aun los más preciados, la gloria misma del martirio, se disipan como el viento.

TEMOR QUE NACE DE LA CARIDAD ACENDRADA

XIII. Fundada en la caridad perfecta, se eleva el alma necesariamente a un grado más excelente y más sublime: el temor de amor.

Esto no deriva del pavor que causa el castigo ni del deseo de la recompensa. Nace de la grandeza misma del amor. Es esa amalgama de respeto y afecto filial en que se barajan la reverencia y la benevolencia que un hijo tiene para con un padre benigno, el hermano para con su hermano, el amigo para con su amigo, la esposa para con su esposo. No recela los golpes ni reproches. Lo único que teme es herir el amor con el más leve roce o herida. En toda acción, en toda palabra, se echa de ver la piedad y solicitud con que procede. Teme que el fervor de la dilección se enfríe en lo más mínimo.

Uno de los profetas ha expresado muy justamente la grandeza de este temor. No podía puntualizar mejor y afirmar con más evidencia su valor y dignidad, al decir que «las riquezas que atesora nuestra salvación —que consisten en la verdadera sabiduría y ciencia de Dios— no pueden conservarse sino por Él»[50]. De ahí que los profetas inviten a los santos, y no a los pecadores, a alcanzar este temor, según aquello del salmista: «Temed al Señor todos sus santos, porque nada falta a los que le temen»[51]. Tan verdad es que nada falta a la perfección de aquel que está penetrado de él.

Por lo que se refiere al temor del castigo, san Juan dice claramente: «El que teme no tiene caridad perfecta, porque el temor trae consigo pena»[52]. Por tanto, grande es la distancia que hay entre el temor —que nada le falta por ser el tesoro de la sabiduría y de la ciencia— y el temor imperfecto. Este no es más que el principio de la sabiduría[53]. Suponiendo el castigo, desaparece del corazón de los perfectos cuando sobreviene la plenitud de la caridad. Porque «el temor no está en la caridad, sino que la caridad perfecta echa fuera el temor»[54]. De hecho, si el principio de la sabiduría está en el temor, ¿dónde estará su perfección, si no es en la caridad de Cristo, la cual comprende en sí misma el temor de amor perfecto, y merece por lo mismo ser llamada, no ya el principio, sino el tesoro de la sabiduría y de la ciencia?

Luego hay en el temor dos grados. El primero se halla en los principiantes, que viven aún servilmente bajo su yugo. De ellos se afirma: «El siervo temerá a su señor»[55]. Y en el Evangelio: «Ya no os llamaré siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor»[56]. Y por eso —dice— «el siervo no permanece en la casa para siempre»[57]. La Escritura quiere persuadirnos con estas palabras que debemos pasar del temor del

castigo a la plena libertad del amor y de la confianza, que es propio de los amigos y de los hijos de Dios.

Por fin, escuchad a san Pablo. Ha abandonado ya —por efecto de la caridad divina— este grado del temor servil. Y ahora proclama, con una especie de menosprecio tácito por esta virtud inferior, que ha sido enriquecido de dones mucho más maravillosos: «Porque no se nos dio —dice— el espíritu de temor, sino de fortaleza, amor y sobriedad»[58]. Y entonces, a aquellos que flagran por la dilección perfecta del Padre celestial, a quienes ha hecho hijos la adopción divina, les exhorta con estas palabras: «Porque no recibisteis el espíritu de servidumbre en el temor, sino el espíritu de adopción de hijos por el cual clamamos *Abba*, Padre»[59].

Asimismo, de este temor de amor habla el profeta, cuando describe el espíritu septiforme que, sin duda, debía descender sobre el Hombre-Dios, en virtud de la Encarnación: «Y descenderá sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad»[60]. Luego, hacia el final, como culminación de todos estos dones, afirma: «Y le llenará el espíritu de temor del Señor». Sobre lo cual importa considerar que no dijo: «Y descenderá sobre él el espíritu de temor del Señor», como había dicho al hablar de los otros dones, sino: «Le llenará el espíritu de temor del Señor». Este espíritu se dilata, en efecto, con tal abundancia, que cuando se ha apoderado del alma la posee por entero. Es lógico y no puede dejar de ser así. No formando más que una sola cosa con la caridad, que no pasará jamás, no solo la llena por completo, sino que la posee inseparablemente y para sí a perpetuidad. Ni los encantos de la alegría ni los placeres temporales pueden ser parte para menoscabarla. Lo cual ocurre más de una vez al temor que anula la caridad.

Tal es el temor de los perfectos, del cual estuvo lleno el Hombre-Dios. No vino únicamente para rescatar al género humano, sino también para darnos en su propia persona el tipo ideal de la perfección y el dechado de toda virtud.

Por lo que afecta al temor servil del castigo, puesto que era verdadero Hijo de Dios, «que no hizo pecado, ni se encontró dolo en su boca»[61], no podía, desde luego, tenerlo.

SOBRE LA CASTIDAD CONSUMADA

XIV. GERMÁN. Ya que nos has hablado de la perfección de la caridad, quisiéramos ahora preguntarte, abusando tal vez de tu confianza, sobre la castidad consumada. Porque no dudamos que estas alturas sublimes de amor a donde se elevan las almas —según has demostrado— a imagen y semejanza de Dios, no pueden existir en modo alguno sin la perfección de la castidad. Mas ¿puede esta virtud lograr tal constancia en nosotros que la integridad de nuestro corazón no sufra ya los movimientos de la concupiscencia? Dinos si viviendo en la carne podemos permanecer al margen de las pasiones carnales, tanto que no sintamos jamás sus incentivos.

XV. QUEREMÓN. Esta sería ciertamente la señal de la más alta beatitud y de un mérito singular: vivir constantemente de la caridad que nos une al Señor, ya sea para aprenderla,

ya para enseñarla. Nuestros días y nuestras noches —según sentencia el salmista[62]— se consumirán en meditarla. Y nuestras almas, acuciadas por un hambre y sed insaciables de justicia, se nutrirán sin fin de este manjar celeste.

Mas no hay que olvidar que tenemos también una carne, que es como un jumento, y cuya flaqueza no debemos echar en olvido. Es necesario también atenderle, como el Salvador nos advierte con tanta benignidad[63], para que no desfalezca en el camino: «El espíritu está pronto, mas la carne es flaca»[64]. Procuremos, pues, darle algún alimento. Después de la refección del cuerpo, podrá el espíritu estar mejor dispuesto y aplicarse con mayor atención al tema que deseáis examinar.

- [1] Es decir, el de Belén, fundado por santa Paula. Era el principal monasterio de entre los de Siria y Palestina. A él se refiere Casiano en *Inst.* 3, 4, cuando dice: «En nuestro monasterio, donde N. S. Jesucristo, nacido de la Virgen, se dignó someterse a la ley del crecimiento humano, y donde con su gracia fortificó mi propia infancia, todavía tierna e incipiente en las cosas del espíritu».
- [2] De este egregio varón habla Casiano en *Inst.* 5, 37-38, relatándonos su rara caridad al ceder a los huéspedes que acudían a él la celda en que él mismo habitaba.
- [3] *Ps* cvi, 33 ss.
- [4] A estos, tres abades anacoretas atribuye Casiano las siete colaciones siguientes.
- [5] *Prov* viii, 13.
- [6] *Ps* xxxiii, 23.
- [7] *I Cor* xiii, 8.
- [8] *I Pet* iv, 8.
- [9] *I Cor* xiii, 13
- [10] *PROV* xvi, 4.
- [11] *Lc* xvii, 10.
- [12] *Lc* xv, 17 ss.
- [13] *Io* xvi, 15.
- [14] *I Cor* iii, 22.
- [15] *Mt* v, 48.
- [16] *I Io* iv, 18 ss.
- [17] *Mal* i, 6.
- [18] *Lc* xii, 47.
- [19] *Ps* cxv, 16 ss.
- [20] *Ps* xciii, 17.
- [21] *Mt* v, 44.
- [22] *I Io* iv, 17.
- [23] *Io* iii, 9.
- [24] *Io* v, 18.
- [25] *Io* v, 16.
- [26] *Io* i, 8.
- [27] *Io* v, 10.
- [28] *Lc* xxiii, 34.
- [29] *Gal* vi, 2.
- [30] *I Cor* xiii, 4 ss.
- [31] *Prov* xii, 10.
- [32] *Io* xiii, 17.
- [33] *Io* xxi, 13.
- [34] *Ps* xxxiii, 10.
- [35] *Ps* cxviii, 112.
- [36] *Hebr* xi, 24 ss.
- [37] *Mt* v, 3 ss.
- [38] *I Cor* xv, 41 ss.
- [39] *Ps* cxxvii, 1.

- [40] *I Io* ^{IV}, 18.
- [41] *Ps* ^{II}, 11.
- [42] *Is* ^{II}, 6.
- [43] *Mt* ^{XXIV}, 46.
- [44] *Io* ^{XV}, 14.
- [45] *Io* ^V, 13.
- [46] *Ps* ^{LXXXIII}, 8.
- [47] *Mt* ^{XXIV}, 45.
- [48] *I Cor* ^{XII}, 31.
- [49] *I Cor* ^{XIII}, 1 ss.
- [50] *Is* ^{XXXIII}, 6.
- [51] *Ps* ^{XXXIII}, 10.
- [52] *I Io* ^{IV}, 18.
- [53] *Ps* ^{CX}, 10.
- [54] *I Io* ^{IV}, 18.
- [55] *Mal* ^I, 6.
- [56] *Io* ^{XV}, 15.
- [57] *Io* ^{VIII}, 35.
- [58] *II Tim* ^I, 7.
- [59] *Rom* ^{VIII}, 15.
- [60] *Is* ^{XI}, 2 ss.
- [61] *I Pet* ^{II}, 22.
- [62] *Ps* ^I, 2.
- [63] *Mt* ^{XV}, 32.
- [64] *Mt* ^{XXVI}, 41.

XII.

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD QUEREMÓN. DE LA CASTIDAD

Capítulos: i. Queremón empieza a hablar sobre la castidad.—ii. Del cuerpo de pecado y de sus miembros.—iii. De la mortificación de la impureza y de la inmundicia.—iv. Que para alcanzar la pureza de la castidad no basta la diligencia humana. v. Utilidad de los asaltos que se originan contra nosotros de los incentivos de la carne.—vi. Que la paciencia extingue el ardor de la fornicación.—vii. Diferencias y grados de la castidad.—viii. Que los inexpertos no pueden tratar de la naturaleza y efectos de la castidad.—ix. Pregunta sobre si es posible guardar la castidad durante el sueño.—x. Respuesta: que tales movimientos entre sueños no dañan la castidad.—xi. Que hay una gran diferencia entre castidad y continencia.—xii. De las maravillas que el Señor obra, particularmente en los santos.—xiii. Solo los que tienen experiencia conocen la dulzura de la castidad.—xiv. Pregunta sobre qué medio y en cuánto tiempo puede alcanzarse la castidad.—xv. Respuesta sobre el tiempo necesario para poder adquirir la castidad.—xvi. Del fin y de los medios con que se adquiere y guarda la castidad.

EL ABAD QUEREMÓN HABLA DE LA CASTIDAD

I. Terminada la refección, que fue para nosotros más una penitencia que un placer — ávidos como estábamos del manjar espiritual—, el anciano se dio cuenta de que esperábamos el cumplimiento de su promesa. «Me ha sido sumamente grato —dijo— comprobar vuestra atención y vuestro afán de aprender; como también la lógica con que habéis expuesto la cuestión que nos ocupa. Porque el orden que observáis en vuestra pregunta es el de la razón. Efectivamente, es necesario que a la plenitud de una caridad tan sublime esté vinculado el premio infinito de una perfecta e indefectible castidad. Hay aquí dos palmas en extremo semejantes, dos alegrías gemelas. Y tan estrecha es la alianza que las une, que es imposible poseer la una sin la otra».

La cuestión que proponéis se resume en este punto que puede formularse así: «¿Es posible extinguir totalmente el fuego de la concupiscencia, cuyos ardores innatos llevamos en nuestra carne?». Esto es lo que en la presente conferencia vamos a dilucidar.

Ante todo, veamos qué opina sobre el particular el Apóstol: «Mortificad —dice— vuestros miembros, que están sobre la tierra»[1]. Mas, antes de bucear más hondo, debemos indagar de qué miembros se trata. Su designio no es, por supuesto, persuadirnos sobre la necesidad de una mutilación de las manos, de los pies o de cualesquiera otros miembros de nuestro cuerpo. Lo que se propone es demostrar que el celo de la perfecta santidad debe destruir cuanto antes el cuerpo del pecado[2], que consta, naturalmente, de miembros diversos. «Para que destruyamos —dice en otro lugar— el cuerpo de pecado»[3]. De él pide con gemidos verse libre algún día, cuando afirma: «Infeliz de mí. ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?»[4].

II. Así, pues, este cuerpo del pecado está formado de miembros múltiples que son viciosos. Todo el mal que se comete en acciones, palabras o pensamientos le pertenece. A estos miembros se les denomina terrenos, y no sin razón. Porque quien usa de ellos no podrá, sin mentir, proclamar: «Nuestra vida —*corversatio*— está en los cielos»[5].

San Pablo enumera los miembros de este cuerpo en el pasaje siguiente: «Mortificad vuestros miembros que están sobre la tierra, la fornicación la inmundicia, la libidine, la

concupiscencia y la avaricia, que es idolatría»[6].

En primer lugar, figura la fornicación, que se consume con el comercio carnal de ambos sexos. Al segundo miembro le llamó inmundicia, que tiene lugar sin concurso o contacto físico de cómplice, ya en vela, ya durmiendo. Obedece a cierta incuria de la mente, al no ponerse en guardia contra las ocasiones que le han precedido. Esto se anatematiza y se prohíbe en la ley.

En ella no solo se pone en entredicho el comer la carne de los sacrificios a quienes son inmundos, sino que se les aleja de las tiendas de los hijos de Israel para que no manchen con su contacto las cosas santas: «Quien comiere algo de las carnes del sacrificio saludable que es del Señor, perecerá ante el Señor, por ser inmundo»[7]; y: «Lo que tocare el inmundo, inmundo será»[8]. Y en el Deuteronomio: «Si hubiere entre vosotros un hombre que se ha mancillado durante el sueño nocturno, saldrá fuera del campamento y no volverá hasta que se haya lavado con agua por la tarde, y entonces, tras el ocaso del sol, volverá al campamento»[9].

En tercer lugar, puso el Apóstol la libidine. Esta, incubándose en el interior del alma, puede cometerse hasta sin pasión ni acción corporal. Es sabido que la palabra «libidine» viene de «libet», o sea «lo que agrada a cada cual».

Discurre después san Pablo en orden descendente hasta los pecados de menor gravedad, y habla del cuarto miembro, o sea del mal deseo. En rigor, puede aplicarse no solo a la pasión de la deshonestidad, que mentó más arriba, sino en general a toda la gama de malos apetitos, de que es responsable una mala voluntad. Hablando de ello el Señor en el Evangelio, dice: «Todo el que mira a una mujer deseándola, ya adulteró con ella en su corazón»[10]. Porque es cosa de mucho mayor mérito contener el deseo de una mente lúbrica y resbaladiza, cuando se le ofrece a la vista la ocasión mala. Eso es indicio manifiesto de que para la perfección de la pureza no basta la continencia corporal de la castidad, si no va asociada a la entereza del alma.

En último lugar propuso como miembro de aquel cuerpo de pecado la avaricia. San Pablo, al citarla, quiere darnos a entender sin duda que debemos rechazar todo deseo de bienes ajenos, e inclusive despreciar con un corazón magnánimo los propios. Es justamente lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles que hacía la muchedumbre de los fieles: «Los que habían creído tenían un corazón y un alma sola, y ninguno tenía como propia cosa alguna, antes todo lo poseían en común. Cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad»[11]. Y para que no se crea que esta perfección es patrimonio de unos pocos o de una selección, atestigua que la concupiscencia es una idolatría. Nada más justo. Porque quien no socorre al menesteroso en sus necesidades y pospone a los preceptos de Cristo su dinero, que conserva con la tenacidad propia del infiel, ciertamente cae en el crimen de la idolatría, por cuanto prefiere a la caridad divina el amor de una cosa creada.

DEBER DE MORTIFICAR LA FORNICACIÓN Y LA IMPUREZA

III. Si vemos que muchos renunciaron por Cristo a su fortuna, de suerte que no solo abandonaron la posesión de sus riquezas, sino que extirparon aún el deseo de su corazón, es creíble que también nosotros podremos extinguir el fuego de la fornicación. San Pablo no hubiera asociado lo posible con lo imposible. Si ordena mortificar uno y otro vicio, es que sabía que ambas cosas eran factibles. De tal manera abriga la confianza de que podremos lanzar de nuestros miembros la fornicación y la impureza, que, a su juicio no es suficiente mortificar esas tendencias. Ni siquiera debemos nombrarlas: «La fornicación, la inmundicia y la avaricia ni se nombre entre nosotros, como tampoco la torpeza, grosería o truhanerías, que desdicen de vuestra profesión»[12]. Todas estas cosas son igualmente funestas y nos excluyen del reino de los cielos, como lo enseña aún al decir: «Pues habéis de saber que ningún fornicario» o impuro, o avaro, que es como adorador de ídolos, tendrá parte en la heredad del reino de Cristo y de Dios»[13]. Y también: «No os engaños: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios»[14]. Por tanto, no cabe duda de que podemos extirpar de nuestros miembros la mancha de la fornicación y la impureza. Porque no se expresa san Pablo de otro modo al hablar de la avaricia, la necesidad las bufonadas, la embriaguez y el latrocinio, vicios todos fáciles de eliminar.

IV. Ahora bien, para alcanzar la pureza de la castidad no basta la diligencia humana. Hemos de estar plenamente convencidos de que la más rígida abstinencia, quiere decir el hambre y la sed, las vigiliass, el trabajo asiduo y la aplicación incesante a la lectura espiritual, jamás podrán merecernos por sí solas la pureza constante de la castidad.

En el ejercicio de estas prácticas y trabajos es preciso aprender por experiencia que una tal integridad constituye un don gratuito de la gracia. El fruto de nuestra perseverancia en estos ejercicios es el de obtener, mortificando nuestro cuerpo, la misericordia del Señor; merecer que Él nos libre, por un beneficio de su mano, de los asaltos de la carne y de la tiranía omnipotente de los vicios; no el de llegar por su medio a la inviolable castidad que deseamos.

No obstante, que cada cual se anime a conquistarla con el mismo deseo, el mismo ardor que el avaro apetece sus riquezas, el ambicioso sus honores, el lascivo sus deleites. Y así sucederá que en su afán de perpetua integridad menospreciará la comida, aun la deseable; la bebida, aun la necesaria. Rechazará el mismo sueño que debe a la naturaleza, o, por lo menos, no lo tomará sino con recelo y desconfianza, pues se trata de un émulo o enemigo capital de la pureza, de un adversario acérrimo de la castidad.

Si puede gozarse por la mañana de haber mantenido a raya sus tendencias, que entienda que no debe este beneficio a su celo ni a su vigilancia, sino a la asistencia de Dios. Y esta integridad durará el tiempo que disponga la divina misericordia concederle.

Quien ha llegado a consolidarse en esta fe se guardará de todo sentimiento de orgullo, no confiando en sus propias fuerzas. No se dejará seducir, después de una larga inmunidad, por una seguridad agradable y muelle, pues sabe que la humillación no se hará esperar si Dios retira por un momento su protección.

En consecuencia: es preciso aplicarse sin cesar a la plegaria con un corazón humilde y

contrito, a fin de que el socorro divino nos asista en toda circunstancia.

UTILIDAD DE LOS ASALTOS QUE SE ORIGINAN CONTRA NOSOTROS DE LOS INCENTIVOS DE LA CARNE

v. Deseáis una prueba manifiesta de la necesidad de esta continua vigilancia, que os haga ver al mismo tiempo cómo los combates de la carne, por contrarios y perniciosos que nos parezcan, concurren a nuestro bien. Considerad, por ejemplo, a los eunucos, a quienes un defecto de la naturaleza les exime en parte de tentaciones. Lo que les torna ante todo indolentes y tibios en la consecución o práctica de la virtud es que se creen sin peligro de ver su castidad desflorada. A nadie se le ocurra pensar que digo esto por creer que ninguno de ellos es solícito del perfecto renunciamento. Pretendo solamente afirmar que si hay quienes se apresuran con una voluntad de acero a alcanzar la palma de la perfección, deben triunfar en cierto modo de su naturaleza. Porque cuando la pasión ardiente ha inflamado un alma, la impulsa a soportar el hambre, la sed, las vigiliass, la desnudez y todas las fatigas corporales, no solo con paciencia, sino de grado: «El hombre en el dolor trabaja para sí y labora contra su perdición»[15]. Y también: «Al que está hambriento, hasta las cosas amargas le parecen dulces»[16].

Por lo demás, que nadie se forje la ilusión de que podrá reprimir o anular el deseo de las cosas presentes, si en lugar de sus efectos malvados, que desea desarraigar, no introduce los buenos. La fuerza vital del alma y la vivacidad del entendimiento no les permiten quedarse vacíos de todo sentimiento de deseo o de temor, de alegría o de tristeza. Pero pueden usar bien de esas pasiones y orientarlas al bien. Por tanto, si queremos arrojar de nuestro corazón los deseos carnales, sustituyámoslos por los espirituales. Así el alma tendrá en lo sucesivo dónde fijarse y rechazará las seducciones que le proporcionan las alegrías terrenas y las felicidades que pasan.

Cuando los ejercicios cotidianos le hayan conducido a este estado, comprenderá por experiencia el sentido que entraña este versículo que todos ciertamente cantamos, siguiendo el ritmo acompasado de la salmodia, pero que solo un pequeño número de experimentados penetra en toda su significación: «Constantemente tenía al Señor delante de mis ojos: porque sé que le tengo de continuo a mi diestra para defenderme»[17]. Sí, solo tendrá la inteligencia viva y honda de estas palabras quien, después de haber arribado a esta pureza de alma y cuerpo de que hablamos, comprenda que es el Señor quien le mantiene en ella a cada instante, para que no vuelva a caer de estas alturas a su miseria, protegiendo constantemente su diestra, es decir, sus acciones santas.

Porque el Señor no está a la izquierda de los santos —supuesto que el santo no tiene nada de siniestro—, sino a su derecha. Los pecadores y los impíos no le ven. No tienen esa diestra en donde asiste el Señor, ni pueden decir con el profeta: «Mis ojos están siempre fijos en el Señor, porque Él es quien saca mis pies de la red»[18]. Tales palabras solo son verdaderas en boca de aquel que considera todas las cosas de este mundo como perniciosas o superfínas, y como inferiores al menos a la virtud consumada. Este tal sabe polarizar toda su atención, todo su empeño y su afán hacia la castidad y pureza de

corazón. El espíritu se va limando, por decirlo así, con el roce continuo de estos ejercicios; se va pulimentando en razón directa de su progreso, hasta llegar por fin a la perfecta pureza de alma y cuerpo, física y moral, o sea la santidad.

LA PACIENCIA EXTINGUE EL FUEGO DE LA IMPUREZA

VI. A medida que avanza el alma en la dulzura de la paciencia, tanto más medra en la pureza del cuerpo. Y es más firme en la posesión de la castidad cuando con más tesón ha rechazado la pasión de la ira. Porque es imposible evitar las rebeliones de la carne, a menos de sofocar previamente los arrebatos del corazón.

Una de las bienaventuranzas pronunciadas con elogio por boca de nuestro Salvador nos pone de relieve esta verdad: «Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra»[19]. No tenemos otro medio de poseer esta tierra nuestra, es decir, de sojuzgar a nuestro imperio la tierra rebelde de nuestro cuerpo, que fundar ante todo nuestra alma en la dulzura de la paciencia. En los combates que la pasión suscita en nuestra carne, el triunfo solo se obtiene blandiendo las armas de la mansedumbre: «Porque los mansos poseerán la tierra y la habitarán por los siglos de los siglos»[20]. A seguida nos enseña el salmista el modo como hemos de conquistar esta tierra: «Espera al Señor, y guarda sus caminos, y te ensalzará para que puedas recibir la tierra en herencia»[21].

He aquí, pues, una verdad incontrastable: nadie llega a la firme posesión de esta tierra, sino aquellos que guardan las vías duras y los preceptos del Señor por la dulzura inalterable de la paciencia. Su mano les librará del cieno de las pasiones camales y les elevará hacia las cumbres. «Los mansos poseerán la tierra», y no solo la poseerán, sino que «se deleitarán en una gran paz» —*delectabuntur in multitudine pacis*[22]—. Aquel en cuya carne se insubordina aún la concupiscencia no gozará de esta paz de una manera estable. Los demonios no cesarán de asestarle los más duros golpes, y, herido de los dardos encendidos de la lujuria, perderá la posesión de su tierra, hasta el día en que el Señor ahuyente las guerras, rompa el arco, destruya las armas y queme los escudos[23]. Este fuego es el que el Señor vino a traer sobre la tierra[24]. Los arcos y las armas que empuñará son aquellos de que se sirven las potencias del mal para taladrar su corazón, en una guerra incesante de día y de noche, con los venablos de las pasiones.

Pero cuando el Señor, imponiendo silencio a las batallas, le habrá librado de todos los incentivos de la carne, llegará a un maravilloso estado de pureza. La confusión y horror que se apoderaba de sí mismo, es decir de su carne, al sufrir sus embates y ser hostilizado por ella, desaparecerán como por ensalmo, Y empezará a deleitarse y tener en ella sus delicias como en una purísima mansión. No llegarán a su casa los malvados, ni tendrá parte el azote en su morada[25]. Por la virtud de la paciencia se cumplirá el oráculo profético: el mérito de su mansedumbre le habrá granjeado la tierra en herencia, y aún más, se deleitará en ella con mucha paz. No cabe una paz pletórica donde flota la inquietud del combate. Porque notad que no se ha dicho: gustarán las delicias de la paz, sino de una paz desbordante y llena: *in multitudine pacis*[26]. Lo cual muestra con claridad que el remedio más eficaz para las dolencias del corazón humano es la

paciencia, según aquello de Salomón: «El hombre pacífico es médico de su corazón»[27]. Porque no solo elimina la cólera, la acidia, la tristeza, la pereza, la vanagloria y la soberbia, sino que arranca de raíz la voluptuosidad y aun todos los vicios. Una vez más dice Salomón: «La longanimidad da a los reyes la prosperidad»[28]. Quien es dulce y tranquilo siempre, ni se inflama con la turbación de la ira, ni se consume con el enojo y la tristeza, ni divaga en los devaneos de la vanagloria, ni se altivece con la soberbia. «Una paz suma —dice el salmista— reina en el corazón de los que aman al Señor, y no hace mella en ellos el escándalo»[29]. En verdad el sabio tiene razón al decir: «Es mejor un hombre paciente que sabe imponer la brida a su ira indómita, que el fuerte que es capaz de expugnar ciudades enteras»[30].

Mas antes que podamos consolidarnos en esta paz sólida y durable debemos hacer fuente a repetidos asaltos. A menudo tendremos que decir con lágrimas y gemidos aquellos versículos del salmo: «He venido a ser un miserable; encorvado en extremo, anduve todo el día ensombrecido, pues mis lomos están llenos de fuego»[31] y no existe parte sana en mi carne ante tu faz airada. No hay paz en mí, entumecidos están mis huesos, me siento aplastado ante mi suma miseria»[32].

Estos gemidos solo serán fundados y tendrán toda su profunda verdad cuando, después de haber permanecido puros largo tiempo, creyendo haber escapado para siempre de la sordidez de la carne, sintamos de nuevo su aguijón, se insurreccione otra vez contra nosotros —a causa del engreimiento de nuestro corazón— o, víctimas de una ilusión nocturna, se manche nuestro cuerpo con la impureza de antaño.

Porque cuando se ha gozado largo tiempo de la pureza del cuerpo y del alma, nos jactamos de ello por una consecuencia, pensando que en lo sucesivo no sufriremos ya más esas heridas, y en el fondo de nosotros mismos nos gloriamos en una cierta medida, diciendo: «Dije en la ventura: no experimentaré mudanza jamás» —Dixi in abundantia mea, non movebor in aeternum»[33]—. Mas el Señor nos abandona a nuestra miseria para nuestro bien. La pureza aquella que ofrecía tantas garantías de solidez y constancia, empieza por turbarse. Y entonces, en medio de nuestra prosperidad espiritual, nos sentimos tambalear.

Recurramos en este trance al autor de nuestra integridad. Reconozcamos y confesemos nuestra debilidad: «Por tu voluntad —no por la mía— me aseguraste honor y poderío. Apenas escondiste tu rostro, me sentí conturbado»[34]. Y también aquello de Job: «Si me lavare con agua de nieve y mis manos resplandecieren de puro inmaculadas, con todo, no me faltarán manchas y aun mis ropajes abominarán de mí»[35]. No obstante, aquel que se mancilla por su culpa no puede hablar de esta suerte al Creador.

Hasta que el alma no haya llegado al estado de perfecta pureza tendrá que discurrir por esas alternativas anejas a su formación, que la harán experimentada. Hasta que, en fin, la gracia de Dios colme sus deseos, fijándola en ella para siempre. Entonces podrá decir con toda verdad: «Confiadamente esperé en el Señor, y se inclinó y escuchó mi oración. Y me sacó de una hoya de ruina y de fango cenagoso, y afirmó mis pies sobre piedra e hizo seguros mis pasos»[36].

LOS FALTOS DE EXPERIENCIA NO PUEDEN HABLAR DE LA NATURALEZA DE LA CASTIDAD NI DE SUS EFECTOS

VIII. Mas aceptar estas cosas, someterlas a examen minucioso y decidir con certeza si son posibles o no, nadie puede hacerlo si no ha llegado a distinguir los límites que confinan las obras de la carne con las del espíritu.

Una larga experiencia y la pureza de corazón, conjugada con la luz que irradia la palabra divina, le conducirá a ello. Por eso dice el Apóstol: «La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón»[37].

De esta suerte, situada, por decirlo así, en su común frontera, distinguirá con toda equidad, como lo haría un espectador o un juez imparcial, lo que debe atribuirse como necesario e inevitable a la flaqueza humana, y lo que arranca de los hábitos viciosos o de los descuidos de la mocedad. No se dejará llamar a engaño sobre su naturaleza, no menos que sobre sus efectos, por las falsas opiniones de las gentes, ni dará su aquiescencia a los prejuicios del vulgo inexperto. Tendrá por infalible piedra de toque su propia experiencia. Con una visión certera de las cosas, sabrá justipreciar las exigencias de la pureza, sin caer en el error de aquellos que inculpan a la naturaleza de lo que en realidad no es más que producto de su negligencia, y hacen responsable a su carne, o mejor, al Creador, de su propia incontinencia. De estos tales se ha dicho con propiedad: «La ignorancia del hombre tergiversa sus caminos; en su corazón atribuye a Dios la culpa de sus delitos»[38].

Finalmente, si alguien no comparte mi opinión en lo que acabo de exponer, le ruego que no proceda precipitadamente, discutiendo conmigo y partiendo de una opinión preconcebida. Que consienta antes en someterse a las exigencias de la disciplina eremítica. Y cuando haya observado esta vida algunos meses con la moderación que nos legaron los Padres, podrá comprobar por sí mismo, con conocimiento de causa, la verdad de mis palabras.

Porque es vano empeño discutir sobre el fin de un arte o de una ciencia, si no empezamos por entrar de lleno y con lealtad en los caminos que pueden descubrirnos su secreto. Por ejemplo, afirmo que es posible extraer del trigo una especie de miel o un aceite muy dulce, análogo a la semilla de los rábanos o del lino. Alguien, en su ignorancia, no tiene la menor idea de ello. Y dice sin más: «Lo que afirmáis va contra la naturaleza misma de las cosas; eso es a todas luces un dislate». Y agrega que soy un mentiroso y me deja en ridículo. Alego testigos sin número que afirman haberlo visto con sus propios ojos. Incluso lo han gustado. Más: han elaborado ellos mismos tales productos. Ni corto ni perezoso describo toda la serie de manipulaciones que transforman la sustancia del trigo en la grasa del aceite o en la cualidad dulce de la miel. Todo inútil. A pesar de mis explicaciones persiste en su necia terquedad y se obstina en negar a pie juntillas que de este grano pueda salir cosa dulce ni crasa. ¿No será mejor censurar su tozudez, que pugna contra toda razón, que defender a ultranza la verdad de

mis afirmaciones, refrendadas con tantos testigos fidedignos, con demostraciones palmarias, y lo que es más, apoyadas en la experiencia cotidiana?

Solo podrá dar la culpa a la naturaleza por las necesidades inherentes a ella quien haya llegado por una aplicación continua a un tal estado de pureza, que no sienta ya su alma seducida por los encantos y atractivos del vicio, y solo tenga que lamentar las manchas inconscientes y raras que ocurren entre sueños.

Este tal observa idéntica línea de conducta durante el día y durante la noche, en el lecho que en la plegaria, a solas que en compañía de los hombres. Su actitud es tal en el secreto que no se ruboriza, caso de ser visto por otro. La mirada insoslayable de Dios nada puede sorprender en él que desee tener oculto a la vista de los demás, Y cuando la luz suavísima de la castidad empieza a llenarle de goces sin fin, puede decir con el profeta: «En mis delicias la noche se convertirá en luz, porque no son, Dios mío, oscuras para ti las tinieblas; la noche y la oscuridad son para ti como luz indeficiente»[39].

Finalmente, porque esto sobrepaja las fuerzas de la naturaleza humana, añade el mismo profeta: Tu possedisti renes meos —«Tú dominaste mis bajas tendencias»—. Como si dijera: no he merecido yo esta pureza mía por mi industria y virtud, sino porque mortificaste el ardor del deleite que se hallaba ínsito en mi carne.

SÍ ES POSIBLE GUARDAR LA CASTIDAD DURANTE EL SUEÑO

IX. GERMÁN. En parte no hemos dejado de experimentar que es posible, con la gracia de Dios, guardar el cuerpo perfectamente puro durante el día. Es innegable que el rigor de una vida austera y la resistencia que la razón opone al vicio pueden sofocar toda rebelión de la carne. ¿Pero será ello posible también durante el sueño?

Creemos que no cabe tal inmunidad física. Y aunque no podemos decir esto sin cierto rubor natural, no obstante, en nuestro afán de hallar remedio a semejante mal, con tu venia hablamos de ello.

X. QUEREMÓN. Parece que no habéis comprendido aún perfectamente la verdadera esencia de la castidad. En vuestro sentir, solo pueden alcanzarla quienes durante la vigilia la procuran con austeridad de vida, mientras que en el sueño los resortes del alma se distienden, y se hace imposible salvar su integridad. Y no hay tal. La castidad no se sostiene, como creéis, por la práctica de una vida austera. Subsiste por el amor que inspira y las delicias que el hombre saborea en su pureza misma. En tanto que se permanece atraído por la voluptuosidad, no se es casto, sino continente solamente.

Veis, pues, que el sueño no puede manchar a aquellos a quienes la gracia divina ha depositado en su interior el amor a la castidad, aun cuando suspendan entonces la austeridad de vida. Es un hecho probado que esta nos traiciona, incluso durante el día. Un vicio que a duras penas podemos contener, nos concederá de buen grado alguna tregua, nunca la seguridad ni el reposo perfectos. Si, por el contrario, le superamos gracias a una virtud que se insinúa hasta las profundidades de nuestro ser, se mantiene en adelante tranquilo, sin dar la menor sospecha de rebelión, dejándonos gozar de una paz firme y constante.

No lo olvidemos: mientras experimentemos las rebeliones de la carne, es señal de que no hemos llegado a las cimas de la castidad, sino que vivimos aún bajo el dominio débil de la continencia, fatigados por continuos combates, cuyo sesgo es necesariamente dudoso.

QUE EXISTE UNA GRAN DIFERENCIA ENTRE LA CONTINENCIA Y LA CASTIDAD

XI. Así, la castidad perfecta se distingue de los comienzos laboriosos de la continencia por la tranquilidad inalterable que la caracteriza. Es indicio de que es ya consumada, si guarda sin sombra el brillo de su pureza inviolable no solo combatiendo contra los movimientos de la carne, sino aborreciéndolos cordialmente. Y esto no puede ser otra cosa que la santidad.

Tal sucede cuando la carne cesa de luchar contra el espíritu, por consentir en sus deseos y comulgar en su virtud. Los lazos de una paz firmísima les unen al uno con la otra, y se ve realizar en ellos la palabra del salmista a propósito de los hermanos que moran en mutua convivencia[40].

Poseen la felicidad prometida por el Señor, cuando dice: «Si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os la otorgará mi Padre que está en los cielos»[41].

Aquel, pues, que haya dejado ya el grado figurado por el místico Jacob, que significa «suplantador», se elevará —libre de las luchas de la continencia, gracias a la destrucción total de los vicios—, al título glorioso de Israel, que significa «el que ve a Dios». Su corazón no se desviará ya más de su dirección fija hacia lo alto.

David ha distinguido netamente, bajo la inspiración del Espíritu Santo, estas dos etapas: «Dios es conocido en Judea» —*Notus in Iudaea Deus*—, es decir, en el alma que debe aún confesar sus pecados. Porque Judea significa «confesión». Mas en Israel, o sea para aquel que ve a Dios, o, según interpretan otros, para el hombre recto delante de la majestad divina, Dios no es solo conocido, sino «grande es su nombre» —*magnun est nomen eius*—.

En seguida nos llama hacia alturas todavía más sublimes. Quiere mostrarnos el lugar mismo donde Dios tiene sus delicias: «Y su mansión —dice— está donde impera la paz»[42]. Esto es, no tanto en medio de los combates y de la lucha contra los vicios, cuanto en la paz de la castidad y la perpetua tranquilidad del corazón.

Si alguno mereciere, por la extinción de sus pasiones, alcanzar esta morada de paz, siguiendo esa trayectoria ascendente, llegará a ser una Sión espiritual, que significa «atalaya de Dios», con lo que será él también la morada de Dios. Porque el Señor no se halla en medio del fragor de las batallas de la continencia, sino en el lugar de observación, en la atalaya de las virtudes. Aquí es donde no solo amortigua y anula la potencia de los arcos, sino que destruye el ímpetu de esas armas arrojadas, que partían en otro tiempo contra nosotros: eran las saetas inflamadas de la voluptuosidad.

Repito: la morada del Señor no está en los combates de la continencia, sino en la paz de la castidad. Su alcázar está situado en la atalaya de las virtudes, en la contemplación.

Por donde no sin motivo se prefieren las puertas de Sión a todas las tiendas de Jacob: «Ama el Señor las puertas de Sión por encima de las tiendas todas de Jacob»[43].

MARAVILLAS QUE DIOS OBRA EN SUS SANTOS

XII. Grandes son y maravillosas —aunque desconocidas por los hombres que no tienen experiencia— las larguezas que Dios, en su liberalidad inefable, concede a sus fieles, incluso mientras permanecen en este vaso de corrupción.

El profeta las recorre con la mirada cristalina que le brinda la pureza de su alma casta. Y tanto en nombre propio como en el de aquellos que llegan a este estado inefable de paz y castidad, exclama: «Admirables son tus obras, Señor, y mi alma las conoce sobremanera»[44]. Nada nuevo ni grande hubiera expresado el profeta, ni hubiera afirmado que solo su alma las conoce, si hubieran dictado sus palabras otros sentimientos, o se hiciera alusión en ellas a las obras de Dios. Porque no hay nadie que eche de ver —aun cuando no sea más que por la grandeza de sus criaturas— lo maravillosas que son las obras de Dios. Mas los dones que el Señor dispensa a diario a sus santos y las gracias que les comunica con singular munificencia, solo los conoce el alma misma que los goza. Ella es, en el secreto de su conciencia, testigo único de los beneficios de Dios. Descendiendo del fervor de aquel estado a las cosas materiales y terrenas, no sabe traducir en palabras lo que obra Dios en ella. Ni siquiera la inteligencia o la reflexión son capaces de concebirlo.

¿Quién no se maravilla de las obras de Dios, cuando ve mortificado en sí mismo el apetito insaciable de los manjares, la búsqueda dispendiosa y nociva de los placeres del paladar, de suerte que apenas toma a intervalos y como a su pesar una exigua y mísera comida? ¿Quién no queda sobrecogido de asombro ante las obras de Dios, al comprobar que el fuego de la voluptuosidad —que consideraba antes como inherente a su naturaleza y por lo mismo imposible de extinguir— se ha enfriado hasta el punto de que no siente en su carne el menor movimiento de concupiscencia? ¿Cómo no admirar con estupor el poder de Dios, al ver cómo los hombres crueles y feroces que se irritaban hasta el paroxismo ante la sumisión y cortesía de quienes le servían han venido a ser ahora la misma dulzura, de modo que, lejos de turbarse ante la afrenta, su magnanimidad les lleva hasta gozarse de ello? ¿Quién, pues, no se admirará de las obras de Dios y no exclamará desde el fondo de su corazón «conocí que es grande y poderoso el Señor»?[45] Es que se ve uno a sí mismo convertido en otro, de la codicia a la liberalidad, de la prodigalidad a la abstinencia, de la soberbia a la humildad, trocando las delicadezas y exquisiteces en un exterior desaliñado e hirsuto, abrazando voluntariamente la pobreza y privación de las cosas presentes, y cifrando en ellas su alegría.

Estas son, en verdad, las obras maravillosas de Dios que el profeta contempla estupefacto en su alma y en las de aquellos que guardan con él semejanza, y le sumen en una contemplación de maravilla. Estos son los prodigios que Dios ha obrado sobre la tierra y cuya vista ha hecho exclamar al mismo profeta, llamando a todos los pueblos a admirarlos: «Venid —dice— y ved las obras de Dios, las maravillas que obró sobre la

tierra, alejando las guerras hasta sus confines, rompiendo los arcos, quebrantando las armas, quemando las adargas y rodela»[46]. Porque, ¿qué mayor prodigio que ver en un momento a publicanos ambiciosos convertirse en apóstoles, a feroces perseguidores trocarse en paladines del Evangelio y propagar al precio de su sangre la fe que antes combatían? Estas son las obras de Dios que el Hijo atestigua haber cumplido cada día en unión con su Padre: «Mi Padre obra hasta ahora, y Yo también»[47]. Estas son las obras de Dios que David canta en espíritu: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque solo Él hace cosas maravillosas»[48]. De ellas habla también el profeta Amos, cuando dice: «El que hace todas las cosas es quien las muda; convierte en día la sombra de la noche»[49]. «Esta mudanza se debe a la diestra del Excelso»[50]. A propósito de esta obra de salvación el profeta dirige al Señor aquella plegaria: «¡Confirma, oh Dios, lo que has obrado en nosotros!»[51].

Paso en silencio esos secretos designios de Dios que a cada instante experimentan las almas de los santos en su interior, esa celeste infusión de alegría espiritual que levanta el espíritu abatido y le colma de goces inefables, esos transportes encendidos, esas consolaciones embriagadoras que la lengua no puede expresar, ni el oído escuchar, y que a menudo nos despiertan de una tibieza inerte y estúpida, como de un profundo sueño, para elevarnos a la oración más ferviente y encumbrada. Esta es la alegría de que habla san Pablo: «Ni ojo vio, ni oído oyó, ni el corazón humano pudo columbrar»[52]. Pero habla de aquel que, entorpecido por los vicios terrenos y permaneciendo hombre carnal, vive abocado a las pasiones humanas, incapaz de captar estas divinas larguezas.

Finalmente, el mismo Apóstol, hablando de si mismo y de almas gemelas a la suya que viven como ajenas al mundo, dice también: «Pero a nosotros nos lo ha revelado el Señor, por medio de su Espíritu»[53].

XII. En estos cuanto más pura y aquilatada es su virtud más sublime es su contemplación. Y conciben tal admiración en el fondo de su ser, que no hallan palabras para expresarla. Así como quien no ha saboreado esta alegría no puede intuirlo, así quien ha hecho experiencia de ella no puede menos de publicarla.

Ocurre lo que con un hombre que no ha gustado nunca nada dulce. Se le quiere dar a entender con palabras la dulzura de la miel, por ejemplo. Mas los vocablos que perciben sus oídos no le dan la idea cabal de suavidad que nunca saboreó su paladar. Y, por otra parte, las palabras le faltarán a quien pretenda explicarle la dulzura que el placer del gusto le ha revelado. Fascinado por un atractivo que solo él conoce, se verá obligado en última instancia a admirar en silencio para sus adentros el sabor exquisito que ha experimentado.

Cosa pareja acontece a aquel que ha merecido llegar a la altura de la virtud de que hablamos. Evoca en su espíritu y recorre las grandes cosas que Dios ha hecho en los suyos por una gracia particular. Y en el transporte donde le instala la contemplación de tantas maravillas, se enciende y exclama de lo más hondo de su corazón: «Maravillosas son tus obras. Señor, y mi alma las conoce sobremanera»[54].

Sí, aquí está el gran milagro de Dios: que un hombre de carne y viviendo en ella haya sido capaz de neutralizar todo afecto carnal. Que en medio de tan diversas situaciones y

tantos asaltos del enemigo mantenga su alma en una posición siempre igual, y perdure incontrastable en medio del torbellino incesante de los acontecimientos humanos.

Un anciano fundado en esta virtud vivía junto a Alejandría, perdido entre la masa heterogénea de los infieles. Estos le cubrían de insultos y le hacían a porfía las más graves injurias. Un día que le decían entre mofas: «Pero ¿qué milagros ha hecho ese Cristo que adoras?», respondió: «El de que estas injurias y afrentas y aun otras mayores que podríais hacerme no me conmuevan ni me ofendan».

CÓMO Y EN CUÁNTO TIEMPO SE PUEDE ALCANZAR LA CASTIDAD

XIV. GERMÁN. Esa castidad es más celestial y angélica que humana. Por eso nos asombra y nos confunde, y sentimos casi más temor y desaliento que entusiasmo en adquirirla. Por eso te rogamos nos enseñes de un modo más concreto qué observancias nos podrán conducir a ella y en cuánto tiempo nos será dado alcanzarla. Ello nos hará cobrar confianza, al ver que no es empresa imposible, y el hecho de contar con un lapso de tiempo preciso nos animará a obtenerla. Estamos persuadidos de que esto es inaccesible a nuestra carne frágil, a menos que sepamos el método y el camino por donde se puede con seguridad llegar a ella.

XV. QUEREMÓN. Sería temerario querer fijar un lapso de tiempo bien definido para adquirir la castidad perfecta. La diversidad que apreciamos en las disposiciones y recursos de las almas lo hace imposible. Tal precisión sería difícil incluso para las artes materiales y las ciencias humanas, en que la aplicación y el talento juegan un papel decisivo, haciendo que el éxito sea más lento o más rápido.

Pero en lo que puedo pronunciarme con seguridad es en la observancia que hay que adoptar y en la fijación de tiempo necesario para reconocer al menos la posibilidad de su adquisición.

Quienquiera que evite toda conversación inútil, mortifique todo sentimiento de cólera, toda solicitud y todo cuidado terreno, se contente con dos panes para su refección cotidiana, se prive de beber agua hasta la saciedad, limite su sueño a tres horas o, siguiendo otra regla en boga, a cuatro, y, por otra parte, esté convencido de que no alcanzará esta virtud por los méritos de su trabajo y abstinencia, sino por la misericordia de Dios —porque sin esta convicción serían vanos los esfuerzos del hombre—, este tal no tendrá necesidad de más de seis meses para conocer que no le es imposible adquirirla a la perfección[55].

Es señal clara de que se está muy cerca de la pureza no esperarla de sus propios esfuerzos. Cuando el monje ha comprendido bien toda la fuerza de aquel versículo: «Si el Señor no levanta la casa, en vano trabajan los que la edifican»[56], no hace de su pureza un mérito orgulloso, porque ve claramente que lo debe a la misericordia de Dios y no a su propia diligencia. Ni se indigna contra los otros con un rigor implacable, porque sabe que la virtud del hombre no es nada, si no la secunda la virtud divina.

XVI. Así, pues, constituye de suyo una victoria singular para quien combate con todas sus energías contra el espíritu de fornicación no buscar ni fundar el remedio en el mérito de sus esfuerzos.

Persuasión fácil y, al parecer, al alcance de todos. Sin embargo, se me antoja tan difícil en los que empiezan como la misma castidad perfecta. Apenas han vislumbrado en sí mismos los primeros atractivos de la pureza, se desliza sutilmente una cierta vanidad en el secreto de su conciencia y se complacen en su presunta virtud, pensando que la deben a su diligencia.

Por tal razón es preciso que Dios retire por un tiempo su ayuda y sufran la tiranía de los vicios que la virtud había reprimido. Hasta que la experiencia les enseñe que no hubieran podido obtener el bien de la pureza por su industria y trabajo personal.

Mas para terminar nuestra ya extensa conferencia sobre el fin de la perfecta castidad, concluyamos brevemente sintetizando en una frase todos los pensamientos que hemos ido desarrollando a lo largo de ella. La perfección de la castidad consiste en que el monje no se manche a sabiendas con el placer malvado durante el día, y que durante la noche no se vea en su sueño turbado con ilusiones importunas.

He hablado de la castidad según mis alcances. Por lo menos puedo decir que no son estos conceptos vanos. Los ha dictado la experiencia. Aunque sospecho que los relajados y negligentes juzgarán estas cosas imposibles, tengo para mí que las almas ávidas de perfección y verdaderamente espirituales se reconocerán en mis palabras y darán su sufragio en mi favor. Porque hay tanta diferencia de un hombre a otro como la que existe entre las intenciones a donde converge el deseo de su corazón. Se separan unas de otras como el cielo del infierno, Cristo de Belial, según esta frase de nuestro Señor y Salvador: «Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor»[57]. Y aún: «Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón»[58].

Aquí terminó la conferencia del abad Queremón sobre la castidad perfecta. Tal fué la conclusión que puso a su admirable doctrina al disertar sobre la más sublime pureza. Viéndonos él sobrecogidos de admiración y como atónitos, como había ya transcurrido gran parte de la noche, nos aconsejó no defraudáramos a la naturaleza el sueño debido, so pena de que el cansancio físico hiciera languidecer al alma, aminorando su ardor y santo entusiasmo.

[1] Col iii, 5.

[2] Rom vi, 6. El Apóstol llama varias veces «Corpus peccati» —*cuerpo de pecado*— al hombre viejo. Así como el

cuerpo humano consta de miembros y actos varios, así el hombre o cuerpo del pecado está compuesto de varios géneros de pasiones como de miembros y actos diversos, que san Pablo enumera en su epístola a los *Colosenses*, III, 5 ss.

- [3] *Ibid.*
- [4] *Ibid.* VII, 24.
- [5] *Phil* III, 20.
- [6] *Col.* III, 5.
- [7] *Lev* VII, 20 [LXX].
- [8] *Num* XIX, 22.
- [9] *Deut* XXIII, 10-11.
- [10] *Mt* V, 28.
- [11] *Act* IV, 32-34.
- [12] *Eph* V, 3-4.
- [13] *Ibid.* 5.
- [14] *I Cor* VI, 9-10.
- [15] *Prov* XVI, 26 [LXX].
- [16] *Ibid.* XXVII, 7.
- [17] *Ps* XV, 8.
- [18] *Ps* XXIV, 15.
- [19] *Mt* V, 4.
- [20] *Ps* XXXVI, 11 y 29.
- [21] *Ps* XXXVI, 34.
- [22] *Ibid.* XI, 3.
- [23] *Ps* XLV, 10.
- [24] *Lc* XII, 49.
- [25] *Ps* XC, 10.
- [26] *Ps* XXXVI, 11.
- [27] *Prov* XIV, 30 [LXX].
- [28] *Ibid.* XXV, 15 [LXX].
- [29] *Ps* CXVIII, 165.
- [30] *Prov* XVI, 32 [LXX].
- [31] *Ps* XXXVII, 7-8.
- [32] *Ibid.* 4.
- [33] *Ps* XXIX, 7.
- [34] *Ps* XXIX, 8.
- [35] *Iob* IX, 30-31.
- [36] *Ps* XXXIX, 2-3.
- [37] *Hebr* IV, 2.
- [38] *Prov* XIX, 3 [LXX].
- [39] *Ps* CXXXVIII, 11-12.
- [40] Cfr. *Ps* CXXXII, 1.
- [41] *Mt* XVIII, 19,
- [42] *Ps* LXXV, 2 ss.
- [43] *Ps* LXXXVI, 2.
- [44] *Ps* CXXXVIII, 14.
- [45] *Ps* CXXXIV, 5.
- [46] *Ps* XLV, 9-10.
- [47] *Io* V, 17.
- [48] *Ps* LXXI, 18.
- [49] *Am* V, 18 [LXX].
- [50] *Ps* LXXVI, 11.
- [51] *Ps* LXVII, 29.
- [52] *I Cor* II, 9.
- [53] *Ibid.* 10.
- [54] *Ps* CXXXVIII, 14.
- [55] Afirmación ciertamente anodina, que ha sido censurada con razón por los autores ascéticos, pues la fijación

de seis meses tiene más de arbitrario y subjetivo que de real. Es preferible mantenerse en la idea expresada por el mismo abad al principio del capítulo: «Sería en gran manera temerario querer fijar un tiempo para la adquisición de la castidad».

[56] *Ps* cxxvi, 1.

[57] *Io* xii, 26.

[58] *Mt* vi, 21.

XIV.

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD NESTEROS. DE LA CIENCIA ESPIRITUAL

Capítulos: i. Palabras del abad Nesteros sobre la ciencia propia de los religiosos.—ii. Del conocimiento que debemos tener de las cosas espirituales.—iii. Que la perfección activa consiste en dos cosas.—iv. Que la vida activa se divide en muchas profesiones y estados.—v. De la perseverancia en la profesión abrazada.—vi. De la inconstancia de los febles.—vii. Ejemplo de castidad que demuestra que no todas las prácticas convienen a todos indistintamente.—viii. De la ciencia espiritual.—ix. Que por la ciencia activa nos elevamos a la espiritual.—x. Escuela de la ciencia verdadera.—xi. De los múltiples sentidos que tienen las Sagradas Escrituras.—xii. Cómo es posible echar en olvido la literatura y poesía del siglo.—xiii. Respuesta: cómo podremos evitar esos recuerdos profanos.—xiv. El alma que no es pura es incapaz de dar y recibir la ciencia espiritual.—xv. Objeción: muchos no tienen el corazón puro y poseen la ciencia, en tanto que muchos santos carecen de ella.—xvi. Respuesta: los malos no pueden tener la ciencia verdadera.—xvii. A quiénes se debe revelar la vida perfecta.—xviii. Por qué razones la doctrina espiritual es a veces infructuosa.—xix. Que el don de las palabras saludables se concede inclusive a los indignos.

PALABRAS DE NESTEROS SOBRE LA CIENCIA RELIGIOSA

i. El orden que me propuse seguir y el itinerario de nuestro viaje me llevan como de la mano a exponer ahora la doctrina del abad Nesteros[1], que fue un hombre notable en todos los aspectos, pero, sobre todo, insigne por su ciencia consumada.

Sabíamos de memoria algunos pasajes de las Sagradas Escrituras, cuyo sentido deseábamos desentrañar. Él se dio cuenta de ello y, sin más, empezó a hablar de esta suerte:

Existen en este mundo muchos géneros de deudas. Su variedad iguala a la de las artes y profesiones. Ahora bien, aun cuando sean todas ellas o inútiles o solo provechosas a los intereses de la vida presente, no se encuentra, sin embargo, una sola que no tenga, para su adquisición, un orden o un método propio que facilite la inteligencia de los que aspiran a poseerla.

Si, pues, no nos iniciamos en el conocimiento de estas artes, sino mediante sistemas pedagógicos determinados y concretos, ¿con cuánta mayor razón habrá de proceder así en la disciplina y profesión religiosas, que tienden de suyo a la contemplación de los secretos que encierran los misterios invisibles? Su objetivo no son las ventajas de aquí abajo, sino el precio de la eterna recompensa. Por tanto, hay que convenir en que también ellas tienen un orden y un método bien definidos.

Esta disciplina y profesión monásticas se basan en una doble ciencia. La primera, llamada *πρακτική*, es decir, práctica o activa, tiene por objeto la reforma de las propias costumbres y la purificación de los vicios. La segunda, dicha *θεωρητική*, teórica, consiste en la contemplación de las cosas divinas y el conocimiento de los misterios más sublimes de la Escritura[2].

ii. Quienquiera que aspire a llegar a la teoría es necesario que ponga todo su empeño en adquirir ante todo la ciencia práctica. Esta puede obtenerse sin la teoría, mas la teoría sin

la ciencia práctica es en un todo imposible. Constituyen como dos grados dispuestos metódicamente. para que la humana pequeñez pueda escalarlos y subir a las alturas. Si subimos del uno al otro según la manera sobredicha, podremos, sin duda, llegar hasta la meta. Mas si suprimimos el primero de ellos, es una utopía pretender elevarse por el segundo hasta las cumbres. Porque es vano empeño tender a la visión de Dios si no evitamos previamente el contagio de los vicios; pues: «El Espíritu de Dios se apartará del hombre falso y no habitará en el cuerpo que está sujeto al pecado»[3].

LA PERFECCIÓN ACTIVA ESTÁ VINCULADA A DOS PREMISAS

III. La primera premisa consiste en conocer de antemano la naturaleza de los vicios y el método para curarlos. La segunda estriba en saber discernir el orden o gradación de las virtudes, y conformar nuestra alma a su perfección. De tal suerte, que, en adelante, no sirva ya a las virtudes como esclava ni viva coaccionada por ellas, cual si se viera sometida a un imperio tiránico. Todo lo contrario, que se deleite y se nutra como de un bien connatural, encontrando sus delicias en andar ese camino arduo y angosto.

Porque ¿cómo tender a las virtudes —que forman el segundo grado de esta disciplina activa—, o penetrar los misterios de las cosas espirituales y celestes —en que consiste el grado más sublime de la teoría—, si no se ha podido comprender la naturaleza de los vicios o no se ha esforzado en extirparlos? Es lógico: quien no ha sabido vencer las dificultades de menor importancia, no puede soñar en subir más arriba; quien no ha podido conocer lo que le es innato, mucho menos podrá comprender lo que le es ajeno.

Sepámoslo, pues: es menester más trabajo para librarse de los vicios que para adquirir las virtudes. Y no hablo aquí por conjeturas personales, sino apoyándome en el juicio de Aquel que conoce plenamente las fuerzas y la condición de la criatura que Él mismo plasmó: «He aquí que te constituí hoy sobre las gentes y sobre los reinos, para que arranques y destruyas, y pierdas y disipes, y edifiques y plantes»[4].

Para anular lo que es malo designa cuatro cosas necesarias, que son: arrancar y destruir, perder y disipar. Para perfeccionar las virtudes designó solo dos: edificar y plantar. De donde se desprende que es más difícil arrancar y desarraigar los vicios inveterados del cuerpo y del alma que edificar y plantar las virtudes espirituales.

IV. Esta ciencia práctica se divide en muchas profesiones y estados. Porque, aunque se basa en dos premisas, tiene en realidad múltiples facetas en la vida.

Así vemos que algunos cifran todo su esfuerzo en el secreto del yermo y la pureza de corazón. Tales, en los tiempos pasados, Elías y Eliseo. En nuestros días, el bienaventurado Antonio y otros que siguen el mismo ideal, gozaron de una unión muy íntima con Dios en medio del silencio de la soledad[5].

Muchos han desplegado su celo y solicitud en instruir a los hombres y regir con vigilancia los cenobios. Así, no ha mucho, el abad Juan, que gobernó un gran monasterio en las inmediaciones de la ciudad de Thmuis, y algunos monjes de idéntica vocación que obraron milagros como los que hicieron en la Iglesia primitiva los apóstoles. Otros encuentran sus delicias en el ejercicio de la caridad en el recinto de los hospitales y en

recibir a los peregrinos. Por esta virtud de la hospitalidad sabemos que agradaron al Señor en otro tiempo el patriarca Abraham y Lot, y recientemente, el abad Macario[6]. Este varón, dotado de una mansedumbre y paciencia sin límites, dirigía un hospicio en Alejandría, y cumplió de tal suerte esta, misión, que no se le debe tener en inferior a ninguno de los amantes de la soledad.

Los hubo también que prefirieron el cuidado de los enfermos como fin de su vida, mezclándose entre los miserables y oprimidos. Ora se aplicaban a la enseñanza, ora se ocupaban en distribuir limosnas a los pobres. Y todos ellos brillaron por su compasión y piedad entre los hombres más santos y esclarecidos.

DE LA PERSEVERANCIA EN LA PROFESIÓN ABRAZADA

V. Por lo mismo es útil y conveniente a cada cual, según el estado de vida que ha escogido o la gracia que ha recibido, lanzarse con ardor y diligencia a la realización de la obra comenzada. Está, desde luego, muy en su punto que alabe y admire las virtudes de los demás; pero no por eso debe abandonar en lo más mínimo la vocación que él mismo abrazó una vez. Sepa que, según el Apóstol, el cuerpo de la Iglesia es uno, mas los miembros son muchos, y que tiene dones diferentes, según la gracia que nos concede, ora sea de profecía, según la fe del que la tiene, o de algún ministerio en servicio de sus hermanos, como enseñarles la doctrina, exhortarlos con persuasiones, o dar limosnas sin acepción de personas, o regir con solicitud, o compadecerse de los pobres con alegría[7].

Un miembro no puede reivindicar el oficio de los otros. Porque ni los ojos pueden desempeñar el cometido de las manos, ni la nariz el de los oídos. Pues no son todos apóstoles, ni profetas, ni doctores. No todos tienen la gracia de la curación, ni hablan todos en lenguas ni interpretan tampoco[8].

VI. Ocurre con frecuencia que los que no están aún bien fundados en la perfección que han abrazado oyen hablar con encomio de tal o cual persona que vive en estado diferente del suyo, practicando otras virtudes. Y entonces se entusiasman fácilmente, sintiéndose movidos a imitar en el acto su conducta. Pero estos son conatos inútiles propios de la fragilidad humana, y por lo mismo inanes. Es imposible, en efecto, que un solo hombre sobresalga por igual en todas las virtudes enumeradas más arriba. Semejante pretensión da lugar a un engaño» evidente: porque mientras se corre en pos de todas, no se alcanza perfectamente ninguna. Y de este cambio e inconstancia se cosecha más daño que provecho. Porque muchos son los caminos que conducen a Dios. Por eso, cada cual debe seguir con decisión irrevocable el modo de vida que primero abrazó, manteniéndose fiel en su dirección primera. Cualquiera que sea la profesión escogida, podrá llegar a ser perfecto en ella.

EJEMPLO DE CASTIDAD QUE DEMUESTRA QUE NO TODOS LOS ESTADOS CONVIENEN A TODOS INDISTINTAMENTE

VII. Aparte del perjuicio a que se expone el monje a quien su movilidad de espíritu le inspira el deseo de ensayar otras religiones, incurre en el peligro de perdición. Por la sencilla razón de que muchas veces lo que para unos es apto y conveniente constituye para otros una imprudencia imitarles, de suerte que lo que ha tenido éxito en aquellos resulta contraproducente y positivamente malo para otros.

Citemos un ejemplo. Es como si uno quisiera imitar la virtud de aquel hombre cuya proeza refiere a menudo el abad Juan, como algo no imitable, sino admirable.

Vino a él un día un campesino trayendo consigo las primicias de los frutos que había cogido aquel año. Encontró allí a un poseso a quien atormentaba un demonio sobremanera cruel. Este, menospreciando las órdenes del abad Juan, porfiaba que no saldría del cuerpo del infeliz, ni le abandonaría en sus manos. Mas, sobrecogido de terror a la llegada del campesino, profirió su nombre a grandes gritos con reverencia, y huyó.

El abad admiró en gran manera una gracia tan singular y evidente. Su estupor subió de punto cuando vio que el recién llegado iba vestido de seglar. Comenzó en seguida a averiguar, intrigado, cuál era su género de vida y profesión. «Soy seglar —dijo el otro—, y casado». Mas el bienaventurado Juan, al verle dotado de una virtud y gracia tan excelentes, quiso penetrar mejor el secreto de su vida. El buen hombre declaró que era simplemente un rústico que vivía del trabajo de sus manos. No reconocía en sí mismo virtud alguna, solo que no dejaba de entrar en la iglesia por la mañana, antes de emprender sus tareas del campo, ni por la tarde, cuando regresaba a su casa. En la iglesia daba gracias a Dios por darle el pan cotidiano. Añadió que jamás había hecho sus cosechas sin haber antes ofrecido a Dios las primicias y los diezmos debidos. Que nunca había conducido a sus bueyes por los pastos vecinos sin ponerles el bozal consabido, por temor a que el prójimo sufriera algún daño por su negligencia.

En todo esto el abad Juan no veía nada aún que pudiera explicarle la gracia eminente que le aventajaba a otros, y siguió su interrogatorio, tratando de sondear la virtud oculta de aquel hombre que justificara un don tan subido,

Ante las reiteradas instancias del abad, un sentimiento, mezcla de rubor y respeto, se apoderó del labrador. Confesó que en otro tiempo había tenido la intención de abrazar la vida monástica. Mas la abierta oposición que encontró en sus padres —quienes le obligaron a casarse antes de los once años—, junto con la autoridad paternal, le forzaron, mal de su grado, a tomar mujer. Mas él la miró siempre como a una hermana, respetando su virginidad. Hasta entonces nadie había sabido el secreto de su vida.

Ante estas palabras, el abad, presa de profunda admiración, no pudo menos de exclamar que no sin razón había despreciado el demonio sus oraciones, no pudiendo después tolerar a un hombre semejante. Y añadió que no se atrevería a imitar su virtud, sin peligro de la castidad, no solo en el fuego de sus años juveniles, pero ni siquiera en su vejez.

No obstante, aunque el abad Juan admiraba aquella conducta heroica, no sería él quien aconsejara a ningún monje a hacer tal experiencia. Sabía que muchas cosas, aun siendo justas y razonables en unos, han tenido un fin lamentable en otros que han pretendido

imitarles, y que no todos pueden aspirar a los favores que Dios concede a cimas almas por especial privilegio.

DE LA CIENCIA ESPIRITUAL

VIII. Pero reanudemos el tema de la ciencia, que es lo que dio origen a esta colación.

La *πρακτική* —lo hemos dicho más arriba— se divide en muchas profesiones y estados. En cambio, *θεωρητική* (teoría) se divide en dos partes, es decir, la interpretación histórica y la inteligencia espiritual. De ahí que Salomón, después de haber ponderado la gracia multiforme que tiene la Iglesia, añade: «Todos los que en ella habitan tienen dos vestidos»[9]. La ciencia espiritual, a su vez, comprende tres géneros: la tropología, la alegoría y la anagogía. De ellas se ha dicho en los Proverbios: «Escribe para ti sobre tu corazón estas cosas de tres maneras»[10].

La historia tiene por objeto el conocimiento de los hechos pasados y visibles. El Apóstol da un ejemplo de ello, cuando dice: «Escrito está que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y otro de la libre. El de la esclava nació según la carne; el de la libre, por promesa de Dios»[11]. Lo que sigue se refiere a la alegoría, por cuanto se habla de cosas realmente pasadas que prefiguraban otro misterio. Y así dice: «Esas dos mujeres son dos testamentos: el uno, que procede del monte Sinaí, engendra para la servidumbre. Esta es Agar. El monte Sinaí se halla en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, que es, en efecto, esclava con sus hijos»[12].

La anagogía se eleva de los misterios espirituales a los secretos del cielo, más augustos y sublimes. Se halla expresada en lo que san Pablo agrega inmediatamente: «Pero la Jerusalén de arriba es libre, esa es nuestra madre, pues está escrito: «Alégrate, estéril, que no pares; prorrumpes en gritos, tú, que no conoces los dolores del parto, porque más serán los hijos de la abandonada que los hijos de la que tiene marido»[13].

En cuanto a la tropología, es una explicación moral, en orden a enmendar la vida y corregir los principios de conducta personal. Como si por medio de estos dos testamentos entendiésemos la práctica y la teoría; o si por Jerusalén o el monte Sión queremos entender el alma humana, según aquello: «Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba Sión, a tu Dios»[14].

Las cuatro figuras pueden hallarse reunidas. Así, la misma y única Jerusalén, revestirá, si queremos, cuatro acepciones distintas: en el sentido histórico será la ciudad o metrópoli de los judíos; en el alegórico, la Iglesia de Cristo; en el anagógico, la ciudad celeste «que es madre de todos nosotros», según la sentencia paulina; en el sentidoropológico será el alma humana, a quien vemos que alaba o reprende el Señor con este mismo nombre de Jerusalén.

He aquí en qué términos habla el Apóstol de estos cuatro géneros de interpretación: «Ahora, hermanos, si fuere yo a visitaros, hablando en lenguas diferentes, ¿de qué voy a aprovecharos, si no os hablo o por revelación, o por ciencia, o por profecía, o por doctrina?»[15].

La revelación es aquí sinónimo de alegoría. Descubre, explicándolas según el sentido espiritual, las verdades paliadas por el relato histórico. Como si quisiéramos saber de qué modo nuestros padres estuvieron todos bajo una nube y fueron bautizados por Moisés en el mar, y cómo todos comieron el mismo pan y bebieron de la misma bebida espiritual que brotaba de la piedra, que era Cristo[16]. Esta exposición significa por alegoría que aquella historia es figura del cuerpo y sangre de Cristo, que recibimos cada día.

La ciencia, de que hace también mención el Apóstol, representa la tropología. Por ella juzgamos, merced a un examen prudencial, de la utilidad o bondad de las cosas relativas a la vida práctica. Como, por ejemplo, cuando se nos ordena juzgar si es procedente que las mujeres estén en la iglesia con la cabeza descubierta, lo cual, según he dicho antes, pertenece al sentido moral[17].

La profecía que, como vimos, mentó el Apóstol en tercer lugar, pertenece a la anagogía, por la cual se aplican las palabras a las cosas invisibles y futuras. Por ejemplo, en este pasaje: «No queremos, hermanos, que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis como los demás que carecen de esperanza, Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también Dios por Jesús tomará consigo a los que se durmieron en Él. Esto os decimos como palabra del Señor: que nosotros, los vivos, los que quedamos para la venida del Señor, no nos anticiparemos a los que se durmieron; pues el mismo Señor, a una orden suya, a la voz del Arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero»[18]. Tal es la figura de la anagogía que se halla aquí envuelta en esta especie de exhortación.

Por fin, en cuanto a la doctrina se refiere, se entiende por ella el sentido llano de la exposición histórica. Esta no entraña ningún sentido oculto. Es, sencillamente, el sentido literal que se percibe inmediatamente por el mismo significado de las palabras. Así, verbigracia, aquel texto de san Pablo: «Os he enseñado lo que yo mismo aprendí, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras, y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día y que fue visto por Cefas»[19]. Y también: «Envío Dios a su Hijo, nacido de mujer, que quiso sujetarse a la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley»[20]. Y en otro lugar: «Oye, Israel, tu Dios y Señor es un solo Dios»[21].

POR LA CIENCIA ACTIVA NOS ELEVAMOS A LA ESPIRITUAL

IX. Por tanto, si deseáis llegar a la luz de la ciencia espiritual no a impulsos de la vana jactancia, sino por amor a la pureza, inflamaos ante todo en el deseo de esta beatitud, de la cual se ha dicho: «Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios»[22]. Así podréis alcanzar también aquella ciencia de que habla el ángel a Daniel: «Los que fueren doctos, brillarán como la luz del firmamento, y los que enseñan a muchos, lucirán como estrellas por eternidades sin fin»[23]. Y en otro profeta se lee aún a este propósito: «Proyectad sobre vosotros la luz de la ciencia, mientras dura este tiempo»[24].

Veo que os anima el celo por la lectura. Conservadlo. Y con todo el ardor de vuestro corazón apresuraos a poseer cuanto antes la plenitud de la ciencia práctica, es decir, moral. Sin ella no cabe alcanzar la pureza de la contemplación de que antes hablamos.

Solo los que han llegado a ser perfectos —no por la palabra de sus maestros, sino por la virtud de sus propias acciones— lo obtienen en recompensa, tras de haberla pagado con obras y trabajos. No adquieren la inteligencia de la ley por la meditación, sino como el fruto de su vida. Por eso cantan con el salmista: «El guardar tus mandamientos me hizo entenderlos»[25]. Exclaman llenos de confianza, después de haber eliminado toda pasión: «Salmearé, Señor, y con esto entenderé lo que es la senda inmaculada»[26]. Porque solo comprende, mientras salmodia, las palabras que canta, quien camina por la senda de la inocencia con un corazón puro.

Si es, pues, vuestro designio, preparad en vuestro corazón el santo tabernáculo de la ciencia espiritual, purificaos de la escoria de los vicios, despojaos de toda preocupación mundana. Es imposible que el alma que está ocupada, aun cuando sea levemente, en los cuidados del siglo, merezca el don de la ciencia o sea fecunda en pensamientos espirituales, manteniéndose con firmeza en las lecturas santas.

Poneos en guardia, antes que todo —y especialmente tú, Juan, a quien tus años mozos pueden ayudarte a observar mejor cuanto voy a decir— ponte en guardia, digo, y cuida de no malograr con una vana complacencia tu ardor por las lecturas y tus trabajos llenos de santos deseos. Para ello, en primer lugar, has de imponer silencio a tu boca y hablar lo menos posible. Este es el primer paso que hay que dar en el camino de la ciencia práctica (supuesto que el mayor y más arduo trabajo del hombre está en su lengua). Recibe la doctrina y enseñanzas de los ancianos con suma atención del corazón, pero con los labios sellados por el silencio. Deposítalas con cuidado en el secreto de tu mente, y apresúrate a practicarlas, más bien que enseñarlas en seguida. Y así, en lugar de sentir pretensiones funestas de vanagloria, verás cómo se multiplican los frutos de la ciencia espiritual.

En las conferencias de los ancianos no te tomes la libertad de decir una palabra, salvo si es para saber aquello cuya ignorancia puede serte perjudicial, o lo que te es necesario conocer. Los hay que, poseídos de un secreto orgullo, no hacen sino preguntas para hacer ostentación de lo que saben. Pero es indudable que quien se aplica a la lectura con el vano intento de adquirir la gloria humana, no alcanzará el don de la verdadera ciencia. Esclavo de esta pasión, se verá igualmente encadenado por los lazos: de los otros vicios y particularmente de la soberbia. Derribado de esta suerte en el combate de la ciencia práctica y moral, le será imposible obtener la ciencia espiritual, que nace de aquella como de su fuente. Sé, pues, en todo «pronto a escuchar, tardo para hablar»[27], no sea que incurras en aquel error que reprende Salomón: «Si vieras a un hombre que habla velozmente sin consideración, sepas que ofrece mejores esperanzas un ignorante que él»[28]. No presumas enseñar nada que no hayas practicado antes tú mismo. Este es el orden que debemos seguir, según el ejemplo del mismo Señor: «Empezó Jesús a obrar y enseñar»[29]. Cuidado, pues, en ser fácil a enseñar lo que antes no has vivido, no vayas a ser del número de aquellos de quienes dice el Señor a sus discípulos: «Guardad y haced lo que os dicen, mas no hagáis lo que ellos hacen. Porque dicen y no hacen. Juntan cargas muy pesadas; e insufribles y las ponen sobre los hombros de sus prójimos: mas ellos no quieren siquiera tocarlas con el dedo»[30].

Si el que deja de observar un mandamiento de Dios, por insignificante que sea, y así lo enseña a los hombres, será el mínimo en el reino de los cielos[31], el que ha conculcado muchos y graves preceptos y tiene la pedantería de enseñar a otros, claro es que no será llamado mínimo en el reino de los cielos, sino máximo en el suplicio de la gehena.

Así, en orden a enseñar, no imites la postura de algunos que poseen la habilidad de discurrir y expresarse con palabra fácil. Saben, sí, disertar con elegancia y riqueza de lenguaje sobre cualquier tema propuesto, y en apariencia poseen a los ojos de los hombres la ciencia espiritual, cuando en realidad no saben discernir la índole y carácter de ella.

Porque una cosa es tener soltura y facilidad de palabra y aun cierta elocuencia en el decir, y otra penetrar hasta el corazón de las palabras celestes y contemplar con la mirada pura del alma los misterios más profundos y escondidos, Esto no lo da la ciencia humana ni la cultura de los hombres, sino la sola pureza del alma, ilustrada por la luz del Espíritu Santo.

ESCUELA DE LA CIENCIA VERDADERA

X. Tienes que apresurarte, pues, si quieres llegar a alcanzar la ciencia verdadera de las Escrituras, a fijarte, en primer lugar, de una manera estable, en la humildad de corazón. Esta te conducirá no a la ciencia que hincha, sino a la que ilumina por la consumación de la caridad[32]. Porque es imposible que el alma que no es pura consiga el don de la ciencia espiritual.

Está., pues, sobre aviso, no sea que tu celo por la lectura, en lugar de granjearte la luz de la ciencia y la gloria eterna prometida a los que con ella se alumbran, te sea causa de perdición por la arrogancia que pueda despertar en ti.

En segundo lugar, tras de haber expulsado todos los cuidados y pensamientos terrenos, esfuérzate por todos los medios posibles para aplicarte asiduamente, constantemente, a la lectura espiritual, hasta que esta meditación continua acabe por imbuir e impregnar tu mente, formándola, por decirlo así, a su imagen. Ella hará de tu alma, en cierto modo, un arca de la alianza, encerrando en ella las dos tablas de piedra, es decir, la firmeza de uno y otro Testamento. La hará vaso de oro, que es símbolo de una memoria pura y sin mancha, que conservará para siempre el tesoro escondido del maná, o sea la eterna y celeste dulzura de los pensamientos espirituales y del pan de los ángeles. La hará, en fin, vara de Aarón, esto es, estandarte de la cruz, índice de salvación de nuestro soberano y verdadero Pontífice Jesucristo, recuerdo indeleble de las cosas inmortales. Cristo, en efecto, es la vara que, nacida de la raíz de José, torna a vivir después de su muerte con una vida más pujante.

Todas estas cosas están cubiertas por dos querubes, es decir, la plenitud de la ciencia histórica y la espiritual[33]. Puesto que querubín significa plenitud de ciencia. Cubren sin cesar el propiciatorio de Dios[34], o sea la tranquilidad de tu corazón, guareciéndola contra los ataques de los espíritus del mal.

Así, al devenir tu alma, merced a su continuo afecto de pureza, arca del divino Testamento y reino sacerdotal, absorta en la contemplación de los conocimientos espirituales, cumplirá aquel precepto impuesto al sumo sacerdote por el Legislador: «Nunca saldrá de los lugares santos, para que no manche el santuario de Dios»[35]. Este santuario es su corazón, en donde el Señor promete hacer su morada, diciendo: «Habitaré en ellos y andaré entre ellos»[36].

Por tal razón, debemos procurar aprender de memoria las divinas Escrituras y rumiarlas incesantemente en nuestra mente. Esta meditación ininterrumpida nos reportará dos frutos principales. El primero será que, mientras la atención está ocupada en leer y estudiar, se halla libre de los lazos de los malos pensamientos. El segundo es que, después de haber recorrido varias veces ciertos pasajes, nos esforzamos por aprenderlos de memoria; y cuando no habíamos podido antes comprenderlos —por estar nuestro espíritu falto de libertad para ello—, luego, libres de las distracciones que nos solicitaban, los repasamos en silencio, sobre todo durante la noche, y los intuimos más claramente. Tanto que a veces penetramos en sus sentidos más ocultos; y lo que durante la jornada no habíamos podido entender sino superficialmente, lo captamos de noche cuando nos hallamos sumergidos en un sueño profundo.

SENTIDOS MÚLTIPLES QUE TIENEN LAS SAGRADAS ESCRITURAS

XI. A medida que por este estudio se va renovando nuestro espíritu, nos parecerá que la Sagrada Escritura empieza a cambiar de aspecto para nosotros. Se nos comunica una comprensión más honda y misteriosa, cuya belleza se acrece en razón directa de nuestro progreso. Y es que el texto inspirado se acomoda efectivamente a la capacidad receptiva de la inteligencia humana, y en la medida que se dispone a aprender, se le comunica la inteligencia. Por eso a los hombres carnales les parece la Escritura cosa terrena; a los espirituales, celestial y divina. Y aquellos que las veían antes como envueltas en espesas tinieblas, son ahora incapaces de sondear su profundidad o sostener con la mirada su fulgor.

Un ejemplo arrojará luz sobre esta verdad que tratamos de explicar. Baste citar un solo mandamiento de la Ley. Por él veremos que todos los preceptos celestiales, sin excepción, se extienden a todo el género humano en conjunto, pero también a cada uno según la disposición de su alma y el estado en que se halla. Está escrito: «No fornicarás»[37]. El hombre que es esclavo aún de los vicios vergonzosos de la carne, lo guardará a la letra, tomándolo simplemente en el sentido literal, es decir, tal como suenan las palabras. En cambio, el que está libre de estas pasiones impuras, lo observará espiritualmente. Quiero decir que se mantendrá alejado no solo de las ceremonias idolátricas, sino de toda superstición pagana, de los augurios, de los presagios, de la observación de los signos, de los días y de los tiempos. De igual modo, menospreciará las conjeturas y nombres con que suelen engañar los adivinos y adulterar la pureza de nuestra fe.

Con esta infidelidad se manchó Jerusalén, cuando se dice que se deshonró «sobre todas las colinas elevadas y bajo todo árbol frondoso»[38]. Por eso el Señor la reprende por boca de su profeta, diciendo: «Vengan y te salven los augures del cielo, que contemplan las estrellas y observan los días de los meses, para anunciarte las cosas venideras»[39]. De este mismo pecado la acusa en otra parte el mismo Señor, al decir: «El espíritu de fornicación les engañó y cometieron adulterio contra su Dios»[40].

Quien esté libre de esta doble impureza tiene todavía una tercera que debe evitar. Consiste en las supersticiones de la Ley y del judaísmo, de que habla el Apóstol cuando afirma: «Observáis los meses, los tiempos y los años»[41]; y en otro lugar: «Ni toques, ni gustes, ni tientos»[42]. No es dudoso, en efecto, que estas palabras aluden a las ceremonias judaicas de la Ley. Caer en ellas es volverse infieles a Cristo y hacerse indignos de oír ya las palabras del Apóstol: «Porque os he desposado con un solo varón para presentaros cual casta virgen a Cristo»[43]. Antes bien, nos endereza el reproche que sigue: «Pero me temo no sea que, como la serpiente sedujo a Eva con su astucia, se corrompan vuestras inteligencias, perdida la simplicidad que debéis a Cristo»[44].

Pero si ha sabido evitar esta infidelidad, existe todavía una cuarta, que se comete traicionando la fe, para abrazar una doctrina herética. San Pablo habla en estos términos de ella: «Yo sé que después de mi partida se introducirán entre vosotros lobos bravíos que no perdonarán la grey; y de entre vosotros mismos surgirán hombres que enseñarán cosas perversas para arrastrar discípulos en pos de sí»[45].

En fin, si se ha podido declinar este, último escollo, guárdese de incurrir en el vicio de la infidelidad por un pecado más sutil, que consiste en la divagación de los pensamientos o del espíritu. Porque todo pensamiento no ya torpe, sino simplemente ocioso o que se aleja de Dios, por poco que sea, es a los ojos de los perfectos una inmundicia, una fornicación.

CÓMO ES POSIBLE OLVIDAR LA LITERATURA Y LAS POESÍAS PROFANAS

XII. Al oír estas cosas, un vivo sentimiento de compunción se despertó en mí, para traducirse en seguida en un gemido del alma: «Todos los conceptos por ti expuestos — dije—, y que has ido desarrollando con tanta elocuencia, aumentan el desánimo» que yo había experimentado. Sobre las miserias que son patrimonio común de las almas y que no dudo combaten desde fuera a los espíritus febles, hay en mí una en particular que se opone al desarrollo de mi vida espiritual. Es el mediocre conocimiento que me parece tener de la literatura. Ya sea por el interés que se tomó en mí el pedagogo, ya sea por mi afición de discípulo a la lectura, me impregné de ella hasta el fondo. En mi espíritu se fijaron tan al vivo las obras de los poetas, las fábulas frívolas, las historias bélicas de que fui imbuido en mi infancia y mis primeros ensayos en los estudios, que su memoria me ocupa inclusive a la hora de la oración. Salmodiando o implorando el perdón de mis pecados el recuerdo importuno de los poemas aprendidos resbala por mi mente. La imagen de los héroes y sus combates parecen flotar ante mis ojos. Y mientras estos fantasmas se burlan sarcásticos de mí y bullen en la imaginación, mi alma no puede

aspirar a la contemplación de las cosas celestes. Ni las lágrimas que vierte a diario pueden neutralizar el influjo de semejante quimeras.

XIII. Nesteros. Precisamente de ese mismo mal que te hace desesperar de adquirir la pureza, puede derivarse, a no dudarlo, un remedio tan rápido como eficaz. Basta con que te dispongas a leer y meditar las Escrituras con el mismo interés y diligencia con que abordaste los estudios profanos.

Tu espíritu estará necesariamente ocupado en esos poemas, en tanto no se haya fijado por una igual aplicación y asiduidad en otros objetos que debes ir rumiando en tu inteligencia. Hasta que no hayas abandonado esos pensamientos infructuosos y terrenos, no podrán engendrarse otros espirituales y divinos. Mas, si logras penetrarte íntimamente de estas ideas nuevas, haciendo de ellas vida propia, aquellas podrán ser anuladas paulatinamente. Porque es cierto que la mente humana, de no ocuparse en las cosas de Dios, queda fatalmente envuelta en las que aprendió en otro tiempo. Mientras no tenga en qué asirse y ejercer su infatigable actividad, un peso incoercible la empuja hacia los temas en que se detuvo desde su tierna infancia, girando siempre en torno de aquellos pensamientos que por un largo comercio y una meditación asidua se le hicieron íntimos y familiares.

Por eso comprendo lo que desees. Quieres que la ciencia espiritual tome en ti de una vez para siempre arraigo y solidez. Pretendes no solo gozarla por un tiempo —como aquellos que la poseen no por propia aplicación, sino por referencias de otro y no hacen más que sentir un vago perfume de ella, que se evapora en seguida—, sino asirla y que permanezca en tu espíritu; que forme una sola cosa con él, y te sea familiar y tangible, como algo que la mirada tiene como muy conocido.

Observa, pues, lo que quiero decirte. Tal vez oirás decir en conferencias lo que sabes de sobra. Pues bien: no porque te sea ya conocido debes oírlo de una manera desdeñosa. Al contrario, confía esas cosas a tu corazón con esa avidez que debemos tener siempre cuando prestamos oídos a las palabras de vida —siempre deseables—, o para cuando tengamos que proferirlas nosotros mismos. Aunque se expongan con mucha frecuencia las santas verdades, jamás debe un alma que está sedienta de la verdadera ciencia mostrar fastidio o aversión, antes debe acogerlas como cosas que son siempre nuevas e igualmente apetecibles. Cuanto más a menudo se nutra de esas ideas, más ávida se mostrará de entenderlas y más deseosa de hablar de ellas. Su misma repetición confirmará el conocimiento que tiene de esas verdades, en lugar de serle motivo de disgusto. Porque es indicio de tibieza y orgullo el enojo y la indiferencia por la palabra de salvación, por más que se la ofrezcan con asiduidad excesiva: «Aquel que está harto, pisotea la miel; en cambio, al hambriento, incluso lo amargo le parece dulce»[46]. Si recoge la doctrina con presteza y la deposita con esmero en el santuario de su alma guarecida por el silencio, ocurrirá con esa doctrina lo que con los vinos olorosos y suaves que regocijan el corazón del hombre. Así como la vejez da calidad al licor, así también la canicie y la longanimidad de la paciencia maduran la sabiduría. Entonces asomará esa sabiduría a tus labios como salida del vaso de tu corazón y será como quien exhala fragancias de vida. Será como una fuente de la que manan sin cesar aguas

bienhechoras, acrecidas por la experiencia y la práctica de las virtudes. Irán desbordándose del fondo de tu alma como de un secreto abismo, para precipitarse en olas irrestañables. Ocurrirá en ti lo que acontecía a aquel que cumplió con obras estas cosas: «Bebe el agua de tu cisterna, los raudales de tu pozo; y derramarás fuera tus fuentes, y correrán por la plaza tus aguas»[47]. Y según Isaías: «Serás como huerto regado, como fuente de aguas vivas que no se agotan jamás. Edificarán tus hijos las desiertas ruinas y alzarás los cimientos primeros, y te llamarán reparador de las brechas y restaurador de los caminos deshechos»[48]. Y se te dará también aquella bienaventuranza prometida por el mismo profeta: «Ya no se te ocultará tu maestro, sino que con tus ojos lo verás, y oirás con tus oídos la voz del que te amonesta y dice: Ese es el camino; anda por él y no declines ni a derecha ni a izquierda»[49]. Y así toda la dirección que imprime a tu vida esa ciencia y tu meditación constante, como todos tus pensamientos y aun su orientación incierta, no serán más que una santa e incesante rumia de la ley divina.

EL ALMA QUE NO ES PURA ES INCAPAZ DE DAR Y PERCIBIR LA CIENCIA ESPIRITUAL

XIV. Pero, como he dicho, le es imposible al inexperto conocer o enseñar. Porque, quien no es capaz ni de comprender, ¿cómo lo será de comunicar? Y si, a pesar de ello, tiene la presunción de instruir, sus palabras estarán desprovistas de eficacia, y por lo mismo será nulo su provecho. Sonarán ciertamente en los oídos de sus oyentes, mas no penetrarán en su corazón, traicionado por la vanagloria y la pasividad, que le impiden traducir en obras lo que dice. Porque no parten del tesoro de una buena conciencia, sino de la vana presunción y lactancia.

Repitámoslo: aquel cuya alma no está purificada no sabrá adquirir la ciencia espiritual por más que se empeñe en ello y por asiduo que sea en la lectura. Y la razón es clara. No se encierra en un vaso fétido y corrompido un perfume de calidad; una miel excelente, un licor precioso. Porque el vaso, penetrado como está de esencias malsanas, contaminará, queramos o no, el perfume más oloroso antes; que recibir de él alguna suavidad o fragancia. Tan cierto es que lo puro se corrompe más fácilmente que se purifica lo corrompido. Así es el vaso de nuestro corazón. Si no se le depura desde un principio enteramente del contagio nauseabundo de los vicios, no merecerá recibir este perfume de bendición de que había el profeta: «Como el ungüento que desciende de la cabeza basta la barba de Aarón y baja después hasta la orilla de su vestido»[50]. De igual suerte no podrá tampoco guardar impoluta aquella ciencia espiritual y aquellas palabras de la Escritura que son más dulces que la miel y el panal[51]: «¿Qué participación puede tener la justicia con la iniquidad? O ¿qué sociedad puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué convención puede mediar entre Cristo y Belial?»[52].

XV. GERMÁN. Tu aserción no nos parece fundada en la verdad ni apoyada en razones plausibles. Quienes rechazan la fe de Cristo o la corrompen con opiniones mentirosas o impías no tienen, desde luego, el corazón puro. Pero ¿cómo explicar el hecho de que tantos herejes, judíos y aun católicos, que adolecen de vicios diversos, lleguen a un

conocimiento perfecto de las Escrituras y puedan gloriarse de una ciencia espiritual eminente, mientras que vemos a una multitud incalculable de santos que han purificado su corazón de toda mancha de pecado y, no obstante, contentos con la simplicidad de su fe, ignoran los arcanos de una ciencia más profunda? Y si esto es cierto, ¿cómo puede sostenerse tu opinión, que atribuye la ciencia espiritual a la sola pureza de corazón?

XVI. NESTEROS. No juzga rectamente del valor de una doctrina quien no examina con cuidado todas las palabras que expresan esa doctrina.

He dicho ya que esta clase de gente no tiene sino una cierta habilidad en hablar, unida a una elegancia de elocución. Pero son incapaces de penetrar en la entraña de la Escritura y en el misterio de sus sentidos espirituales. La ciencia espiritual se halla únicamente en aquellos que honran a Dios verdaderamente. No la tenía aquel pueblo a quien se dice: «Oye, pueblo necio, que no tienes corazón, que teniendo ojos no ves y teniendo oídos no oyes»[53]. Y también: «Porque rechazaste la ciencia, te rechazaré yo a ti para que no ejerzas el sacerdocio»[54]. Y como quiera que en Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia[55], ¿cómo creer que quien se desdeña de encontrar a Cristo o blasfema de Él con una lengua sacrílega una vez le ha encontrado, o que deshonra la fe católica con acciones impuras, haya alcanzado la ciencia verdadera? Porque: «El Espíritu de Dios aborrece la ficción y no habitará jamás en un cuerpo sometido al pecado»[56].

No hay otro camino para llegar a la ciencia espiritual que no sea el de conformarse con la orden expresada felizmente por uno de los profetas: «Sembrad —dice— en vosotros la justicia, cosechad la esperanza de vida, prended en vosotros la luz de la ciencia»[57]. En primer lugar, es necesario que sembremos la semilla de la justicia, es decir, propagar en cierto modo nuestra perfección activa con obras de justicia. Luego, debemos cosechar la esperanza de la vida, o sea recoger los frutos de virtudes espirituales, descartando todo vicio camal. De este modo podremos encender en nosotros la luz de la ciencia.

Tal es el orden que enseña también el salmista, al decir: «Bienaventurados los puros en el camino, que andan en la ley del Señor. Bienaventurados los que escudriñan sus preceptos»[58]. No dice primero «Bienaventurados los que escudriñan sus preceptos», y después, «Bienaventurados los que son puros en el camino», sino en primer lugar «Bienaventurados los inmaculados en el camino». Con ello muestra bien a las claras que no cabe sondear el fondo de la palabra divina si no es caminando antes y sin tacha por la senda de Cristo mediante la vida activa.

Los hombres de los que tú hablas, Germán, no poseen, pues, esa ciencia que no puede alcanzar un corazón impuro, sino otra muy distinta, que podríamos llamar *φευδωνυμιον*, es decir, una ciencia postiza o falsa que no merece ese nombre de ciencia, y de la cual dice el Apóstol: «Oh Timoteo, guarda el depósito de la fe, declinando las profanas novedades de las voces, y las oposiciones de la ciencia falsa»[59]. El griego dice: «Las contradicciones de la mal llamada ciencia».

Sobre esos que parecen haber adquirido un barniz de ciencia, o que, dándose con ardor a leer los libros sagrados y aprenderlos de memoria, no evitan los vicios de la carne, tienen los Proverbios esta expresión atinada: «Como un anillo de oro en la nariz de un

puerco, así es la belleza de una mujer de mala vida»[60]. Así es en realidad. Porque, ¿de qué le sirve al hombre poseer las joyas de las palabras celestes y las bellezas sin precio de las Escrituras si se arrastra por el lodo con sus obras y sus pensamientos? ¿No parecerá que pisa una tierra inmunda y destroza esos tesoros y los conculca en el lodazal fangoso de las pasiones impuras? La ciencia se ha dado siempre a aquellos que saben usar bien de ella, no a los que la tratan de ese modo indigno. Esa ciencia se llena de las salpicaduras del fango que hay en ellos. Puesto que la alabanza no es bella si procede de la boca del pecador[61]. Por eso Dios le dice por el profeta: «¿Por qué expones tú mis preceptos y tomas en tu boca mi alianza?»[62]. Y aún léanos en los Proverbios, a propósito de estas almas que no poseen en forma estable el temor de Dios: «El temor del Señor es la disciplina y la sabiduría»[63]. Y, sin embargo, se esfuerzan, merced a una meditación continua, en penetrar el sentido de las Escrituras: «¿De qué le aprovecha al insensato poseer riquezas? El hombre sin inteligencia no podrá alcanzar la sabiduría»[64].

La ciencia verdadera, la ciencia espiritual, dista tanto de esa erudición profana que se mancilla con la sordidez de los vicios de la carne, que la hemos visto aflorar maravillosamente en labios de hombres que carecían en absoluto del don de palabra y eran casi analfabetos. Y esto puede apreciarse con evidencia en los apóstoles y numerosos santos. No se deleitaban en la frondosidad de una palabrería inane, sino que, a semejanza de esos árboles que viven curvados por la abundancia de sus frutos, rebosaban de la ciencia espiritual. De ellos se ha escrito en los Hechos de los Apóstoles: «Al ver la constancia de Pedro y de Juan y viendo que eran hombres sin letras y de humilde condición, se admiraban»[65].

Si, pues, deseas de corazón llegar a poseer ese perfume incorruptible, trabaja con todas tus fuerzas y toma a pechos tu vida espiritual para obtener del Señor la inmaculada castidad. Porque mal puede poseer la ciencia divina quien se deja dominar por sus pasiones y, sobre todo, por la impureza: «En el corazón bueno —dice la Escritura— descansará la sabiduría»[66], y: «Quien teme a Dios, hallará la ciencia junto con la justicia»[67].

El Apóstol nos enseña asimismo que para llegar a la posesión de esta ciencia hemos de observar el orden a que he aludido antes de ahora. Queriendo un día dar como un catálogo de sus virtudes y explicar a la vez la génesis y gradación de ellas, dijo, después de algunas palabras que omito: «En las vigiliass, en los ayunos, en la castidad, en la ciencia, en la longanimidad, en la suavidad, en el Espíritu Santo, en la caridad no fingida»[68]. Este modo de ir conjugando las virtudes unas con otras tiene por objeto enseñarnos que de las vigiliass y ayunos se va a la castidad, de la castidad a la ciencia, de la ciencia a la longanimidad, de la longanimidad a la bondad, de la bondad al Espíritu Santo; del Espíritu Santo al galardón de una caridad sincera.

Cuando, dócil a esta disciplina y a este orden, llegues a la ciencia espiritual, tu saber no será estéril y vano, sino lleno de vida y fértil en frutos. Esparcirás la semilla de la palabra de salvación en el corazón de los oyentes, y el rocío abundantísimo del Espíritu Santo vendrá a fecundarla. Según la promesa del profeta: «La lluvia caerá sobre tu

semilla, dondequiera que hayas sembrado, y el pan que te darán los frutos de la tierra será ubérrimo y pingüe»[69].

A QUIÉNES SE DEBEN REVELAR LOS SECRETOS DE LA VIDA PERFECTA

XVII. Llegará un día en que, no tanto por la lectura como por una laboriosa experiencia, poseerás la doctrina. Y, ya más avanzado en años, estarás en situación de enseñar a los otros. Guárdate entonces de dejarte seducir por la vanagloria y prodigar al azar tu saber a los hombres que no sean puros. Caerías en el escollo que previene Salomón: «No hagas partícipe al malo de los manjares del bueno, ni te engañe la saciedad del vientre»[70].

Y es que «las delicias no convienen al necio»[71], «ni hace falta la sabiduría donde falta el juicio»[72]; pues «el necio se deja llevar de la ignorancia, y el siervo endurecido no se enmienda con palabras. Si entiende lo que le dicen, rehúsa el cumplirlo»[73]. Y también: «No prediques al imprudente para que no se mofe de tus sabias palabras»[74]. Asimismo, el Señor, en el Evangelio: «No deis lo santo a los perros, ni arrojéis a los puercos las piedras preciosas, no sea que las pisoteen con sus pies y os embistan a dentelladas»[75].

Es necesario, pues, ocultar a los hombres de esta laya los misterios de los sentidos espirituales de suerte que podáis cantar con verdad: «Escondí en mi corazón tus palabras, para no pecar contra ti»[76].

Pero acaso me dirás: «¿A quién, pues, confiar los secretos de la Sagrada Escritura? Te contesta el sapientísimo Salomón, diciendo: «Dad embriaguez a aquellos que están en la tristeza, y dad de beber vino a los que están en el dolor, para que echen en olvido la pobreza y no se acuerden más de sus penas»[77]. Como si dijera: a aquellos a quienes el pesar de sus pecados pasados les tiene sumidos en la tristeza y desazón, derramad en su alma a manos llenas la alegría de la ciencia espiritual, cual si fuese un «vino que alegra el corazón humano»[78]. Infundid alientos en esos corazones apesadumbrados, inebriándolos con la palabra de salvación, no sea que, acosados por la mortal desesperación, sucumban a la excesiva tristeza»[79].

Mas de aquellos que viven en el tedio y la negligencia, sin tener en el corazón el más leve remordimiento, he aquí cómo habla la Escritura: «El que se da buena vida y no sabe de dolores, vivirá siempre en la indigencia»[80].

Evita, pues, con todas tus fuerzas, esos tentáculos de la vanagloria, para que puedas compartir el elogio que dedica el profeta a aquel que «no dio su dinero en usura»[81]. Se ha dicho, en efecto, que todo el que por prurito de gloria humana da su dinero a interés, en lugar de merecer encomios, se acarrearé suplicios. De esa palabra de Dios se ha dicho: «Castas son las palabras del Señor, son como plata acrisolada por el fuego, siete veces depurada del polvo de la tierra»[82]. Quien procede, pues, con ese afán de gloria deleznable, es que prefiere disipar el dinero de su señor, para granjearse una ventaja temporal, más bien que el Señor perciba el interés, como está escrito[83].

DOS CAUSAS HACEN ESTÉRIL LA DOCTRINA ESPIRITUAL

XVIII. Dos causas tornan ineficaz la doctrina espiritual. Una de dos: o bien el que enseña no ha vivido lo que dice por experiencia, y entonces sus esfuerzos son nulos y sus palabras vacías de sentido; o bien es el auditorio quien es malo, y adolece de vicios, en cuyo caso, por el endurecimiento de su corazón se mantiene hermético a la doctrina saludable del hombre espiritual. De ellos dice el Señor por el profeta: «Se ha obcecado el corazón de este pueblo, oyendo a disgusto la palabra de Dios. Cerraron sus ojos para no ver con ellos, y sus oídos para no oír, y su corazón para no entender, y no pudieran convertirse y yo los sanara»[84].

XIX. Mas la providencia de Dios, «que quiere que los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad»[85], permite en ocasiones, por su magnífica liberalidad, que incluso quien no se ha hecho digno de predicar el Evangelio por una vida irreprochable, obtenga la gracia de la ciencia espiritual para la salvación de muchos.

Esto nos induce a tratar en una nueva conferencia de los diversos modos con que el Señor concede el carisma de las curaciones para expulsar a los demonios. Pero ya es hora de levantarnos y tomar nuestra comida. Vamos a reservar para esta tarde el examen de esta cuestión. Es un hecho de experiencia que la mente asimila siempre mejor lo que se le da paulatinamente y con pequeñas dosis, sin fatigar el cuerpo con un trabajo excesivo.

[1] Véase *Col.* xi, c. 3 y el prólogo a aquella conferencia.

[2] Los antiguos adoptaban esta división de la ciencia, llamándola *teorética* y *práctica*. Por la teorética entendían no el conocimiento frío y abstracto de las cosas espirituales, sino su contemplación afectuosa que se inspira en la caridad. Esta es superior a la ciencia práctica, que consiste en la lucha contra los vicios y la adquisición de las virtudes. Por lo demás, en el cap. VIII de esta colación, entenderá el abad la *teorética* como el conocimiento e inteligencia de las Sagradas Escrituras.

[3] *Sap* i, 5-4.

[4] *Ier* i, 10.

[5] Santo Tomás usó de este pasaje para probar la existencia y diversidad de las órdenes religiosas. Véase *Sum. Teol.* II.^a II^{ae}. q. 188, a. 2.

[6] Se trata de Macario de Alejandría, no del de Egipto. Fue discípulo de san Antonio. De él nos ha hablado Casiano reiteradas veces en las *Colaciones*, *passim*.

[7] Cfr. *Rom* xii, 4 ss.

[8] Cfr. *I Cor* xii, 28.

[9] *Prov* xxxi, 21 [LXX].

[10] *Ibid.* xxii, 20 [LXX].

[11] *Gal* iv, 22-23.

[12] *Gal* iv, 24-25.

[13] *Ibid* xxvi, 27.

- [14] *Ps* cXLVII, 12.
- [15] *I Cor* xiv, 6.
- [16] *Ibid.* x, 1-4.
- [17] *I Cor* xi, 13.
- [18] *I Thes* iv, 32-15.
- [19] *I Cor* xv, 3-5.
- [20] *Gal* iv, 5.
- [21] *Deut* vi, 4.
- [22] *Mt* v, 8.
- [23] *Dan* xv, 3-5.
- [24] *Os* x, 12 [LXX].
- [25] *Ps* cxviii, 104.
- [26] *Ps* c, 1-2.
- [27] *Iac* i, 19.
- [28] *Prov* xxix, 20.
- [29] *Act* i, 1.
- [30] *Mt* xxiii, 3-4.
- [31] *Mt* v, 19.
- [32] Cfr. *I Cor* viii, 1.
- [33] Cfr. *Hebr* ix, 4-5.
- [34] Cfr. *Is* xi, 1.
- [35] *Lev* xxi, 12.
- [36] *II Cor* vi, 16; cfr. *Lev* xxvi, 12; *Ier* xxxvii, 27.
- [37] *Ex* xx, 14.
- [38] *Ier* iii, 6.
- [39] *Is* xlvi, 13.
- [40] *Os* iv, 12.
- [41] *Gal* iv, 10.
- [42] *Col.* ii, 21.
- [43] *II Cor* xi, 2.
- [44] *Ibid.* 3.
- [45] *Act* xx, 29-30
- [46] *Prov* xxvii, 7 [LXX].
- [47] *Prov* v, 15-16 [LXX].
- [48] *Is* lviii, 11-12.
- [49] *Ibid.* xxx, 20-21.
- [50] *Ps* cxxxii, 2.
- [51] Cfr. *Ps* xviii, 11.
- [52] *II Cor* vi, 14-15.
- [53] *Ier* v, 21.
- [54] *Os* iv, 6.
- [55] Cfr. *Col.* ii, 3.
- [56] *Sap* i, 5-4.
- [57] *Os* x, 12 [LXX].
- [58] *Ps* cxviii, 1-2.
- [59] *I Tim* vi, 20.
- [60] *Prov* xi, 22 [LXX].
- [61] Cfr. *Eccl* xv, 9.
- [62] *Ps* xlix 16.
- [63] *Prov* xv, 33 [LXX].
- [64] *Ibid.* xvii, 16 [LXX].
- [65] *Act* iv, 13.
- [66] *Prov* xiv, 33.
- [67] *Eccl* xxxii, 20.
- [68] *II Cor* vi, 5-6.
- [69] *Is* xxx, 23.

- [70] *Prov* xxiv, 15 [lxx].
- [71] *Ibid.* xix, 10 [lxx].
- [72] *Ibid.* xviii, 2 [lxx].
- [73] *Ibid.* xix, 19 [lxx].
- [74] *Ibid.* xxiii, 9 [lxx].
- [75] *Mt* vii, 6.
- [76] *Ps* cxviii, 11.
- [77] *Prov* xxxi, 6-7 [lxx].
- [78] *Ps* ciii, 15.
- [79] *II Cor* ii, 7.
- [80] *Prov* xiv, 23 [lxx].
- [81] *Ps* xiv, 15.
- [82] *Ps* vi, 7.
- [83] Cfr. *Mt* xxv, 27.
- [84] *Is* vi, 10 [lxx].
- [85] *I Tim* ii, 4.

XV.

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD NESTEROS. DE LOS CARISMAS DIVINOS

Capítulos: i. Disertación del abad Nesteros sobre tres géneros de carismas.—ii. En qué se debe admirar a los santos.—iii. Resurrección de un muerto obrada por el abad Macario.—iv. Del milagro que obró el abad Abraham sobre los senos de una mujer.—v. Curación de un cojo obrada por el mismo abad.—vi. No hay que estimar el mérito de cada cual por los signos que obra.—vii. Que la virtud de los que están adornados de carismas no consiste en obrar maravillas, sino en la humildad.—viii. Que es más admirable ahuyentar los vicios del propio corazón que arrojar los demonios de un poseso.—ix. Cuánto aventaja una vida virtuosa a las obras prodigiosas.—x. Revelación sobre la prueba de la castidad perfecta.

SOBRE TRES GÉNEROS DE CARISMAS

I. Concluida la sinaxis del atardecer, nos sentamos los dos, según costumbre entre los monjes, encima de esteras. Con espíritu atento aguardamos la conferencia que se nos había prometido. Por deferencia al anciano permanecemos por entonces en silencio. Luego tomó él la iniciativa y puso fin a nuestra reserva con estas palabras:

El orden de la conferencia precedente nos lleva como de la mano a examinar la razón de ser de los carismas espirituales. La tradición de los antiguos nos dice que es triple.

La causa primera del don de curación es el mérito de la santidad: por eso la gracia de los milagros acompaña a los elegidos y a los justos. Que los apóstoles, pongo por caso, y un gran número de santos han llevado a cabo señales y prodigios, es un hecho incuestionable. Lo hacían por mandato del Señor, que les había dicho: «Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, sanad a los leprosos, lanzad a los demonios; gratis lo recibís, dadlo gratis»[1].

La segunda causa es la de la edificación de la Iglesia, y en recompensa de la fe, ya sea de los que ofrecen a sus enfermos para ser curados, ya de estos mismos.

Pero esta virtud de curar se encuentra asimismo en los pecadores y en los indignos. De ellos habla el Señor en este pasaje del Evangelio: «Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tui nombre hicimos muchos milagros? Yo entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad»[2].

Por el contrario, la falta de fe en los enfermos o en aquellos que los ofrecen es un obstáculo para quienes han recibido el don de curar y ejercer así su poder. El evangelista san Lucas dice a este respecto: «No podía Jesús hacer milagros entre ellos por mor de su incredulidad»[3]. Por donde el mismo Señor afirma en esta ocasión: «Muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue curado sino el sirio Naamán»[4].

El tercer género de curaciones es debida a la astucia y artificios del maligno. Duele pensar cómo a veces son objeto de admiración los milagros obrados por quienes están sumergidos en el cieno de vicios manifiestos, creyéndoseles siervos de Dios. Son ardides

de los espíritus del mal que les inducen a imitar incluso sus miserias. Esto da asimismo ancho margen a la crítica, y al propio tiempo queda desprestigiada la santidad de la religión. Y, cuanto menos, cabe esperar que incidirá en culpas más irreparables quien da crédito a los que con el corazón henchido de soberbia hacen gala de poseer el don de curación.

Todo esto explica por qué los demonios, al encontrarse con almas desprovistas de santidad y frutos espirituales, fingen pronunciar con terror sus nombres, cual si sus méritos fueran para ellos un infierno insoportable que les arroja de los cuerpos de sus posesos.

De ella escribe el Deuteronomio: «Si se alzare en medio de ti un profeta o un soñador que te anuncia una señal o un prodigio, aunque se cumpliera lo que te habló y te diga: vamos tras de otros dioses —dioses que tú no conoces— y sirvámosles, no escuches las palabras de ese profeta o de ese soñador porque os prueba el Señor, tu Dios, para saber si amáis al Señor, vuestro Dios, con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma»[5]. Igualmente se dice en el Evangelio: «Se levantarán falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes señales y prodigios para inducir a error, si posible fuera, aun a los mismos elegidos»[6].

II. Por lo mismo, no debemos admirar nunca a aquellos que se precian de obrar maravillas y adoptan por ello una actitud altanera. Lo que debemos considerar ante todo es si devienen más perfectos por la corrección de sus vicios y la enmienda de sus costumbres. Esto, lejos de concederlo Dios a unos por la fe de otros, o por causas ajenas a nosotros, es pura merced de la gracia que Dios dispensa a cada cual en razón del celo y fervor que les anima.

Esta es la ciencia actual o práctica que denomina el Apóstol con el nombre de caridad. San Pablo se vale de toda su autoridad apostólica para situar esta virtud sobre el don universal de las lenguas de los hombres y de los ángeles[7], sobre esa plenitud de fe capaz de trasladar las montañas, sobre toda ciencia y profecía, sobre la renuncia a todos nuestros bienes, e incluso sobre la gloria del martirio. Después de enumerar los distintos géneros de carismas: «A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría, a otro la palabra de ciencia, a este fe, a aquel el don de curaciones, a otro operaciones de milagros», etc., aborda el tema de la caridad. Con una sola frase veréis que la coloca por encima de todos los demás carismas: «Pero quiero mostraros —afirma— un camino mejor»[8].

Lo que demuestra con evidencia que la suma de la perfección y la felicidad no estriban en obrar esas maravillas, sino en la pureza de la caridad. Y no sin razón: porque mientras aquellas están condenadas a desaparecer, esta permanece para siempre. He ahí por qué nuestros padres no aspiraron nunca a hacer semejantes prodigios. En esto adoptaron siempre una conducta opuesta: dotados muchas veces de este poder por gracia del Espíritu Santo, solo lo ejercían cuando se veían apremiados por una necesidad ineludible.

III. Recuerdo que fue así como el abad Macario[9], el primero que habitó en el desierto de Escete, obró el milagro de la resurrección de un muerto.

Un hereje —secuaz del traidor Eunomio[10]— se esforzaba por socavar la fe católica con los sutiles sofismas de la dialéctica. Había seducido ya a una gran multitud. Muchos católicos, a quienes conmovía en lo más hondo esta desdicha, solicitaban con empeño que se pusiera coto inflexible a la acción subversiva del sectario. El santo abad Macario creyóse en el deber de intervenir, librando la fe sencilla de los egipcios del inevitable naufragio que la amenazaba.

Al llegar este, el hereje le presentó batalla usando de argumentos dialécticos. Sabiéndose vencedor de la simplicidad e ignorancia del monje, pretendía arrollarle en la enmarañada selva del aristotelismo. Pero el santo abad Macario puso fin a su verbosidad con una concisión verdaderamente apostólica: «El reino de Dios —dijo— no está en palabras, sino en realidades»[11]. Vamos, pues, a donde están las tumbas de los muertos, e invoquemos el nombre del Señor sobre el primer cadáver que encontremos a nuestro paso. Demos así cumplimiento a lo que está escrito, mostrando nuestra fe por las obras[12]. El testimonio divino declarará dónde están los indicios de la verdadera fe. No será ya por medio de vanas disputas ni huera palabras que pondremos de manifiesto la verdad, sino por el poder de los milagros y por el juicio de Aquel en quien no cabe error. El hereje, al oír esto, se sintió desfallecer ante la perspectiva de tener que darse por vencido en presencia del pueblo que le rodeaba. Fingió al momento aceptar la condición que se le proponía, y prometió que al día siguiente estaría allí.

A la mañana siguiente, una gran muchedumbre, ávida de contemplar el espectáculo, se encaminó presurosa al lugar designado de antemano. En vano se esperó al hereje. Este, consciente de su infidelidad, y temeroso de su fracaso, había emprendido la fuga, abandonando Egipto apresuradamente. Le esperaron hasta las tres de la tarde con todo el pueblo. Macario adivinó que, convencido de su mala conciencia, había el sectario desistido de acudir a la cita. Llevándose entonces consigo a toda la multitud que aquel había inducido a error, se dirigió al lugar donde estaban las tumbas.

Los egipcios debieron adoptar, a consecuencia de las inundaciones del Nilo, una costumbre, todavía hoy en vigor. Durante una buena parte del año el país está cubierto en toda su extensión por el desbordamiento regular de las aguas. Semeja un mar inmenso, y no hay otro medio de circular de una a otra parte que echando mano de embarcaciones. Por eso los muertos, una vez embalsamados con aromas y perfumes concentrados, son exhumados en nichos o celdillas que están más elevados que la superficie del suelo. La tierra, continuamente saturada de agua, no puede albergar cuerpo alguno, y, caso de que se pretenda cavarla para depositar algún cadáver, no tarda este en emerger a la superficie, quedando a flote sobre las aguas.

Pues bien: una vez llegados al lugar de referencia, el venerable Macario se detuvo cerca de uno de los sepulcros más antiguos, y exclamó: «Dime, hombre: si este hereje, hijo de perdición, hubiese venido aquí conmigo, y en su presencia, invocando el nombre de Cristo, mi Dios, yo te hubiese llamado, ¿te hubieras levantado delante de esta

multitud que aquel impostor intentaba arrastrar a la perdición?». El muerto, incorporándose, respondió afirmativamente.

A continuación, el abad Macario le preguntó qué profesión había ejercido durante su vida y si había conocido el nombre de Cristo. A lo que respondió él que había vivido bajo las dinastías de los más antiguos reyes, y que en aquella época no había oído hablar del nombre de Cristo. «Duerme en paz—repuso Macario—. Y espera a que Cristo, al fin de los tiempos, te resucite con los demás».

Como se ve, esta gracia carismática y este poder sin igual hubieran tal vez permanecido ocultos —por lo menos, en cuanto dependía de él—, si la necesidad y peligro de toda una región y su acendrado celo y amor al Señor no le hubieran forzado a obrar semejante milagro. Porque no cabe dudar que no lo hizo por ostentación ni por vanagloria, sino por la caridad de Cristo y el bien e interés de todo un pueblo.

Algo parecido realizó el profeta Elías, como leemos en el libro de los Reyes. Hizo que descendiera fuego del cielo sobre las víctimas colocadas en la hoguera, solo con intención de salvar la fe del pueblo, que periclitaba ante los artificios de falsos profetas.

MILAGRO DEL ABAD ABRAHAM SOBRE EL SENO DE UNA MUJER

IV. ¿A qué recordar aún las grandes gestas llevadas a cabo por el abad Abraham, a quien por la simplicidad que irradiaba su vida y por su inocencia, llamaban comúnmente *απλούς*, es decir, «el simple».

En cierta ocasión había abandonado el desierto con objeto de segar las mieses en Egipto, durante los días de Pentecostés[13]. Por el camino, una mujer se acercó a él, llena de congoja, asediándole con ruegos y lágrimas. Llevaba en sus brazos a su pequeño, medio desfallecido y casi exánime, por falta de leche con que alimentarlo. El abad acabó por darle a beber a ella un vaso de agua sobre el cual había trazado la señal de la cruz. Aún no lo había bebido la madre del todo, cuando las ubres secas empezaron a llenarse maravillosamente de leche que destilaba ya abundante de su pecho.

V. El mismo abad se encaminaba en otra coyuntura a cierto caserío, cuando, de pronto, le salió al encuentro una turba de gente que le rodeó con ánimo de mofarse de él y ridiculizarle. Chanceándose, le mostraron a un hombre tullido. Una de sus rodillas, contraída por completo, le hacía imposible, desde hacía muchos años, el uso de sus piernas, obligándole a arrastrarse a duras penas. «Abad Abraham —le decían para tentarle—, si tú eres servidor de Dios, demuéstalo y devuelve a este hombre su salud, para que creamos que el nombre de Cristo, a quien adoras, no es un nombre vano». Al punto invoca el nombre del Señor, se inclina delante del paciente y, tomando el pie seco, lo distiende, accionando vivamente con él. Al contacto de su mano, la rodilla seca y curva se endereza inmediatamente; el enfermo recobra el uso de sus piernas, que había perdido hacía tiempo, y se va rebosante de alegría.

VI. Estos santos varones no se atribuían absolutamente nada del poder que tenían al obrar tales maravillas. Reconocían paladinamente que no se les debían en modo alguno por sus

méritos; sino que todo debía atribuirse a la misericordia de Dios. A la gloria y admiración humanas que les granjeaban sus milagros oponían estas palabras tomadas del Apóstol: «Varones israelitas, ¿qué os admiráis de esto o qué nos miráis a nosotros, como si por nuestro propio poder o por nuestra piedad hubiéramos hecho andar a este?»[14].

A su juicio, nadie debía ser alabado por los dones y maravillas de Dios, sino más bien por los frutos de las virtudes que se recogen no sin el trabajo de la mente y el esfuerzo de las buenas obras. A menudo, sin embargo, como queda dicho, acontece que hombres corrompidos en el espíritu y sospechosos en la fe lanzan a los demonios y obran los más estupendos prodigios en el nombre del Señor.

De ello se lamentaban los apóstoles en cierta ocasión al Señor, diciéndole: «Maestro, hemos visto a uno echar lo demonios en tu nombre y se lo hemos estorbado, porque no era de nuestra compañía»[15]. Pero Cristo les respondió: «No se lo estorbéis, pues el que no está contra vosotros está con vosotros»[16]. No obstante, al fin de los tiempos, cuando ellos exclamarán: «¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamus los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?»[17]. Él les responderá: «Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad»[18]. Y el Señor advierte también a aquellos a quienes ha adornado con semejantes carismas que no deben ensoberbecerse: «No os alegréis de que los espíritus os estén sometidos; alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos»[19].

VII. El mismo autor de ostentos y milagros encarece a sus discípulos a seguir en esto su doctrina. Quiere manifestar a sus discípulos más fieles —escogidos entre muchos— lo que deben aprender de él sobre todo. «Venid y aprended de mí»[20], les dice. Pero no a lanzar a los demonios por el poder recibido del cielo, ni a curar a los leprosos, ni a devolver la luz a los ciegos, ni a resucitar a los muertos. Porque, aun cuando obro todas estas cosas por medio de algunos de mis siervos, la humana condición no puede compartir las alabanzas debidas a solo Dios. El ministro y el esclavo no pueden atribuirse la más mínima fracción de gloria, que es solo privativa de la divinidad.

Mas vosotros «aprended de mí» esto: «Que soy manso y humilde de corazón»[21]. He aquí lo que a todos es posible aprender y practicar. Obrar signos y prodigios no es siempre necesario ni mucho menos útil a la mayoría, y por lo mismo no se concede tampoco de una manera universal.

La humildad, por consiguiente, maestra de todas las virtudes, es, a la par, el fundamento incommovible del edificio sobrenatural, el don por antonomasia y la gracia más excelsa del Salvador. Quien se proponga imitar la mansedumbre del Señor, mas no en la sublimidad de sus portentos, sino en la paciencia y humildad, este tal podrá llevar a cabo sin peligro de altivez todos los milagros que Cristo ha realizado a lo largo de su vida. Y, al contrario: quien arde en deseos de imperar a los espíritus, devolver la salud a los enfermos y captarse la admiración de las gentes gracias a sus obras extraordinarias, por más que invoque el nombre de Cristo con ostentación, siempre será ajeno a Cristo, ya que su alma orgullosa no sigue las enseñanzas y las huellas del Maestro de humildad.

Cristo, antes de subir al Padre, hizo, por así decirlo, una especie de testamento, dejando a sus discípulos este legado: «Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos

a los otros, como yo os he amado; así también amaos mutuamente»[22]. Y añade en seguida: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros»[23]. No dice: Si hacéis prodigios y milagros. Antes bien: «Si os tenéis mutua dilección». Y este amor, desde luego, no puede conservarlo sino el que es manso y humilde.

Consiguientemente, nuestros mayores nunca consideraron como monjes perfectos y exentos de la vanidad a los que blasonan de ser exorcistas, y procuran con petulancia divulgar entre la turba de admiradores la gracia que han merecido o se han arrogado.

Todo en vano. Pues «quien se apoya en mentiras, ese tal se alimenta del viento, y corre neciamente tras las aves que vuelan»[24]. No admite duda que les sucederá lo que se anuncia en los Proverbios: «Nube y viento sin lluvia es el hombre que se jacta de vana liberalidad»[25]. Por donde, si alguien se nos presenta con objeto de realizar tales maravillas, lo que debe merecernos la estimación del autor no es el prodigio en sí, sino únicamente la santidad de su vida. No debemos indagar si le están sujetos los espíritus, sino si posee la caridad en sus diversas manifestaciones, tal como nos la describe san Pablo[26].

QUE ES MÁS ADMIRABLE DESARRAIGAR LOS VICIOS DEL PROPIO CORAZÓN

VIII. Y en verdad que es mayor prodigio extirpar de la propia carne los retoños de la lujuria que lanzar de un poseso los espíritus inmundos que le atenazan. Es un signo más excelente y magnífico coartar por la virtud de la paciencia los movimientos de la ira que imperar a las potestades de los aires. Es más difícil alejar del propio corazón las mordeduras de la tristeza que nos devora que expeler las enfermedades y fiebres corpóreas que aquejan a los demás. En fin, es por muchas razones una virtud más noble y de mayores quilates curar los desmayos del alma que las debilidades físicas de nuestros semejantes. Y es que cuanto más el alma se eleva sobre la carne, tanto más preciosa es su curación, y cuanto es ella de más excelente y superior naturaleza, tanto más funesta y deplorable es su fuina.

IX. Con respecto a las curaciones que afectan al organismo, se ha dicho a los apóstoles: «No os alegréis porque los demonios se os sometan»[27]. Puesto que no era su poder personal la causa de estos prodigios, sino la virtud del nombre a quien invocaban. Y he aquí por qué el Señor les amonesta a no reivindicar felicidad ni gloria por lo que es solo producto de la potencia y virtud de Dios. Únicamente pueden aspirar a ellas apoyándose en la pureza íntima de su vida y de su corazón, que les merece tener sus nombres escritos en el cielo.

X. Y para refrendar con el testimonio de los ancianos y los divinos oráculos cuanto acabo de deciros, veamos lo que nos dicen nuestros mayores. He aquí lo que opinaba el abad Pafnucio, o mejor, lo que se le manifestó por la revelación de un ángel, acerca de los prodigios que solicitan la admiración de los hombres y sobre el don de la pureza. Digámoslo con sus mismas palabras y experiencias.

Este hombre venerable, después de vivir largos años en una gran austeridad de vida, creyóse libre ya de todos los asaltos de la concupiscencia. Habiendo resistido largo tiempo los embates del enemigo, tenía conciencia de haberlos superado todos.

Mas un día acertaron a visitarle ciertos huéspedes, y mientras les aderezaba un plato de lentejas —que ellos llaman «atera»—, una llama furtiva se escapó por una rendija del hornillo, al acercarse, y le quemó la mano. Este incidente causó en él una tristeza profunda, diciéndose para sus adentros: «¿Por qué el fuego no ha de estar en paz conmigo, cuando han cesado los combates mucho más terribles para mí de los espíritus? Si esta llama exigua y pasajera no me ha perdonado, ¿cómo en el día temible del juicio, al penetrarme el fuego inextinguible que prueba el mérito de cada cual podré sustraerme a su acción devoradora?».

Agitado por tales pensamientos y lleno de pesadumbre, quedó de pronto sumido en un sueño, y apareciéndosele un ángel del Señor, le dijo: «¿Por qué te entristeces, Pafnucio? ¿Por qué te asombra que este fuego de la tierra no esté en paz contigo, cuando queda aún en tus miembros otro fuego, el lastre de la concupiscencia que no has logrado todavía apagar? Mientras estas raíces de liviandad vivan en tu carne, no cabe esperar que el fuego material se muestre benigno contigo. Solamente estarás inmunizado contra él cuando hayas dejado de sentir los movimientos subversivos de tu corazón. Y esta será la señal clara y evidente de ello: si en presencia de una doncella hermosísima, despojada de sus vestidos, tu corazón guarda inalterable su tranquilidad, entonces efectivamente esta llama visible te será tan suave cuanto inofensiva, como lo fue a los tres jóvenes en el horno de Babilonia».

Esta revelación impresionó vivamente al anciano. No intentó, por supuesto, ensayar lo que se le había dicho de parte de Dios. Se limitó a interrogar a su conciencia y examinar la pureza de su corazón. Consecuencia: se dio perfecta cuenta de que su castidad no podría resistir a una prueba semejante. «No es de admirar —se decía— que, incluso después de haber visto que el enemigo cejaba en su lucha contra mí, experimente yo la quemadura del fuego que yo consideraba menos terrible que los asaltos de aquel. Realmente, es una virtud más excelsa y una gracia más sublime extinguir en sí el fuego de la carne que sujetar con el signo de la cruz y el poder del Altísimo los espíritus malignos que nos acosan o lanzarlos del cuerpo de los posesos invocando el nombre de Dios».

Hasta aquí el abad Nesteros. Así había terminado su exposición sobre la verdadera operación de los carismas. Luego, prosiguiendo las enseñanzas de su doctrina, nos acompañó hasta la celda del abad José, distante de la suya unas seis millas.

- [1] *Mt* x, 8.
- [2] *Ibid.* vii, 22-23.
- [3] Como se ve, *Casiano* atribuye aquí erróneamente el texto de *Mc* v, 5-6 a san Lucas.
- [4] *Lc* iv, 27.
- [5] *Deut* xiii, 1-3.
- [6] *Mt* xxiv, 24.
- [7] *I Cor* xiii, 1-3.
- [8] *I Cor* xii, 8-10, 31.
- [9] *Sozomeno* en iii, 14, y *Paladio*, en el c. xvii de su *Historia Lausiaca*, mencionan este milagro. *Rufino*, en la *Hist. Monach*, c. xxviii, hace también mención de él con profusión de detalles y ciertas variantes accesorias.
- [10] Fue Eunomio acérrimo defensor de la herejía arriana. Utilizaba, para propugnar sus errores, las argucias dialécticas; de ahí que *Casiano* aluda a las «espinas aristotélicas».
- [11] *I Cor* iv, 20.
- [12] Cfr. *Iac* ii, 14.
- [13] Pentecostés equivale a la palabra latina quincuagésima, y designaba entre los antiguos los cincuenta días que van desde Pascua a Pentecostés, comprendiendo ambas solemnidades y formando una sola fiesta litúrgica.
- [14] *Act* iii, 12.
- [15] *Lc* ix, 49.
- [16] *Ibid.* 50.
- [17] *Mt* vii, 22.
- [18] *Ibid.* 23.
- [19] *Lc* x, 20.
- [20] *Mt* xi, 28.
- [21] *Ibid.* xi, 29.
- [22] *Io* xiii, 34.
- [23] *Ibid.* 35.
- [24] *Prov* x 4.
- [25] *Ibid.* xxv, 14 [Lxx].
- [26] Cfr. *I Cor* xiii, 4 s.
- [27] *Lc* x, 20.

XVI.

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD JOSÉ. DE LA AMISTAD

Capítulos: i. De lo primero que nos preguntó el abad José.—ii. Exposición del anciano sobre las amistades inestables.—iii. Cuál es el origen de la amistad indisoluble.—iv. Si debe realizarse una obra útil, aun cuando se oponga el deseo de nuestro hermano.—v. La amistad constante no podrá coexistir sino entre los perfectos.—vi. Por qué medios puede conservarse inviolable la amistad.—vii. Que nada debe anteponerse a la caridad, ni nada posponerse a la ira.—viii. Causas de las disensiones entre los espirituales.—ix. Que es preciso eliminar, al igual que las otras, las causas espirituales de discordia.—x. De la mejor manera de examinar la verdad.—xi. Imposible que quien se fia del propio juicio no sea engañado con las ilusiones del diablo.—xii. Por qué no debemos menospreciar a los inferiores en las conferencias espirituales.—xiii. Que la caridad no es solo cosa de Dios, sino el mismo Dios.—xiv. De los grados de caridad.—xv. De aquellos que con disimulo avivan su propia ira o la de sus hermanos.—xvi. Que el Señor rechaza las oraciones de aquel contra el cual está enojado su hermano.—xvii. De los que juzgan que deben mostrarse más pacientes con los seglares que con sus hermanos.—xviii. De quienes afectando una paciencia mentirosa, excitan a sus hermanos a la ira con su silencio.—xix. De los que ayunan porque están enojados.—xx. De la falsa paciencia de quienes, abofeteados, ofrecen la otra mejilla.—xxi. Cómo es posible que, obedeciendo a los mandamientos de Cristo, no alcancemos la perfección.—xxii. Cristo no solo mira la obra en sí, sino la voluntad del que la hace.—xxiii. Que el saber plegarse a la voluntad de otro es indicio de fortaleza y personalidad.—xxiv. Que los débiles, con ser ofensores, no pueden ellos mismos soportar las ofensas.—xxv. ¿Cabe atribuir la cualidad de fuerte a aquel que no sabe soportar al débil hasta el fin?—xxvi. Que en realidad es el débil quien se opone a que le sufran los otros.—xxvii. Del modo de sofocar la ira.—xxviii. Las amistades que estriban en un juramento no pueden tener firmeza alguna.

PRIMERAS IMPRESIONES CAMBIADAS CON EL ABAD JOSÉ

i. El santo abad José, cuyas enseñanzas y preceptos debo exponer ahora, era uno de los tres ancianos de quienes hice mención en la primera conferencia^[1].

Era oriundo de una esclarecida familia y hombre distinguido en su ciudad natal, que se llama Thmuis, en Egipto. Había aprendido a hablar con suma corrección no solo la lengua de su país, sino también el griego. De suerte que, en compañía de gentes que, como nosotros, ignorábamos en absoluto el copto, podía expresarse con mucha elegancia, sin verse obligado a recurrir, como los otros, a un intérprete.

Habiendo conocido nuestro deseo de escuchar sus lecciones, nos preguntó, ante todo, si éramos hermanos. Al saber que lo éramos, en efecto, aunque no de nacimiento, sino según el espíritu, y que desde el origen de nuestra conversión nos había unido una inseparable sociedad, tanto durante el viaje que habíamos emprendido para formarnos en la milicia espiritual, como en los santos ejercicios del monasterio, empezó así:

ii. Existen entre los hombres muchos géneros de consorcio y amistad, como diversas son las relaciones que el amor engendra en ellos.

Para algunos, una recomendación previa ha sido la causa de que se pusieran en contacto; luego, ese conocimiento mutuo les ha hecho entablar comercio de amistad. Algunos han llegado a intimar con ocasión de algún contrato o convenio estipulado entre sí. Otros han trabado relaciones a causa de la afinidad y semejanza en los mismos negocios, en el servicio militar, en el estudio o en una idéntica profesión. Esto es lo que les ha hecho solidarios en sus empresas e intereses. Ahora bien, esta solidaridad es capaz

de poner tanta dulzura en los corazones más salvajes, que incluso aquellos que en las selvas y en los bosques se dedican al pillaje y ahogan en sangre su furor, amparan y estiman a los cómplices de sus crímenes.

Hay todavía otra suerte de caridad nacida del instinto de la naturaleza y de la ley misma de la sangre. Por ella prefiere el hombre naturalmente a todos los de su raza, a su esposo, a su esposa, a su padre, a su madre, a sus hermanos, a sus hijos. No se encuentra únicamente entre los humanos, sino también entre las aves del cielo, en los pájaros y en general en todos los seres vivos. La afección natural les empuja a guarecerse y defender a sus hijitos, poniéndose en trance de muerte para librarlos de sus enemigos.

Las mismas especies de animales salvajes, reptiles o aves de rapiña, a quienes su ferocidad o su mortal veneno separa y mantiene alejados de todos los animales —tales como el basilisco, el rinoceronte y el grifo—, y cuya sola vista, como dicen, constituye un daño para todos, no dejan de vivir constantemente en paz los unos con los otros, en tazon precisamente de su comunidad de origen y de la atracción natural que deriva de ella.

Mas todas estas afecciones, que vemos son patrimonio común de buenos y malos, de los animales salvajes y de las serpientes, no pueden permanecer constantes hasta el fin. A menudo se anulan por la distancia, el tiempo, la conclusión de un acuerdo verbal, la solución de un negocio o simplemente por una cuestión de conveniencias. Estas amistades, nacidas de lazos diversos que crean el afán de lucro, o también la pasión, la sangre o relaciones sociales de toda suerte, se deshacen también a la primera ocasión.

CAUSA Y ORIGEN DE LA VERDADERA AMISTAD

III. Entre todos estos géneros de amistad, solo hay uno que sea firme y estable. El que tiene como razón última no el favor que concilia una recomendación, ni el valor de los servicios prestados o de los beneficios recibidos, ni cierto contrato u obligaciones de parentesco, sino la sola semejanza de las mismas virtudes. Esta es, digo, la amistad que no puede romper ningún accidente ni destruir el tiempo y el espacio. Esta es la que ni siquiera puede borrar la misma muerte. Tal es la verdadera e indisoluble dilección que crece en razón directa de la perfección y virtud de entrambos amigos. Su nudo, una vez se ha formado, no se deshace ni por antagonismos humanos, ni por la lucha de voluntades divergentes. Hay más. Hemos conocido a muchos en nuestra profesión monástica, que, tras de haber estado unidos, por amor a Cristo, con la más cálida amistad, no siempre pudieron conservarla intacta. El origen de su unión era bueno. Mas no se aplicaron con igual ardor a mantener uno y otro el propósito que habían abrazado. Su afección era de aquellas que no duran más que un tiempo efímero, por cuanto no se alimenta de una virtud pareja por ambas partes, sino que se sostiene por un esfuerzo unilateral, es decir, por la paciencia de uno solo.

Tal sociedad, por magnánimos e infatigables que seamos en conservarla, queda desarticulada y como condenada al fracaso, por la pusilanimidad de nuestro amigo. Y es que las imperfecciones de aquellos que caminan con tibieza a la perfección, por más que

las sufran los fuertes y tolerantes, los mismos imperfectos no pueden soportarlas. Mejor dicho, no pueden sufrir que les sufran. Viven en su corazón y están como connaturalizadas con ellos las causas de sus enojos; por eso no les dejan vivir en paz y armonía. Les sucede lo que a los enfermos. Imputan a negligencia de los cocineros o de sus domésticos las repugnancias de su estómago enfermizo. Y por mucho que se esmere uno en atenderles, no dejan de hacer responsables a los sanos de su abatimiento morboso, sin percatarse de que este se encuentra en sí mismos y responde al estado anormal de su salud, quebrantada.

Por tal razón, como decíamos, el lazo de una amistad fiel y constante solo puede darse en la semejanza y paridad de la virtud. Porque: «el Señor hace habitar en la misma morada a los que son unánimes en sus costumbres»[2]. La dilección no puede subsistir sino entre aquellos que tienen un mismo propósito, una misma voluntad, y están de acuerdo en el sí y el no[3] de sus juicios y opiniones.

Si deseáis también vosotros guardar sin ruptura vuestra amistad, procurad extirpar vuestros vicios y mortificar la voluntad propia. Así, siendo unánimes en vuestro propósito, no teniendo más que una sola ambición, un solo ideal común a los dos, podréis cumplir con celo el oráculo que colmaba de delicias el alma del profeta: «¡Ved cuan bueno y deleitoso es habitar los hermanos formando una misma cosa!»[4]. Y esto no hay que entenderlo literalmente, sino de una manera espiritual. Poco importa, en efecto, que cohabiten bajo un mismo techo personas de costumbres y temperamentos distintos. Ni empieza tampoco a la verdadera amistad, que estriba en la igualdad de virtudes, el hallarse alejados por la distancia. Porque ante Dios lo que nos une en realidad y nos hace amigos es la unión y compenetración de los corazones, no precisamente la convivencia en la misma morada. Por ende, jamás podrá existir verdadera armonía donde impera la discrepancia de voluntades.

SOLO ENTRE LOS PERFECTOS ES POSIBLE UNA AMISTAD SIN SOLUCIÓN DE CONTINUIDAD

IV. GERMÁN. Entonces, según, eso, si uno quiere hacer algo que juzga saludable y conducente al servicio de Dios, y el amigo no da su consentimiento para ello, ¿deberá realizar esa obra contra su deseo, o dejarla sin efecto para darle gusto?

V. JOSÉ. He aquí precisamente por qué he dicho que la gracia de la amistad no podrá perseverar llena y perfecta sino entre los perfectos en quienes se aprecia una virtud igual. Porque una misma voluntad, un ideal común no consiente que haya en ellos —o si se da, será un caso esporádico— puntos de vista distintos ni mucho menos desacuerdo en aquello que mira al progreso de la vida espiritual. Si empiezan a acalorarse en vivas disputas, ello es claro indicio de que sus corazones no estuvieron jamás unidos según la regla de la amistad que hemos expuesto.

Pero nadie empieza por la perfección. Debe antes poner el fundamento de ella. Vosotros mismos no intentáis saber cuál es su grandeza, sino el medio de llegar a ella. Creo, pues, necesario daros a conocer previamente una guía y trazar un sendero por

donde encaminar vuestros pasos, para que podáis obtener fácilmente el bien de la paciencia y de la paz.

VI. El primer fundamento de la amistad verdadera es el menosprecio de los bienes de este mundo y el desdén por cuanto tenemos. Sería una injusticia incalificable, un ultraje a cuanto hay de más sagrado en nuestra vida, haber renunciado a las vanidades de este siglo y de todo cuanto encierra, y preferir un vil instrumento que nos queda, al amor tan precioso de nuestros semejantes.

Conviene en segundo lugar que cada uno crucifique su voluntad propia, por temor a que, juzgándose más sabio y más hábil, siga los impulsos de su propio corazón, con preferencia al sentir de sus semejantes.

El tercer procedimiento consiste en persuadirse de que todo, incluso lo que se estima como verdaderamente útil, debe relegarse a segundo término ante el bien de la paz y de la caridad.

El cuarto medio consiste en persuadirse de que no está permitido encolerizarse bajo ningún pretexto.

En quinto lugar, es menester endulzar la ira que nuestro hermano haya concebido contra nosotros —aun sin motivo—, como si fuese nuestra. En la seguridad de que padecemos el mismo perjuicio de la tristeza ajena si estamos enardecidos nosotros mismos, a menos que intentemos en lo posible desterrarla de su alma.

El último procedimiento, que constituye, a no dudarlo, el exterminio total de los vicios consiste en pensar que podemos sin duda salir cualquier día de este mundo. Esta persuasión no permitirá que quede en nuestro corazón una sombra de tristeza. Mas aún, sofocará por sí sola todos los movimientos de los vicios y de las concupiscencias.

Quien se atenga firmemente a estos principios, es imposible que sienta en sí mismo o cause en los otros la amargura de la ira y de la discordia.

Mas si, por el contrario, se torna negligente, el maligno —que es enemigo de la caridad— sembrará insensiblemente en el corazón de los amigos la cizaña de la tristeza. Disputa tras disputa, la dilección, por una consecuencia necesaria, se irá enfriando paulatinamente y por grados. Tanto, que al fin la desvinculación se hará completa entre los corazones que estaban ya llagados desde hacía tiempo.

Acontece lo contrario a aquel que camina por la senda que hemos trazado.

¿Cómo podrá malquistarse con su hermano quien no reivindica nada como propio? De este modo corta la raíz primera de los conflictos que nacen habitualmente de pequeñeces, por ejemplo, sobre la posesión de objetos baladíes. Con toda su alma observa lo que leemos en los Hechos de los Apóstoles sobre la unidad que reinaba entre los fieles: «La muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y un alma sola, y ninguno estimaba como propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común»[5].

Y ¿cómo producirá semillas de desunión? Esclavo como es, no de su voluntad propia, sino de la de sus hermanos, se hace imitador de su Señor y Creador quien, hablando en nombre de la humanidad que había asumido, decía: «No vine a hacer mi voluntad, sino la de Aquel que me envió»[6].

¿Cómo podrá encender la tea de la discordia? Cuando se trata de su modo de ver y de

sentir, no se fía tanto de su propio juicio cuanto de la apreciación de su hermano. Y haciendo de esta ley norma de su vida, se fe ve aprobar o desaprobar sus propias ideas, mostrando en la humildad de su corazón una expresión acabada de esta palabra del Evangelio: «Mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú»[7].

No se permitirá la menor cosa que pueda afligir o contristar a su hermano quien juzga que nada hay más precioso que el bien de la paz. Por eso no echa nunca en olvido esta sentencia del Señor: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros»[8]. Este es el amor que Cristo ha querido tuvieran sus ovejas, como una señal inconfundible por la que se les reconoce en este mundo, o como una impronta que los caracteriza y distingue del resto de los hombres.

¿Cómo es posible que la tristeza haga mella en su corazón o penetre en el de su hermano? A sus ojos es un principio sin apelación que no pueden asistirle causas justas a la pasión de la ira, siendo como es de suyo perniciosa e ilícita. Y comprende además que le es tan imposible orar, estando su hermano irritado contra él, como estándolo él contra su hermano. A todas horas guarda en su corazón humilde el recuerdo» de esta palabra del divino Salvador: «Si presentas una ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a presentar tu ofrenda»[9].

No basta con decir que no estáis enojados y que habéis cumplido aquel precepto que dice: «No se ponga el sol sobre vuestra iracundia»[10], y: «Quien se irrita contra su hermano reo será de juicio»[11]. Mal podréis hablar así, si menospreciáis con un corazón altanero y duro la tristeza de vuestro prójimo, supuesto que con vuestra mansedumbre hubierais podido calmarle.

Puesto que el que ha dicho que no debes airarte contra tu hermano, ha dicho también que no debes menospreciar su tristeza, viendo indiferente su aflicción. Que te pierdas a ti mismo o a otro, en esto no hay diferencia alguna a los ojos de Dios, «que quiere que todos los hombres se salven»[12]. El mismo sentimiento tiene Dios de la pérdida del uno que del otro. De modo parecido, para Satanás, que quiere que todos se condenen, tanta ganancia es ver a uno víctima de la muerte eterna que a otro.

En fin, ¿cómo podrá guardar contra su hermano la más leve animosidad quien considera que puede cada día, e incluso en un momento dado, dejar esta vida?

VII. Así, pues, si nada debe proferirse a la caridad, nada tampoco debe estimarse como más pernicioso que la indignación y la ira. Se debe sacrificar todo, aun cuando parezca útil y necesario, con tal de evitar la pasión de la cólera. Y arrastrarlo todo, todo soportarlo, hasta lo que pasa por adverso, a trueque de guardar ilesa la tranquilidad de la dilección y de la paz. Porque nada hay más perjudicial que el encono y la tristeza, nada más provechoso que el amor.

CAUSAS DE DISENSIÓN ENTRE LOS ESPIRITUALES

VIII. Entre los monjes que son aún poco aprovechados y frágiles, siembra el demonio la malquerencia y la desunión por cosas viles y de escasa monta. Mas entre los espirituales

hace nacer la discordia por antagonismos o diversidad de pareceres. Tal es, sin duda, el frecuente origen de contiendas y rencillas que condena el Apóstol[13]. De estas el enemigo envidioso y mendaz toma pie para ocasionar la escisión entre hermanos que tenían hasta entonces una sola alma y un solo corazón. Y es que encierra una verdad de gran alcance la palabra del sapientísimo Salomón, que dice: «El odio enciende las contiendas, mientras que el amor protege la amistad»[14].

IX. Por lo mismo, de nada serviría, para conservar una eterna e indivisible caridad, eliminar la primera causa de la desavenencia, que proviene en general de cosas caducas y terrenas, y menospreciar lo que es carnal, prefiriendo indiferentemente a todos el uso común de nuestros objetos. Es preciso también soslayar la segunda, que surge de la divergencia de opiniones, haciendo lo posible por adquirir en todo, con la humildad de espíritu, una voluntad que esté en consonancia con la de los otros.

X. Recuerdo que, cuando joven, mi corta edad y experiencia me obligaron a buscar el consorcio de los hombres. Me sucedió con frecuencia que tal o cual opinión me parecía cierta e inconcusa, sobre todo en materia de moral o de Sagrada Escritura. Tanto que nada se me antojaba tan justo y razonable que aquello. Mas, cuando luego, reunidos todos, empezábamos a expresar nuestro parecer, sometiéndolo al criterio de los demás, ocurría que lo que yo tenía por cierto me lo reprochaban otros como falso, y en ocasiones se condenaban incluso mis puntos de vista como positivamente malos y tendenciosos. Y, no obstante, me parecía que tales opiniones brillaban como la luz cuando el demonio me las inspiraba. Y hubieran fácilmente engendrado antagonismos, si el dictamen de los monjes más ancianos —cuyas decisiones venerábamos como un oráculo— no nos hubieran puesto en guardia contra toda porfía. Prescribieron, en efecto, sancionándolo como una ley de vida, que nadie se debía fiar más de su juicio que del de su hermano, a menos que quisiera ser víctima, a la corta o a la larga, del engaño del enemigo.

XI. No pocas veces hemos palpado la verdad de lo que dice el Apóstol: «Satanás se transfigura en ángel de luz»[15], a fin de extender las tinieblas oscuras y nefastas del error, en lugar de proyectar la verdadera claridad de la ciencia. Ojalá sus sugerencias encuentren un corazón humilde y pacífico que las someta a la deliberación de un hermano maduro en experiencia o de un anciano de virtud consumada. Porque si es así, luego las rechazará o les dará acogida según el juicio formulado por ellos. De lo contrario, no es dudoso que veremos otra vez al ángel de las tinieblas como un ángel de luz y pereceremos víctimas de la muerte más terrible y deplorable.

Imposible evitar tamaña desgracia fiando en nuestras propias apreciaciones. Es necesario que amemos y practiquemos la verdadera humildad. Es preciso seguir con un corazón contrito la amonestación apremiante de san Pablo: «Si hay en vosotros algún poder de consolar en Cristo, algún refrigerio de amor, alguna comunicación del espíritu y entrañas de misericordia, haced cumplido mi gozo, teniendo todos el mismo pensar, la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir. No hagáis nada por espíritu de

competencia, nada por vanagloria; antes, llevados de la humildad, teneos unos a otros por superiores»[16]. E insiste aún: «Preveníros, honrándoos los unos a los otros»[17]. En consecuencia, que cada cual tenga a su amigo por más sabio y más santo que a sí mismo, estando plenamente convencido de que la verdadera y perfecta discreción se halla más fácilmente en el juicio ajeno que en el propio.

XII. Ocurre a menudo, sea por ilusión diabólica, sea por falencia humana —porque no hay nadie en este mundo que no esté sujeto a error—, que aquel que posee más ciencia y mayor penetración natural se forja ideas falsas; en tanto que una inteligencia más lenta y de menos alcances tiene una visión más amplia y certera de las cosas.

Nadie está autorizado, por sabio que sea, a creer que podrá prescindir de los consejos de su hermano. Las ilusiones de Satanás le llamarán a engaño y no escapará a los lazos que le tenderán la elación y la soberbia. ¿Quién podría arrogarse tal independencia sin incurrir en daños irreparables?

Ved a san Pablo, vaso de elección. El mismo confiesa sin ambages que Cristo habla por él[18]. Y asegura haber subido a Jerusalén únicamente con ánimo de entrevistarse con los apóstoles y tratar en una conversación privada del Evangelio que anunciaba a las naciones, según la revelación y cooperación del Señor[19]. Este ejemplo es altamente aleccionador. Nos enseña que la fidelidad a las reglas que nos hemos trazado no solo conserva inalterables la unanimidad y armonía, sino que nos pone al abrigo de todas las emboscadas del enemigo y de sus ilusiones diabólicas.

QUE LA CARIDAD NO ES SOLO COSA DE DIOS, SINO EL MISMO DIOS

XIII. La Escritura enaltece maravillosamente la caridad. El apóstol san Juan llega hasta proclamar que no es solo cosa de Dios, sino Dios mismo, identificándola así con la Divinidad: «Dios es caridad y quien permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él»[20].

Aun nosotros mismos experimentamos con evidencia que es algo divino, porque sentimos en nosotros como una viva realidad lo que dice el Apóstol: «La caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros»[21]. Como si dijera: Dios ha sido infundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo que habita en nosotros[22]. Y ese espíritu es quien, ignorando nosotros cómo debemos orar, «aboga por nosotros con gemidos inenarrables, y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del espíritu, porque intercede por los santos según Dios»[23].

XIV. Ahora bien, hay grados en el amor.

Existe una caridad genérica, que se llama *αγάπη*, que es posible ejercitarla con todos. De ella dice san Pablo: «Mientras hay tiempo, hagamos bien a todos, máxime a los hermanos en la fe»[24]. La debemos a todos sin excepción, de suerte que el Señor ha hecho de ella un mandamiento que abarca también a nuestros enemigos[25].

Pero existe asimismo la *διαθεσις*. Es la caridad de afección que reservamos a unos pocos, a aquellos solamente que están vinculados por la sociedad de costumbres o la

sociedad de virtudes.

Esta diácesis, por lo demás, ofrece variedades múltiples. Porque uno es el amor filial y otro el amor conyugal. Uno el amor que profesamos a nuestros hermanos y otro el que tenemos a nuestros padres. Y aun en estas relaciones de afecto se observan facetas o grados distintos.

Se comprende, por ejemplo, que el amor de los padres para con sus hijos no sea siempre igual en intensidad. El patriarca Jacob nos ofrece una prueba de ello. Padre de doce hijos, amaba a todos ellos con un amor verdaderamente paternal. Sentía, no obstante, una predilección por José, de quien la Escritura afirma: «Le envidiaban sus hermanos porque su padre le amaba más que a ellos»[26]. No que este varón justo, este auténtico padre no amara también en gran manera a los otros hijos. Pero sentía más dulzura y complacencia en José por ser tipo y figura del Señor. Lo propio acontece con Juan Evangelista, de quien leemos que fue objeto de una preferencia semejante. De él se nos dice: «El discípulo a quien amaba Jesús»[27]. Verdad es que el Señor envolvía igualmente a los otros once —a quienes había escogido como a él— en su amor de predilección. Lo atestigua el Evangelio: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado»[28]. Y de ellos está escrito también en otro lugar: «Amando a los suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el fin»[29]. Así, la particular dilección que muestra por Juan no arguye en modo alguno que su caridad fuera tibia respecto a los demás, sino que la superabundancia de su amor se daba más pródigamente a aquel, porque el privilegio de su virginidad y su perfecta integridad le hacían más amable. Y el Evangelio subraya como algo excepcional esta efusión más sublime, porque no es efecto del contraste del odio, sino de la gracia de un amor desbordante.

Otro tanto leemos en el Cantar de los Cantares, en persona de la esposa, que dice: «Ordenad en mí la caridad»[30]. Ahora bien, la caridad bien ordenada es aquella que no aborrece a nadie, pero que ama, no obstante, a algunos con preferencia, en razón de sus méritos. Profesando a todos un afecto general, escoge de entre ellos a algunos, a quienes distingue con una ternura particular. Y entre estos preferidos selecciona aún a unos pocos, a quienes hace partícipes en más alto grado de su intimidad.

DE QUIENES CON FINGIDO DISIMULO AVIVAN SU PROPIA IRA O LA DE SUS HERMANOS

xv. El polo opuesto de esta caridad es la actitud cerril que adoptan algunos —y pluguiera al cielo que tales hechos quedaran ignorados—, que se traduce en una obstinación y dureza sin precedentes.

Después de romper hostilidades con sus hermanos, intentan paliar la tristeza nacida de su enojo. Y alejándose de su trato, cuando podían aplacarles con una humilde satisfacción y buenas palabras, empiezan a cantar con retintín versículos de salmos.

Pretenden con esto mitigar la amargura concebida en su corazón. Mas este secreto y mal disimulado desdén no hace más que atizar el fuego que hubieran podido extinguir en seguida, de haber mostrado más solicitud y humildad en congraciarse. Porque una

satisfacción oportuna curaría a la vez su propia herida y endulzaría el espíritu del ofendido.

Obrando así, lo que hacen es fomentar y nutrir su cobardía, o por mejor decir, su orgullo, en lugar de arrancar la raíz de la malquerencia. Olvidan el mandamiento del Señor que dice: «Quien se enoja contra su hermano, será reo de juicio»[31]. Y también: «Si vas a presentar una ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda»[32].

XVI. El Señor rechaza las oraciones de aquel contra el cual está su hermano enojado. De tal manera se opone a que menospreciemos la tristeza ajena, que si alguien abriga algún resquemor o desafecto contra nosotros, no gusta de aceptar nuestros dones, o sea no quiere que le ofrezcamos nuestras plegarias hasta que por una pronta satisfacción descartemos esta tristeza, haya sido o no haya sido motivada justamente. No dice: «Si tu hermano tiene razón justificada para enojarse contigo, deja tu ofrenda, y ve antes a reconciliarte con él», sino: «Si te acuerdas que tu hermano tiene alguna cosa contra ti». Es decir, incluso si el motivo que ha provocado la indignación de tu hermano es trivial, y de pronto te acuerdas de ello, sábetelo que no debes ofrecer los dones espirituales de tus oraciones; antes debes remediar por una satisfacción llena de ternura la tristeza que llena el corazón de tu hermano, cualquiera que sea la causa que la haya producido.

Si, pues, el Evangelio nos manda satisfacer a nuestros hermanos airados por una enemistad pasada e intrascendente, debida a causas sin importancia, ¿qué será de nosotros miserables que con pertinacia mal disimulada hacemos caso omiso de las injurias presentes y graves, siendo como somos causantes de ellas? Hinchados de soberbia, nos da vergüenza humillarnos, no queriendo reconocer que somos autores de la tristeza de nuestro semejante. Nuestro espíritu rebelde se desdeña de someterse a los preceptos del Señor. Pretendemos que no es obligatorio tomarlos en consideración y que su observancia es poco menos que imposible. Mas, a fuerza de juzgarlos impracticables o poco procedentes, venimos a ser, según la palabra del Apóstol, «gente que en lugar de cumplir la ley se constituye en juez de ella»[33].

DE LOS QUE JUZGAN QUE DEBEN MOSTRARSE MÁS PACIENTES CON LOS SEGLARES QUE CON SUS HERMANOS

XVII. ¡Con cuántas lágrimas tendremos que llorar este otro desatino! Hay quienes se enardecen ante una palabra injuriosa. El ofensor, arrepentido, desea apaciguarles, ensayándolo una y otra vez. Sabe que no se debe nunca guardar ni concebir ojeriza contra el prójimo, según está escrito: «El que se irrita contra su hermano será reo de juicio»[34]; y: «No se ponga el sol sobre vuestra ira»[35].

Ante estas palabras exclaman: si un pagano, si un seglar hubiera dicho o hecho con nosotros una cosa semejante, justo era que lo lleváramos con paciencia. Pero que un monje cometa a sabiendas una falta tan grave o profiera tales insolencias, ¿quién podrá sufrirlo?

¡Como si la paciencia no se debiera tener más que con los infieles y sacrílegos, y no con todos sin distinción! ¡Como si la cólera, que es nociva contra un gentil, no lo fuera contra un hermano! Un espíritu excitado que se obstina en su enojo, se hace igual daño a sí mismo, quienquiera que sea aquel que es víctima de ese daño o perjuicio. ¡Qué tozudez, o mejor, qué demencia! Estos tales, faltos de razón, obtusos e incapaces, no pueden discernir el sentido propio de las palabras. Porque no se ha dicho: «Quien se encoleriza contra un extranjero merecerá ser castigado por los jueces». Esto hubiera podido sentar un precedente, dando lugar a una excepción para con aquellos que nos están unidos a nosotros por la comunidad de fe y de vida, como quieren ellos entenderlo. Mas el Evangelio se ha expresado sin eufemismos: «Quien se irrita contra su hermano será reo de juicio»[36]. Porque, si bien según la verdad y la ley de la naturaleza, hemos de tener a todo hombre por hermano nuestro, no obstante, el mismo nombre de hermano, en este pasaje, designa en primera línea a los fieles y a aquellos que comparten nuestra vida y profesión, más bien que a los paganos.

DE QUIENES AFECTANDO UNA PACIENCIA MENTIROSA, EXCITAN A SUS PRÓJIMOS A LA CÓLERA CON SU SILENCIO

XVIII. ¡Qué insensatez también creernos a veces muy pacientes porque no respondemos verbalmente a las provocaciones que se nos hacen! Y, no obstante, por un silencio lacerante, un movimiento, un gesto sombrío, una sonrisa maliciosa, nos burlamos de nuestros hermanos tácitamente y les excitamos mucho más a la ira con esa máscara impasible de lo que podrían hacerlo furiosas invectivas.

Creemos que no somos culpables delante de Dios porque no ha salido de nuestros labios una palabra que nos pueda manchar o condenar a juicio de los hombres. Como si, a los ojos de Dios, fueran únicamente las palabras lo censurable y no la voluntad, y solo hubiera responsabilidad en la obra exterior del pecado y no en el deseo y el designio. Como si Dios mirara solamente, cuando nos juzga, lo que hemos hecho y no lo que nos hemos propuesto hacer. Lo que nos hace culpables no es solo el carácter aparente de nuestras provocaciones, sino también la intención que las inspira; pues no solo es malo injuriar a las claras, sino hacerlo a lo disimulado y encubierto. Nuestro Juez, en su examen imparcial, escudriñará no tanto las modalidades exteriores de la injuria, cuanto lo esencial de ella. En realidad, lo que hay que considerar es el pecado mismo y el afecto de quien peca más que el acto material y el orden exterior de cometerlo.

¿Qué importa que se dé muerte a un hombre con la espada o se acabe con él con una traza encubierta? Dolo o crimen, ¿no es evidente que muere por ti? Como si bastara no arrojar con tus propias manos al ciego en el precipicio. ¿No eres responsable igualmente de su muerte, cuando, viéndole suspendido en el abismo, pudiendo, no le libras de aquel trance? Tan homicida es quien por sus manos estrangula a su prójimo como el que presta un lazo al desesperado que pretende ahorcarse, y pudiendo evitar el suicidio no lo hace.

Asimismo, mal podremos imponer silencio a nuestros labios, si ese silencio tiene por objeto obtener lo que hubiéramos logrado con la injuria. Es un ultraje tácito el adoptar

ciertos gestos hipócritas. Provocamos así a una ira más vehemente a aquel a quien debíamos haber tranquilizado y encima de ello nos holgamos de su ruina y perdición. ¡Como si no fuera mayor crimen querer granjearse gloria de paciente y sufrido a costa de la pérdida de su hermano! A ambos será un tal silencio perjudicial, pues aumentando la tristeza en el corazón del uno, no permite que desaparezca en el ánimo del otro.

A quienes obran de tal suerte, ofendiendo silenciosamente a sus prójimos, se endereza la maldición del profeta: «¡Ay del que da a beber al prójimo su cáliz emponzoñado hasta embriagarle para descubrir su desnudez! Ignominia y no gloria tendrá»[37]. Y he aquí lo que otro profeta ha dicho acerca de estos tales: «Un hermano engañará a otro; no habrá amigo fiel; cada cual se burlará de su prójimo y no hablará con él la verdad. Porque extendieron sus lenguas mentirosas como un arco mendaz y no verídico»[38].

Muchas veces la paciencia fingida provoca más a ira que los denuestos verbales, y un silencio malicioso sobrepuja en efecto a las palabras desabridas. Y es que las heridas causadas por los enemigos se toleran más fácilmente que los falsos halagos y burlas irónicas. De ellos habla el salmista, diciendo: «Blandas son sus palabras, más que el aceite; sin embargo, ellos mismos son como afilados cuchillos»[39]. Y en otra parte: «Las palabras del chismoso son bocado suave que baja hasta el fondo de las entrañas»[40]. Por fin, también a estos pueden aplicarse con tino las palabras de Jeremías: «Con sus labios dan la paz a su prójimo, y llevan la insidia en su corazón»[41]. Con la cual, sin embargo, más se engaña él que aquel a quien pretende engañar. Porque «quien tiende la red ante la faz de su amigo, cae él mismo prendido en ella»[42], y «el que cava una fosa a su prójimo, caerá él mismo en su vacío»[43].

Finalmente, recordemos el episodio evangélico. Entre tantos como vinieron a prender al Señor con espadas y palos, nadie se mostró tan cruel parricida contra el autor de la vida como aquel que, anticipándose a lo demás, saludó a Jesús con fingido respeto y le dio un beso de paz falsa. Y así le dijo el Señor: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre?»[44]. Era como decirle: has querido encubrir tu odio y la hiel de tu amargura con esa forma postiza de un beso, máximo exponente de la dulzura y del amor auténtico.

Más clara y más gráficamente expone esto mismo el salmista cuando, ponderando la fuerza de su dolor, afirma: «No, no es un enemigo quien me afrenta; eso lo soportaría. No es uno de los que me aborrecen el que se insolenta contra mí; me ocultaría de él. Eres tú, un otro yo, mi amigo, mi íntimo. Íbamos ambos juntos en dulce compañía a la casa de Dios entre la multitud»[45].

DE LOS QUE AYUNAN POR ESTAR INDIGNADOS Y DE LA FALSA PACIENCIA DE QUIENES, ABOFETEADOS, OFRECEN LA OTRA MEJILLA AL OFENSOR

xix. Hay también otro género de necia tristeza, que debiéramos silenciar, de no constarnos que algunos monjes se abandonan a ella. Sonroja el decirlo. Entristecidos o airados, se abstienen de comer con insolente pertinacia. Y precisamente estos suelen ser de la categoría de aquellos que, estando tranquilos y en calma, andan diciendo que no pueden soportar el ayuno hasta mediodía, o, cuando mucho, hasta las tres de la tarde. En

cambio, cuando les oprime la tristeza, no tienen inconveniente en pasar dos días sin probar bocado, remediando entonces el hambre con la hartura de su cólera.

Es evidente que estos tales incurren en una especie de sacrilegio. Efectivamente, los ayunos que deben ofrecerse a Dios solo por humildad de corazón y para purificación de los vicios, los toman, ellos a impulsos de un orgullo realmente satánico. Porque es lo mismo que si ofrecieran al diablo, y no a Dios, sus oraciones y sacrificios. A ellos podrían aplicarse las palabras de Moisés a los idólatras hebreos: «No sacrificaron a Dios, sino a los demonios, a los dioses a quienes no conocían»[46].

XX. No ignoráis tampoco que existe otra especie de locura que se halla en algunos que se cubren con la máscara de una falsa paciencia. Es propia de aquellos que, abofeteados, ofrecen la otra mejilla. No se contentan con promover riñas y peleas en sus hermanos. Van más allá: provocan con palabras ofensivas, poniéndoles en peligro de reaccionar violentamente. Si por ventura les dan un leve empujón, ni cortos ni perezosos se ofrecen a recibir un segundo, so pretexto de cumplir lo que dice el Señor en el Evangelio: «Si alguien te hiere en una mejilla, ofrécele la otra»[47]. Ignoran el sentido y el fin que se propone la Escritura. Porque piensan que se ejercitan en la paciencia evangélica, excitando para ello la ira de sus hermanos. Y en realidad de verdad lo que el pasaje bíblico nos manda aquí es que no debemos devolver mal por mal, según la ley del talión, procurando no irritar a nadie; y, al mismo tiempo, mitigando con la tolerancia de la ofensa recibida el furor de quien nos ofende.

¿ES POSIBLE QUE OBEDECIENDO A LOS MANDAMIENTOS NO ALCANCEMOS LA PERFECCIÓN?

XXI. GERMÁN. ¿Cómo puede ser reprendido aquel que, cumpliendo el precepto evangélico, no solo no devuelve mal por mal, sino que se muestra dispuesto a recibir otra afrenta de su ofensor?

XXII. JOSÉ. Como dije antes, hay que considerar no solo la acción en sí misma, sino la intención del alma y el fin con que se hace esa acción. Por lo mismo, considerando atentamente el designio y afecto con que se hace una cosa, veréis que no es imposible ejercitar la virtud de la paciencia y mansedumbre con el espíritu contrario, como es el de la impaciencia y la ira. Por eso, queriendo el Señor enseñarnos la profunda mansedumbre y afabilidad, que no consiste en las palabras, sino en la paz e íntimo afecto del corazón, nos propuso esa fórmula de perfección evangélica: «Quien te ofendiere en tu mejilla derecha, ofrécele también la otra»[48]; se entiende, naturalmente, la otra derecha. ¿Qué otra derecha puede significar sino la del hombre interior?

Quiso aquí el Salvador desterrar de los repliegues más íntimos del alma toda ocasión de ira. Fue como decir: si tu derecha exterior sostiene el ímpetu y el coraje del que te hiere, dispóngase también humildemente tu hombre interior a ser abofeteado. En otras palabras: a la vez que doblas y sujetas tu cuerpo al ultraje del enemigo, rinde también e inclina tu corazón, para que al ser abofeteado el hombre exterior no se altere —ni siquiera en lo más íntimo de su ser— el hombre interior con las injurias recibidas.

Como veis, los que se contentan con la actitud externa y se inquietan internamente, distan como el cielo de la tierra de la perfección a que alude el Evangelio. Según él debemos conservar la paciencia, no en las palabras, sino con la tranquilidad interior del alma. Porque nos ordena que cuando se nos hiciere alguna afrenta, mantengamos la presencia de ánimo, de suerte que no solo permanezcamos ajenos a toda perturbación, sino que, sometiéndonos a las injurias de quienes nos ofenden, vencamos su indignación cosí nuestra paciencia, volviéndolos a la paz perdida, no bien hayan saciado en nosotros su sed de venganza.

Así cumpliremos el precepto de san Pablo, que dice: «No te dejes vencer del mal, antes vence el mal con el bien»[49]. Lo cual no pueden cumplir aquellos que profieren palabras de dulzura y humildad con un espíritu de orgullo; y lejos de apagar el incendio de la ira, lo fomentan en sí mismos y en sus contrarios. Y dado caso que logren mantenerse en una apariencia de bondad y mansedumbre, no cosechan fruto alguno de justicia, porque pretenden obtener fama de pacientes en perjuicio del prójimo. Por lo mismo, permanecen completamente al margen de aquella caridad apostólica que «no busca su propio interés»[50], sino el de los demás. Esta caridad no ambiciona riquezas, de modo que para procurar su garantía empobrezca a sus hermanos, ni desea adquirir nada para sí a costa de despojar a su semejante.

EL SABER PLEGARSE A LA VOLUNTAD DE OTRO ES INDICIO DE FORTALEZA Y PERSONALIDAD

XXIII. Es preciso persuadirse que es más fuerte quien sabe someter su voluntad a la de su hermano que el que defiende a ultranza su propio parecer.

Por la tolerancia y la paciencia, el primero merece contarse entre las almas de temple, de reciedumbre de carácter; el segundo, en cambio, da a entender que es débil y, si pudiéramos decirlo así, enfermo. Es un hombre a quien deben prodigarse halagos y caricias. Inclusive a veces será necesario contemporizar en cosas necesarias de observancia para no romper con él y conservar la paz. En este caso, que nadie crea que al usar de tal tolerancia sufre mengua su perfección porque se condesciende en materia de observancia. Al contrario, quien se muestra así compasivo ha ganado más y mejor con la longanimidad y paciencia de lo que ha perdido al mitigar en parte la austeridad de su vida.

Es, prácticamente, el precepto del Apóstol: «Vosotros, que sois fuertes, debéis sobrellevar las flaquezas de los débiles»[51]. Y también: «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo»[52]. Jamás el débil soportará al débil ni el enfermo podrá tolerar o. curar al enfermo. Solo el que no está sometido a la debilidad podrá aportar el remedio al vacilante. De lo contrario, podrá replicársele: «Médico, cúrate a ti mismo»[53].

XXIV. Es de observar, aún en los débiles, este rasgo que les caracteriza. Prontos y fáciles en injuriar a otros y sembrar rencillas, no sufren la más leve reprensión. Quisquillosos e insolentes, tratan a los demás con una libertad inconsiderada y altanera. Una nadería les torna irritables y es suficiente para enardecerse.

Por eso es necesario volver a la máxima a que aludimos antes, de los ancianos: la caridad solo podrá perdurar hasta el fin de una manera estable y sin mengua, en varones de igual virtud que tienen idénticas aspiraciones. De no ser así, es inevitable que se rompa un día, por más que procure conservarse con la paciencia.

¿CABE ATRIBUIR LA CUALIDAD DE FUERTE A AQUEL QUE NO SABE SOPORTAR AL DÉBIL HASTA EL FIN?

XXV. GERMÁN. ¿Es digna de elogio la paciencia del fuerte, quien, no siendo capaz de soportar al débil, sucumbe a su flaqueza?

XXVI. JOSÉ. No he dicho que la virtud y la paciencia del varón fuerte y de carácter hayan de ceder hasta ser vencidas. Sino que son las malas disposiciones del débil las que, contrariadas por la constancia del fuerte, irán cada vez de mal en peor. Y a medida que aumenta esa actitud hostil, será causa de no merecer que le sufran más. O él mismo, presumiendo que es ya notoria la paciencia de su hermano y constituye un bochorno para su impaciencia, preferirá abandonarle un día más bien que verse siempre sufrido por la magnanimidad de aquel.

Para aquellos que desean guardar incólumes los sentimientos de su amistad, tiene toda su vigencia esta ley que deben a mi juicio observar: ante todo, cualesquiera que sean las injurias que se le hagan, el monje guardará la paz, no digo ya en su boca, sino en el fondo de su corazón. Si nota que esa paz se siente turbada y zozobra, debe sellar sus labios con un silencio absoluto y siga a la letra el consejo del salmista: «Me turbé, mas no abrí mi boca»[54]; «y dije: guardaré mis caminos y no faltaré con mi lengua; puse un candado a mi boca cuando el pecador me perseguía; enmudecí y fui humillado, y callé incluso en cosas buenas»[55].

Preciso es que no se detenga a considerar el presente, profiriendo en su lengua lo que le sugiere entonces su cólera desatada, o le dicta el corazón en un momento de paroxismo. Antes bien, dé una mirada retrospectiva a la antigua amistad que le unía a su amigo, o vuelva sus ojos hacia el futuro para columbrar en espíritu la paz ajustada de nuevo con él. Que se entretenga pensando que es posible recobrarla, incluso en el momento que más turbado siente su corazón.

Considerando de antemano la dulzura de la reconciliación futura, no sentirá la amargura de la indignación presente. Y dado que le sea forzoso responder, adoptará palabras en que se reconocerá culpable, tales que no pueda su amigo reprenderlas, una vez se haya restablecido la armonía. De esta suerte cumplirá la palabra del profeta: «En la ira te acordarás de la misericordia»[56].

XXVII. Cúmplenos, pues, neutralizar todos los movimientos de la cólera y moderarlos por el gobernalle de la discreción, no sea que nuestros arranques nos precipiten en aquella ofuscación que anatematiza el sabio: «El necio desfoga toda su ira, mas en cambio el sabio la refrena paulatinamente»[57]. Es decir, el insensato se inflama —ante la idea de la futura venganza proyectada—, en el arrebató de su ira, mas el sabio la amortigua,

haciéndola desaparecer poco a poco con la madurez de su consejo y la habilidad con que sabe suavizarla.

Sintoniza con ello lo que dice el Apóstol, cuando afirma: «No os toméis la justicia por vuestras manos; antes dad lugar a la ira»[58]. O sea, no os inclinéis a la venganza, bajo el ciego impulso de la pasión, pero dad lugar a la ira. Es decir, no se os estreche el corazón con la impaciencia y pusilanimidad, de suerte que no podáis sostener la tempestad impetuosa de la indignación que se cierne sobre vosotros. Antes, por el contrario, dilatadle y recibid las olas enemigas de la pasión en los anchurosos ámbitos de la caridad, que «todo lo sufre, todo lo soporta»[59]. Que vuestras almas así dilatadas por la amplitud y alteza de miras que dan la longanimidad y la paciencia posean en sí los espacios saludables de la deliberación y del consejo, donde el humo fatídico de la ira halle, por decirlo así, una válvula de escape, se disipe y acabe por desvanecerse. Puede entenderse aún de la manera siguiente: damos lugar a la ira y al mismo tiempo la desechamos cuantas veces nos inclinamos con ánimo humilde y tranquilo ante el enojo de nuestro hermano y, confesándonos en cierta manera dignos de cualquier agravio cedemos a la impaciencia del ofensor.

Por lo demás, hay quienes interpretan mal el precepto de la perfección enseñado por el Apóstol, dándole un sentido diametralmente opuesto al que tiene. Dar lugar a la ira es alejarse, en su opinión, de aquel que se irrita. Pero tengo para mí que así no hacen sino alimentar el foco de las disensiones. Porque hay que vencer la ira del prójimo inmediatamente, merced a una humilde satisfacción. Por donde el huir de él antes le encona que le ablanda. He aquí aún una palabra de Salomón, sinónima de las que se asemejan mucho a las precedentes: «No se precipite tu espíritu en el enojo, porque la ira hace su asiento en el seno de los necios»[60]. Y en otro lugar: «No te apresures demasiado en irritarte, porque no te pese al fin»[61].

Si, por otra parte, censura el enfado que se produce de manera súbita e irreflexiva, no quiere decir que lo apruebe cuando se manifiesta gradualmente. Es menester entender en el mismo sentido esta sentencia: «El necio al instante pone de manifiesto su cólera; en cambio, el prudente oculta su miseria»[62]. Al decir que el sabio debe encubrir la afrentosa pasión de la ira, Salomón reprueba la prontitud en encolerizarse; mas no se sigue de ahí que no ponga también en entredicho la ira concebida lentamente.

Estima que la indignación debe mantenerse en secreto, si cunde en el alma por humana fragilidad, para que, sabiamente disimulada en el momento de manifestarse, desaparezca luego para siempre. Porque es de tal naturaleza que, diferida, languidece y muere; manifestada, se enciende más y más.

Que nuestro corazón se ensanche, pues, y se abra a todos los horizontes. Porque si le coartara la estrechez y pusilanimidad, se vería lleno del hervor de la pasión, y en tal caso no podríamos acoger en un corazón angosto y efímero aquel mandamiento divino que es amplio y anchuroso, según dice el profeta, ni podríamos decir con él: «Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando ensanchaste mi corazón»[63]. La longanimidad es sabiduría. Nos lo garantizan testimonios evidentes de la Escritura: «El hombre magnánimo —dice— es sumamente esclarecido en prudencia, mas el pusilánime es un

necio en su corazón»[64]. Por eso se ha escrito de aquel que con visión certera pidió al Señor el don de la sabiduría: «Y concedió Dios a Salomón una gran sabiduría y prudencia, así como una anchura de corazón comparable a las innumerables arenas del mar»[65].

LAS AMISTADES QUE ESTRIBAN EN UN JURAMENTO NO PUEDEN TENER FIRMEZA ALGUNA

XXVIII. La experiencia ha demostrado muy a menudo que aquellos que han fundado su amistad sobre el principio del juramento no han logrado vivir siempre en la concordia. Y esto, sea porque no les movió a ello el deseo de perfección, sea porque no les animaba a conservarla el precepto apostólico de la caridad. Acaso también mediaba entre ellos una afección puramente humana que querían mantener a todo trance por la necesidad y apremio de la palabra dada. El artificioso enemigo les indujo a romper el lazo de la amistad, para hacerles conculcar su juramento.

En consecuencia, nada más cierto que la máxima de hombres eminentes en prudencia: la verdadera solidaridad, la amistad indisoluble no puede subsistir sino basándose en una vida intachable y entre individuos de la misma virtud y de idénticos ideales.

Tal fue la conferencia profundamente espiritual que el santo abad José nos dio sobre el tema de la amistad. Con ella nos inflamó del más vivo ardor para guardar intacta la caridad que hasta entonces nos había unido el uno al otro.

[1] *Col.* xi, cap. i.

[2] *Ps* LXXVII, 7.

[3] Sentencia conocida del autor profano *Salustio* en su *Conjuración de Catilina*, 3, 9. Se encuentra citada por muchos padres y escritores eclesiásticos.

[4] *Ps* CXXXII, 1.

[5] *Act* IV, 32.

[6] *Io* VI, 38.

[7] *Mt* XXVI, 39.

[8] *Io* XIII, 35.

[9] *Mt* V, 23.

[10] *Eph* IV, 26.

[11] *Mt* V, 22.

[12] *I Tim* II, 4.

[13] *Gal* V, 20.

[14] *Prov* X, 10.

[15] *II Cor* XI, 24.

[16] *Phil* II, 1 ss.

- [17] *Rom* XII, 10.
- [18] *II Cor* XIII, 3.
- [19] *Gal* II, 1 ss.
- [20] *I Io* IV, 16.
- [21] *Rom* V, 5.
- [22] El texto crítico dice: «Deus difusus est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui habitat in nobis». Ciertamente la caridad divina —así lo enseña la Escritura Santa—, tal como está en Dios, se ha difundido en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado. Dios reside en nosotros como principio interior y permanente de nuestra vida sobrenatural. Sin embargo, la idea que parece verter en este capítulo el abad es, teológicamente, incorrecta. La caridad que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones no es aquella caridad con la cual Dios nos ama —que es la caridad sustancial, o Dios mismo—, sino aquella por la cual nos hace amadores suyos. Del mismo modo decimos «justicia de Dios» aquella por cuyo don somos justos. Es decir, Dios está en nosotros como principio interior de nuestra vida sobrenatural. Y nuestra caridad, aunque ligada a este principio como a su causa, de la cual depende, es algo creado, es una virtud sobrenatural; de ella dimana nuestro acto de caridad. El Espíritu Santo no mueve directamente nuestra voluntad para producir el acto de caridad sin intermediario de una virtud, ni esta caridad se confunde con Él o es Él mismo. Esto es lo que pretende afirmar el abad José y es de todo punto inaceptable. Cfr. santo Tomás, *Suma Teol.*, II.^a, II.^{ae}, q. xxiii, a. 2, y san Agustín, *De Trinit.*, 8, 8, 12.
- [23] *Rom* VIII, 26 ss.
- [24] *Gal* VI, 10.
- [25] *Mt* V, 44.
- [26] *Gen* XXXVII, 4.
- [27] *Io* XIII, 23.
- [28] *Io* XIII, 34.
- [29] *Io* XIII, 1.
- [30] *Cant* II, 4. [LXX].
- [31] *Mt* V, 22.
- [32] *Mt* V, 23 ss.
- [33] *Iac* IV, 11.
- [34] *Mt* V, 22.
- [35] *Eph* IV, 26.
- [36] *Mt* V, 22.
- [37] *Hab* II, 15 ss.
- [38] *Ier* IX, 4. 5. 3.
- [39] *Ps* LIV, 22.
- [40] *Prov* XXVI, 22. [LXX].
- [41] *Ier* IX, 8.
- [42] *Prov* XXIX, 5. [LXX].
- [43] *Prov* XXVI, 27.
- [44] *Lc* XXII, 48.
- [45] *Ps* LIV, 13 38.
- [46] *Deut* XXXII, 17.
- [47] *Mt* V, 39.
- [48] *Mt* V, 39.
- [49] *Rom* XXI, 21.
- [50] *I Cor* XIII, 5.
- [51] *Rom* XV, 1.
- [52] *Gal* VI, 2.
- [53] *Lc* IV, 23.
- [54] *Ps* LXXVI, 5.
- [55] *Ps* XXXVIII, 2 ss.
- [56] *Hab* III, 2 [LXX].
- [57] *Prov* XXIX, 11.
- [58] *Rom* XII, 19. Se entiende «dad lugar a la ira» de Dios. Que sea Él quien se tome la justicia por sus manos, no nosotros, según aquello: «Mihi vindictam, ego retribuam». (*Ibid.*)
- [59] *Cor* XIII, 7.

- [60] *Eccl* ^{vii.}, 9 [LXX].
- [61] *Prov* ^{xxv.}, 8 [LXX].
- [62] *Prov* ^{xii.}, 16 [LXX].
- [63] *Ps* ^{cxviii.}, 32.
- [64] *Prov* ^{xiv.}, 29 [LXX].
- [65] *III Reg* ^{iv.}, 29.

XVII.

SEGUNDA CONFERENCIA DEL ABAD JOSÉ. DE LAS PROMESAS

Capítulos: i. Una noche sin sueño.—ii. Ansiedad del abad Germán al recordar la promesa que habíamos hecho.—iii. Plan de Casiano y respuesta a la pregunta formulada por el abad Germán.—iv. Pregunta del abad José. Nuestra pregunta sobre la causa de nuestras inquietudes.—v. Germán expone las razones por las cuales preferíamos permanecer en Egipto y las que nos inducían a ir a Siria.—vi. Pregunta José si la estancia en Egipto contribuirá más a nuestro aprovechamiento que Siria.—vii. Respuesta sobre la distinta formación que se da en una y otra provincia.—xxvii. Los santos no pueden ser duros ni pertinaces.—xxviii. Pregunta: la palabra del salmo «He jurado, he resuelto», ¿es contraria a la opinión emitida anteriormente?—xxix. Hay casos en que es necesario permanecer en la determinación tomada, y otros en que conviene renunciar a ella.—xxx. Cómo hay que revelar los secretos o confiarlos.—xxxi. No se han de tomar resoluciones irrevocables en las cosas que se refieren a la vida ordinaria.

UNA NOCHE EN VELA

i. En eso había terminado la conferencia y llegado la hora del silencio nocturno. El santo abad José nos condujo a una celda apartada para descansar. Mas el entusiasmo que sus palabras habían despertado en nuestro corazón no nos permitió conciliar el sueño. Salimos, pues, antes de amanecer, y, alejándonos como unos cien pasos de la celda, nos sentamos en un lugar más retirado.

ii. Las tinieblas de la noche, unidas a la soledad reinante en el paraje, daban pábulo a la conversación íntima y secreta. No bien nos sentamos, el abad Germán suspiró profundamente, diciendo: «¿Qué hacemos? Porque nos acecha un gran peligro. Nuestra condición no puede ser más lamentable. Por una parte, la doctrina y la misma vida de estos santos anacoretas nos enseñan de la manera más eficaz lo que sería mejor para nuestro aprovechamiento espiritual. Por otra, la palabra dada a nuestros superiores de Belén no nos permite elegir lo que más nos conviene. Por el ejemplo de tales varones podríamos, en efecto, formarnos en una vida más perfecta, si la promesa que hicimos no nos obligara a regresar a nuestro monasterio. Si volvemos, no se nos dará licencia para tornar aquí. Y si queremos satisfacer nuestras ansias de permanecer junto a vosotros, ¿cómo cumpliremos la palabra dada? Porque dijimos a nuestros superiores que volveríamos lo más pronto posible, al objeto de visitar, aunque no fuera más que de paso, a los santos monjes de esta provincia».

En esta incertidumbre, e incapaces de decidirnos por nosotros mismos en asunto tan importante, nuestros gemidos revelaban lo crítico de nuestra situación. Nos acusábamos de nuestra debilidad y nos echábamos en cara nuestra natural timidez. Esto era lo que nos mantenía indecisos, sin dejamos resolver en ningún sentido. Nuestros hermanos nos habían dado permiso para venir a Egipto, fiados en nuestra palabra de volver; si bien la dimos contra nuestro designio y porque nos habían permitido venir solo con la promesa de regresar cuanto antes a Belén. En tal situación llorábamos por haber sido víctimas del vicio de que habla la Escritura: «Existe una vergüenza que es causa de pecado»[1].

PLAN DE CASIANO Y RESPUESTA A LA PREGUNTA DEL ABAD GERMÁN

III. Entonces dije yo: existe un medio de remediar nuestras congojas, y es el de recurrir a los consejos, o mejor, a la autoridad del anciano. Debemos confiarle nuestras cuitas y, sea cual fuere su decisión, su palabra debe poner fin a nuestras perplejidades, como si fuera respuesta del cielo. El Señor, a no dudarlo, nos concederá esta gracia por los méritos de este santo varón y también en atención a nuestra fe. Porque ha ocurrido muchas veces, por una gracia de su munificencia, que la fe ha obtenido un consejo saludable de parte de hombres sin virtud, y en cambio la incredulidad lo ha conseguido de parte de hombres santos. Así lo hace Él para recompensar los merecimientos de los que responden o la fe de los que preguntan.

El santo abad Germán acogió estas palabras con alegría, cual si las hubiera yo pronunciado, no por propio impulso, sino por inspiración del Señor. Aguardamos entonces algunos instantes la venida del anciano y la hora de la sinaxis nocturna, que estaba ya próxima. Le recibimos cruzando el saluda acostumbrado. Después de recitar el número consabido de salmos, nos sentamos, según costumbre, sobre las mismas esteras en que nos habíamos recostado para descansar.

IV. El venerable José nos vio profundamente abatidos. Y creyendo seguramente que no era sin motivo, nos dirigió la palabra, adoptando una frase del patriarca José: «¿Por qué —dijo— está hoy triste vuestro semblante?»[2]. Le contestamos que no habíamos tenido ningún sueño como los ministros del faraón que estaban en la cárcel y no encontraban a nadie que lo interpretara, sino que habíamos pasado la noche insomne y no había nadie que pudiera aliviar el peso de nuestra tristeza, a menos que el Señor nos librara de ella, por su discreción.

Entonces el viejo, cuya virtud, no menos que su nombre, evocaba en nosotros la virtud del gran patriarca, nos dijo: «¿Por ventura no será posible con la gracia del Señor curar los pensamientos de los hombres? Dadme a conocer los vuestros, que poderoso es Dios para concederos, en la medida de vuestra fe, el remedio apetecido por medio de mis consejos».

RAZONES POR LAS CUALES PREFERÍAMOS PERMANECER EN EGIPTO, Y LAS QUE NOS INDUCÍAN A IR A SIRIA

V. Habíamos pensado, dijo entonces Germán, que volveríamos satisfechos a nuestro monasterio de Belén, después de presenciar la vida que aquí lleváis. Que partiríamos llenos de gozo y frutos espirituales y que nos sería posible imitar, siquiera en pequeña medida, cuanto hubiéremos aprendido en vuestra escuela. Esto y el amor de nuestros superiores fue lo que nos indujo a hacer la promesa de retornar, en la convicción de que podríamos reproducir cerca de ellos algo de la sublimidad de vuestra vida y doctrina.

Mas lo que creíamos que iba a proporcionarnos tanta alegría, ha venido a ser, por el contrario, un motivo de dolor. Porque si cumplimos lo prometido nos es imposible lograr

de esta suerte lo que nos sería tan saludable. De una y otra parte encontramos, pues, el mismo embarazo.

Como hicimos una promesa en presencia de la comunidad, en la gruta donde nació Nuestro Señor del seno de la Virgen, y le hemos tomado a Él por testigo, si ahora queremos cumplirla, arrostramos el mayor daño espiritual. Y si olvidamos nuestro compromiso y nos quedamos aquí, anteponemos a nuestro voto lo que más nos importa y corremos el riesgo de caer en la mentira y la infamia.

Ni nos consuela tampoco el pensar que, una vez cumplida nuestra palabra de regresar a Belén, nos han de permitir nuestros hermanos tornar a vosotros. Porque para aquellos que tienden hacia la perfección, cualquier dilación es peligrosa. No obstante, cumpliríamos nuestra promesa, aun tardando en volver a estos lugares; pero es muy de temer que el afecto de nuestros superiores conspire con su autoridad para no dejarnos venir a vuestro país.

VI. Al llegar aquí, el abad José permaneció unos instantes en silencio y replicó: ¿Estáis seguros de que si os quedáis con nosotros, eso va a contribuir más a vuestro aprovechamiento espiritual?

VII. GERMÁN. Debemos agradecer con toda el alma la doctrina de aquellos que nos han enseñado desde nuestra juventud a formar grandes resoluciones y han sabido despertar en nuestro corazón una sed tan grande de perfección, haciéndonos saborear el bien que poseían.

Si das crédito a nuestras palabras, no hay comparación entre vuestro género de vida y el que ellos profesan. Paso en silencio la inimitable pureza de vuestro vivir, que no consideramos solamente como un fruto del ideal austero que seguís, sino también como un beneficio particular del ambiente de estos parajes.

Indudablemente, para imitar vuestra perfección no nos basta la doctrina que nos habéis enseñado de paso. Tenemos necesidad, además, de la ayuda que nos ofrece vuestra compañía. Una estancia habitual junto a vosotros será capaz de desterrar, con vuestras exhortaciones y consejos, la tibieza de nuestro corazón[3].

LOS SANTOS NO PUEDEN SER DUROS NI PERTINACES

XXVII. No debemos silenciar la utilidad que encierra esta recomendación: cuando bajo los efectos de la ira o de otra pasión hemos hecho una promesa —lo cual no debería hacer nunca un monje—, es preciso sopesar con un criterio sano las dos alternativas, es decir, lo que hemos resuelto y lo que nos sentimos empujados a hacer, y tras de maduro examen, adoptar sin demora la solución más conveniente. Porque es preferible renunciar a su palabra que perder el mérito de una obra piadosa y de más utilidad.

Por lo demás, no recordamos haber visto nunca que aquellos santos Padres antiguos, que fueron de virtud probada, se mostraran obstinados, e inquebrantables en sus promesas. Como la cera se ablanda con el calor, cedían a la razón; y en cuanto se ofrecía un parecer mejor que el suyo y más saludable, lo adoptaban sin vacilar. Pero a los que se

mostraban porfiados en sus decisiones, siempre vimos que se les tenía como hombres faltos de sentido y discreción.

XXVIII. GERMÁN. Si hemos de atenernos a esa doctrina que has expuesto con tanta elocuencia, hay que concluir que el monje no deberá nunca contraer ningún compromiso, so pena de ser hallado infiel o testarudo. Y si ello es así, ¿cómo encontraremos entonces la manera de aplicar la palabra del salmo: «Juré, resolví guardar los mandamientos de tu justicia»?[4] ¿Qué significa jurar y resolverse, si no permanecer inmutablemente fiel a sus compromisos?

XXIX. JOSÉ. No hablamos aquí de mandamientos principales, sin los cuales no es posible la salvación, sino de aquellos que podemos, sin riesgo alguno para nuestro estado, descuidar o guardar. Por ejemplo, el rigor continuo del ayuno, la abstinencia perpetua del vino o del aceite, la práctica de no salir jamás de la celda, la lectura y la meditación incesantes, son ejercicios que uno puede observar según sus conveniencias o dejar de lado, si es necesario, sin que por eso tenga que sufrir menoscabo nuestra profesión o nuestro ideal de vida.

En orden a la observancia de los mandamientos principales, son necesarias resoluciones muy constantes, hasta no retroceder ante la muerte, si es preciso. Y a este propósito conviene decir lo del salmo: «He jurado y he resuelto». Tal es en particular nuestro deber cuando se trata de la caridad; es menester que lo despreciemos todo por ella, para que permanezca intacto el bien que encierra la concordia y su perfección. Los mismos compromisos debemos contraer en lo que atañe a la castidad; idéntica conducta; también para lo que es de fe, sobriedad y justicia. Estas virtudes deben guardarse con una perseverancia que no se desmienta jamás. Alejarse de ella, por poco que sea, sería condenable.

En cambio, para los ejercicios corporales, de los cuales se ha dicho que no siempre son de provecho[5], nuestras promesas deben ser lo que he dicho antes. Supongamos que se nos ofrece una ocasión más pía que nos aconseja cierta relajación en esos ejercicios. No nos hagamos un deber ineludible el seguirlos, sino prescindamos más bien de ellos para ejercitarnos en cosas más útiles y provechosas. Abandonar por un tiempo esas prácticas corporales no ocasiona ningún daño. En cambio, es fatal alejarse de las otras, aun mando no sea más que un instante.

DE CÓMO DEBEN CONFIARSE A OTROS LOS SECRETOS

XXX. He aquí también una regla que hay que observar con suma cautela.

Hablemos otra vez en hipótesis. Imaginaos que un día se os escapa una palabra que deseabais tener oculta. No os pongáis a inquietar a quien la ha oído recomendándole con insistencia la discreción. Estad seguros de que se guardará mejor vuestro secreto, si os conducís en este caso con cierta negligencia en encubrirlo. Porque, en efecto, creyendo vuestro hermano que carece de importancia y que ha sido una palabra caída por azar en

la conversación, y por lo mismo menos digna de consideración, puesto que no os habéis cuidado de encarecer el silencio, no tendrá deseos de divulgarla.

En cambio, si le obligáis a jurar que guarde el secreto de lo dicho, será más fácil que os traicione descubriéndolo. Porque el demonio le tentará con más violencia por dos razones: para contristar a- aquellos cuyos secretos se revelan, y para inducir a los otros a quebrantar su juramento.

XXXI. Por lo dicho se deduce que el monje no debe nunca tomar resoluciones irrevocables en aquellas cosas que miran a los ejercicios corporales, para evitar que el enemigo le tienda un lazo, induciéndole a romper el juramento o la promesa.

Por lo demás, quien viviendo bajo la economía de la libertad —que nos da la gracia—, se impone una ley a sí mismo, no hace sino atarse con las cadenas de una servidumbre perniciosa. Poique lo que hubiera podido hacer lícitamente con acciones de gracias, y aun con honor, no podrá ya omitirlo si la necesidad le constriñe, sino a trueque de conculcar un juramento o promesa, y quedar por lo mismo en la opinión de transgresor. De ahí que diga el Apóstol: «Donde no hay ley que obligue, tampoco hay transgresión de la ley»[6].

Con esta doctrina y avisos del bienaventurado José, que nos parecieran como un oráculo del Cielo, nos sentimos confortados y nos decidimos a fijar nuestra morada en Egipto. No obstante, como quiera que el dejar de cumplir nuestra promesa nos dejaba todavía un tanto intranquilos, la cumplimos después de siete años. Hicimos entonces un rápido viaje a nuestro monasterio, con la firme confianza de obtener licencia para regresar al desierto. Esta visita nos ofreció ocasión propicia para rendir a maestros superiores el honor que les debíamos. Y fue tal su caridad para con nosotros, que las numerosas cartas de excusa que les habíamos escrito no habían sido parte para satisfacerles y calmar los ánimos. En fin, totalmente libres del escrúpulo que nos había dejado nuestra promesa, despidiéndonos ellos con gran cordialidad, partimos de nuevo encaminándonos al desierto de Escete.

Ahí tenéis, venerables hermanos, la ciencia y la doctrina de estos Padres ilustres, según ha sabido exponerla nuestra ignorancia. Si mi estilo inculto ha introducido en ellas más confusión que claridad, os suplico que la censura que os merece mi impericia no malogre las alabanzas a que son acreedores estos varones insignes[7]. Ante Dios, que nos juzgará un día, me ha parecido mejor divulgar la magnificencia de esta doctrina, aun cuando fuera con una lengua sin belleza, que callarla. Puesto que el lector, si se fija en la sublimidad de las ideas, no se detendrá en el camino, sorprendido por la incorrección de la forma. Pues me he esmerado más en ser útil que en ser alabado. Porque al escribir yo las sentencias de estos santos varones no ignoraba la dificultad que eso llevaba consigo y la poca o ninguna alabanza que podría granjearme. Pero, más avisado y sagaz, puse el pie en la celada, como suele decirse, y no rehusé a escribirlas a pesar de la inseguridad del éxito y de la esperanza no muy cierta del aprovechamiento ajeno. Finalmente, advierto a todos aquellos que van a hojear estos opúsculos, que todo aquello que encuentren aquí de agradable pertenece a los Padres, y cuanto no es de su gusto, es mío.

[1] *Prov* xxvi, 11 [LXX].

[2] *Gen* xi, 7 [LXX].

[3] Siguen ahora una serie de capítulos —del viii al xxvi— en los que el conferenciante complica más allá de lo debido el problema que se origina de la promesa hecha por los dos monjes peregrinos. Es una interminable teoría sobre la mentira. José vierte conceptos sumamente extraños por lo vagos, y aun falsos, sobre este tema, y llega a considerarla lícita en ciertos casos. Sin embargo, la teología moral y el buen sentido nos enseñan que la mentira, en cuanto es la afirmación contraria a la verdad con el fin de engañar, está prohibida, aun cuando persiga un fin útil y saludable, pues no nos es lícito hacer un mal para conseguir un bien, como ya san Pablo decía en *Rom* iii, 8.

[4] *Ps* cxviii, 106.

[5] Cfr. *I Tim* iv, 8.

[6] *Rom* iv, 15.

[7] Se refiere evidentemente a los dos personajes, Honorato y Euquerio, a quienes dedicó en el prefacio estas siete conferencias.

TERCERA PARTE
QUE COMPRENDE LAS SIETE CONFERENCIAS DE LOS PADRES QUE
MORAN EN LAS REGIONES MÁS APARTADAS DE EGIPTO

PREFACIO

A JOVINIANO, MINERVO, LEONCIO Y TEODORO[1]

No hace mucho, a petición de los obispos Heladio y Leoncio, compuse, con la gracia de Cristo, las diez primeras conferencias de los Padres. Dediqué luego otras siete al santo obispo Honorio y al no menos venerable siervo de Cristo Euquerio. Y hoy he creído un deber dedicaros las restantes a vosotros, venerables hermanos Joviniano, Minervo, Leoncio y Teodoro.

La razón es obvia. El último de vosotros, Teodoro, ha establecido en nuestras provincias de la Galia la santa y egregia disciplina cenobítica, con todo el rigor de las antiguas virtudes: Los demás, merced a vuestras lecciones, habéis logrado engendrar en las almas de los monjes un vivo amor a la profesión cenobítica y un anhelo sin igual por la grandeza sublime de la soledad.

Ahora bien, estas conferencias, dictadas por los más ilustres Padres, están de tal suerte estructuradas y contienen tal variedad de elementos en sus diversas partes, que son igualmente útiles a toda esa multitud de hermanos de ambas profesiones, que gracias a vuestra labor florecen no solo en las regiones occidentales, sino también en las mismas islas[2]. Quiero decir que tanto aquellos que persisten en llevar el laudable yugo de la sujeción dentro de la comunidad, como los que desean seguir la disciplina anacorética no lejos de vuestros cenobios, encontrarán en ellas una más completa instrucción, en consonancia con el ambiente en que viven y el estado que han escogido.

Por otra parte, la labor realizada por vosotros hasta el presente ha sido muy ventajosa para estos monjes. En efecto: se encuentran ya preparados a abrazar los preceptos y las enseñanzas de los ancianos, puesto que se les ha ocupado en los mismos ejercicios que ellos practicaron.

Además, con estos volúmenes de las conferencias recibirán en sus propias celdas a sus auténticos autores. En cierto modo gozarán cada día de su compañía, alternando las preguntas y acogiendo sus respuestas. Con ello no se moverán a impulsos de su propio criterio por esta senda tan ardua como desconocida en estos parajes. Senda por demás peligrosa, incluso allí donde parece más fácil el acceso, ya sea porque sus atajos están llenos de tristísimos recuerdos, ya también por los innumerables ejemplos de los que la siguieron antes que ellos. Es de esperar, pues, que se acostumbren a vivir en la disciplina anacorética según las máximas de aquellos que se han regido en todo por la antigua tradición, y el trabajo de una larga experiencia.

[1] Los cuatro, al parecer, abades de la Congregación lirinense.

[2] Se refiere a las islas Estécades, próximas a Marsella, y llamadas hoy Hyères. Cfr. prefacio a la *Colación XI*.

XVIII. CONFERENCIA DEL ABAD PIAMÓN. DE LOS TRES GÉNEROS DE MONJES

Capítulos: i. De cómo fuimos recibidos por el abad Piamón a nuestra llegada a Dioicos.—ii. Cómo deben los novicios instruirse en el ejemplo de los ancianos.—iii. Que los jóvenes no deben discutir las enseñanzas de sus ancianos.—iv. De tres géneros de monjes que se encuentran en Egipto.—v. De los que han dado origen a la vida cenobítica.—vi. Origen y principios de los anacoretas.—vii. Origen y modo de vivir de los sarabaítas.—viii. De un cuarto género de monjes.—ix. Qué diferencia hay entre cenobio y monasterio.—x. Respuesta a la pregunta formulada.—xi. De la verdadera humildad, y cómo el abad Serapión desenmascaró la falsa humildad de un monje.—xii. Pregunta sobre el modo de adquirir la verdadera paciencia.—xiii. Piamón responde a la pregunta formulada.—xiv. Ejemplo de paciencia de una mujer consagrada a Dios.—xv. Ejemplo de paciencia del abad Pafnucio.—xvi. La perfección de la paciencia.—xvii. La enfermedad de la envidia.

EL ABAD PAIMÓN NOS ACOGE AL LLEGAR A DIOLCOS

I. Después de haber gozado de la presencia y coloquio de aquellos tres ancianos —cuyas colaciones he dispuesto, atendiendo a las reiteradas instancias de nuestro hermano Euquerio— se avivó nuestro deseo de visitar las provincias más apartadas de Egipto. Aquí era mayor el número de monjes y se distinguían por su mayor perfección.

De esta suerte fue como llegamos a la aldea denominada Diolcos, situada junto a una de las siete bocas del delta del Nilo. Nos dirigimos allá no tanto impulsados por la necesidad del camino cuanto movidos por el deseo de contemplar de cerca a los santos varones que moraban en estos parajes. Sabíamos por referencias que había allí muchos monasterios establecidos, por los más antiguos Padres. A fuer de codiciosos mercaderes ebrios de riqueza, y con la esperanza de una ganancia más pingüe, nos decidimos a embarcar como quien se danza en pos de una fortuna incierta.

Bogando en todas direcciones, anduvimos fluctuando largo tiempo. Nuestra mirada buscaba con avidez a estos varones conspicuos por la sublimidad de sus virtudes. De pronto divisamos al abad Piamón, como a un faro elevadísimo. Era el abad y al mismo tiempo el sacerdote de los anacoretas que habitaban allí. Colocado, como la ciudad de que habla el Evangelio, en el vértice de la montaña, su vivo resplandor llegó bien pronto a iluminarnos y solicitar nuestra atención[1].

En nuestra misma presencia se dignó la divina gracia dar testimonio de sus méritos, realizando milagros y prodigios por sus manos. Mas me parece mejor silenciarlos, para no apartarme de mi primer designio ni rebasar los límites que debo imponer a este volumen. Porque no son las maravillas de Dios lo que me propongo transmitir a los hombres, sino más bien las instituciones y prácticas de los santos, en cuanto me sea posible recordarlas. Mi intención es arrojar nueva luz sobre la vida perfecta, no dar pábulo a la vana curiosidad de los lectores, sin utilidad ninguna para la corrección de sus vicios.

Así, pues, el santo abad Piamón nos recibió con vivas muestras de alegría y nos acogió con el mayor agasajo. Luego, viendo que no éramos naturales del país, se interesó

mucho en saber de dónde veníamos y con qué objeto habíamos llegado a Egipto. Al saber que habíamos salido de un monasterio de Siria y que era el deseo de perfección el único móvil que nos había conducido por aquellos derroteros, nos dirigió estas palabras:

HABLA PIAMÓN SOBRE EL MODO COMO DEBEN LOS NOVICIOS INSTRUIRSE EN EL EJEMPLO DE LOS ANCIANOS

II. Hijos míos: Cuando alguien desea adquirir la pericia de algún arte, es menester que se consagre con todo el interés y solicitud de que es capaz a los ejercicios particulares de esa profesión que desea conocer. Debe observar los preceptos y avisos de los maestros, más consumados en tal ciencia u oficio. De lo contrario, no hace más que fluctuar a merced de ineficaces deseos, y no le será posible llegar a una semejanza con aquellos cuya aplicación e industria se desdeña en imitar.

Hemos conocido ya a varios que vienen de vuestras regiones hasta este desierto, y recorren los monasterios de los monjes, afanosos únicamente de conocer. Pero están muy lejos de intentar abrazar las reglas y costumbres que constituyen el objeto de sus viajes. Ni por asomo se les ocurre retirarse a alguna celda para poner en práctica lo que han visto u oído. Desde luego, se anquilosan en las antiguas maneras y usos que habían aprendido. Ello da motivo a creer lo que algunos les echan en cara, que han cambiado de provincia solo con ánimo de evitar la miseria y pobreza en que vivían, y hallarse en mejores condiciones, no con el propósito de progresar en la vida monástica.

No solo no han adquirido ninguna instrucción, sino que, encasillados en su terquedad, les ha sido imposible permanecer aquí largo tiempo. Por donde se echa de ver claramente que no admitían ningún cambio, ya en la observancia de los ayunos, ya en el orden de la salmodia e incluso en el vestido. ¿Cabe pensar otra cosa sino que al venir a nosotros no perseguían otro fin que encontrar mejores medios de subsistencia?

III. Por eso, si, como creo, es Dios quien os inspira este celo de conocernos, es preciso renunciar enteramente a todos los principios que han precedido a vuestros comienzos. Y ello para abrazar con toda humildad las prácticas y enseñanzas de nuestros ancianos.

Cabe en lo posible que, de momento, no aprendáis el sentido profundo o el principio de tal palabra o tal conducta. No por eso os turbéis ni dejéis de conformaros con ellas. Los que juzgan de todo con provecho y con simplicidad y se aplican a imitar fielmente lo que han visto hacer o decir, más bien que a discutirlo, encontrarán, por añadidura, la luz en la misma práctica y en la experiencia de la vida.

Sin embargo, no penetrará la verdad hasta el fondo quien comienza por instruirse discutiendo. El enemigo, viendo que confía más en su propio juicio que en el de los Padres, insensiblemente le conducirá a considerar como superfina y peligrosas las cosas más útiles y saludables. Este astuto enemigo se burlará hasta tal punto de su presunción, que, a fuerza de persistir en sus opiniones irrazonables, el desdichado llegará a persuadirse que solo es santo lo que su ciega obstinación considera como tal.

DE TRES GÉNEROS DE MONJES QUE SE HALLAN EN EGIPTO

IV. Lo primero que debéis saber es el exordio y principio de nuestra profesión monástica. O sea cómo y de dónde procede. Se penetran más eficazmente los principios del arte a que se aspira, y se concibe mayor entusiasmo para ejercerlo, cuando se reconoce la dignidad de aquellos que fueron sus autores.

Existen en Egipto tres géneros de monjes. Dos de ellos son excelentes; el tercero es tibio y debe descartarse en absoluto.

El primero es el de los cenobitas, es decir, los que viven en comunidad, bajo el gobierno y dirección de un anciano. Están extendidos por todo Egipto, y su número es considerable.

El segundo es el de los anacoretas, los cuales, después de haber sido formados en los monasterios de cenobitas y haber llegado a ser perfectos en la vida activa, han preferido el secreto de la soledad. A esta categoría deseamos pertenecer nosotros. El tercero, digno de reprensión, es el de los sarabaítas.

De cada uno de ellos trataremos ampliamente y por orden.

Debéis, pues, conocer, ante todo, como hemos indicado, a los fundadores de estas tres profesiones. Pues gracias a este conocimiento podrá nacer en vuestro espíritu la aversión a aquella vida que es preciso evitar y el deseo de la que conviene seguir. Porque cada uno de estos caminos conduce necesariamente al mismo término al que llegó el que fue su iniciador y autor.

V. La vida cenobítica tiene su origen en el tiempo de la predicación apostólica. Tal es la que existía en Jerusalén entre la multitud de los fieles, y que nos describen así los Hechos de los Apóstoles: «La muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma, y ninguno tenía por propia cosa alguna, antes todo lo tenían en común»[2]. «Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos según la necesidad de cada uno»[3]. «No había entre ellos indigentes, pues cuantos eran dueños de haciendas o casas las vendían y llevaban el precio de lo vendido, y lo depositaban a los pies de los apóstoles, y a cada uno se le repartía según su necesidad»[4]. Tal era el espectáculo que ofrecía la Iglesia y que hoy día difícilmente nos es dado contemplar, a no ser en un reducido sector, en los monasterios cenobitas.

Pero tras la muerte de los apóstoles, la muchedumbre de los creyentes comenzó a entibiarse, especialmente aquellos que abrazaban la fe de Cristo y procedían de los extranjeros y de tantos pueblos diversos. En atención a su fe, todavía rudimentaria, y a su paganismo inveterado, solo se exigía de los gentiles que se abstuvieran de las carnes inmoladas a los ídolos, de sangre y de lo ahogado, y de la fornicación[5]. Esta libertad que se les concedía por condescendencia a la poca solidez de su fe incipiente no dejó de socavar poco a poco la perfección de la Iglesia de Jerusalén. Al crecer de día en día el número de conversos del judaísmo y de la gentilidad, el fervor de la fe primitiva disminuyó[6].

Mas no fue solamente la multitud de los que se convertían a la fe de Cristo la que se relajó en su antigua austeridad, sino también los jefes de la Iglesia. Algunos, creyendo

que les era lícita la concesión hecha a la debilidad de los gentiles, llegaban a la persuasión de que no implicaba detrimento alguno el guardar sus bienes y fortuna, mientras se confesara a la vez la fe de Cristo.

Aquellos, en cambio, en quienes se mantenía viva la llama de los tiempos apostólicos, fieles siempre a su perfección primera, abandonaron las ciudades y el consorcio de los que creían lícito para sí y para la Iglesia de Dios una vida relajada. Estableciéndose en los alrededores, de las ciudades y en lugares apartados, se pusieron a practicar privadamente y por su propia cuenta las instituciones que habían sido establecidas por los apóstoles para toda la Iglesia.

De esta suerte, merced a estos discípulos que estaban separados del contacto de la gran masa, se formó una observancia particular. Poco a poco, con el correr de los tiempos, se estableció como una categoría separada de los demás fieles. Y como se abstendían del matrimonio y de la compañía de sus padres y del estilo de vida que llevaba la gente del mundo, en razón de esta vida solitaria y sin familia fueron llamados monjes o μοναζοντες[7]. Más tarde, al constituirse en comunidades, se les denominó cenobitas, y sus celdas y moradas, cenobios.

Este fue el único género de monjes en los tiempos más antiguos; el primero, en el tiempo y también en la gracia. Se conservó muchos años inviolable hasta la época de los abades Pablo y Antonio. Aún vemos hoy día vestigios de esta vida en los fervientes monasterios de cenobitas.

ORIGEN Y PRINCIPIOS DE LOS ANACORETAS

VI. Del número de estos perfectos surgieron los santos anacoretas como flores y frutos de un tallo fecundísimo. San Pablo y san Antonio, a quienes hemos mencionado poco antes, fueron los autores de esta profesión. No fue, como creen algunas, la pusilanimidad ni el vicio de la impaciencia, sino el deseo de un mayor progreso y el gusto de la divina contemplación lo que les indujo a buscar los secretos de la soledad. Si bien —según dicen algunos— el primero se sintió obligado por la necesidad a penetrar en el desierto debido a las asechanzas de sus parientes en tiempos de persecución.

Así, pues, de la primera observancia de que hemos hablado nació otro género de vida perfecta. A sus seguidores se les llamó con razón anacoretas, esto es, hombres de la soledad. No contentos con haber alcanzado sobre el diablo una primera victoria estando entre los hombres, descubriendo los lazos ocultos de sus asechanzas, desean enfrentarse con los demonios, luchando con ellos cara a cara y a pecho descubierto. Se les ve penetrar sin temor alguno en las vastas soledades del yermo. Estos son los imitadores de san Juan Bautista, quien permaneció en el desierto todo el tiempo de su vida, y de Elías y Eliseo, y de todos aquellos de que nos habla el Apóstol: «Anduvieron errantes, cubiertos de zamarra, de pieles de cabra, faltos de todo, atribulados, vejados, de los cuales no era digno ti mundo; extraviados por despoblados y montes y cuevas y cavernas de la tierra»[8]. De ellos habla también en sentido figurado el Señor dirigiéndose a Job: «¿Quién al onagro puso en libertad, y quién desató las amarras del asno salvaje? Al cual

señalé por casa la estepa y por morada suya la tierra salitrosa. Ríese del estrépito de la ciudad, no oye los gritos del arriero, Explora las montañas como pasto suyo y anda buscando todo lo verde»[9]. Y asimismo en los salmos se dice: «Digan ahora los que han sido redimidos por el Señor, los que han sido redimidos de las manos del enemigo»[10]. Y un poco más adelante agrega: «Fueron errantes en la soledad, en el yermo, no hallaron habitáculo en el camino de la ciudad, hambrientos y sedientos como estaban. Su ánimo en ellos íbase agotando. Y clamaron al Señor en la tribulación y les liberó de sus necesidades». De ellos habla también Jeremías y los describe así: «Feliz el hombre que toma el yugo desde su adolescencia, se sentará solitario y callará, porque se elevó sobre sí»[11]. Ellos son los que cantan al unísono con el salmista, teniendo los mismos sentimientos y las mismas obras, cuando dicen: «Me he hecho semejante al pelícano del desierto. Vigilé y me hice igual al pájaro solitario en la azotea»[12].

ORIGEN DE LOS SARABAÍTAS Y SU ESTILO DE VIDA

VII. Estas dos profesiones son el honor y la alegría de la religión cristiana. Pero también despaciosamente empezó a infiltrarse en su seno la decadencia. De aquí surgió un género de monjes sumamente detestable e infiel. Mejor dicho, venían a ser el resurgir de aquella semilla funesta enraizada en el corazón de Ananías y Safira en el alborear de la Iglesia, y cortada de raíz por la severidad del apóstol Pedro. Esta enfermedad había sido considerada por los monjes como deleznable y maldita y no había vuelto a producirse en nadie, mientras perduró en la memoria de los fieles el temor de aquella sentencia inexorable. El santo apóstol no había dejado a los fautores de aquel nuevo crimen lugar para el arrepentimiento ni a la satisfacción. Una muerte repentina había cortado el germen fatal. No obstante, poco a poco la negligencia y el tiempo acabaron por borrar de la mente de muchos el recuerdo de aquella mancha por la que Ananías y Safira habían sufrido el castigo de Pedro.

En este momento histórico aparece la nueva raza de los sarabaítas. Se les llamó así debido al término copto que significa que se desconectaban de las comunidades cenobíticas para atender por sí mismos a sus necesidades. Son descendientes en línea recta de los cristianos de que hemos hablado, que solo buscan lo que es superficial en la perfección evangélica y hacen alarde de ella, sin atender a su profunda realidad. Lo único que desean es rivalizar con la virtud de los héroes que prefieren la perfecta desnudez de Cristo a todas las riquezas, y participar de las alabanzas que les prodigan las gentes.

Pero sea que su espíritu es demasiado pusilánime para una empresa que exige de suyo una fuerza nada común, sea que la sola necesidad les ha inducido a abrazar la profesión monástica, lo cierto es que están tan prestos a respaldarse con el nombre de monjes cuanto poco dispuestos a practicar sus virtudes. No les importa la disciplina cenobítica, ni se someten a la autoridad de los ancianos, ni les interesa aprender de ellos a vencer su voluntad. No reciben ninguna formación regular, ni siguen regla alguna dictada por una sana discreción. Solo en lo exterior y ante la faz de los hombres han renunciado a sus

cosas. Permanecen en sus domicilios particulares, y amparados bajo el privilegio de un nombre tan glorioso viven consagrados a las mismas ocupaciones. O también se construyen celdas, a las que dan el nombre de monasterios, para vivir a su talante y en completa libertad. Jamás someten su cerviz al yugo del Evangelio, que prescribe que no debemos andar solícitos por el pan cotidiano, ni inquietarnos por los bienes de fortuna. Solo cumplirán este precepto, sin las vacilaciones de un alma infiel, quienes se desprenden enteramente de los bienes de este mundo y se someten a los superiores de los cenobios hasta llegar a confesar que no son dueños de sí mismos.

No se conducen, así los sarabaítas. Inhibiéndose, como hemos dicho, a toda austeridad cenobítica, viven de dos en dos o de tres en tres en celdas, ni desean ser gobernados por el cuidado y autoridad de un abad. Al contrario. Su principal designio es permanecer libres del yugo de los ancianos para mantener su libertad de satisfacer a sus caprichos, de salir y vagar por donde les plazca o de hacer lo que se les antoje. Y es curioso que se da el caso de que llegan a trabajar más que los cenobitas. Porque, no contentos con pasar el día en el trabajo, consagran a él la noche. Pero, desde luego, no lo hacen con miras a poner en manos de un mayordomo el producto de su labor, sino para ganar más dinero y ponerlo en reserva.

Considerad la diferencia enorme que existe entre estas dos especies de monjes. Los cenobitas, sin pensar en la necesidad del día siguiente, ofrecen a Dios el fruto de su trabajo como hostia agradable. Los sarabaítas extienden la solicitud de su alma infiel no solo al día siguiente, sino a la larga sucesión de los años. Creen a Dios mendaz y exento de recursos, cual si no pudiera o no quisiera cumplir su promesa de dar suficientemente el pan cotidiano o el vestido.

Los primeros desean con todas las veras del corazón la desnudez total y la pobreza perpetua; los segundos, la abundancia de todos los bienes materiales. Los unos se esfuerzan a porfía por sobrepasar la medida del trabajo prescrito, y ello para que después de haber subvenido a los santos usos de monasterio, lo restante se distribuya según el parecer del abad a los prisioneros, a los hospicios, para los extranjeros, a los hospitales, a los indigentes. Los otros no tienen otro objetivo que satisfacer con la superfluidad de su gula la desenfrenada voluptuosidad o la culpable avaricia que les tiranizan.

Finalmente, hemos de admitir que estos administran con más provecho el dinero que han atesorado con torcida intención, decantándose también en esto de la virtud y perfección de los cenobitas. Estos, a la vez que procuran diariamente grandes entradas al monasterio y se desprenden de ellas con gran espíritu de abandono, perseveran, sin embargo, en una profunda sumisión y humildad, por cuanto no tienen libre disposición de sus personas ni de lo que ganan con el sudor de su frente. Además, merced a este desprendimiento diario del fruto de su trabajo, renuevan sin cesar el fervor de su primera renuncia. Aquellos, en cambio, se engríen por lo mismo que dan con largueza a los pobres, y día tras día se precipitan más y más en su perdición. La paciencia y la fidelidad rigurosa con que aquellos perseveran fervorosamente en la profesión que abrazaron un día, como que nunca dan satisfacción a sus voluntades, los convierte de continuo en

crucificados para este mundo y en mártires vivientes. La tibieza y el capricho de los segundos los sumerge en el infierno.

En esta provincia, los dos primeros géneros de monjes se mantienen, en cuanto al número, a un nivel más o menos parejo. En cambio, en las otras provincias que he tenido que recorrer para subvenir a las necesidades de la fe católica, el tercer género, esto es el de los sarabaítas, abunda de tal suerte que vive a sus anchas casi solo. En tiempo de Lucio, obispo que se había entregado a la perfidia arriana, bajo el gobierno de Valente, tuve que llevar el fruto de una colecta a nuestros, hermanos, que habían sido relegados desde Egipto y la Tebaida a las minas del Ponto y de Armenia por su fidelidad a la fe católica. Pude advertir en algunas poblaciones aspectos muy raros de vida cenobítica. Referente a los anacoretas, no creo hubieran jamás oído mentar siquiera el nombre.

DE UN CUARTO GÉNERO DE MONJES

VIII. Existe aún un cuarto género de monjes, que vimos aparecer poco después. Son aquellos que se jactan de una mera apariencia, de una vana imagen de la vida anacorética.

En sus principios, su fervor en el monasterio hacía sospechar que deseaban verdaderamente la perfección de la disciplina cenobítica. Mas eso duró poco. Bien pronto cayeron en la tibieza. No quisieron a ningún precio cortar los hábitos y los vicios de otro tiempo, y no pudiendo sostener el yugo de la humildad y de la paciencia, rehusando someterse al mandato de los ancianos, se construyeron celdas separadas con ánimo de vivir en ellas solitarios. Así, al no ser molestados por nadie, podrían creer los hombres que eran pacientes, afables y humildes[13].

Pero esta profesión nueva o, por mejor decir, esta vida de tibieza no permite nunca a los que se han dejado inficionar por ella llegar a la perfección. De esta suerte, sus vicios no solo no se arrancarán, sino que irán de mal en peor, por el hecho de que nadie los excita. Como un virus interior y mortal, se va hendiendo tanto más profundamente en el alma cuanto más oculto se encuentra, y acaba por engendrar un mal incurable. Por reverencia a la celda monástica nadie se atreve a acusar al solitario de los vicios que él mismo quiso más bien ignorar que curar. No obstante, la virtud no se adquiere disimulando el vicio, sino superándolo.

IX. GERMÁN. ¿Existe alguna diferencia entre cenobio y monasterio o significan ambos nombres una misma cosa?

X. PIAMÓN. Aun cuando muchos usan indiferentemente la palabra monasterio por cenobio, existe no obstante una diferencia. Monasterio es nombre propiamente de morada, significativo del lugar o habitación de los monjes; en cambio, cenobio designa además el género y la disciplina de la profesión monástica. Monasterio puede ser también la habitación de un solo monje, y cenobio no puede llamarse sino el lugar donde viven conjuntamente varios de ellos. Se dicen también monasterios las moradas en donde viven las comunidades de los sarabaítas.

XI. Según echo de ver, antes de que vinierais a abrazar nuestro género de vida pertenecíais a un linaje de monjes excelente. Salisteis de la noble palestra de los cenobitas para seguir después hasta las cimas elevadas de la disciplina anacorética. Seguid, pues, con un corazón sincero la virtud de la humildad y de la paciencia que, a no dudado, habéis aprendido en vuestro primer estado monástico. No os contentéis como hacen algunos, en guardar apariencias, fingiendo humillarse con palabras y prodigando inclinaciones afectadas y superfluas.

El abad Serapión tuvo ocasión de desenmascarar finamente esta especie de falsa humildad.

Un día le visitó un monje. Venía con un exterior lleno de humildad y con palabras que expresaban el más hondo menosprecio de sí mismo. El anciano le invitó, según costumbre, a recitar las oraciones consabidas. Mas todo fue inútil. El advenedizo rehusaba la invitación, creyéndose indigno de ello. «Un hombre como él, cubierto de tantas miserias. ¡Decididamente, no; era indigno del aire que respiraba!». Se le invitó a sentarse sobre la estera, y tampoco: el sudo desnudo era mejor para él. Tampoco quiso después ofrecer los pies para el lavamiento acostumbrado.

Terminada la comida, el abad Serapión aprovechó la oportunidad de la habitual conferencia para amonestarle con gran benignidad y dulzura. «No debía andar en todas direcciones, ocioso y vagabundo, siempre inconstante y nunca estable; máxime siendo como era joven y robusto. Que se mantuviera en su celda, según la regla dimanada de los ancianos, y tratara de vivir de su trabajo más que de la caridad ajena. San Pablo no había caído en tal error. Obrero del Evangelio, hubiera podido con razón reclamar la hospitalidad como una deuda que se le debía, y, no obstante, prefirió trabajar noche y día para ganar para sí y para los demás que le ayudaban en su ministerio y no podían ejercer un oficio, el pan cotidiano». Al oír tales palabras, el joven monje se entristeció visiblemente y quedó corrido de vergüenza. Su semblante no podía disimular la amargura que sentía en su corazón.

«Bien, hijo mío —repuso el anciano—. Hace un instante te cargabas con el peso de todos los crímenes, y no temías que con la confesión de tales atrocidades incurrieras en la nota de infamia y desestima. Y ahora que te hago una simple admonición, que no tiene en sí nada de humillante y solo tiene el fin de edificarte y suscitar la dilección del corazón, te has enojado tanto, que la indignación se refleja en tus facciones y no puedes ocultarla con urna aparente serenidad. Mientras te humillabas a ti mismo, ¿atendías, por ventura, al contenido de aquella sentencia que yo te citaba: «El justo se acusa en las primeras palabras de su discurso»?[14].

Conservad, pues, la verdadera, humildad de corazón, que no consiste en demostraciones y palabras afectadas, sino en un abajamiento profundo del alma. Esa humildad se mostrará con la paciencia, que será como una proyección de ella y como la señal más evidente. Y esto no precisamente cuando os atribuyáis crímenes que nadie ya

a creer, sino cuando os quedéis insensibles a las acusaciones arrogantes que se os harán, y soportaréis con toda mansedumbre e igualdad de ánimo las injurias que os infieran.

SOBRE EL MODO DE ADQUIRIR LA VERDADERA PACIENCIA

XII. GERMÁN. Quisiéramos saber cómo se adquiere y se conserva esa tranquilidad de que acabas de hablar. Está muy en su punto recomendarnos el silencio, tener cerrados los labios y ahogar todo desabrimiento en las palabras. Pero es necesario también, y ante todo, conservar la dulzura de corazón. Ahora bien, con frecuencia, cuando uno quiere refrenar su lengua, entonces precisamente es cuando pierde la paz interior. Y he aquí por qué nos parece imposible conservar el bien de la mansedumbre, a menos que vivamos solitarios en el fondo de una celda apartada.

XIII. PIAMÓN. La verdadera paciencia y tranquilidad de alma solo puede adquirirse y consolidarse por una profunda humildad de corazón. La virtud que mana de esta fuente no tiene necesidad del retiro de una celda ni del refugio de la soledad. En realidad, no le hace falta un apoyo exterior cuando está interiormente sostenida por la humildad, que es su madre y guardiana. Por otra parte, si nos sentimos airados cuando se nos provoca, eso es indicio de que los cimientos de la humildad no son bien estables en nosotros. La menor borrasca que sobreviene es suficiente entonces para socavar todo nuestro edificio espiritual y ponerle en trance de ruina.

Pero la paciencia no es digna de alabanza ni de admiración cuando permanece en su tranquilidad, poique no haya enemigos que la ataquen con sus dardos. Lo que la hace ilustre y gloriosa es quedar inmóvil cuando la tempestad y la tentación irrumpen sobre ella. Porque cuando la adversidad va a vejarse y romperla, entonces es precisamente cuando se robustece. Su filo se agudiza con aquello mismo que parecía había de embotarlo. Nadie ignora que la palabra paciencia viene de padecer. Es evidente, por lo mismo, que solo merece el nombre de paciente quien soporta sin un movimiento subversivo del alma todas las injurias» que se le infligen. Salomón lo encomia con razón, al decir: «El hombre paciente vale más que el soldado veterano; el que domina su cólera más que el hombre que conquista una ciudad»[15]. «El hombre longánimo es rico en prudencia, mas la pusilanimidad es muy insensata»[16].

Si, acobardado por la injuria, uno se inflama en la ira, no hay que creer que la acerbidad del ultraje sea la causa primera de este pecado; no hace más que poner de relieve una debilidad oculta, según aquella parábola del Salvador sobre las dos casas, de las cuales la primera estaba cimentada en la roca, y la segunda, sobre la arena[17]. Las lluvias, los torrentes, los vientos de la tempestad irrumpen por igual sobre la una y la otra. Mas la que está fundada sobre la solidez de la peña no sufre ruina por la violencia del choque; en cambio, la que está construida sobre la arena movediza e incierta se viene abajo irremisiblemente. Ahora bien, es evidente que la causa de su ruina no está en las lluvias y los torrentes que la amenazan, sino en la imprudencia de aquel que la construyó un día sobre la arena.

La diferencia entre un pecador y un santo no radica en que uno tiene tantas tentaciones

como el otro, sino en que el primero no se deja vencer por los asaltos más violentos, en tanto que el segundo cede ante la más leve tentación.

Repitamos que la fuerza del justo no sería merecedora de la alabanza si triunfara sin ser tentado. Porque, ¿cabe una victoria sin combate? Mas «feliz el hombre que soporta la tentación, porque, tras de haber sido probado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que le aman»[18]. Asimismo, según san Pablo, «la virtud se perfecciona», no en el descanso y las delicias, sino «en la flaqueza»[19]. Porque «he aquí que te he establecido en este día como una ciudad fortificada, como columna de hierro y muro de bronce, sobre toda la tierra, sobre los reyes de la tierra de Judá, sus príncipes, sacerdotes, y todos los pueblos de la tierra. Y ellos te harán la guerra; mas no podrán contra ti, porque yo estoy contigo, dice el Señor, para librarte de ellos»[20].

EJEMPLO DE PACIENCIA EN UNA MUJER CONSAGRADA A DIOS

XIV. Quisiera daros de esta paciencia dos ejemplos, al menos.

El primero es de una mujer consagrada al servicio de Dios. Practicó con tanto celo la virtud de la paciencia, que, lejos de inhibirse de los golpes de las tentaciones, ella misma se procuró ocasiones de molestias para habituarse a superarlas, por frecuentes que fuesen.

Habitaba esta mujer en Alejandría. Oriunda de una familia no precisamente plebeya, servía devotamente al Señor en la casa que le habían dejado sus padres. Un día fue a visitar al obispo Atanasio, de feliz memoria, y le suplicó que le diera, para mantenerla, alguna de las viudas que vivían a expensas del templo. «Dadme —dijo ella— una de las hermanas para que pueda yo asistirle».

El pontífice, al verla tan pronta en las obras de misericordia, encomió vivamente su designio. Y ordenó que se le escogiera una viuda distinguida entre todas por la honestidad de sus costumbres, su gravedad y, en una palabra, en toda su conducta. Temía, en efecto, que la generosidad de la bienhechora fuera vencida por los vicios de la obligada, y que, buscando la recompensa en el mantenimiento de una indigente, no se escandalizara en su conducta detestable y sufriera un perjuicio su fe.

La dama condujo a la viuda a su casa y empezó en seguida a prodigarle sus cuidados. Esta no vio en su bienhechora más que modestia y dulzura; constantemente le agradecía las pruebas de caridad que le daba.

Pasaron algunos días, y la dama fue a entrevistarse de nuevo con el obispo: «Os supliqué —le dije— que me dierais una viuda a quien pudiera yo asistir y atender dócilmente en todas sus necesidades». Él no alcanzaba a comprender, al principio, su pensamiento ni el deseo que animaba a aquella mujer. Creía que el oficial encargado de este cometido había desatendido la demanda. En consecuencia, el obispo inquirió con cierta curiosidad los motivos de la demora. Se enteró de que se había escogido para ella la más honesta de las viudas que habían podido encontrar. Entonces ordena en secreto que se le dé la peor de todas: colérica, quisquillosa, aficionada al vino, locuaz cual

ninguna otra. En una palabra, la más viciosa de todas. Fue más fácil encontrar a esta que a la primera. Se la dieron.

La dama la llevó a su casa y empezó a servirla con la misma diligencia e igual celo que a la precedente. Mas a cambio de tantos beneficios no recibía sino indignos reproches y ultrajes a guisa de agradecimientos. Y vejándola con continuas invectivas e insultos, reprochaba a la dama el haberla solicitado al obispo, no para darle solaz, sino para atormentarla y llenarla de humillaciones. En lugar de mudarse el trabajo en reposo, había ocurrido todo lo contrario. Las riñas y querellas llegaron al punto de que la viuda procaz llegara incluso a las manos hasta golpear a su bienhechora. Esta no hacía más que redoblar sus atenciones y sus muestras de humildad. Aprendía a vencer aquella furia desatada no por la resistencia, sino por una humilde sumisión. Y colmada la medida de sus humillaciones, se afanaba a calmar por la mansedumbre de su caridad el proceder insensato de aquella mujer.

Curtida por esta ascesis de humildad, llegó a la perfección de la paciencia, que constituía toda su ambición. Volvió al pontífice y le dio las más rendidas gracias por lo acertado de su elección y las ventajas que habían redundado para ella. Él le había procurado, en la medida de sus deseos, una digna maestra de paciencia, pues sus continuas vejaciones le habían robustecido día a día, como el aceite hace a los atletas, hasta conducirla a la perfecta paciencia. «En fin —decía— me disteis una viuda a quien yo pudiera atender; porque, en cuanto a la primera, ella era la que honraba y consolaba por sus buenos servicios».

Pero he hablado ya bastante del sexo débil. Un ejemplo como este no es tal que pueda edificarnos únicamente; debería llenarnos de confusión a nosotros, que no podemos conservar nuestra paciencia, a menos de mantenemos encerrados en el fondo de nuestras celdas como fieras en su guarida.

EJEMPLO DE PACIENCIA DEL ABAD PAFNUCIO

XV. Propongamos ahora un segundo ejemplo: el del abad Pafnucio.

Este varón no ha cesado de morar en Escete, yermo glorioso, digno de ser celebrado por el mundo entero, del cual es actualmente sacerdote. Tal ha sido siempre su amor a la soledad, que los otros anacoretas le han dado el apelativo de Búbalo, el buey salvaje, por el deseo innato del retiro del desierto y por el gusto que tiene en permanecer oculto constantemente.

Desde sus tiernos años de infancia brillaba una gracia singular en su persona. Los más ilustres y santos Padres de este tiempo admiran su gravedad, su constancia a toda prueba, que nada es capaz de desconcertar. A pesar de su juventud, le igualaban a los ancianos por el mérito de su virtud, juzgándole digno de sentarse entre ellos. Mas ello fue parte para que la misma pasión que había nacido en los hijos de Jacob contra su hermano José prendiera con la violencia del fuego en el corazón de uno de nuestros hermanos. Poseído por un deseo torcido de eclipsar con un baldón infamante el brillo de una tal santidad, su malicia inventó esta estratagema. Un domingo, atisbando el momento en que Pafnucio

salía para la iglesia, entró él furtivamente. Sin ser visto de nadie, escondió su manuscrito entre las sogas que el joven solitario elaboraba con las hojas de palmera. Luego, seguro del éxito de la empresa tan bien calculada, como hombre que tiene la conciencia tranquila, fue a la iglesia con los demás.

Terminó la solemnidad como de costumbre. Entonces, en presencia de todos los hermanos, el infeliz llevó su queja a Isidoro, que era antes del abad Pafnucio el sacerdote de este desierto. Afirmó que se le había robado el códice que tenía en su celda.

Esta afirmación causó una sensación indecible en el alma de todos los monjes, y en particular en el venerable sacerdote. No sabían qué pensar ni a qué atenerse, pues estaban estupefactos ante el anuncio de un delito semejante e inaudito hasta entonces. Nadie se acordaba de que una cosa semejante hubiera ocurrido jamás en este desierto, y, por lo demás, no se vio tampoco en lo sucesivo.

A pesar de ello el delator insistía en que todos los hermanos se quedasen en la iglesia y que se escogiera algunos para que fuesen a registrar las celdas una a una. Isidoro accedió y confió este cometido a tres ancianos. Estos van y vienen circulando por todos los rincones. Llegaron por fin a la celda de Pafnucio, y encontraron el manuscrito escondido entre las trencillas de palmera, que ellos llaman siras, todo como lo había colocado el insidioso. Sin más, lo llevan a la iglesia y lo muestran a todos.

Pafnucio estaba seguro de la pureza de su conciencia. No obstante, como si se reconociera culpable del latrocinio, se sometió humildemente a la satisfacción que quisieran imponerle, y suplicó que se le recibiera a penitencia. Con esto ponía de manifiesto su pudor y su modestia. Pues si hubiese intentado negarlo le hubieran tildado de mentiroso, ya que nadie podía sospechar otra cosa que lo que había revelado el registro en su celda.

Inmediatamente se alejó de la iglesia no tanto abatido por su desgracia cuanto lleno de confianza en el juicio de Dios. Derrama lágrimas y ruega sin cesar, triplica sus ayunos y se humilla aún más profundamente ante la faz de los hombres con sentimientos de verdadera humildad. Al cabo de dos semanas, se echa a los pies de todos poseído de la más profunda compunción de alma y cuerpo. Hasta el punto de que el sábado y el domingo iba a la iglesia muy de madrugada no para recibir la sagrada comunión, sino para prosternarse en la puerta e implorar el perdón.

Mas aquel cuyas miradas penetra los sectores más ocultos, no permitió que fuera por más tiempo víctima de sus penitencias y del menosprecio de los demás. El autor del crimen, el malvado ladrón de su propio bien y difamador del honor de su prójimo publicó la acción malvada que había cometido sin testigo. Lo había hecho bajo la influencia del demonio, que había sido también el instigador de aquel crimen. Poseído por uno de los demonios más crueles, reveló toda la trama de sus intenciones homicidas, y el mismo que había inventado la pérfida calumnia fue su denunciador.

El espíritu impuro le atormentó duramente y por largo tiempo. En vano la plegaria de los santos que habitaban en este yermo y que habían recibido el carisma divino de lanzar a los espíritus inmundos, se ofrecía por él, para librarle de aquellas torturas. El mismo Isidoro no pudo salir con su intento de curarle, a pesar de su gracia singular. Dios había

concedido a este hombre un poder tan grande, que jamás se le conducía un poseso que no fuera curado antes de llamar a su celda. Cristo reservaba esta gloria al joven Pafnucio. Solo la oración de aquel que había sido traicionado tan alevosamente debía liberar al culpable. Invocando el nombre de aquel a quien su odio y envidia había creído poder humillar su honor, recibiría él el perdón de su falta y podría ver el fin de sus suplicios.

Así, pues, ya desde su adolescencia daba Pafnucio con antelación indicios de lo que iba a ser más tarde. Apenas salido de los años de la infancia, dibujaba los primeros trazos de una perfección que debía tomar, con la madurez de los años, maravillosos acrecentamientos. Si queremos llegar como él a la altura de esta virtud consumada, preciso es que cimentemos el edificio espiritual sobre bases semejantes.

LA PERFECCIÓN DE LA PACIENCIA

XVI. Dos razones me han movido a contaros esta historia. En primer lugar, consideremos la calma inquebrantable y la constancia a toda prueba de Pafnucio. Y puesto que los golpes que nos asesta el enemigo son, en comparación tan insignificantes, penetremos tanto más de los sentimientos de tranquilidad y paciencia.

En segundo lugar, estemos plenamente convencidos de que no podemos estar seguros contra el vendaval de las tentaciones y ataques del demonio, si colocamos la salvaguarda y el baluarte de nuestra paciencia no en el vigor de nuestro hombre interior, sino en la clausura de nuestra celda, en el retiro de la soledad, en la compañía de los santos o en cualquier otro apoyo exterior a nosotros. Si aquel que ha dicho en el Evangelio: «El reino de Dios está dentro de vosotros»[21], no vigoriza nuestra alma con la virtud de su protección, en vano nos jactaremos de vencer los embates de las potestades del aire o evitarlas por la distancia de los lugares, o cortarles el paso por las fronteras de una celda.

Nada de todo esto faltó al abad Pafnucio. Sin embargo, el tentador no dejó de hallar un camino para atacarle. Ni el recinto de su celda que le encerraba, ni la soledad del desierto, ni los méritos de tantos hombres santos reunidos en estos parajes no lograron rechazar el espíritu del mal. Mas él no había puesto la esperanza en socorros exteriores. Su corazón se adhería a aquel que juzga los secretos más íntimos del alma. Y he aquí por qué, asaltado por una máquina de guerra tan formidable, no pudo ser superado.

En revancha, el malvado a quien la envidia precipitó en un pecado inconcebible, ¿no gozaba también de la ventaja que ofrece la soledad, la protección de una celda apartada, del comercio del bienaventurado Isidoro y de tantos otros santos? Pero el huracán suscitado por el diablo encontró su casa cimentada en la arena, y no contento con combatirla por fuera, la derribó por el suelo.

No busquemos, pues, nuestra paz fuera de nosotros. No contemos con la paciencia del prójimo para ayudar al vicio de nuestra impaciencia. Así como «el reino de Dios está dentro de vosotros»[22], así también «el hombre tiene por enemigos a las gentes de su casa»[23]. Ningún familiar hay más íntimo que mi propio corazón. Y, sin embargo, nadie es tan enemigo para mí como él. Seamos vigilantes y nuestros enemigos interiores no podrán vulnerarnos. Si las gentes de nuestra casa cesan de combatirnos, nuestra alma

poseerá en la paz el reino de Dios. A la verdad, si con toda diligencia examinas lo motivos, verás cómo ningún otro hombre podrá hacerme daño alguno, cualquiera que sea la malicia que deplora, si mi corazón inquieto no me pone en guerra contra mi mismo. Si yo soy herido, no es eso debido al ataque de otro, sino a mi propia impaciencia. Así acontece con la alimentación fuerte y sólida: es buena para el que está sano, pernicioso para el enfermo. No puede hacer daño al que la toma, a menos que encuentre en su debilidad la fuerza de perjudicarle.

Si, pues, se repite entre los hermanos semejante hecho, no salgamos por eso de nuestra tranquilidad, ni adoptemos la detracción y las palabras de violencia que se encuentran en la boca de los seglares. Por lo demás, es preciso no admirarse del hecho de que hombres perversos y criminales vivan mezclados con varones santos. Mientras vivimos zarandeados y envueltos por el aire de este mundo, es inevitable que la paja destinada al fuego eterno se encuentre barajada con el trigo puro. Acordémonos que hubo un Satanás en medio de los ángeles, un Judas entre los apóstoles, un Nicolás, autor de una herejía monstruosa, entre los diáconos[24]. Y no nos sorprenderemos demasiado de descubrir en el rango de los santos hombres corrompidos por el mal. Sé que hay algunos que sostienen que este Nicolás no es aquel que los apóstoles escogieron para la obra del ministerio; pero no pueden negar que no fuera del número de aquellos discípulos cuya eminente perfección fue hasta tal punto evidente en aquel tiempo que ya hoy es muy raro encontrar monjes de semejante virtud en los cenobitas.

Por tanto, no limitemos nuestro pensamiento a la ruina del solitario que cayó un día en este yermo famoso, ni en la infamia, que por lo demás supo borrar después con lágrimas de penitencia. Complazcámonos más bien en considerar el ejemplo de Pafnucio. Esto es lo positivo. No busquemos una ocasión de escándalo en el pecado del primero, en el cual un celo malo torneado por la religión se añadió al vicio antiguo de la envidia; imitemos con todas nuestras fuerzas la humildad del segundo. Esta no fue un fruto espontáneo del desierto, sino que, adquirida entre la sociedad de los hombres, se desarrolló más y más hasta llegar a su perfección en la soledad.

LA ENFERMEDAD DE LA ENVIDIA

XVII. No obstante, quiero que lo sepáis, el morbo de la envidia es de más difícil curación que los otros vicios. Cuando un alma está infectada de su veneno, casi me atrevería a afirmar que no tiene remedio.

Constituye el azote del cual nos habla en figura el profeta: «He aquí que yo enviaré contra vosotros basiliscos, contra los cuales no hay encantamientos, y os morderán»[25]. Muy justamente compara el profeta la mordedura de la envidia al mortal veneno del basilisco. Porque el primer autor de la envidia es el principio de todo mal y ha perecido él mismo haciendo perecer a los otros. Envenenándose él mismo, antes de verter el virus de la muerte en el hombre a quien envidiaba, fue la causa de su propia ruina. Así lo expresa el sabio: «Por la envidia del diablo la muerte ha entrado en el mundo, y los que se hacen de su facción vienen a ser sus imitadores»[26]. Del mismo modo, en efecto, que

el demonio, corrompido el primero por esta peste mortífera, se hace inaccesible al remedio de la penitencia y a todo tratamiento de calmar el mal, parejamente aquellos que se abandonan a las mismas mordeduras venenosas hacen imposible todo remedio. Porque lo que motiva su tortura no son las faltas de aquel a quien envidian, sino su bondad. Sonrojándose desde entonces de manifestar a la luz del día la verdad, buscan razones absurdas y vanas de ofenderse. Como son absolutamente falsas, y como, por otra parte, el mortal veneno que no quieren manifestar queda oculto en sus meollos, todo tratamiento es inútil.

Así, el sabio afirma a este propósito muy acertadamente: «Si la serpiente muerde sin silbar, el encantador de nada sirve»[27]. Tales son, en efecto, estas mordeduras secretas, que no puede curar la medicina de los sabios. Hasta tal punto es incurable este mal. Las caricias lo exasperan, la buena conducta Jo aumenta, las dádivas lo irritan más y más: «La envidia, dice también Salomón, no puede sufrir nada»[28]. Cuanto más se engrandece el prójimo por la sumisión de la humildad o por la paciencia o por la gloria de la munificencia, más herido se siente el envidioso con los agujijones de la pasión. Lo que él quisiera es la mina de su hermano, su muerte, nada más.

Recordad a los hijos de Jacob. La sumisión del inocente José estaba muy lejos de apaciguar el fuego de su envidia: «Sus hermanos tenían celos de él, dice la Escritura, porque su padre le amaba; y no podían dirigirle una sola palabra en son de paz»[29]. Las cosas llegaron a tal punto que sus hermanos, cada vez más impacientes e irritados por las atenciones y sumisión del jovencito, ávidos de su muerte, pudieron a penas contentarse con venderle como a un esclavo.

Es, pues, una verdad inconcusa que de todos los vicios la envidia es el más difícil de curar. Y es porque los remedios que amortiguan a los otros le excitan aún más.

Supongamos, por ejemplo, que alguien se lamenta de haber sufrido algún mal. La liberalidad le ofrece una compensación, y así queda todo cancelado y resuelto. Otro se rebela por la injuria que le ha sido inferida, y una humilde satisfacción le calma. Pero ¿qué hacer con un hombre que se ofende de veros más humildes, más dulces? Si fuera la pasión lo que atiza su cólera, los presentes le tranquilizarían. Si fuera una herida del amor propio o el deseo de venganza, las atenciones y las caricias pondrían fin y remedio a su mal. Pero es únicamente el éxito, la felicidad de otro lo que le irrita. Y decidme, ¿quién es el hombre que para satisfacer a un envidioso se resignará a abandonar su felicidad, menospreciar la prosperidad y ser la víctima de cualquier calamidad?

Para que el basilisco no mate con una sola de sus mordeduras emponzoñadas todo lo que vive en nosotros, y por decirlo así, animado por la moción vital del Espíritu Santo, es necesario implorar sin cesar el socorro de Dios, para quien nada es imposible. Porque para el veneno de las otras serpientes —y por este veneno entiendo yo los pecados o los vicios carnales—, tanto la fragilidad humana está pronta a sucumbir como fácil a librarse de ellos. Las heridas que hacen se reconocen por ciertos indicios exteriores y corporales; y por perjudicial que pueda ser la hinchazón que producen, si un encantador, hábil en servirse de las fórmulas mágicas de la Escritura, aplica el remedio de las palabras saludables, el veneno no llegará a dar la muerte al alma. Mas la envidia, como veneno

que arroja la serpiente, destruye la religión y la fe hasta las raíces de su vida, antes que la herida se haya declarado al exterior. Y digo que da al traste con la religión y la fe, porque el envidioso no se encara con el hombre, sino con Dios, No encontrando nada que reprender en su hermano más que la felicidad en que vive, censura no la falta de un hombre, sino los juicios de Dios. Es realmente «la raíz de la amargura que echa sus retoños»[30], como dice san Pablo, y que no crece sino para ultrajar a Aquel de quien dimanen todos los bienes para el hombre.

Por otra parte, no hay que admirarse de que Dios amenace con enviar basiliscos para morder a los que le ofenden[31]. No cabe duda que él no es el autor de la envidia. Siempre, según el orden providencial, los dones excelentes son concedidos a los humildes y denegados a los soberbios y réprobos. Es justo y digno de sus juicios que la envidia parezca un azote que viene de su mano para morder y consumir a los que merecen ser entregados a su «sentido réprobo»[32], en frase del Apóstol. Es lo que expresan estas palabras: «Ellos me han provocado amando lo que no es Dios; yo los provocaré amando lo que no es un pueblo»[33].

Después de esta conferencia del abad Piamón, el deseo que nos había movido a abandonar la escuela elemental del monasterio cenobítico para tender al grado superior de los anacoretas, se inflamó más aún. Bajo su doctrina aprendimos los primeros principios de la vida solitaria, de la cual debíamos adquirir en seguida, en Escete, un conocimiento más perfecto.

[1] Cfr. *Mt* v, 14.

[2] *Act* iv, 32.

[3] *Ibid.* ii, 45.

[4] *Ibid.* iv, 34-35.

[5] *Ibid.* xv, 29.

[6] Piamón no se expresa aquí con exactitud. El cenobitismo propiamente dicho que en este pasaje lo hace consistir en la comunidad de bienes, no tuvo lugar sino por los años de 325, en Tabenna, con la aparición de san Pacomio en el mundo monástico. La causa de la relajación de que aquí se habla no fue precisamente el hecho de que desapareciera entre los primitivos cristianos la comunión de bienes, sino el número de fieles, que crecía de día en día y que hacía prácticamente imposible esa comunión. En cuanto al decreto de Jerusalén, también vierte Piamón conceptos inexactos. Este decreto tenía por objeto dirimir la controversia de si los gentiles convertidos al cristianismo debían aún guardar los preceptos de la Ley. El abad da, pues, aquí al decreto otra finalidad que en idealidad no tuvo.

[7] Vide *Just*, ii, 5. Se trata de los terapeutas de Filón. Casiano, siguiendo el común sentir de los escritores de la época, los creyó equivocadamente cristianos.

[8] *Hebr* xi, 37-38.

[9] *Iob* xxxix, 5-8 [Lxx].

- [10] *Ps* cvi, 2, 4-6.
- [11] *Lam* iii, 27-28.
- [12] *Ps* ci, 7-8.
- [13] San Benito ha descrito este género de monjes en su Regla de los Monasterios: «El cuarto género de monjes es el de los que llaman giróvagos, que a lo largo de su vida se hospedaban tres o cuatro días por diversas regiones, en distintos monasterios, siempre vagabundos y nunca estables, sirviendo a su propia voluntad y a los deleites de la gula y peores en todo que los sarabaítas» (I, 10-11).
- [14] *Prov* xvii, 17 [LXX].
- [15] *Prov* xvi, 32 [LXX].
- [16] *Ibid.* xiv, 29 [LXX].
- [17] Cfr. *Mt* vii, 24 ss.
- [18] *Iac* i, 12.
- [19] *II Cor* xii, 9.
- [20] *Ier* i, 18-19.
- [21] *Lc* xvii, 21.
- [22] *Lc* xvii, 21.
- [23] *Mt* x, 36.
- [24] *Piamón*, siguiendo la opinión de algunos Padres, como san Irineo, Tertuliano; san Jerónimo, etc., atribuye a Nicolás, uno de los siete primeros diáconos, la herejía de los nicolaítas. A decir verdad, estos herejes se valieron del nombre de ese personaje venerable para autorizar así sus doctrinas heréticas. Cfr. Eusebio, *Hist. Eccl.* iii, 39.
- [25] *Ier* viii, 17.
- [26] *Sap* ii, 24 ss.
- [27] *Eccl* x, 11.
- [28] *Prov* xi, 4 [LXX].
- [29] *Gen* xxxvii, 4.
- [30] *Hebr* xii, 15.
- [31] *Ier* viii, 17.
- [32] *Rom* i, 28.
- [33] *Deut* xxxii, 21 [LXX].

XIX.

CONFERENCIA DEL ABAD JUAN. DEL FIN DEL CENOBITA Y DEL ERMITAÑO

Capítulos: I. Del monasterio del abad Pablo y de la paciencia de un monje.—II. De la humildad del abad Juan.—III. Respuesta del abad Juan: por qué dejó el desierto.—IV. De la virtud que el anciano ejercitó en la disciplina eremítica.—V. De las ventajas del yermo.—VI. De las ventajas del monasterio.—VII. Pregunta sobre los frutos de la vida cenobítica y los de la soledad.—VIII. Respuesta.—IX. De la verdadera y consumada perfección.—X. De los que, siendo imperfectos, van al desierto.—XI. Pregunta sobre el remedio para aquellos que salen en seguida del monasterio con rumbo al yermo.—XII. Respuesta: de cómo puede el solitario conocer sus vicios.—XIII. Pregunta sobre cómo puede curarse quien va a la soledad no habiendo desarraigado aún sus vicios.—XIV. Respuesta sobre la medicina que conviene a estos tales.—XV. Pregunta sobre si la castidad, al igual que las demás virtudes, puede ponerse a prueba.—XVI. Respuesta: qué indicios acusan la presencia de la virtud de la castidad.

EL MONASTERIO DEL ABAD PABLO. PACIENCIA DE UN MONJE

I. Era tan grande el deseo que nos impulsaba a aprovechar en la doctrina, que pocos días después partimos de nuevo y llegamos con gran alegría espiritual al monasterio del abad Pablo. A la sazón moraban en él más de doscientos monjes, y en aquella coyuntura, debido a una fiesta que se celebraba —el aniversario de la defunción del último abad que había regido el monasterio—, se había congregado un gran número de monjes de otros cenobios.

Y hablo adrede de esta asamblea tan numerosa, porque quisiera contar en pocas palabras el rasgo de paciencia de un hermano que se distinguió precisamente por la dulzura inalterable de que dio prueba en presencia de toda esta reunión. En realidad, el fin del presente escrito es distinto: me propongo en él traer a colación las palabras del abad Juan[1], que había abandonado el desierto para someterse con una humildad admirable a la disciplina de este monasterio. No creo hacer nada fuera de propósito si, prescindiendo de toda circunlocución en las palabras, puede ser, como espera, motivo de edificación para todos los que sienten el gusto de la virtud.

Los monjes se habían sentado ya para el almuerzo en grupos de a doce en un atrio inmenso y al aire libre[2]. Ahora bien: ocurrió que un hermano presentó con cierta demora el plato que traía consigo. Y con tal motivo el abad Pablo, que iba y venía activamente en medio de los servidores, alargó la mano y le dio, a la vista de todos, un bofetón tan sonoro que hasta los que se hallaban en los extremos más distantes pudieron oírlo.

Su intención al obrar así fue demostrar a los jóvenes circunstantes la paciencia de este monje e instruirles con el ejemplo de una tan rara humildad. En efecto, el joven, cuya paciencia es digna del recuerdo de los hombres, recibió este ultraje con tanta dulzura, que ni siquiera salió de sus labios una palabra, ni se dejó adivinar en el temblor silencioso de sus labios el más leve murmullo. Además, su aire modesto, su serenidad, el mismo color de su semblante, no se alteraron en lo más mínimo.

Este episodio fue objeto de gran admiración no solo para nosotros, que, llegados hacía poco de un monasterio de Siria, no habíamos presenciado tan altos ejemplos de paciencia, sino también para aquellos que no eran ajenos a estas prácticas heroicas. Inclusive los más consumados en virtud hallaron en esto gran motivo de edificación. Sobre todo, por el hecho de que si la corrección de su abad no había podido alterar su paciencia, tampoco las miradas de una gran multitud habían sido parte para causar el menor sonrojo en su semblante.

HUMILAD DEL ABAD JUAN

II. En este monasterio, pues, encontramos a un anciano, ya muy avanzado en años, que se llamaba Juan. Creo un deber referir aquí las palabras que nos dirigió y la humildad que le elevaba por encima de todos. Porque esta virtud era, en efecto, en lo que él sobresalía particularmente.

Aunque sea esta la madre de todas las demás y la piedra angular de todo edificio espiritual, permanece totalmente ajena a nuestra vida. No es, pues, maravilla que nos sea imposible elevarnos a la altura sublime de estos grandes hombres, cuando ni siquiera somos capaces de sujetarnos hasta la vejez a la disciplina cenobítica. Satisfechos de haber llevado apenas dos años el yugo de la obediencia, nos sustraemos en seguida a ella para refugiarnos en una libertad presuntuosa y fácil. ¡Si al menos durante este corto lapso de tiempo hubiésemos observado, en la sumisión a nuestro abad, el estricto rigor de que ellos nos daban ejemplo! Pero es una obediencia inconstante que va subordinada a la veleidad de nuestro capricho.

Habiendo conocido a este anciano en el monasterio del abad Pablo, admiramos en seguida la gracia que resplandecía en él y lo avanzado de su edad. Luego, pegando el rostro en tierra, le suplicamos nos explicara los motivos que le habían inducido a renunciar a la libertad del desierto y a esta profesión sublime en que había conquistado una fama universal, para abrazar con preferencia la vida cenobítica.

Nos respondió que la disciplina anacorética sobrepujaba su virtud y se sentía indigno de tan alta perfección. Tal era el motivo por el cual había vuelto a las escuelas donde se forman los novicios[3]: quería seguir sus instituciones de una manera que estuviera en consonancia con la excelencia de esta profesión. Pero la humildad de semejante respuesta no nos satisfizo, y, ante nuestras instancias, se decidió al fin a hablar.

III. Os admiráis de que yo abandonara la vida anacorética. Y, sin embargo, esa vida no me inspira sentimientos de alejamiento o desprecio; al contrario, siento por ella una gran veneración y la apruebo con todas las veras del alma. Después de treinta años transcurridos en un monasterio de cenobitas, siento la satisfacción de haber vivido veinte en el desierto, sin haber sido censurado de relajación por aquellos que se mostraban mediocres en esta vida.

Mas después de haber gustado su pureza, este estado perdió para mí sus encantos, al verlo tan desquiciado por el cuidado de las necesidades materiales. Me pareció más ventajoso ingresar en un monasterio cenobita para abrazar allí una profesión menos

elevada y sortear los peligros de una vocación tan sublime. Porque más vale el fervor en un estado menos perfecto que la tibieza en uno más elevado.

Si, no obstante, vierto algún concepto que parezca impugnar la humildad o insinuar una amplitud excesiva, os ruego no lo atribuyáis a la jactancia, sino al solo deseo de edificaros. Tened por cierto que si no oculto nada de la verdad a hombres que la buscan con ardor, eso no es debido a orgullo, sino a caridad. Asimismo creo que mis palabras podrán seros de algún provecho si, prescindiendo por un momento de la humildad, os descubro sencillamente mi propósito. Abrigo la esperanza de que no vais a interpretar mi franqueza de petulancia ni a censurarme de mentiroso por haber paliado la verdad.

CÓMO EL ABAD JUAN PRACTICÓ LA VIRTUD SIENTO ERMITAÑO

IV. Si alguna vez hubo alguien que se deleitara en el retiro de la soledad hasta el punto de que, olvidando el comercio de los hombres, pudiera decir con Jeremías: «No deseé el consorcio humano, tú lo sabes, Señor»^[4], fui yo. Confieso que Dios me hizo la gracia de establecerme en esta disposición de ánimo o, por lo menos, de esforzarme para llegar a ella. Recuerdo que a menudo me vi envuelto en tales transportes —gradas al favor de Dios—, que llegaba a olvidar el peso de este cuerpo frágil. Mi alma se inhibía de pronto de sus sentidos exteriores y era arrebatada tan lejos del mundo material, que ni mis ojos ni mis oídos eran capaces de ejercer su cometido. El pensamiento de las cosas de Dios y la contemplación espiritual llenaban hasta tal punto mi corazón, que con frecuencia no me acordaba por la tarde si había tomado el alimento durante el día, y me sentía a la mañana siguiente perplejo por si había quebrantado el ayuno la víspera.

Por este motivo se introdujo la costumbre de reservar el sábado en un canastillo el alimento de la semana, es decir, catorce panes. De este modo, si el solitario se olvidaba de tomar su refección, podía caer en la cuenta fácilmente. Esta práctica tenía además la ventaja de podar prevenir otro error. Cuando se había terminado el pan era señal evidente de que había concluido la semana y había llegado el domingo. Lo cual advertía indefectiblemente al solitario que tenía que asistir a la asamblea de los monjes para celebrar la solemnidad de costumbre. Si los arrobamientos del alma, a que aludía, llegaban a turbar este orden, el trabajo cotidiano ofrecía un nuevo sistema de contar los días, evitando así toda equivocación.

No digo nada en cuanto a las otras virtudes propias del yermo. Mi intención no es considerar el número infinito de ellas, antes bien examinar cuál es el fin del ermitaño y cuál el del cenobita. Os explicaré someramente las razones que me han movido a abandonar la soledad, pues esto es lo que deseáis saber. Asimismo, haré mención de aquellas virtudes más sublimes que he preferido a todo el fruto espiritual que en la soledad puede cosecharse.

V. Mientras fueron pocos los que moraban en el yermo, gozamos de plena libertad para vivir a placer en sus vastas soledades. Mientras el retiro más intenso nos dejaba amplio margen para entregarnos con frecuencia a estos celestes transportes, y las visitas no turbaban nuestro espíritu con los deberes de la hospitalidad, ardía yo en deseos de vivir

más y más en el secreto tranquilo de la soledad y en esa paz comparable a la felicidad de los ángeles.

Llegó el día en que gran número de monjes fue al desierto. Sus soledades, hasta entonces inmensas, se tornaron, por decirlo así, sumamente angostas. En seguida pareció extinguirse el fuego de la divina contemplación, y el cuidado de las cosas materiales nos envolvió en sus lazos. Entonces fue cuando sentí vivos deseos de seguir el ideal cenobítico, antes de verme languidecer en una profesión tan excelsa por la preocupación constante de los menesteres de la carne.

Si no tenía ya la libertad ni los transportes espirituales de que había gozado en otro tiempo, tendría ciertamente el consuelo de cumplir el precepto evangélico, alejando completamente toda solicitud del mañana. Por lo demás, la pérdida de una contemplación sublime tendría su compensación en la humildad de la obediencia. En fin, es algo sumamente lamentable hacer profesión de un arte o carrera y no alcanzar su perfección.

DE LAS VENTAJAS DEL MONASTERIO CENOBÍTICO

VI. Y ahora dejadme que os haga una exposición rápida de las ventajas que ofrece la vida cenobítica. Vosotros mismos podréis apreciar, una vez haya concluido, si se compensan o no con las de la soledad. Y os daréis cuenta también si fue la displicencia o más bien el deseo de pureza que buscaba en el desierto lo que me movió a encerrarme en un monasterio de cenobitas.

Aquí, en el monasterio, no hay necesidad de prever el trabajo cotidiano; ninguna preocupación de venta o compra; nada de ese ineludible menester de procurarse el pan para todo el año, ni esa sombra fatídica de mirar por las cosas materiales para atender a las propias necesidades o a los numerosos visitantes. No existe la pretensión de gloria humana —vicio más sórdido que todos los precedentes— que nos mancille, y que a menudo hace estériles a los ojos de Dios los grandes trabajos del desierto.

En la vida anacorética fluctuamos constantemente entre la elevación espiritual y la plaga funesta de la vanagloria. Pero paso en silencio estos peligros. Volvamos a esa carga pesada que es común a todos, es decir, al cuidado de procurarse el alimento. ¿A qué extremos no se ha llegado? Se han rebasado los límites de la antigua austeridad que no conocía el uso del aceite. Más: ya nadie se da por satisfecho con la medida introducida por el relajamiento de nuestros tiempos. Un sextario de aceite, un modio de lentejas bastaban para todo un año para atender a la recepción de los huéspedes. Y ahora se ha duplicado, se ha triplicado la medida; mejor dicho, apenas si se puede vivir con ello.

Muchos han llevado más allá de los límites este relajamiento. Estamos ya muy lejos de aquellos tiempos en que nuestros predecesores en la vida eremítica dejaban caer la gota de aceite sobre el vinagre mezclado con la salmuera solo por evitar la vanagloria.

Para halagar la delicadeza del gusto, rayan queso de Egipto y lo condimentan después con más aceite de lo necesario. Y así, se regalan con las delicias del paladar, tomando a

un tiempo dos manjares que tienen sendos condimentos y que bien podrían servir para celebrar dos banquetes en momentos distintos.

Y ¿hasta qué punto no va esa *υλικη χητοις*, es decir, la pasión de poseer? No puedo hablar de esto sin enrojecer. Los anacoretas han llegado al extremo de poseer en sus celdas una colcha, so pretexto de ejercitar la virtud de la hospitalidad y tener que recibir a los extranjeros. Paso por alto tantas otras cosas que gravan a un alma que vive en transportes espirituales, solícita por la contemplación. La afluencia de los monjes, los deberes que imponen la recepción y conducta de los huéspedes, el cúmulo de ocupaciones y cuidados que ocasionan las mutuas visitas y conversaciones interminables, cuyos efectos perduran después y siguen solicitándonos, haciendo de nuestro espíritu un juguete de la agitación que nos tiraniza sin cesar, son otros tantos lazos que encadenan la libertad de la vida anacorética. Eso es lo que impide que el corazón se eleve hasta aquella alegría inefable de que hablé más arriba, quedando malogrados los frutos de la profesión eremítica.

En cuanto a mí, no puedo ciertamente quejarme de la comunidad en que vivo ni de los monjes que me rodean. Por lo menos no me faltan ni la paz del alma ni la tranquilidad de un corazón libre de inquietudes. Y si aquellos que viven en la soledad no gozan de ellas como yo, es que están obligados a los trabajos de la vida eremítica, y en cambio están privados de sus frutos, que no se adquieren más que por la estabilidad y la paz del espíritu.

En fin, aun en el supuesto de que la vida común me arrebatara alguna cosa de la pureza de corazón de que gozaba en otro tiempo, no obstante, encuentro una compensación en el cumplimiento del precepto evangélico. En efecto, todas las ventajas de la soledad no sobrepujan ciertamente la de no tener ningún cuidado por el día siguiente, y la de poder imitar, sometiéndome hasta el fin a la iniciativa de un abad, a aquel de quien se ha escrito: «Se anonadó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte»[5], y repetir humildemente con él: «No vine a hacer mi voluntad, sino la de mi Padre que me envió»[6].

SOBRE LOS FRUTOS DE LA VIDA CENOBÍTICA Y LOS DE LA SOLITARIA

VIII. GERMÁN. Creo que no solamente has rozado —como hacen la mayoría— los primeros grados de estas dos vidas, sino que has llegado ya a la cumbre de ellas. Ahora deseamos conocer cuál es el fin del cenobita y cuál el del ermitaño. Nadie seguramente puede tratar este tema de una manera completa y con mayor conocimiento de causa que quien ha sido perfecto en una y otra, merced a una prolongada práctica y a las lecciones de ese pedagogo ideal que es la experiencia. Solo él puede, por lo mismo, exponer a ciencia cierta el mérito y fin de ambos estados.

VIII. JUAN. Que haya un hombre perfecto en ambas profesiones estoy por decir que es cosa imposible, si no fuera porque se dan casos esporádicos. Porque es una gran maravilla el que un hombre llegue a ser consumado en uno y otro estado. ¡Cuán difícil es a las fuerzas humanas reunir sin mengua la perfección de las dos! Si el caso se da, esto

no nos autoriza para establecer una regla general. Esta no se cimienta sobre una ínfima minoría ni en la consideración de unos pocos. Se fundamenta en lo que es patrimonio de un gran número, o por mejor decir, de todos. Lo que pueda acontecer a algunos privilegiados y que sobrepuja a las posibilidades de una virtud común, debe descartarse de los preceptos generales, como un favor que excede nuestra condición de hombres y la fragilidad de nuestra naturaleza. Se les tendrá en consideración, aceptándolo no tanto como un ejemplo cuanto como un milagro.

Y esto sentado, paso brevemente, y según mis cortos alcances, a responder a vuestras preguntas.

El fin del cenobita es mortificar y crucificar sus propias voluntades. Y en consonancia con el precepto evangélico, no pensar en el mañana[7]. Nadie, fuera del cenobita, puede realizar este ideal. El profeta Isaías pinta a este tal con trazos que le proclaman bienaventurado, colmándole de elogios: «Si retrajeres tu pie del sábado, de modo que no realices tus quehaceres en mi día santo, y llamas al sábado delicia, venerable al día santo de Dios, te gozarás en el Señor y te hará remontar todas las alturas de la tierra y te daré a comer la herencia de Jacob, pues la boca del Señor ha hablado»[8].

El ideal del ermitaño consiste en tener el espíritu desprendido de todas las cosas terrenas, y unirse de este modo a Cristo, en cuanto es posible a la humana fragilidad. El profeta Jeremías lo describe así: «Feliz el hombre que lleva el yugo desde su juventud: se sentará solo y se callará, porque ha tomado este yugo sobre sí»[9].

Y el salmista dice también: «He venido a ser como pelícano del desierto. No duermo y sollozo, como pájaro solitario sobre el tejado»[10].

Supongamos que ni uno ni otro llegue al ideal de su profesión, como acabamos de enunciarlo: es inútil entonces que abrace aquel la disciplina cenobítica y este la vida solitaria: ninguno de los dos cumple con su vocación.

DE LA VERDADERA Y CONSUMADA PERFECCIÓN

IX. Pero esta μερικὴ, es decir, la perfección, que no llega a ser integral o del todo consumada, no es más que una parte de la perfección. Cuán rara sea la perfección total lo prueba el hecho de que hayan sido tan pocos los que la han alcanzado por un don gratuito.

Aquel es perfecto —y no solo en parte, sino totalmente— que sabe soportar con igual grandeza de ánimo el horror de la soledad en el desierto y las debilidades de sus hermanos en los monasterios. Pero es muy difícil encontrar a alguno que sea totalmente consumado en una y otra profesión: puesto que ni el anacoreta llega plenamente al ἀχτημοσύνην, o sea al desprecio y desnudez de las cosas materiales, ni el cenobita a la pureza de la contemplación.

Sin embargo, me consta que el abad Moisés, Pafnucio y los dos Macarios han poseído a la perfección ambas virtudes. Eran perfectos en estas dos profesiones: en el retiro se alimentaban insaciablemente del secreto de la soledad mucho más que los demás moradores del desierto; y en cuanto les era dado, no buscaban la compañía de los

hombres. Pero, por otra parte, soportaban admirablemente el consorcio y debilidades de los que acudían a ellos. A pesar de la multitud de monjes que afluían de todas partes, ya fuera para visitarles, ya con el deseo de aprovechar —causando esa inquietud constante que supone el tener que recibir a tanta gente—, conservaban una paciencia inalterable. Cualquiera hubiese creído que no habían aprendido ni practicado en su vida otra cosa que los deberes de la caridad para con los advenedizos. Y todos se preguntaban cuál era el estado de vida en que más celo mostraban; es decir, si su magnanimidad se adaptaba más a la pureza eremítica o rimaba más con el estilo de la vida común.

X. Los prolongados silencios de la soledad tornan tan desabridos a algunos, que llegan a sentir horror por los hombres. Ante una visita de los hermanos, que les aparte del secreto de la soledad, se les nota preocupados. Una especie de ansiedad se apodera de ellos, dando señales evidentes de pusilanimidad.

Esto acontece singularmente a aquellos que han ido al desierto a impulsos de un deseo prematuro por la vida solitaria, antes de haber adquirido una sólida formación en los monasterios cenobitas y haberse librado de los vicios de antaño. Permanecen siempre imperfectos en uno y otro estado, siempre frágiles, inclinándose hacia donde les atrae la más leve aura de sus emociones. La compañía de los hermanos y la molestia que experimentan les sumen en la impaciencia. Y una vez han recobrado su soledad, no pueden soportarla. No saben siquiera hasta qué punto la soledad es deseable y por qué, y se imaginan que el todo, la esencia de la perfección consiste en evitar la compañía de los hermanos y huir de su mirada, como de algo pestilencial.

CÓMO PUEDE EL SOLITARIO CONOCER SUS VICIOS

XI. GERMÁN. Nosotros somos de aquellos que han buscado la soledad teniendo aún una formación cenobita insuficiente y antes de haber desarraigado nuestros vicios. ¿Qué remedio tenemos a nuestro alcance nosotros y aquellos que han obrado de forma parecida, para socorrer nuestra flaqueza y obtener un remedio en orden a nuestro progreso? ¿Cuál es el medio más expedito para lograr la constancia, y, desconociendo la turbación, conseguir una inquebrantable firmeza en la paciencia? Nos importa tanto más cuanto que nosotros hemos abandonado de forma intempestiva la vida del monasterio y con ella la escuda misma y la palestra auténtica de esta ejercitación. Allí es donde nosotros debiéramos haber realizado nuestra primera formación y llevarla a su término. Solitarios de hoy, ¿cómo podemos adquirir la perfección de la longanimidad y de la paciencia? ¿Cómo la mirada de nuestra conciencia, que explora los movimientos interiores del alma, sabrá descubrir la presencia o la ausencia de estas virtudes en nosotros? ¿No habrá que temer acaso que —separados del consorcio de los hombres y no teniendo nada que sufrir de ellos— haga mella en nosotros una falsa persuasión, y nos haga creer que hemos llegado a la inalterable tranquilidad del alma?

XII. JUAN. Para quienes buscan con sinceridad el remedio, no puede faltar la medicina del verdadero médico de las almas. Esto es particularmente cierto para aquellos que no

cierran los ojos a sus dolencias por desánimo o por negligencia. Al contrario, lejos de ocultar sus llagas o de rechazar insolentes el tratamiento de la penitencia, recurren con humildad y vigilancia al médico celestial para curar las enfermedades que por ignorancia, error o inevitable necesidad han contraído.

Sepamos, con todo, que si nos retiramos al desierto o a cualquier lugar solitario, antes de haber curado nuestros vicios, frenamos solamente los efectos, mas la pasión queda intacta. Permanece escondida en nuestro corazón la raíz de los pecados, por cuanto no la hemos extirpado. Más aún: esa raíz progresa paso a paso.

Los siguientes indicios nos harán reconocer que vive todavía en nosotros.

Supongamos que estamos en la soledad. Esperamos a un hermano, que tarda un poco en venir. Si nuestro espíritu se agita lleno de ansiedad, he aquí una señal de que existe en nosotros un foco de impaciencia. O bien aguardamos la visita de un hermano. Pero por un motivo cualquiera se hace esperar brevemente. Al punto, una indignación secreta penetra en nuestro corazón para censurar esa demora. Nuestra alma se mueve en una expectante inquietud. La conciencia encuentra aquí una prueba de que el vicio de la cólera y de la tristeza existen en nosotros.

Otro nos pide un manuscrito para leer, o hacer uso de algún objeto que nos pertenece. Su demanda nos entristece o se lo negamos: no cabe duda que estamos presos en los lazos de la avaricia. El recuerdo de una mujer o un pensamiento baladí salta de improviso en el curso de la lectura sagrada y nos sentimos presa de la excitación: es evidente que el ardor de la impureza no se ha extinguido aún en nuestros miembros. Comparamos nuestra austeridad con la relajación de otro, y asoma en nuestra alma un pensamiento de altivez: es seguro que somos aún víctimas de la plaga de la soberbia.

No bien advirtamos en nuestro corazón estos síntomas del vicio, reconozcamos sinceramente que no es el afecto al pecado lo que nos falta, sino tan solo el efecto.

Vivamos con los demás hombres: al instante estas pasiones saldrán de lo oculto de nuestra sensibilidad y aparecerán en la superficie. Prueba innegable de que no nacen en el momento en que brotan impetuosamente. Llegará el día en que se manifestarán después de haber permanecido largo tiempo latentes.

Así es cómo el solitario puede reconocer si la raíz de tal o cual vicio existe en el fondo de su alma. Con la condición, empero, de que no haga alarde de su pureza, sino que se aplique a manifestarla inviolable a los ojos de Aquel a cuya mirada es imposible escapen los secretos más íntimos del corazón.

XIII. GERMÁN. Hemos comprendido ya los indicios reveladores de nuestras dolencias y el método para discernirlas, es decir, la manera de descubrir los vicios que se ocultan en nosotros. La experiencia diaria y los brotes continuos de nuestros pensamientos nos permiten comprobar que ello es así.

Solo resta que después de haber descubierto de una forma tan clara la causa de nuestras enfermedades y el medio de conocerlas, nos muestres igualmente el remedio para curarlas. Solo puede hablar adecuadamente del tratamiento que se debe emplear contra el mal aquel que conoce los orígenes y las causas del mal. Tu doctrina y tu santidad han puesto al descubierto nuestras llagas más secretas. Ello nos da la seguridad

de encontrar más luz todavía, pues ante un diagnóstico tan claro sobre la dolencia que nos aqueja podremos presagiar la seguridad del remedio para sanarla.

Sin embargo, como también has indicado al principio, la obra de nuestra vida espiritual se forja en el seno de la vida de comunidad. Y las almas no permanecen sanas en la soledad si la disciplina cenobítica no ha ido antes formándolas y, por decirlo así, saneándolas. Este pensamiento nos causa desaliento. Porque, salidos del monasterio siendo imperfectos todavía, no nos será posible adquirir la perfección en el yermo.

XIV. JUAN. Si existe un gran interés en currarse existen también los medios para la curación. El mismo método que nos hace descubrir las trazas de cada uno de los vicios, nos proporciona igualmente la medicina Hemos visto que los solitarios no están exentos de las miserias que se encuentran en el acontecer de la vida humana. Pero también es cierto, y no puede negarse, que se encuentran asimismo lejos de toda sociedad los instrumentos necesarios para ejercitarse en la virtud y llegar a la santidad.

Por esos indicios a que aludíamos antes puede uno reconocer que está sujeto a los movimientos de la impaciencia y de la ira; que se ejercite entonces constantemente en pensamientos que le den oportunidad de contrariar aquellos. Debe imaginarse que es blanco de toda clase de injurias y calamidades, y entrenarse para sufrir en una perfecta humildad todos los ultrajes y menosprecios de los hombres. Se representará con frecuencia las cosas más duras e intolerables; y, penetrado de los sentimientos de la más profunda contrición, ocupará su pensamiento en la gran dulzura que deberá mostrar en tales circunstancias. Considerando los sufrimientos del Señor y de los santos, convendrá en que todas las afrentas y todos los castigos son inferiores a los que él merece, y estará dispuesto a soportar toda especie de dolor.

Algún día se le invitará a tomar parte en la asamblea de los hermanos, cosa que bien puede suceder, incluso a los más estrictos solitarios. Si se da cuenta de que su alma se turba en esta ocasión por nonadas, que sepa debe convertirse entonces en censor inexorable de sus movimientos secretos. Irá recordando al punto los oprobios en los cuales se ejercitaba todos los días para obtener la perfecta paciencia, e irá reprendiéndose y profiriendo contra sí mismo invectivas como estas: Por ventura, ¿no eres tú aquel admirable hombre de bien, que mientras te ejercitabas en la palestra de la soledad, te jactabas de vencer todos los males con tu gran constancia? ¿Que no hace mucho, cuando te imaginabas no solo las injurias más lacerantes, sino también suplicios intolerables, te creías bastante fuerte para permanecer inquebrantable frente a todas las tempestades? ¿Cómo, pues, la más insignificante palabra, con apenas rozarte, ha desbaratado esta invencible paciencia? Tu casa, como una ingente mole, estaba sólidamente cimentada sobre firme roca. Y ahora, ¿cómo ha temblado ante el más leve soplo? Lleno de una seguridad vana, llamabas a la guerra en medio de la paz, repitiendo en alta voz aquellas bellas palabras: «Estoy dispuesto y no he sido turbado»[11]. Y con el profeta clamabas a menudo: «Pruébame, tiéntame, Señor; quema mis instintos y mi corazón»[12]. Y también: «Ponme a prueba, Señor, y mira mi corazón; interrógame y conoce mis caminos, y observa si hay en mí alguna senda de iniquidad»[13]. ¿Cómo es posible que la insignificante sombra del enemigo pusiera en fuga esta formidable máquina de

combate? Y así, mientras se condena a sí mismo con tales reproches mezclados de arrepentimiento, no quedará impune aquel sentimiento torcido en que se dejó sorprender. Por otra parte, castigará más duramente su carne con los ayunos y vigiliass. Expiará en el trabajo de una continua abstinencia la falta debida a su inconstancia, con el fin de destruir en la soledad, con él continuo ejercicio, lo que debería haber subsanado mientras vivía en el cenobio.

Por lo demás, si alguien desea llegar a una perpetua y firme paciencia, ha de atenerse a un principio que debe observar con una constancia inquebrantable. No tenemos el derecho, puesto que la ley divina nos lo prohíbe, de vengar las injurias ni acordarnos de ellas[14]. Como tampoco nada nos autoriza a abandonarnos a la ira por cualquier disgusto o contrariedad que sea. ¿Cabe mayor daño para el alma que verse privada, por la súbita ceguera en que la cólera le sume, de la claridad de la verdadera y eterna luz, y sentirse apartada de la contemplación de Aquel que es «dulce y humilde de corazón?»[15]. ¿Hay algo más pernicioso, más lamentable, que un hombre pierda el sentimiento de la bondad, olvide las reglas y los principios de la justa discreción, y cometa, gozando de sano juicio y a sabiendas, lo que no se le perdonaría estando embriagado y privado de sentidos?

Si pensamos todos estos inconvenientes y otros parecidos, soportaremos sin pena y despreciaremos todas las contrariedades, todas las injurias y sufrimientos que puedan acarrearlos los hombres, incluso los más crueles. Porque juzgaremos que nada hay más dañino que la ira, nada más precioso que la tranquilidad del alma y la pureza constante del corazón. Tamaño tesoro exige que despreciemos no- digo ya las ventajas carnales, sino incluso las que parecen espirituales, si es que no pueden adquirirse o tenerse sin menoscabo de esta paz.

¿HAY QUE SOMETER A PRUEBA LA CASTIDAD COMO CON LAS OTRAS VIRTUDES?

XV. GERMÁN. Así como nos has dado el remedio contra las pasiones de la ira, de la tristeza y de la impaciencia, mostrándonos objetos que pueden contrarrestarlas, así también quisiéramos nos instruyeras sobre el tratamiento que conviene adoptar contra el espíritu de fornicación. Y, en concreto, decirnos si el fuego de la concupiscencia puede extinguirse al proponerle objetos que le exciten como en los casos precedentes. Este procedimiento sería a nuestro juicio muy perjudicial a la castidad, no solo porque avivaría en nosotros los incentivos de la pasión, sino también porque el alma tendría que fijar sus ojos sobre estas imágenes, aunque no fuera más que a la ligera.

XVI. JUAN. Vuestra pregunta, muy sagaz, por cierto, no ha hecho más que anticipar el tema hacia el cual se enderezaba naturalmente mi exposición. En realidad, a eso iba, aun cuando vosotros no hubierais hecho alusión a ello. Y no dudo que lo comprendíais muy bien, puesto que la penetración de vuestra inteligencia ha sabido adivinar mi pensamiento, adelantándose a mis palabras. No hay dificultad en dilucidar un problema cuando quien interroga, columbrando ya la solución, va por sí mismo y antes que nadie hacia el fin adonde se le quería conducir.

Para remediar los vicios de que hemos hablado, el roce con los hombres, lejos de ser nocivo, ofrece, por el contrario, grandes ventajas. Esos brotes viciosos se manifiestan con frecuencia por las impacencias de las cuales son ellos la causa; cuanto más continuos son el dolor y el arrepentimiento por nuestras caídas, más presto encuentra nuestro mal la curación. Razón por la cual, cuando habitamos en la soledad, y las ocasiones que pueden excitarlas no se originan del lado de los hombres, debemos representárnoslas en seguida a nuestro espíritu, para proporcionarnos, por un combate ininterrumpido, una más pronta curación.

En cambio, contra el espíritu de fornicación se impone un método distinto, como distinta es la causa. Pues del mismo modo que debemos sustraer al cuerpo todo acto libidinoso o afín a la carne, así también hay que apartar en absoluto de la mente su memoria. Sería muy perjudicial a las almas aún febles y enfermizas evocar el menor recuerdo de estas cosas. Por lo mismo, hay que evitar a toda costa que la sensualidad se despierte por el recuerdo de santas mujeres o ante un episodio, pongo por caso, de la Sagrada Biblia. Por tal razón, los ancianos omiten a sabiendas estos pasajes bíblicos en presencia de los jóvenes. En cuanto a los que son ya perfectos y consumados en el amor a la castidad, a éstos no les faltarán medios para examinarse a sí mismos, ni asegurar la integridad de su corazón merced al examen sincero de su conciencia. Así, pues, el solitario perfecto —pero solo el perfecto— se examinará sobre este vicio, como sobre los otros que mentamos más arriba. Mas semejante ensayo no es procedente que lo hagan aquellos que son todavía débiles; pues imaginarse un contacto físico, por ejemplo, o una caricia tierna y muelle hecha a una persona de otro sexo les sería más pernicioso que útil. Cuando, pues, fundados en una virtud consumada, no demos ningún asenso a esos atractivos ni sintamos ningún movimiento en nuestra carne, entonces tendremos plena garantía de poseer la perfecta pureza.

En esto, viendo el abad Juan que se acercaba la hora de nona y con ella la comida, puso fin a la conferencia.

[1] Posiblemente se trata del abad a quien menciona CASIANO en la *Col. XIV*, cc. 4 y 7.

[2] *Subdivalis*, dice el texto crítico, esto es, *sub divo* o *sub dio*. Como quien dice al aire libre, al cielo raso, sin techumbre que los protegiera.

[3] Santo Tomás alude a este pasaje para probar que es permitido alguna vez pasar de un estado de vida religiosa más estricto a otro más amplio. Vide *Sum. Teol. II.^a II.º ae. q. 189, a. 8.*

[4] *Ier XVII*, 16.

[5] *Phil II*, 8.

[6] *Io VI*, 38.

- [7] *Mt* ^{vi}, 34.
- [8] *Is* ^{lviii}, 13-14.
- [9] *Lam* ⁱⁱⁱ, 27-28.
- [10] *Ps* ^{ci}, 7-8.
- [11] *Ps* ^{cxviii}, 60.
- [12] *Ps* ^{xxv}, 2.
- [13] *Ps* ^{cxxxviii}, 23-24.
- [14] Cfr. *Lev* ^{xix}, 18.
- [15] *Mt* ^{xi}, 29.

XX.

CONFERENCIA DEL ABAD PINUFIO. DEL FIN DE LA PENITENCIA E INDICIOS DE LA SATISFACCIÓN

Capítulos: i. Humildad del abad Pinufio y su amor al retiro.—ii. Nuestra llegada a su celda.—iii. Pregunta acerca del fin de la penitencia y señal de la satisfacción.—iv. Se responde a esta pregunta elogiando nuestra humildad.—v. El modo de la penitencia y de la prueba del perdón.—vi. Pregunta: si es necesario rememorar las faltas pasadas para fomentar la compunción del corazón.—vii. Respuesta: Hasta qué punto es menester traer a la memoria los pecados cometidos.—viii. De los diversos frutos de la penitencia.—ix. Que es útil a los perfectos olvidar sus pecados.—x. Que es necesario evitar el recuerdo de los pecados vergonzosos.—xi. Del signo de la satisfacción y remisión de los pecados pasados.—xii. En qué sentido la penitencia debe practicarse temporalmente y en qué sentido no puede tener fin.

HUMILDAD DEL ABAD PINUFIO

I. Ha llegado el momento de traer a colación las enseñanzas del abad Pinufio sobre el objeto y fin de la penitencia. Pero en este aspecto me parece que cometería una injusticia si antes no celebrara con encomio la humildad de este hombre verdaderamente extraordinario y singular. Verdad es que le he dedicada ya unas palabras en el cuarto libro de las *Instituciones*, intitulado «De la manera de formar a los que renuncian al mundo». No obstante, no creo que me obligue en estos momentos a guardar silencio el deber de no causar fastidio a los lectores. Además, tal vez muchos de los que van a tener ocasión de leerme en esta conferencia no conocerán la obra que acabo de mentar. Por otra parte, disminuiría en autoridad la doctrina que voy a ofrecer aquí, si ocultara el mérito de aquel a quien se la debemos.

Pinufio gobernaba, en calidad de abad y sacerdote, un gran monasterio no lejos de Panefisis. Es esta, como dije ya entonces, una ciudad de Egipto. Pues bien, sus virtudes y milagros le habían granjeado por toda la provincia tal reputación y estima, que parecía haber recibido ya la recompensa de sus trabajos ante los elogios y alabanzas humanos. Temeroso de que el aura popular, sumamente abrumadora para él, le privase del fruto de la eterna recompensa, decidió huir secretamente del monasterio.

Encaminóse al profundo retiro donde moran los monjes de Tabenna. Pero no buscó allí la soledad del desierto ni la calma de la vida solitaria. Aquí se refugian no pocas veces con orgullosa presunción algunos monjes imperfectos que no quieren soportar el trabajo de la obediencia entre los cenobitas. Pinufio escogió más bien el yugo de la vida común en este monasterio que había alcanzado gran celebridad.

Temiendo, asimismo, que su hábito le traicionara, adoptó un vestido de seglar. Luego fue a colocarse ante la puerta del cenobio. Se hizo caso omiso de él durante varios días, según la costumbre que se observa entre aquellos monjes. Así permaneció, llorando, postrado a los pies de todos, y sufriendo las injurias que le infligían para poner a prueba su deseo. «Llegando al término de su vida —le decían—, no le impele más que la

necesidad de pan cotidiano; en realidad no aspira sinceramente a abrazar la santidad de la vida monástica». Mas, a pesar de tales reproches obtuvo al fin la admisión.

Había allí un joven hermano a quien se había encomendado el oficio de hortelano. Se le confió a Pinufio para que le ayudara en su tarea. Este cumplía todo cuanto aquel le encargaba y lo que exigían los menesteres del oficio. Y lo hacía con tal humildad que despertaba la admiración de todos. Después aprovechaba todavía la noche para realizar furtivamente ciertas labores necesarias, que los demás, por la aversión que sentían, procuraban evitar. Al día siguiente toda la comunidad quedaba asombrada al ver terminado un trabajo, por lo demás útil, sin saber quién había sido el que lo había realizado. En esta vida de trabajo y humilde sujeción por la cual tanto había suspirado, pasaron cerca de tres años, que fueran para él de gran felicidad.

Pero sucedió un día que se presentó casualmente un hermano conocido suyo, que había venido de la misma región de Egipto de la que había huido él. El hermano pareció reconocerle en seguida, si bien los vestidos con que iba cubierto y el oficio tan humilde que desempeñaba le hicieran vacilar por el pronto. Mas, observándole con detención, se desvanecieron sus dudas, y al instante se echó a sus pies.

Esta actitud causó, naturalmente, gran estupor entre los monjes. Pero luego que el recién llegado manifestó el nombre de aquel que le merecía tal veneración —nombre cuya fama de santidad había llegado ya hasta ellos—, se llenaron de admiración. No podían menos de lamentarse de haber empleado en oficios tan viles a un varón de tantos merecimientos y, lo que es más, adornado con la dignidad sacerdotal. Pinufio, por su parte, se deshacía en lágrimas, atribuyendo a los celos del demonio la desgracia de semejante traición. Los hermanos le condujeron de nuevo a su monasterio, rodeándole como de una guardia de honor.

Pero permaneció allí poco tiempo. Hastiado una vez más ante las continuas deferencias de que era objeto a causa de su prestigio y dignidad, huyó de nuevo. Subiendo a una nave se embarcó en secreto con dirección a Palestina, desembarcando en la provincia de Siria. Fue recibido en calidad de principiante y novicio en el monasterio donde nos hallábamos[1]. El abad ordenó precisamente que viviera con nosotros en nuestra celda.

Mas tampoco sus virtudes y sus méritos pudieron pasar por mucho tiempo inadvertidos. Descubierta otra vez como antes, fue conducido de nuevo con todos los honores en medio de grandes alabanzas a su monasterio.

II. Poco tiempo después, cuando movidos por el afán de conocer la santidad de la vida monástica, nos dirigimos a Egipto, un deseo incoercible que no sabría explicar nos indujo a buscarle.

Nos recibió con grandes muestras de afecto y bondad, acogiéndonos, como antiguos compañeros de celda, en la suya propia. Se la había construido en el rincón más apartado de su huerta. Fue durante este tiempo cuando, en ocasión de querer un hermano abrazar el yugo de la regla, le dirigió en presencia de toda la asamblea de los monjes, las enseñanzas austeras cuanto sublimes que he transcrito sumariamente en el cuarto libro de las *Instituciones*[2].

Desde aquel instante la cima de la auténtica renuncia se nos presentó a nuestros ojos como algo incomprensible y prodigioso. No podíamos imaginar que nuestra mezquindad fuera nunca capaz de elevarse a tales alturas. Amilanados por el desaliento, ni siquiera intentamos ocultar la secreta amargura de nuestra alma. Con el espíritu completamente decaído volvimos junto al venerable anciano. Interesóse en seguida por la causa de nuestra tristeza. El abad Germán, suspirando profundamente, respondió:

DE LA PENITENCIA Y DE LA SATISFACCIÓN

III. Tu discurso ha sido para nosotros la revelación de una doctrina desconocida. Ha venido a descubrimos la senda escarpada que conduce a la más elevada renuncia. Disipando la oscuridad que ofuscaba nuestros ojos, nos ha mostrado ese camino, penetrando por la cumbre hasta el mismo cielo. Pero he aquí que cuanto más sublime y magnífico nos parece tanto más profundo es el desaliento que nos causa.

Si medimos la magnificencia del fin y la flaqueza de nuestras fuerzas, si comparamos la bajeza de nuestra ignorancia con esa virtud ideal, cuya perspectiva infinita has puesto tú de manifiesto no solamente nos damos cuenta de nuestra incapacidad por llegar a ella, sino que nos sentimos desfallecer en el estado en que nos hallamos. Oprimidos bajo el peso del desánimo, tememos precipitarnos de lo bajo a lo más ínfimo de nuestra miseria.

Tan solo una cosa —de un valor por demás inapreciable— podría prestarnos ayuda y ser un remedio eficaz para nuestras llagas: que proyectaras un poco de luz sobre el fin de la penitencia, y, en especial, sobre los indicios de la satisfacción. Cerciorados de haber conseguido el perdón de nuestros pasados delitos, nos sentiríamos con más coraje para trepar las cimas de la perfección de que acabas de hablar.

IV. PINUFIO. Es para mí un gran placer descubrir en vosotros tan copiosos frutos de humildad. En otro tiempo, cuando me cupo en suerte ser huésped en vuestra celda, pude ya comprobarlo con admiración y complacencia. Ahora causa en mí gran satisfacción el ver que acogéis con tanto interés la doctrina del último de los cristianos, cuyo único mérito reside tal vez en la audacia de sus palabras. Y si no yerro, vuestro fervor en practicarlas no es menor que mi atrevimiento en proferirlas.

Sí, estoy plenamente convencido de que cumplís lo que digo. Esa austeridad que reflejan mis palabras la traducís vosotros en obras a lo largo de vuestra vida. Lo que sucede es que os esforzáis por ocultar el mérito de vuestra virtud, como si jamás hubiese rozado vuestro corazón el aura de la vanagloria por los ejercicios que practicáis. Pero esta misma modestia que os induce a afirmar vuestra ignorancia de las máximas de los santos, como si fuerais todavía novicios, es ciertamente digna de elogio.

Por lo mismo voy a exponeros brevemente, según mi corto entender, lo que con tanto afán me pedís. Nuestra antigua amistad exige que os dé gusto en cosas que exceden mis posibilidades e inteligencia.

Se ha tratado ya por extenso, en muchas ocasiones, de viva voz y por escrito, sobre la eficacia y mérito de la penitencia. Se han expuesto sus grandes ventajas no menos que la fuerza y la gracia que lleva consigo en bien de las almas. Si es lícito hablar así,

podríamos decir que la penitencia opone en cierta manera resistencia al mismo Dios, a quien hemos ofendido con nuestros pecados de antaño. Cuando Dios se ve precisado a infligirnos el justo castigo por tantos crímenes cometidos, detiene casi contra su voluntad —si vale la expresión— el brazo de su venganza.

Pero no me cabe duda de que todas estas verdades han venido a ser para vosotros familiares, merced a la inteligencia de que os ha dotado la naturaleza y al estudio infatigable de las Sagradas Escrituras; en ellas encontrásteis vuestro alimento al echar las raíces de vuestra primera conversión.

Por lo demás, no os interesa ahondar en la naturaleza de la penitencia, sino en el fin y señal de la satisfacción. Con agudeza poco común habéis dado un enfoque acertado a la cuestión, poniendo de relieve ciertos aspectos de los que otros habían prescindido hasta ahora.

V. Para satisfacer con toda brevedad y concisión vuestro deseo de esclarecer el tema propuesto, voy a daros previamente una definición cabal y perfecta de la penitencia. Consiste en no cometer en lo sucesivo los pecados de que nos hemos arrepentido o de los que nos remuerde la conciencia[3]. En cuanto a la señal de que hemos satisfecho lo suficiente y se nos ha perdonado, radica en el hecho de proscribir de nuestros corazones toda afección a estos pecados.

Supongamos a un hombre penetrado totalmente de la decisión de satisfacer por sus culpas. Gime y llora por ellos. Este tal conocerá que no está totalmente libre de sus pasiones si con insistencia torna a su mirada interior la idea de las faltas cometidas o de otras semejantes, y el solo recuerdo del mal sigue ocupando el fondo de su alma. Fijaos que no hablo ya del deleite. Y a la inversa, el alma cuyo afán de satisfacer por sus yerros le mantiene siempre alerta, conocerá que ha merecido la absolución y el perdón, si no tornan a su mente la seducción ni la imagen de sus pecados.

Por donde podemos afirmar que en el interior de nuestra conciencia tenemos un juez veraz de nuestra expiación y pesar, y además un testigo fehaciente de nuestro perdón. Anticipándose al día de la gran revelación y del juicio, nos revela, mientras aún vivimos en esta carne mortal, la absolución de nuestra deuda y el término de la satisfacción y la grada de la remisión total. En suma, usando un lenguaje más expresivo, creemos que nuestras culpas pasadas nos han sido al fin perdonadas, cuando nuestro corazón no apetece los placeres de este mundo ni siente impresión alguna antes ellos.

SOBRE EL MODO DE FOMENTAR LA COMPUNCIÓN DEL CORAZÓN

VI. GERMÁN. Pero entonces, ¿de dónde podía nacer la santa y saludable compunción propia de un alma humillada? Porque la Escritura nos la describe con estos acentos que proceden de un corazón contrito: «Te confesé mi pecado y te descubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré contra mí mismo al Señor mi injusticia»[4]. ¿Hasta qué punto podremos decir con verdad lo que añade a continuación: «Y tú perdonaste mi iniquidad»?[5].

Si desterramos de nuestro corazón el recuerdo de nuestros pecados, ¿cómo nos será posible, al postramos en la plegaria, excitar en nosotros las lágrimas de una humilde

confesión, para merecer el perdón de nuestros crímenes, según aquello: «Todas las noches inundo mi lecho y con mis lágrimas humedezco mi estrado»[6]. Y el Señor por su parte, ¿no nos manda acaso que guardemos invariable la memoria de nuestros delitos cuando dice: «No me acordaré más de tus pecados, pero tú tráelos a la memoria»?[7].

En consecuencia: no solo durante el trabajo, sino también en la oración, me esfuerzo por dirigir mi espíritu a recordar mis faltas. Merced a ello me siento más eficazmente excitado a una humildad sincera y a la perfecta compunción del corazón. Entonces es cuando me siento más inclinado y con más ánimo para exclamar con el profeta: «Mira mi humillación y mi miseria y perdona todos mis pecados»[8].

VII. PINUFIO. Vuestra primera pregunta, como ya he indicado, versaba no tanto sobre la calidad o naturaleza de la penitencia, cuanto sobre su fin y los medios de reconocer cuándo se ha satisfecho a Dios. Creo haber dado una respuesta satisfactoria a este punto.

Por lo que atañe a lo que preguntáis ahora acerca del recuerdo de los pecados, es sin duda muy útil e incluso necesario a aquellos que todavía hacen penitencia y exclaman sin cesar, golpeando su pecho: «Reconozco mi iniquidad y mi pecado está siempre contra mí»[9]. Y también: «Pensaré en mi pecado»[10]. Efectivamente, mientras nos damos a la penitencia y sentimos los remordimientos de nuestros actos viciosos, es menester que las lágrimas de una humilde confesión caigan como lluvia bienhechora sobre nuestras almas para extinguir la llama que dejaron encendida en nuestra conciencia.

Mas he aquí que, después de haber perseverado largo tiempo en esta humildad: de corazón y contrición de espíritu, consagrados sin descanso al trabajo y a los gemidos del alma, el recuerdo del mal cometido se amortigua. Por una gracia especial de la misericordia de Dios, la espina del remordimiento queda arrancada de la medula del alma. Ello es indicio manifiesto de que se ha llegado al término de la satisfacción. Hemos merecido su perdón, quedando lavada nuestra prístina impureza[11].

En fin, no cabe otro procedimiento para llegar a este olvido que la extinción de los defectos y de las pasiones de nuestra vida pretérita, es decir, una perfecta pureza de corazón. Quien por apatía y desdén no corrige sus vicios y tendencias malsanas, no conocerá nunca esta virtud. Es privilegio exclusivo de aquel que, a fuerza de gemidos, de suspiros y de santa tristeza habrá hecho desaparecer la más mínima huella de sus antiguas manchas, y clamará con toda verdad al Señor: «Te confesé mi pecado y te descubrí mi iniquidad»[12], y «mis lágrimas fueron día y noche mi pan»[13].

Este tal merecerá oír esta respuesta: «Cese tu voz de gemir, tus ojos de llorar, pues por tus penas recibirás galardón»[14]. Y la palabra del Señor le dirá aún: «Yo he disipado como nube tus pecados, como niebla tus iniquidades»[15]. Y otra vez: «Soy yo, soy yo, quien por amor de mí borro tus extravíos y no me acuerdo más de tus rebeldías»[16]. Libre «de los lazos de sus pecados en que se ve preso»[17], cantará al Señor este cántico de acción de gracias: «Tú rompiste mis cadenas: te ofreceré sacrificio de alabanza»[18].

VIII. Aparte la grada del bautismo y la gracia universal que proporciona a los cristianos, además del don precioso del martirio que se alcanza por la efusión de sangre, hay todavía muchos otros frutos de penitencia merced a los cuales se llega a la expiación completa de las propias culpas.

La salvación eterna no se ha prometido solamente a la simple penitencia, de la que afirma san Pedro: «Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados»[19]. Y asimismo Juan Bautista y el mismo Señor habían dicho de ella en su predicación: «Haced penitencia, porque el reino de los cielos está cerca»[20].

En primer lugar, la caridad abate la mole inmensa del desorden; está escrito: «La caridad cubre la muchedumbre de los pecados»[21]. Parejamente la limosna proporciona remedio a nuestras heridas: «Como el agua extingue la ardiente llama, la limosna expía los pecados»[22]. Las lágrimas pueden asimismo lavar las manchas de nuestras infracciones: «Todas las noches —exclama el salmista— inundo mi lecho y con mis lágrimas humedezco mi estrado»[23]. Luego, para mostrar que no ha vertido en vano sus lágrimas, añade: «Apartaos de mí todos los obradores de la maldad, pues ha oído el Señor la voz de mis llantos»[24]. La confesión humilde de las propias miserias tiene igualmente la virtud de borrarlas: «Dije: Confesaré al Señor mi pecado, y tú perdonaste mi iniquidad»[25]. Y también: «Confiesa antes tus delitos, para que seas justificado»[26]. Se obtiene, además, la remisión del mal cometido gracias a la aflicción del corazón y del cuerpo: «Mira mi aflicción y mi miseria, y perdona todos mis pecados»[27]. Pero especialmente por la enmienda de la vida: «Quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Buscad la justicia, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Y luego venid y entendámonos, dice el Señor: Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían blancos como la nieve; aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrían a ser como la lana blanca»[28]. A menudo es la intercesión de los santos lo que nos alcanza el perdón de nuestros vicios: «Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no lleva a la muerte, niegue por él, y Dios dará la vida al que no peca de muerte»[29]. Y en otro lugar: «¿Alguno entre vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor. Y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y los pecados que hubiere cometido le serán perdonados»[30].

A veces es el mérito de la misericordia y de la fe quien borra nuestros crímenes, a tenor de estas palabras: «Mediante las obras de misericordia y la fe se expían los pecados»[31]. Ni es raro que surta el mismo efecto la conversión y la salvación de aquellos a quienes nuestros consejos y nuestra predicación conducen al bien: «Quien convierte a un pecador de su errado camino, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados»[32]. Finalmente, el olvido de las faltas de los demás y el perdón que les otorgamos nos merecen a menudo la remisión de nuestros deslices: «Si perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial»[33]. Ya veis cuántos caminos nos abre la clemencia del Salvador para alcanzar

su misericordia. Y ello para que ninguno de los que desean la salvación se deje abatir por el desaliento cuando tantos remedios le franquean la puerta de la vida.

Cabe en lo posible que a causa de vuestra salud precaria no podáis satisfacer por vuestros pecados mediante los ayunos. Entonces no podréis hacer vuestras estas palabras: «Mis rodillas están debilitadas por el ayuno, y mi carne, enflaquecida, desfallece»[34]. «Como el pan cual si comiera ceniza, y mi bebida se mezcla con lágrimas»[35]. Sabed, con todo, que la largueza y la limosna os permitirán redimiros de vuestras culpas. También puede acontecer que no tengáis nada con que ayudar a los indigentes, en cuyo caso se ha de tener presente, ante todo, que ni la estrechez pecuniaria ni la pobreza son obstáculo para cumplir con esta obra de misericordia. Ejemplo de ello lo tenemos en los dos cornados de la viuda que fueron preferidos a las magníficas ofrendas de los ricos[36]. Además, el mismo Señor promete recompensar a quien brinde un vaso de agua fresca en su nombre[37]. Pero aun entonces está ciertamente en vuestra facultad el purificaros por la enmienda de vuestra vida.

Os parece algo utópico adquirir la perfección de las virtudes por la corrección de los vicios; si es así, emplead entonces todo vuestro celo en la salvación del prójimo. Si creéis que este misterio no cuadra con vuestro natural, podéis todavía apelar a la caridad para cubrir vuestros pecados. Si no os es factible este remedio debido a la tibieza que os domina, podéis al menos recurrir humildemente a la plegaria y a la intercesión de los santos para que os obtengan la cauterización de vuestras heridas. En una palabra, ¿quién hay que no pueda decir con espíritu compungido: «Te confesé mi pecado y te descubrí mi iniquidad»[38], para poder concluir con estas palabras: «Y tú perdonaste la impiedad de mi corazón»?[39].

Si el rubor os impide revelar vuestros delitos en presencia de los hombres[40], podéis confesarlos de continuo a Aquel que no los ignora y decirle en incesante súplica: «Reconozco mis culpas, y mi pecado está siempre ante mí; contra ti, solo contra ti he pecado y he cometido la maldad delante de tus ojos»[41]. Él os excusa de esa verecundia de manifestar vuestros pecados públicamente, y os los perdona, sin necesidad de argüirlos ante los hombres. Pero aparte de este remedio de salvación tan cierto como eficaz, la divina bondad nos pone al alcance otro más fácil todavía, que ha confiado a nuestra libre voluntad. Es decir, que nuestro afecto y nuestros propios sentimientos, por los cuales decimos a Dios: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»[42], son prenda segura de la remisión de nuestros crímenes.

Todo el que desea alcanzar la plena indulgencia de sus pecados debe aplicarse a aprovechar todos estos procedimientos. Basta que cada cual se estudie y se conforme con ellos. Pero, sobre todo, que nadie torne ineficaz por la obstinación y dureza de su corazón un remedio tan saludable, que nadie intente restañar la fuente de la misericordia infinita que fluye con tanta abundancia sobre nosotros. Pues por más que nos ejercitemos en todas estas obras que acabamos de exponer, serían completamente insuficientes para expiar nuestros delitos sin la bondad y clemencia del Señor: porque es a Él solo a quien incumbe cancelarlos. Pero al instante que advierte en nosotros algún indicio de sentimientos religiosos, como el sacrificio ofrecido por un alma suplicante, recompensa

con una liberalidad sin límites estos esfuerzos tan exigüos: «Soy yo —dice—, soy yo, quien, por amor de mí borro tus pecados y no me acuerdo más de tus rebeldías»[43].

De donde se desprende cuál debe ser la tónica dominante y la disposición en que debemos mantenernos desde el principio. A los ayunos cotidianos, a la mortificación del espíritu y del cuerpo se seguirá en seguida la gracia de la satisfacción, pues se ha escrito: «No hay remisión sin fusión de sangre»[44]. Y no sin razón, porque «la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios»[45]. Y todo aquel que impide «a la espada del espíritu, que es la palabra de Dios»[46], emplearse en la efusión de sangre, incurre ciertamente en esta maldición de Jeremías: «Maldito quien retraiga la espada de la sangre»[47]. Esta es la cuchilla que hace brotar de las heridas saludables la sangre corrompida, cual savia del pecado. Todas las vivencias carnales y terrenas que descubre en nuestra alma las corta y desgaja, haciéndonos morir al vicio, para que vivamos en Dios por la fuerza de las virtudes sobrenaturales.

Una vez aquí, el monje derrama lágrimas, pero no ya por el recuerdo de los pecados cometidos, sino por la esperanza de los goces venideros. El alma no se ocupa ya de los males pasados, sino que suspira por los bienes celestiales; las lágrimas que derrama no derivan del dolor de sus extravíos, sino de la alegría de la felicidad eterna. «Dando al olvido lo que ya queda detrás», es decir las pasiones de la carne, «se lanza únicamente en persecución de lo que tiene delante»[48], esto es de la virtud y de los dones del espíritu.

SOBRE LA UTILIDAD DE OLVIDAR LOS PECADOS COMETIDOS

IX. Con respecta a lo que habéis manifestado antes de ahora sobre si debemos evocar adrede los pecados pasados, es a mi juicio de todo en todo improcedente. Más aún: si este recuerdo se desliza, muy a pesar vuestro, en el alma, al momento lo debéis alejar de ella. Y es que el recordar las culpas pasadas distiende, sobre todo en los que viven en la soledad, los resortes del alma para la contemplación, y empaña su pureza con la escoria del mundo. Además, los vicios producen en ella una sensación de asfixia espiritual que le impide respirar a sus anchas.

Y así es, en efecto: porque al recordar en vuestro espíritu todos los yerros a que os ha inducido la lascivia o la ignorancia por sugestión del príncipe de este mundo, aunque tal pensamiento puede dejar impoluta vuestra alma, no obstante, os prevengo contra un escollo: que el solo contacto con esa labe cangrenosa de otro tiempo inficcionará ineludiblemente vuestra alma de una fetidez repulsiva, y aventará el perfume espiritual de las virtudes, quiero decir la suavidad: del buen olor de Cristo.

Desde el momento en que el recuerdo de nuestros vicios pasados se introduce en nuestro corazón, debemos ahuyentarla al instante. Tenemos que sentir por ella ese horror que experimenta un hombre grave y virtuoso cuando, al deambular por la calle, una mujer impúdica le aborda, procaz, para tentarle. Si no evita al punto su contacto, y se entretiene siquiera un instante, aunque intente sustraerse a todo consentimiento, habrá sufrido ya merma en su honor ante los transeúntes, haciéndose objeto de pública censura. Al vernos, pues, envueltos en semejantes pensamientos, es menester reaccionar en

seguida, cumpliendo el consejo de Salomón cuando dice: «Vete aprisa, no te detengas donde hace mansión la mujer insensata, ni poses en ella tu mirada»[49].

Por lo demás, si los ángeles nos vieran envueltos en ideas vergonzosas e inconfesables, no podrían decimos al pasar: «La bendición del Señor sobre vosotros»[50]. Es de suyo imposible que nuestra mente se entretenga en buenos pensamientos cuando la zona más elevada del alma se halla trabada en consideraciones frívolas y terrenas. Encierran una gran verdad las palabras de Salomón: «Se irán tus ojos tras de la mujer ajena, y prorrumpirá tu corazón en palabras perversas e indecentes. Y vendrás a ser como el que está dormido en medio de borrascoso mar, y como el piloto encandilado que ha perdido el timón. Y al cabo dirás: Me han azotado y no me ha dolido; arrastráronme, mas yo nada sentí»[51].

En conclusión: hay que desechar de nuestro recuerdo toda torpeza, e incluso todo pensamiento terreno, y elevar de continuo la atención de nuestra alma a las cosas del cielo: «Donde yo esté, allí estará también mi servidor»[52], dice el Señor. Porque a menudo sucede que algunos, desprovistos de experiencia, trayendo a la memoria sus propias reincidencias y las de los otros, con ánimo de deplorarlas, hacen cundir en su interior la vena malsana del consentimiento, hasta ser víctimas de la pasión. Lo que se había insinuado con visos de piedad termina atora en la impudicia: «Hay caminos que a los hombres parecen rectos, cuyo fin, no obstante, conduce a lo profundo del infierno»[53].

De aquí se sigue que debemos fomentar en nosotros una laudable compunción. Pero debemos hacerlo más por el afán de la virtud y el deseo del reino de los cielos que por el recuerdo funesto de los vicios. Porque forzosamente nos provocará náuseas el olor nauseabundo de un albañal, si nos situamos junto a él o intentamos revolver el cieno que se oculta en el fondo.

x. Vuelvo a hacer hincapié en lo que he dicho ya varias veces: la señal inconfundible de que hemos satisfecho por nuestros pecados estriba en el hecho de que los movimientos y afectos que nos han inducido a ellos han desaparecido de nuestro corazón. De donde nadie puede gloriarse de haber llegado a tan feliz éxito sin haber previamente cercenado, por el fervor del corazón, lo que fue la causa u ocasión de tales caídas.

Supongamos, por ejemplo, que estas obedecen a una familiaridad con personas de otro sexo: conviene entonces evitar con el mayor empeño incluso su trato y presencia. Es posible que las faltas graves sean debidas a un exceso en el uso de vino o a una afición desmedida a los manjares, en cuyo caso hay que reprimir las seducciones de la gula mediante una rigurosa austeridad. A veces es el deseo y la pasión del dinero el que induce al perjurio, al robo o al homicidio: entonces es preciso descartar todo objeto capaz de incitar la avaricia que nos apresa en sus redes. En fin, la soberbia que late en el interior de nuestro corazón estalla en un arrebatado de ira: en tal caso hay que arraigarse hondamente en la humildad para arrancar de cuajo todo resabio de soberbia.

Así hay que proceder en todos los vicios. Si se quieren eliminar los efectos viciosos, es menester, ante todo, anular la causa y ocasión que fueron su principio o su fin. Huelga decir que con este tratamiento se llega con seguridad al olvido de los propios pecados.

XI. Ello, no obstante, la doctrina que he expuesto acerca del olvido de los pecados afecta únicamente a las faltas morales, anatematizadas ya por la ley mosaica. Nuestra vida de observancia neutraliza o aniquila las afecciones. Por eso la penitencia a que nos sometemos para extirparlas puede tener un término.

En cambio, tendremos siempre materia de arrepentimiento respecto a esas menudas infracciones en que «el justo cae siete veces al día y se levanta otras tantas»[54]. Porque, queramos o no, las cometemos todos los días. Ora a sabiendas, ora por ignorancia u olvido, de pensamiento o de palabra, por sorpresa o por impulso ineluctable, o por la fragilidad de nuestra carne, es difícil que nos veamos libres de ellas.

A estas faltas se refiere David cuando, después de la purificación y el perdón, ruega al Señor en estos términos: «¿Quién será capaz de conocer los pecados? Absuélveme de los que se me ocultan, y perdona a tu siervo de los ajenos»[55]. Y por su parte, san Pablo: «En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero»[56]. Y poco después exclama a este propósito, entre sollozos: «¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?»[57].

Y es que nos precipitamos en ellas con una facilidad tal, que nos vemos tentados a considerarlo como una ley de la naturaleza. No podemos evitar completamente estas debilidades, por más circunspección y vigilancia que pongamos para sustraernos a ellas. Y el discípulo a quien amaba Jesús tiene en punto tan importante esta frase absoluta: «Si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañaríamos a nosotros mismos, y su palabra no está en nosotros»[58].

Antes de dar cima a esta conferencia debo indicar que para el que desea alcanzar la sumidad de la perfección; representa bien poca cosa llegar al fin de la penitencia; es decir, abstenerse de lo que está prohibido. Incansable en su carrera, debe polarizar todas sus energías hacia la práctica de las virtudes que convergen en la plena satisfacción. No basta mantenerse dejado de los pecados graves, abominables al Señor. Precisa adquirir por la pureza del corazón y la perfección de la caridad evangélica el buen olor de las virtudes que constituyen sus delicias.

Aquí concluye la conferencia del abad Pinufio acerca del fin de la penitencia y de las señales que garantizan haber conseguido la plena satisfacción. El abad insistió repetidas veces, llene de bondad, que nos quedáramos en el monasterio. Pero el deseo de visitar el desierto de Escete, que gozaba de gran celebridad, no nos permitió acceder a su invitación. Y sin oponerse a nuestro designio, nos despidió.

- [1] Es decir, el situado no lejos de la cueva de Belén en donde nació el Salvador, como nos dice *CASIANO* en sus *Inst.* 1. 4, c. xxxi.
- [2] En el c. xxxii, ss.
- [3] Ni que decir tiene que no es esta una definición formal y propiamente dicha de la penitencia, pues sería incompleta, por no decir falsa. Más bien el abad nos habla de los frutos de la penitencia sincera. Puesto que de la enmienda de los vicios cabe colegir que hubo una penitencia verdadera y eficaz.
- [4] *Ps* xxxi, 5-6 [LXX].
- [5] *Ibid.*
- [6] *Ps* vi, 7. [LXX].
- [7] *Is* xliii, 25-26 [LXX].
- [8] *Ps* xxiv, 18.
- [9] *Ps* l, 5.
- [10] *Ps* xxxvii, 19.
- [11] El abad habla, naturalmente, de una certidumbre moral, que se apoya en indicios razonables. Porque sólo una revelación especial de Dios puede darnos la plena garantía de que estamos en su gracia y, por tanto, de haber sido purificados de todo pecado y del afecto hacia él.
- [12] *Ps* xxxi, 5 [LXX].
- [13] *Ps* xli, 4.
- [14] *Ier* xxxi, 16.
- [15] *Is* xliiv, 22.
- [16] *Ibid.* xliii, 25.
- [17] *Prov* v, 22 [LXX].
- [18] *Ps* cxv, 16-17.
- [19] *Act* iii, 19.
- [20] *Mt* iii, 2.
- [21] *I Petr* iv, 8.
- [22] *Eccl* iii, 33.
- [23] *Ps* vi, 7 [LXX].
- [24] *Ibid.* ix, 4.
- [25] *Ps* xxxi, 5 [LXX].
- [26] *Is* xliii, 26 [LXX].
- [27] *Ps* xxiv, 18.
- [28] *Is* i, 16-18.
- [29] *I Io* v, 16.
- [30] *Iac* v, 14-15.
- [31] *Prov* xv, 27.
- [32] *Iac* v, 20.
- [33] *Mt* vi, 14,
- [34] *Ps* cviii, 24.
- [35] *Ps* ci, 10.
- [36] Cfr. *Lc* xxi, 1-2.
- [37] Cfr. *Mt* x, 42.
- [38] *Ps* xxx, 5 [LXX].
- [39] *Ibid.* 6 [LXX].
- [40] No se trata aquí de la confesión sacramental, sino de la ceremonial, que tenía lugar en los monasterios. Por eso se habla en plural «coram hominibus».
- [41] *Ps* l, 5-6.
- [42] *Mt* vi, 12.
- [43] *Is* xliii, 25.
- [44] *Hebr* ix, 22.
- [45] *I Cor* xv, 50.
- [46] *Eph* vi, 17.
- [47] *Ier* xlviii, 10.
- [48] *Phil* iii, 13.
- [49] *Prov* ix, 18 [LXX].
- [50] *Ps* cxxviii, 8.

- [51] *Prov* ^{xxiii}, 33-35 [^{lxx}].
- [52] *Io* ^{xii}, 29.
- [53] *Prov* ^{xvi}, 25 [^{lxx}].
- [54] *Prov* ^{xxiv}, 16.
- [55] *Ps* ^{xviii}, 13-14.
- [56] *Rom* ^{vii}, 19.
- [57] *Ibid.* 24.
- [58] *I Io* ⁱ, 8-10.

XXI.

PRIMERA CONFERENCIA DEL ABAD TEONAS. DEL DESCANSO DE PENTECOSTÉS

Capítulos: i. Cómo el abad Teonas visitó al abad Juan.—ii. Exhortación del abad Juan a Teonas y a sus acompañantes.—iii. De la ofrenda de los diezmos y primicias.—iv. Abraham, David y los demás santos han sobrepujado los preceptos de la Ley.—v. Quienes viven bajo la Ley de gracia del Evangelio deben ir más lejos en los mandamientos de la Ley.—vi. Que la gracia del Evangelio, al procurar a los perfectos el reino de los cielos, viene en auxilio de los débiles.—vii. En nuestras manos está el vivir bajo la gracia del Evangelio o bajo el terror de la Ley.—viii. Teonas exhorta a su esposa a abrazar también ella la renuncia.—ix. Cómo Teonas, tras la negación de su esposa, voló al monasterio.—x. Excusa de Casiano: por si acaso alguien cree que se aconseja a los esposos la ruptura del vínculo matrimonial.—xi. Por qué el ayuno es interrumpido en Egipto durante el tiempo de Pentecostés, y por qué no se arrodillan para la plegaria.—xii. Que existen cosas buenas, malas e indiferentes.—xiii. De qué naturaleza es la virtud del ayuno.—xiv. Que el ayuno no es un bien esencial.—xv. El bien por esencia no debe subordinarse a un bien de inferior calidad, sino que lo que está en función de medio debe practicarse en orden al fin principal.—xvi. Cómo el bien esencial se distingue de los demás.—xvii. De la naturaleza y utilidad del ayuno.—xviii. Que el ayuno no es siempre conveniente.—xix. Por qué se quebranta el ayuno durante el período de Pentecostés.—xx. Respuesta a la pregunta formulada en el precedente capítulo.—xxi. Este relajamiento en el ayuno, ¿no representa un obstáculo para la castidad?—xxii. Hay que guardar una justa moderación en la abstinencia.—xxiii. Del tiempo y de la tasa de la comida.—xxiv. Sobre la diversa observancia de la Cuaresma.—xxv. El ayuno cuaresmal está relacionado con el diezmo del año.—xxvi. Cómo debemos ofrecer también nuestras primicias al Señor.—xxvii. Por qué la observancia de la Cuaresma difiere en muchos lugares en el número de días.—xxviii. De dónde el nombre de Cuaresma o cuarentena cuando en realidad no se ayuna sino treinta y seis días.—xxix. Los perfectos van más allá de lo que prescribe la ley cuaresmal.—xxx. Origen y razón de la Cuaresma.—xxxi. Cómo es necesario entender estas palabras del Apóstol: «El pecado no ejercerá su tiranía sobre vosotros».—xxxii. Diferencia entre la gracia y los preceptos de la Ley.—xxxiii. Dos preceptos del Evangelio son más suaves que los de la Ley.—xxxiv. Cómo reconocer que alguien está bajo la gracia.—xxxv. Por qué a veces nos vemos más combatidos por los incentivos de la carne cuando más ayunamos.—xxxvi. La respuesta a esta cuestión debemos reservarla para la próxima conferencia.

EL ABAD TEONAS VISITA AL ABAD JUAN

I. Antes de dar pleno desarrollo a esta conferencia habida con el ilustre abad Teonas^[1], me parece oportuno dar una rápida ojeada a los orígenes de su conversión. Así comprenderá el lector con más evidencia el mérito y la gracia de este varón singular.

Estaba todavía en el albor de la adolescencia, cuando sus padres, animados de la mejor buena voluntad y celo, le obligaron a contraer matrimonio. Su espíritu religioso, solícito de la inocencia del jovencito, les hizo tomar precauciones con miras al porvenir. Y temiendo las seducciones que lleva consigo la edad crítica, optaron, digo, por anticiparse previniendo las pasiones de la juventud con esa legítima unión.

Hacía ya cinco años que vivía con su esposa, y un día fue a entrevistarse con el abad Juan. Este hombre, adornado con el mérito de la santidad, había sido elegido diácono en el monasterio. No es esta una dignidad que pueda ambicionar cualquiera ni llegar a ella por propia voluntad. Solo es promovido a ese rango aquel a quien las prerrogativas de la edad, unida al testimonio de su fe y sus virtudes, han designado ante la asamblea de los ancianos como el más idóneo y excelente.

Como decía, su fervor ardiente condujo al joven Teonas a la presencia del bienaventurado abad Juan[2]. Llevaba consigo algunas religiosas ofrendas, y anduvo confundido entre el número de campesinos que rivalizaban en su diligencia para ofrecer al buen anciano los diezmos o las primicias de sus recolecciones.

Al ver este la afluencia de gente que acudía a él y los dones considerables que traían, quiso recompensar su piedad y se creyó en el deber —a ejemplo de lo que dice el Apóstol— de sembrar bienes espirituales en aquellos de quienes recolectaba los bienes terrenos[3]. Y así les dirigió esta exhortación:

II. «Con gran placer, queridos hijos, contemplo vuestros presentes, que simbolizan vuestra piadosa largueza. Mi corazón siente una honda satisfacción al recibir de vuestras manos estas devotas ofrendas, cuya dispensación se me ha concedido. Con ello ponéis de manifiesto vuestra fidelidad en dar al Señor, como un sacrificio de olor suavísimo, las primicias y los diezmos de lo que os pertenece para subvenir a las necesidades de los indigentes. Por lo demás, al sustraer esta parte para ofrendarla a Dios, os hacéis dignos y obligáis al Señor para que el resto de vuestras cosechas y de vuestros haberes sean ampliamente bendecidos como premio a vuestra generosidad, y que seáis colmados, incluso en este mundo, de la abundancia de todos los bienes, según la promesa que encierra el divino mandato: «Honra a Dios de tus justos trabajos y ofrécele parte de los frutos de tu justicia, para que se llenen tus graneros de la abundancia de trigo, y rebosen de vino tus lagares»[4].

No olvidéis que dando fiel cumplimiento a este acto de religión perfeccionáis la justicia de la Ley antigua. Los que estuvieron sometidos a ella, caso de conculcada, caían inevitablemente en el pecado, y aun cumpliéndola, no podían llegar al ápice de la perfección».

DE LA OFRENDA DE LOS DIEZMOS Y DE LAS PRIMICIAS

III. En virtud del precepto del Señor, los diezmos estaban consagrados a los usos de los levitas, al paso que las oblaciones y primicias a los sacerdotes.

Por lo que atañe a las primicias, esta era la regla establecida: debía ofrecerse para el servicio del templo y de los sacerdotes la quincuagésima parte de los frutos y del ganado. Pero sucedía que los tibios disminuían esta medida a causa de su infidelidad, mientras que los fervorosos la aumentaban. De esta suerte, mientras aquellos pagaban solamente la sexagésima parte, estos ofrecían la cuadragésima de sus cosechas.

Y es que los justos, para quienes no ha sido hecha la Ley, prueban en esto que no están bajo ella, porque, no satisfechos en cumplir la justicia de la Ley, se esfuerzan por sobrepasarla. Su devoción es superior al mandato; y llevando hasta la perfección la observancia del precepto, agregan una parte voluntaria o de supererogación a lo que es de estricta justicia[5].

IV. Así, Abraham fue más allá de los preceptos que un día tenía que fijar la Ley. Después de haber vencido a cuatro reyes, vuelve a llevar el botín que había tomado de Sodoma.

Su victoria le daba sobre este botín perfecta derecho; tanto más cuanto que el rey de Sodomá en persona, cuyos eran los despojos, se le rendía ofreciéndoselo de rodillas. Pero los juzga intangibles. Y tomando por testigo el nombre de Dios, exclama: «Extiendo mi mano al Dios excelso que hizo el cielo y la tierra, si desde un hilo hasta una correa de tu sandalia tomare yo algo de lo que te pertenece»[6].

También David rebasa por su parte lo que prescribe la Ley. Moisés quería que se aplicara la ley del talión para con los enemigos[7]. David, en cambio, no lo hizo así. Antes bien, abrazó en su dilección a sus mismos perseguidores, lloró su muerte como un duelo y la vengó, rogando a Dios por ellos con gran piedad[8].

Asimismo advertimos que tanto Elías como Jeremías no estuvieron bajo la Ley. Pudiendo, en efecto, legítimamente y sin reproche usar del matrimonio, prefirieron permanecer en la virginidad. De igual modo Elíseo, y otros que siguieron las huellas de su vida, fueron más lejos de lo que exigía el mandamiento de Moisés. De ellos ha escrito el Apóstol: «Anduvieron errantes, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, necesitados, atribulados, maltratados, de los cuales no era digno el mundo, perdidos por los desiertos y por los montes, por las cavernas y las grietas de la tierra»[9].

Y ¿qué decir de los hijos de Jonadab, hijos de Recab? Al profeta Jeremías, que les ofrece vino por orden del Señor, le responden: «No bebemos vino porque Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre, nos ordenó diciendo: no beberéis vino vosotros ni vuestros hijos jamás, y no edificaréis casas, y no haréis siembras, ni plantaréis ni poseeréis viñas, sino que habitaréis en tiendas todo el tiempo de vuestra vida»[10]. Lo que les valió oír de labios del mismo profeta: «Así dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: no dejará de haber siempre en mi presencia un varón de la estirpe de Jonadab, hijo de Recab que me sirva»[11].

Todos estos no se contentaron con ofrecer el diezmo de lo que poseían. Mucho más: renunciando a sus posesiones, ofrecieron a Dios su ser, su propia alma, por la cual no puede el hombre dar nada en compensación, según testifica el Señor en el Evangelio: «¿Qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?»[12].

LOS QUE VIVEN BAJO LA LEY DE GRACIA DEL EVANGELIO DEBEN IR MÁS ALLÁ EN LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY

V. Y a nosotros, ¿qué nos incumbe hacer? Puesto que lo que se nos exige no es la mera observancia de una ley imperfecta. Todos los días resuena en nuestros oídos el acento evangélico: «Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y luego ven y sígueme»[13].

Cuando, pues, ofrecemos a Dios el diezmo de nuestros bienes, permanecemos en cierto modo bajo el yugo de la Ley. No hemos arribado aún a la sublime perfección del Evangelio, que no concede solamente a sus fieles los beneficios de la vida presente, sino que los recompensa con los premios futuros. En realidad, la Ley no promete en pago de su observancia el premio del reino de los cielos, sino las consolaciones de esta vida: «Quien observare estas cosas vivirá en ellas»[14].

En cambio, el Señor dice a sus discípulos y a sus apóstoles: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos»[15]. Y: «Todo el que dejare la casa, o a los hermanos, o a las hermanas, al padre o la madre, a la esposa o a los hijos, o los campos por mí recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna»[16]. Y no sin razón. Porque hay menos gloria en abstenerse de las cosas prohibidas que en renunciar a las lícitas y en no usarlas por reverencia a Aquel que ha permitido esta concesión a nuestra flaqueza.

Pero si aquellos que obedecen a los preceptos antiguos del Señor, ofreciendo el diezmo de sus frutos, no pueden por este medio escalar las cimas del Evangelio, se advierte sin esfuerzo la distancia que separa de ellas a los que ni siquiera van hasta allí. ¿Cómo tendrán parte en la gracia evangélica quienes se desdeñan de cumplir los preceptos mucho más accesibles de la Ley antigua?

Esta facilidad de los viejos preceptos estriba en el tono imperioso del Legislador que los promulga. Por ventura, ¿no llega incluso a amenazar con la maldición a aquellos que no la cumplirán? «Maldito —exclama— quien no permaneciere en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley esta, de modo que las cumpla»[17]. Ahora, en cambio, es tal la sublimidad y la excelencia de los mandamientos, que se nos dice simplemente: «Quien pueda comprender, comprenda»[18]. La enérgica intimación del Legislador era exponente en otro tiempo de la parvedad de contenido de esas ordenaciones: «Yo invoco —dice— hoy como testigos a los cielos y a la tierra, que si no guardareis los proyectos del Señor, vuestro Dios, pereceréis de la faz de la tierra»[19]. La magnificencia y sublimidad de los mandamientos nuevos se pone de relieve por una condicional que tiene más de exhortación que de orden: «Si quieres ser perfecto, ve»[20], haz esto o aquello. Moisés pone inclusive a los recalcitrantes una carga tal que no deja lugar a disculpa: San Pablo da un consejo, y solamente a aquellos que quieren y a quienes acucia el afán de perfección.

No era conveniente encerrar a todos dentro del ámbito de un precepto universal, ni exigir de todos, cual si se tratara de una regla única e insoslayable, lo que no está al alcance de todas las inteligencias por razón de su maravillosa sublimidad. Mejor es que se limite a una simple invitación a la gracia, a modo de consejo. Así los fuertes pueden ganar la corona de la virtud perfecta, y los débiles, a quienes no les es dado alcanzar «la medida de la edad de la plenitud de Cristo»[21] —aunque parezca que son eclipsados por el resplandor de los primeros, como por astros de mayor magnitud—, escapan a las tinieblas de las maldiciones legales, y si por una parte no están al abrigo de los males presentes, por otra no son condenados a los suplicios eternos.

Cristo, por consiguiente, no coacciona a nadie por necesidad de precepto a elevarse sobre el haz sublime de las virtudes. Lo que Él hace es provocar nuestra libre elección, excitarnos por la bondad de su consejo, inflamarnos en el deseo de la perfección. El proceso es lógico: donde hay necesidad hay dificultad; donde hay dificultad hay negligencia; donde negligencia, pecado, y en donde hay pecado, castigo o pena. Pero no hay que olvidar tampoco que los que observan el *mínimum* a que les obliga la severidad

de una ley categórica, más que ganar una recompensa, únicamente se limitan a evitar la pena que les amenazaba.

QUE LA GRACIA DEL EVANGELIO, AL PROCURAR A LOS PERFECTOS EL REINO DE LOS CIELOS, VIENE EN AUXILIO DE LOS DÉBILES

VI. De esta suerte el Evangelio sabe conducir a los fuertes hacia lo que hay de más sublime y más grande. Pero, por otra parte, no permite que los endebles sucumban bajo el peso de su miseria. A los perfectos otorga la plena bienaventuranza, en tanto que concede el perdón a los que no saben mantenerse a pulso frente a su fragilidad.

La Ley ha situado a los que obedecen a sus ordenaciones en una zona intermedia: una mediocridad equidistante de la gloria de los perfectos y de la condenación de los transgresores. Condición esta baja y miserable. Una simple analogía tomada de las cosas de este mundo nos lo hará ver claramente. Es en verdad una suerte deplorable afanarse en cuidados y trabajos con la sola mira de no ser tenido por un criminal entre las gentes honradas, ni pasar tampoco por rico, honorable y glorioso.

VII. En la actualidad depende de nosotros el vivir bajo la gracia del Evangelio o bajo el terror de la Ley. La calidad de nuestros actos nos coloca en una u otra parte. O rebasamos la Ley, y la gracia de Cristo nos recibe en su seno; o nos mantenemos en un plano inferior a ella, lo que nos obliga a mantenernos deudores y sujetos a ella. Al que quebranta los preceptos de la Ley le es imposible alcanzar la perfección evangélica. Y es una sinrazón jactarse entonces de ser cristiano y de haber devenido libre merced a la gracia del Señor.

Hay más todavía: no solo quien se niega a cumplir los requisitos de la ley ha de ser considerado siempre como sujeto a esa ley, más también al que, satisfecho de cumplir lo que se prescribe en ella, no da frutos dignos de la vocación y de la gracia de Cristo. Porque no se nos dice: «Ofrecerás al Señor tu Dios tus diezmos y primicias»[22], sino: «Anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y luego ven y sígueme»[23]. Y por si esto fuera poco, la grandeza de la perfección cristiana es tal que si el discípulo reclama el poder enterrar a su padre, no se le concede ni siquiera el corto espacio de una hora[24]: la virtud del amor divino está muy por encima del deber de la afección humana.

EXHORTACIÓN DE TEONAS A SU ESPOSA

VIII. Ante este discurso, el venerable Teonas sintió arder en sí un vivo deseo de la perfección evangélica. La semilla de la palabra había dejado una huella profunda en la tierra de su corazón, preparada ya de antemano con duros trabajos. Lo que ante todo le humillaba y le movía más a compunción era que —al decir del anciano— no solo no había alcanzado aún la perfección del Evangelio, pero ni siquiera había cumplido los mandamientos de la Ley.

Verdad es que todos los años había seguido la costumbre en uso de presentar los

diezmos de sus bienes para cumplir los deberes de la caridad. Pero no había oído jamás hablar de las primicias, y esto era para él motivo de derramar lágrimas. Por lo demás, hubiera sido fiel a esta observancia, como lo había sido a la otra. No obstante, confesaba con profunda humildad que estaba todavía muy lejos de la perfección evangélica, según le había dicho el anciano.

Vuelve, pues, a su casa penetrado de esta tristeza que causa el arrepentimiento saludable[25]. No dudando ya de sus propias intenciones, que siente bien arraigadas, dirige toda su atención y cuidados a la salud de su consorte. Procura excitar en ella el mismo deseo de que está animado, y refiere las exhortaciones recibidas del abad Juan. Día y noche insiste con lágrimas en el santo propósito de servir a Dios de común acuerdo en la continencia y la castidad. Le dice que no es conveniente diferir la conversión a una vida mejor. Que las vanas esperanzas que mecen la edad juvenil no oponían ningún dique a la posibilidad de una muerte súbita. Que de hecho se la ve llevar en pos de sí a la infancia, a la adolescencia y a la juventud, tanto como a los ancianos.

IX. A pesar de sus reiteradas instancias, su mujer permanecía inflexible, sin asentir a lo que él le decía. En la flor de la edad —decía ella—, no podía prescindir de su marido. Si él la abandonaba y caía ella en algún desorden, la responsabilidad de la culpa recaía sobre él, que había roto los lazos conyugales.

Por su parte, Teonas replicaba alegando la condición de la naturaleza humana. Por ser esta tan frágil e incierta, entrañaba un grave peligro ir por más tiempo tras los deseos y las obras de la carne. Agregaba que a nadie era lícito considerarse como proscrito frente al bien que se había reconocido como infinitamente digno de ser seguido. Por tanto, que era más peligroso menospreciar el bien conocido que amar el que se ignora. Ahora bien, el mismo se hallaba ya como envuelto en la prevaricación desde el momento en que, habiendo descubierto bienes tan grandes y celestes, prefería a ellos los terrenos y caducos. Aparte de que la grandeza de la perfección sintonizaba con todo sexo, edad y condición. Pues todos los miembros de la Iglesia estaban invitados a escalar las cimas de las más sublimes virtudes.

El Apóstol había dicho: «Corred de tal suerte que alcancéis el galardón»[26]. La dilación de los apáticos y perezosos no debía retener el acendrado ardor de los entusiastas. Por lo mismo, los de la vanguardia estaban en su perfecto derecho de arrollar a los indolentes antes de que su carrera se viera interceptada por su lasitud.

Así, pues, su determinación de renunciar al siglo y de morir al mundo estaba tomada. Su único afán era vivir para Dios. Si no podía obtener la dicha de formar parte de la sociedad de Cristo con su esposa, prefería verse salvado con un miembro menos y entrar mutilado en el reino de los cielos que ser condenado con su cuerpo íntegro[27]. Y añadía aún otras razones.

Si Moisés permite a los judíos repudiar a sus esposas a causa de la dureza de su corazón[28], ¿por qué Cristo no ha de conceder el mismo privilegio a quien desea vivir en castidad? La Ley del Señor —y el Señor tras ella— habían prescrito tener un gran respeto por las demás afecciones de familia: el amor al padre, a la madre, a los hijos. Y, sin embargo, el Señor afirma que es menester, por su nombre y el deseo de la perfección,

no renunciar a ellos simplemente, sino también odiarlos. Y a esto asociaba el amor conyugal: «Y quienquiera que dejare la casa, los hermanos, las hermanas, el padre, la madre, la esposa, los hijos, los campos por mi nombre, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna»[29].

Según esto, estaba el Señor tan poco dispuesto a sufrir cualquier contraposición a la perfección que predicaba, que deseaba vernos rechazar por su amor los mismos lazos sagrados que nos unen a nuestros padres, y que constituyen, al decir de san Pablo, el objeto del primer mandamiento, al que va vinculado una recompensa: «Honra a tu padre y a tu madre, que es el primer mandamiento en la promesa, para que te vaya bien, y seas longevo sobre la tierra»[30]. Era, pues, bastante notorio que si el Evangelio condenaba a aquel que rompe el vínculo conyugal, salvo en el caso de adulterio, prometía también el céntuplo a quien sacude el yugo de la carne por el amor de Cristo y el deseo de la castidad.

«Finalmente —dijo—, si tú aceptas mis razones y sabes plegarte a ese ideal tan caro a mi corazón de consagrarnos los dos al servicio de Dios, con miras a escapar al castigo de la gehena, no renuncio por mi parte al amor conyugal; al contrario, pondré en él más afección que nunca, porque entonces reconoceré en ti y veneraré una ayuda que me han deparado los inescrutables juicios de Dios, y no rehusaré permanecer adherido a ti en Cristo por un indisoluble lazo de caridad. No, no concibo que se desvincule de mí el ser con quien me ha unido Dios por la ley de la primera creación, aunque tú sigas siendo la misma que el Creador ha querido».

Mas si en lugar de una ayuda pretendes ser mi seducción, si prefieres dar pábulo al adversario más que a mí, si crees que el misterio conyugal no tiene otra finalidad que la de permitirte —rehusando a la salvación que te aconsejo— poner trabas a mi decisión de retirarme en seguimiento del Salvador, sepas que abrazaré virilmente el sentimiento expresado por el abad Juan, o mejor, salido de los mismos labios de Cristo. Quiero decir que ninguna afección carnal será parte para apartarme del bien espiritual. Porque «quien no odia a su padre, a su madre, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas, a su mujer, sus campos, e incluso su alma, no puede ser mi discípulo»[31]. No obstante, todas estas razones y argumentos no lograron hacer desistir aquella voluntad de mujer, y permaneció en la misma obstinada pertinacia.

El venerable Teonas le dijo entonces: si no me es posible arrancarte de mí por la muerte, tampoco tú puedes separarme de Cristo. Es más seguro divorciarse de una criatura que del Creador.

Y movido por la gracia divina, vio que era un deber ineludible llevar a cabo su resolución. No dejando se entibiara el ardor de sus deseos, se despojó en seguida de sus bienes y corrió hacia el monasterio[32]. Muy pronto su santidad y su humildad profunda dejaron en torno una estela de veneración. Así, cuando el abad Juan, de santa memoria, dejó este mundo, y tras el óbito del santo abad Elías, no menos notable por su virtud, Teonas, el tercero, fue nombrado por el consentimiento unánime de la comunidad para sucederle en el oficio de diácono y administrador de las limosnas.

EXPLICACIÓN QUE DA CASIANO PARA NO PARECER QUE SE ACONSEJA CON ESTO A LOS ESPOSOS ROMPER EL VÍNCULO MATRIMONIAL

x. Si he referido este hecho singular, no vaya a creer el lector que ha sido con el designio de preconizar la separación de los esposos. Lejos de mí condenar las nupcias. Al contrario, hago más las palabras de san Pablo: «Honorable es el matrimonio e inmaculado el tálamo nupcial»[33]. No he hecho más que narrar fielmente al lector el principio de la conversión que dio al Señor un tan gran varón. A cambio de ello, y en testimonio de su benevolencia, le ruego, ante todo, tanto si aprueba como si censura ese rasgo de generosidad, que tenga a bien situarme al margen de la cuestión en sí misma, y reserve su alabanza o su vituperio al héroe en persona.

Por lo que a mí toca, confieso ingenuamente que no ha sido mi deseo verter una opinión personal en este punto. Me he circunscrito sencillamente al papel de narrador. No pretendo reivindicar parte alguna de los elogios que podrán tributársele, pero tampoco me resigno a que se me haga blanco de las censuras por parte de los que van a desaprobador una conducta semejante.

Que cada cual, pues, juzgue de ello lo que le plazca. Solo debo advertirle que sea circunspecto en sus juicios. Que no se crea más justo y más santo que el mismo Dios, que otorgó a leonas el poder de obrar los milagros de los apóstoles. Paso en silencio también la opinión de muchos Padres, quienes, lejos de censurar ese gesto de heroicidad, lo elogiaron de forma tan patente.

Es necesario recordar aquí que los ancianos siempre han escogido a los hombres más eminentes y virtuosos para adornarlos con la dignidad del diaconado. Y no deja de ser imprudente pensar que tantos hombres espirituales hayan podido errar en el juicio que les han merecido bajo la inspiración de Dios. Aparte de que los prodigios tan maravillosos a que he aludido antes de ahora han refrendado tal parecer.

DEL AYUNO INTERRUMPIDO EN EGIPTO DURANTE PENTECOSTÉS Y DE LA POSTRACIÓN EN LA PLEGARIA

xI. Es hora ya de abordar el tema de la conferencia prometida.

Sucedió que el abad Teonas nos visitó en nuestra celda durante los días de Pentecostés. Concluida la oración del atardecer nos sentamos unos momentos en el suelo y le rogamos con instancia nos dijera a qué era debido que durante todo este período litúrgico[34] se evitaba con tanto esmero entre ellos doblar las rodillas para la oración y prolongar el ayuno hasta la hora de nona. Nos acuciaba la curiosidad de saber la razón de esta observancia, pues a la verdad no habíamos advertido que se observara esta costumbre con tanto escrúpulo en nuestros monasterios de Siria.

xII. A seguida Teonas comenzó diciendo: Conviene que nos adhiramos a la autoridad de los Padres. Es menester, sobre todo si la razón de ello escapa a nuestro alcance, condescender con los usos de los que nos precedieron. Mas cuando vemos que se ha

perpetuado hasta nuestros días a través de tantos años, nos es necesario permanecer también fieles a esa trayectoria, tal como nos ha sido transmitida desde la antigüedad.

No obstante, pues deseáis conocer el motivo y fundamento de estas observancias, vamos a dar una breve ojeada a lo que nuestros ancianos nos han enseñado sobre ello. Mas antes de aducir el testimonio de las Escrituras, diremos, si os parece, algo sobre la naturaleza y esencia del ayuno en sí mismo. La autoridad del texto sagrado será luego la mejor confirmación de lo dicho.

La divina Sabiduría nos muestra por el Eclesiastés que hay tiempo para todo: para las cosas favorables, como para las que juzgamos contrarias y desfavorables: «Todo tiene su tiempo y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su hora. Hay tiempo de nacer y tiempo de morir; tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; tiempo de herir y tiempo de curar; tiempo de destruir y tiempo de edificar; tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de lamentarse y tiempo de danzar; tiempo de esparcir las piedras y tiempo de amontonarlas; tiempo de abrazarse y tiempo de separarse; tiempo de ganar y tiempo de perder; tiempo de guardar y tiempo de tirar; tiempo de rasgar y tiempo de coser; tiempo de callar y tiempo de hablar; tiempo de amar y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz»[35]. Y más abajo: «Porque hay un tiempo destinado para todo y para toda obra»[36].

Como se ve, nada de todo esto está dotado de una bondad inadmisible, sino solamente en cuanto se hace a propósito y a su debido tiempo. Porque si es cierto que una misma cosa hecha oportunamente tiene buen éxito, no lo es menos que será inútil y hasta perjudicial si se hace a destiempo.

Solo una excepción existe para aquello que de suyo es esencialmente bueno o malo, y no puede virar en sentido contrario, como, por ejemplo, la justicia, la prudencia, la fortaleza, la templanza y otras virtudes. Igualmente, con signo inverso, los vicios. Son estas cosas que por naturaleza no pueden ser contrarias a sí mismas y permanecen, en consecuencia, incompatibles a todo cambio. Mas aquellas que se mudan en uno u otro sentido, y son buenas o malas según las disposiciones del que obra, no pueden reputarse absolutamente y por esencia útiles o nocivas, sino solo en virtud de la intención de sus autores y por la oportunidad con que se realizan.

DE LA NATURALEZA DEL AYUNO

XIII. Toda la cuestión gira en torno a este interrogante: ¿Cuál es la naturaleza del ayuno? ¿Debemos considerarlo como un bien total a la manera de la justicia, la prudencia, la fortaleza y la templanza, que no pueden cambiar en sentido contrario? ¿O se trata de algo en sí indiferente, que unas veces es útil practicarlo y otras puede omitirse sin hacerse uno acreedor a censura; que ora sea reprehensible someterse a él, ora digno de elogio haberlo omitido?

Si lo incluimos en el número de las virtudes y encuadramos la abstinencia de los alimentos entre los bienes espirituales, no es dudoso que será malo y criminal aumentarse. Puesto que todo lo que es contrario a un bien esencial debe reputarse en

rigor de lógica un mal esencial Pero la autoridad de la Escritura no nos permite razonar así.

Efectivamente, si ayunamos con la idea de que es preciso usar de los alimentos, no solo no obtenemos ningún fruto de nuestra abstinencia, antes bien, incurrimos, como dice el Apóstol, en un gravísimo pecado y en el crimen del sacrilegio «al abstenernos de los alimentos que Dios ha creado para ser tomados con acciones de gracias por los fieles y por aquellos que conocieron la verdad; porque toda criatura de Dios es buena, y nada hay reprochable si se recibe con hacimiento de gracias»[37]. Pero «si alguien juzga que algo es inmundo, es inmundo para él»[38].

Y así no leemos en parte alguna que alguien haya sido condenado por haber tomado alimento[39], a menos de haber concurrido una circunstancia que en el instante de tomarlo o inmediatamente después lo haya hecho censurable.

XIV. Lo dicho hasta aquí manifiesta bien a las claras que el ayuno es algo indiferente. Justifica si se observa, pero no condena si se quebranta. Salvo, claro es, que merezca un mayor castigo la transgresión de un precepto que el uso de los alimentos.

Cuando se trata de alguna cosa que es esencialmente buena, no hay instante de nuestra existencia que pueda estar privado de ella. Y es que desatenderla equivaldría a precipitarse en el pecado. Y a la inversa: no hay que contemporizar ni un instante en lo que es malo por esencia. Lo que siempre es nocivo no dejará nunca de dañar, si se le hacen concesiones, ni llegará nunca a mudarse en nada laudable.

En consecuencia, cuando se trata de prácticas a las cuales van vinculadas cualidades y tiempos determinados, y cuya observancia santifica sin que por ello sea falta el omitirlas, es señal inequívoca de que se trata de cosas indiferentes en sí mismas. Así, por ejemplo, el matrimonio, la agricultura, las riquezas, el retiro en el desierto, las vigiliass, la lectura y la meditación de los libros sagrados, y los mismos ayunos, que es lo que ha dado ocasión a esta conferencia. Todas estas cosas, ni los preceptos divinos ni la autoridad de las Escrituras nos ordenan practicar con una continuidad tal que sea un crimen prescindir de ellas por algún tiempo.

Todo lo que es objeto de un mandamiento propiamente dicho nos acarreará la muerte si no lo observamos. Pero lo que es más bien aconsejado que ordenado, lleva consigo una serie de ventajas, en el caso de ponerlo en práctica, si bien no incidimos en el castigo si dejamos de hacerlo. Por eso nuestros mayores nos aconsejaron que no nos entregáramos a estos ejercicios, por lo menos a algunos, sino con prudencia y discreción, teniendo a la vista el porqué y las circunstancias de lugar, de modo y de tiempo. Y a la verdad, si se cumplen con criterio y oportunidad, son convenientes y aptas: pero si las abrazamos a destiempo o intempestivamente, son nocivas e improcedentes. Veamos un ejemplo.

Supongamos que un hermano viene; a visitarnos. Es a Cristo a quien debemos dar hospitalidad en su persona y recibirle con las mejores muestras de caridad. Pero a pesar de ello, observamos con escrupulosidad el ayuno. ¿No es incurrir en una falta de inhumanidad: el obrar así más bien que granjearnos la alabanza y el mérito de la virtud?

Imaginemos asimismo que un hermano se halla extenuado por la debilidad. Necesita

tomar alimento con que poder reparar sus fuerzas. Y, sin embargo, no consiente quebrantar el rigor de la abstinencia. ¿No es un crimen semejante postura, pues constituye una especie de homicidio más bien que un cuidado de su salud?

Supongamos también que alguien ha sido invitado a una fiesta. Esta induce naturalmente a usar de una tregua en el ayuno, de modo que concediéndonos un uso razonable del alimento nos permita una refección por lo demás necesaria. Pero ese tal, a pesar de eso, persiste en la observancia rígida e ininterrumpida de sus ayunos. Por supuesto que habrá de considerársele de necio e irrazonable, no de religioso.

Tal modo de proceder es particularmente funesto para los que buscan en el ayuno la gloria de los hombres, los que ansían granjearse una reputación de santidad por la vana ostentación de un aspecto extenuado y macilento. Según sentencia el Evangelio, han recibido ya aquí abajo su recompensa[40], como también por labios del profeta vitupera el Señor ese ayuno. Empieza por hacerse a sí mismo una objeción, como hablando en nombre de ellos: «¿A qué ayunar, si tú no lo ves? ¿A qué humillar nuestras almas, si tú no te das por entendido?»[41].

Y en seguida da las razones por las cuales no merecen ser atendidos: «He aquí que era el día de ayuno os vais tras vuestras voluntades y oprimís a todos vuestros servidores. Ayunáis para mejor reñir y disputar, para herir inicualemente con el puño. No ayunéis como lo hacéis ahora, si queréis que en lo alto se oiga vuestra voz. El ayuno que me agrada es el día en que se humilla el hombre. Encorvar la cabeza como un junco y acostarse con saco y en ceniza, ¿a eso llamáis ayuno y día agradable al Señor?»[42].

Luego enseña al que ayuna el modo de hacer aceptar su abstinencia, y declara con evidencia que el solo ayuno no es útil para nada, si no va acompañado de ciertas condiciones consecutivas: «¿Sabéis qué ayuno quiero yo? Romper las ataduras de iniquidad, deshacer los haces opresores, dejar ir libres a los oprimidos y quebrantar todo yugo; partir su pan con el hambriento, albergar al pobre sin abrigo, vestir al desnudo y no volver tu rostro ante tu hermano. Entonces brillará tu luz como la aurora, y se dejará ver pronto tu salud, e irá delante de ti la justicia y detrás de ti la gloria del Señor. Entonces llamarás, y el Señor te oirá; le invocarás, y Él dirá: Heme aquí»[43].

En definitiva, pues, ya os dais cuenta de que Dios no juzga el ayuno como un bien esencial. Y ello porque no le es acepto por sí mismo, sino en virtud de otras buenas obras. Y, al contrario, las circunstancias concomitantes pueden tornarlo malo, y, lo que es más, llegar a ser odioso. Por eso dice: «Cuando ayunaren, no escucharé sus ruegos»[44].

QUE EL BIEN POR ESENCIA NO DEBE SUBORDINARSE A UN BIEN INFERIOR

xv. Es incuestionable que la misericordia, la paciencia, la caridad, así como las demás virtudes mencionadas anteriormente, que contienen el bien por esencia, no deben subordinarse al ayuno, sino el ayuno a ellas. Hay que esforzarse por adquirir estas virtudes, que son verdaderamente buenas, por medio del ayuno. En cambio, no hay que hacer del ayuno el término por el cual se practican estas virtudes

Por eso es útil la aflicción de la carne, y nada mejor que adoptar el tratamiento espiritual de la inedia. La razón es clara. Porque, merced a ella, se puede llegar a la caridad, que es en donde radica sin solución de tiempo el bien inmutable y perpetuo.

Consideremos lo que acontece en la medicina, en orfebrería y en las demás artes que se ejercen en el mundo. No se practican con miras a los instrumentos necesarios a sus trabajos. Son los instrumentos los que están ordenados a la práctica del arte que se ejercita. Siendo útiles para los peritos, resultan superfinos para los que desconocen la ciencia de ese arte. Provechosos en gran manera para los que saben usar de ellos en la realización de sus obras, de nada sirven para quien, no conociendo el fin para que están destinados, se contentan simplemente con tenerlos. A los ojos de este, toda su utilidad estriba en poseer esos instrumentos, no en manejarlos para llevar a cabo un trabajo.

En suma: el bien esencial es aquel al que se ordenan las cosas indiferentes como a su fin. Y este primer bien no se busca por otro motivo que no sea por su propia bondad.

XVI. El bien esencial se distingue de los otros bienes que hasta aquí hemos calificado de cosas indiferentes. Expongamos por qué motivos.

El bien esencial es bueno por sí mismo, no por razón de otra cosa. Es necesario por sí, y no por un fin diferente de él. Es siempre e inmutablemente bueno, de modo que lo que es subsiste perpetuamente, sin la posibilidad de pasar a lo que le es contrario. Si sufre algún eclipse o mutilación por nuestra parte, la consecuencia inmediata es la ruina. Su contrario es el mal esencial, e igualmente no puede tampoco cambiar de naturaleza.

Todas estas notas que concurren en el bien esencial en modo alguno convienen al ayuno. Este no es de suyo bueno ni por sí mismo necesario. Su práctica es saludable solo en cuanto se propone adquirir la pureza de cuerpo y corazón, y reconciliar el alma purificada con su autor, neutralizando los bríos de la carne. Ni es tampoco siempre e inmutablemente bueno. Pues con frecuencia se da el caso de tener que interrumpirlo, sin que por ello se siga perjuicio alguno. Más bien se vuelve contra el alma, cuando nos damos a él indiscretamente.

Su opuesto, es decir, el placer que se experimenta naturalmente al comer, no es tampoco un mal esencial. Porque si no va acompañado por la intemperancia, la lujuria o algún otro vicio, no puede decirse que sea malo. Pues no es lo que entra en la boca lo que mancilla al hombre, sino lo que procede de la boca, esto es lo que mancilla al hombre[45]. Por donde, cuando ejecutamos un bien esencial en orden a otra cosa, es como si lo tergiversáramos o no cumpliéramos con él perfectamente o sin pecado. Todo, en última instancia, tiene que referirse a él y debe ser buscado exclusivamente por sí mismo.

UTILIDAD DEL AYUNO

XVII. No olvidemos nunca estas nociones sobre la naturaleza del ayuno. Es indudable que podremos practicarlo con todas las veras del alma, en la seguridad de que será para nosotros un bien, habida cuenta del tiempo, la calidad y la medida; sin hacerle el término

de nuestra esperanza, sino con la intención de llegar por su medio a la pureza del corazón y a la caridad apostólica.

El hecho de que se hayan fijado al ayuno tiempos especiales y se haya reglamentado su calidad y medida, prueba bien a las claras que no es un bien por esencia, sino que no pasa de ser un simple medio. Por lo demás, lo que la, autoridad de un precepto ordena como bueno o prohíbe como malo, no está sometido de tal suerte a las salvedades de tiempo, que de vez en cuando deba hacerse lo que está vedado u omitirse lo que está prescrito.

La justicia, la paciencia, la sobriedad, la pureza, la caridad no tienen una medida determinada. Ni tampoco se ha permitido nunca exención o libertad a la injusticia, a la ira, a la impureza, a la envidia y a la soberbia.

XVIII. Tras estos preliminares acerca de la naturaleza del ayuno, me parece a propósito invocar ahora la autoridad de las Escrituras. Así quedará más de manifiesto que el ayuno perpetuo ni es obligatorio ni posible.

Leemos en el Evangelio que los fariseos, de consuno con los discípulos de Juan el Bautista, ayunaban. Los apóstoles, en cambio, ero calidad de amigos e invitados del celeste esposo, no guardaban esta observancia. Y es que los discípulos de Juan juzgaban que la suma de la justicia estaba en su ayuno. De hecho, ellos seguían las huellas de aquel extraordinario predicador de penitencia, modelo para todos los pueblos por el ejemplo de su vida, que rehusaba no solo los variados manjares de las gentes, pero ni siquiera conocía el pan, que constituye el alimento común de todos. Por eso se lamentan ante el Señor, diciendo: «¿Por qué nosotros y los fariseos, ayunamos con frecuencia y tus discípulos no ayunan?»[46]. Mas la respuesta del Salvador muestra claramente que el ayuno no es siempre necesario ni conveniente, como cuando el carácter festivo del tiempo o también cuando inesperadamente una razón de caridad aconsejan quebrantarlo. «¿Por ventura —dice el Maestro— pueden los hijos del esposo llorar mientras con ellos está el esposo? Vendrán días cuando se les arrebatará el esposo, y entonces ayunarán»[47]. Estas palabras, es cierto, fueron: pronunciadas antes de la resurrección de su cuerpo. Pero evocan el pensamiento de Pentecostés, pues fue entonces, durante los cuarenta días que siguieron a la resurrección, cuando el Señor comía con sus discípulos, y la alegría de su presencia cotidiana no les permitía ayunar.

POR QUÉ SE QUEBRANTA EL AYUNO DURANTE TODOS LOS DÍAS DE PENTECOSTÉS

XIX. GERMÁN. ¿Por qué durante el tiempo de Pentecostés suavizamos el rigor de la abstinencia, cuando el Señor solo ha permanecido cuarenta días con sus discípulos después de la resurrección?

XX. TEONAS. No me parece inoportuna vuestra pregunta, y merece la pena penetrar totalmente la verdad.

Después de la Asunción del Señor, que tuvo lugar a los cuarenta días de la resurrección, los apóstoles volvieron del monte de los Olivos, donde se les había

concedido la grada de verle subir a su Padre, según atestigua el libro de los Hechos. Regresaron después a Jerusalén y esperaron diez la venida del Espíritu Santo. Después de los cuales, esto es, el día quincuagésimo, le recibieron en medio de gran gozo[48]. De este modo se completó el número consagrado por esta festividad.

Por otra parte, la vemos ya figurada en el Antiguo Testamento. Transcurridas siete semanas, los sacerdotes debían ofrecer al Señor el pan de las primicias[49]. Mas el verdadero pan fue realmente ofrecido al Señor por la predicación que los apóstoles hicieron a la muchedumbre en ese día. Era el pan de la nueva doctrina, que alimentó y sació a cinco mil hombres y consagró al Señor el pueblo de los cristianos, como primicias tomadas de entre los judíos[50]. He ahí la razón por la cual estos diez días deben unirse a los cuarenta primeros, y celebrarse con una misma solemnidad y alegría.

La tradición de esta festividad nos ha sido transmitida por los cristianos de la edad apostólica. Es para nosotros un deber permanecer fieles a ella sin introducir cambio alguno. En estos días no doblamos tampoco las rodillas en la oración, porque esta postura simboliza la penitencia y el dolor. Se advierte inmediatamente que les damos la misma solemnidad que a los domingos. Nuestros Padres nos enseñaron que en ellos no conviene ayunar ni arrodillarnos en honor de la resurrección del Señor.

XXI. GERMÁN. ¿No se sentirá halagada la carne ante las delicias extraordinarias de una fiesta tan prolongada? Y ¿no sucederá que la raíz de los vicios, aunque parezca extirpada, germine nuevas espinas? El espíritu, grávido por unos manjares tan buenos como insólitos, ¿no cederá frente a su esclavo el cuerpo? Y, sobre todo, entre nosotros, ¿no es fácil que la lozanía de la juventud incite a nuestros miembros a la rebelión, caso de tomar con mayor abundancia los manjares habituales, o nos permitimos otros extraordinarios?

DE UNA JUSTA MEDIDA EN LA ABSTINENCIA

XXII. TEONAS. Debemos sopesar todos nuestros actos en el fiel de la balanza que es nuestra razón. Y por lo que se refiere a la pureza del alma, atengámonos siempre al dictamen de nuestra conciencia, no al juicio ajeno. Si así lo hacemos, esta tregua en el ayuno no resultará seguramente perjudicial a una justa austeridad.

Pero repitámoslo una vez más. Es menester que el alma, considerando las cosas de un modo objetivo e imparcial, guarde la misma medida para la indulgencia como para la abstinencia. Que mantenga ambas cosas en justo equilibrio, de suerte que esté pronta a corregir cualquier exceso en uno y otro caso. Procede distinguir, a la luz de la verdadera discreción, si el peso de las delicias agrava lo espiritual o si el excesivo rigor de nuestro ayuno deprime lo corporal. De modo que debemos apoyarnos sobre el platillo que parece elevarse en forma desmedida y dar impulso al que baja en demasía.

Porque nuestro Señor no quiere que hagamos nada por su culto y su honor sin que esté orientado por la moderación, porque «el honor del rey ama la justicia»[51]. También el sapientísimo Salomón nos advierte que no debemos decantarnos ni a una ni a otra parte por defecto de circunspección: «Honra a tu Dios —dice— con tus juntos trabajos, y

ofrécele de los frutos de tu justicia»[52]. Y es que en nuestra conciencia habita un juez incorruptible y fiel que, incluso cuando todos yerran a propósito de nuestra pureza, no se engaña él jamás.

Cúmplenos, pues, guardar nuestro corazón atento siempre y equilibrado en toda prudencia y sagacidad. Porque, ¿cabe mayor desdicha que, incidiendo en el error por falta de discreción, nos dejemos arrastrar por el deseo de una abstinencia inconsiderada o seducir por el amor de una excesiva blandura? Esto equivaldría a someter a examen sobre una balanza falsa toda la riqueza latente y sustantiva de nuestras fuerzas morales. Antes bien, poniendo sobre un platillo de ella la pureza del alma y sobre el otro nuestro vigor corporal, debemos pesarlo todo según el juicio de la conciencia, de modo que no nos sintamos arrastrados ni a una ni a otra parte por alguna afección preponderante y perversa.

Si inclinamos la balanza hacia una austeridad sin medida o hacia un, relajamiento excesivo, se nos dirá con razón: «¿No es verdad que si ofrecieras rectamente, mas no usares de la misma rectitud en el reparto, residiría el pecado en ti?»[53]. Los sacrificios a que obligamos a nuestro estómago por la violencia que le hacemos creemos ofrecerlos rectamente a Dios. Pero Aquel que «ama la misericordia y la justicia»[54] los execra, diciendo: «Yo soy el Señor que ama el juicio y odia la rapiña que se comete en el holocausto»[55].

También aquellos que orientan lo mejor de sus ofrendas, quiero decir de su servicio y de sus actos, a satisfacer su carne y a subvenir a sus propias necesidades, no reservando al Señor más que la parte insignificante que les sobra, les condena asimismo la palabra inspirada como obreros infieles, diciendo: «Maldito el que realiza la obra de Dios fraudulentamente»[56]. No sin razón increpa el Señor al que se deja soliviantar por un juicio sin equidad. Así exclama: «Pero vanos son los hijos de los hombres, mentirosos son en sus balanzas, pues no quieren sino engañar»[57]. Y por eso san Pablo nos amonesta también que nos mantengamos en esa ecuanimidad que da la moderación, para no torcer a derecha o a izquierda, víctimas de una exageración llena de espejismos. Habla de «un culto racional»[58]. Y lo mismo pone en entredicho el Legislador al ordenar: «Tened balanzas justas, pesos justos, un medio justo y un sextario justo»[59]. Salomón, por fin, nos ofrece sobre el particular una sentencia muy semejante: «El peso falso, grande o pequeño, y la falsa medida son abominables al Señor; el que se entrega a semejantes prácticas quedará prendido en su propia astucia»[60].

Pero es el caso que hasta ahora hemos hablado únicamente del modo de evitar los pesos falsos y las medidas falaces en lo que atañe a nuestra conciencia y al juicio de nuestro corazón. Y hay que tener en cuenta otro aspecto:

Es preciso que cuando soltamos la brida con nimia indulgencia para suavizar las exigencias de la austeridad regular, no se nos ocurra abrumar a aquellos a quienes predicamos la divina palabra con preceptos y cargas más pesados de lo que podemos nosotros soportar. Obrando así, ¿qué otra cosa hacemos sino pesar y medir con doble peso y medida la mercancía de los preceptos del Señor?

Porque si dosificamos para nosotros los preceptos de una manera distinta, que para nuestros hermanos. Dios nos echará en rostro esa injusticia por la cual usamos balanzas fraudulentas y pesas falsas, a tenor de aquella sentencia de Salomón: «Es una abominación ante el Señor el peso falso, y no está bien en su presencia la falsa balanza»[61].

Es también resbalar sobre el pecado del peso falaz y de la doble medida exhibir ante nuestros hermanos, por el solo deseo de gloria humana, las prácticas más austeras a las que nos entregamos habitualmente en nuestras celdas. No hay duda de que es querer aparecer más mortificados y más perfectos a los ojos de los hombres de lo que lo somos a los ojos de Dios. Y claro es que no hay vicio que convenga más evitar, por no decir abominar de él.

Pero entretanto nos hemos ido apartando de la cuestión propuesta. Preciso es volver a ella.

DEL TIEMPO Y DE LA TASA DE LA COMIDA

XXIII. Por tanto, debemos observar la solemnidad de Pentecostés de suerte que las atenuaciones permitidas durante este período litúrgico sean de provecho al bien del cuerpo y del alma y no les sean nocivas. No existe fiesta alguna cuya alegría sea capaz de amortiguar los aguijones de la carne. La carne es para nosotros un adversario feroz que no sabe reprimirse ante la reverencia debida a los días más santos.

No obstante, cabe en lo posible que sepamos guardar en las fiestas la solemnidad fijada por la costumbre, sin sobrepasar la medida de una saludable parsimonia. Para esto basta con no permitir a la indulgencia franquear los límites siguientes: el alimento que tomamos a la hora de nona lo tomaremos, debido al carácter festivo que reviste el tiempo, un poco más temprano, pongo por caso a la hora de sexta. Pero observaremos la medida y la calidad de costumbre, no sea que la pureza del cuerpo y la integridad del alma que hemos adquirido por la abstinencia de la Cuaresma se vean malogradas por las mitigaciones de Pentecostés. En cuyo caso no nos serviría de nada haber obtenido por el ayuno lo que una saciedad indiscreta podría arrebatarnos. Precauciones estas tanto más necesarias cuanto que el enemigo tiene una habilidad suma para lesionar nuestra pureza, siempre que en medio de la celebración de una solemnidad nos encuentra menos sobre aviso.

Es necesario, pues, estar en guardia para que el vigor de nuestra alma no quede menoscabado por lisonjeros deleites al amparo del ambiente festivo propio de una fiesta. Y ello, repito, para no perder en el descanso y seguridad de Pentecostés la pureza de la castidad adquirida por el continuo trabajo de la Cuaresma. Por tanto, nada de aditamentos que se salgan de lo ordinario ni en la calidad ni en la cantidad. Los manjares de que nos privamos para conservar la pureza en los días ordinarios debemos proscribirllos también en los días de mayor solemnidad. Esta conducta se impone para que la alegría de la fiesta no fomente en nosotros los incentivos de la carne y se mude en duelo, ni sea motivo de que se desvanezca la fiesta más excelente del espíritu que

consiste en la alegría triunfante de la perfecta inocencia. Después del goce carnal, siempre pasajero y vano, nos veríamos obligados a lamentar la pérdida de nuestra pureza de corazón en las largas aflicciones de la penitencia.

Hemos de procurar a toda costa que no se nos dirija en vano la invitación del profeta: «Celebra, oh Judá, tus fiestas y ofrece a Dios tus votos»[62]. Si las solemnidades que matizan el curso ordinario del tiempo no interrumpen la continuidad de nuestra abstinencia, gozaremos de fiestas espirituales sin interrupción, y así, cesando de toda obra servil, «iremos de novilunio en novilunio y de sábado en sábado»[63].

SOBRE LA DIVERSA OBSERVANCIA DE LA CUARESMA

XXIV. GERMÁN. ¿Por qué la Cuaresma no comprende más que seis semanas, que no contienen —por exceptuarse los domingos— sino treinta y seis días? Es cierto que en algunas regiones, por ser quizá más alto el nivel religioso, han agregado una séptima semana; pero como restan el sábado y el domingo, tampoco se alcanza la cifra de cuarenta, sino solo la de treinta y seis[64].

xxv. Teonas. He ahí un problema cuya solución rehúye la piadosa simplicidad de algunos. Sin embargo, como el deseo que os anima de penetrar a fondo nuestra observancia y su mística significación os hace ahondar con escrúpulo incluso aquellos temas que otros juzgan anodinos, voy a proponeros una razón por la cual veréis de forma palmaria cómo nuestros ancianos no nos transmitieron nada arbitrario.

En la ley mosaica existía el siguiente precepto general, promulgado para todo el pueblo: «Ofrecerás al Señor tu Dios tus diezmos y tus primicias»[65]. Si se nos manda ofrecer el diezmo de nuestros bienes y de nuestras cosechas, cuánto más necesario será que ofrezcamos también el diezmo de nuestra vida, de nuestra actividad humana, de nuestras obras. Lo cual cumplimos perfectamente por medio de la Cuaresma.

El diezmo de los días que el año encierra en su curso completo es de treinta y seis y medio. Ahora bien, si de siete semanas suprimís los domingos y los sábados, quedan treinta y cinco días consagrados al ayuno. Añadid a ellos la gran vigilia del sábado en que prolongamos el ayuno hasta el canto del gallo, hasta las primeras horas del domingo de resurrección, con lo que tendréis no solo treinta y seis días, mas también —contando el tiempo de la noche para el diezmo de los cinco días restantes— un total al que no falta nada.

CÓMO DEBEMOS OFRECER NUESTRAS PRIMICIAS AL SEÑOR

XXVI. ¿Y qué diré acerca de las primicias? ¿No es notorio que todos los fieles siervos de Cristo las ofrecen todos los días? Porque apenas despertar, antes de enfrentarse de nuevo con el trasiego de la vida, antes de concebir en su corazón cualquier impresión, antes incluso de acordarse del cuidado de sus intereses familiares, consagran al Señor en sacrificio el nacimiento y principio de sus pensamientos. ¿Y qué es esto sino pagar

verdaderamente las primicias de sus vicios al sumo pontífice Jesucristo por el uso que se les da de la vida y por esta imagen de la resurrección cotidiana?

De igual modo ofrecen a Dios, al abandonar el sueño, la hostia de su alabanza. El primer acento de su boca se endereza a Él para invocarle, para celebrar su nombre. Ya desde un principio, despegando sus labios para cantarle himnos, ofrecen a Dios el servicio de su canto. Parejamente, le presentan la primera ofrenda de sus manos y de sus pies, cuando, al levantarse de su lecho, permanecen de pie en la oración. Y así, sus miembros, lejos de cumplir su cometido con miras a sus propios intereses, no quieren sustraer nada para sí. Sus pasos avanzan solo teniendo por norte el honor de Dios, o se detienen únicamente para alabarle. De esta suerte satisfacen con las primicias de sus movimientos, teniendo sus manos extendidas, sus rodillas hincadas y todo su cuerpo prosternado.

Solo de este modo podremos cumplir lo que se canta en el salmo: «Muy de mañana vengo yo a implorar tu auxilio; se anticipan a las vigilias mis ojos para meditar tus palabras»[66]. Y: «Mis plegarias van a ti desde la mañana»[67]. Esto es: si, llamados a la luz del día, concluido el descanso, cual si emergiéramos de las tinieblas de la muerte, no detraemos para nuestras necesidades nada de los deberes que incumben a nuestro cuerpo y a nuestra alma.

Porque no es otro aquel a quien el profeta ha prevenido desde la mañana y debemos nosotros prevenir que a nosotros mismos, es decir, nuestras preocupaciones, nuestros pensamientos y nuestros cuidados terrenos, de los cuales no podemos inhibirnos. Mas también ha significado con ello al enemigo y las sugerencias sutiles que pretende insinuar en nosotros con fantasmas de sueños vanos, mientras estamos sumidos en profundo sueño. Y ello para que luego, al despertar, nos veamos ocupados en tales quimeras. Así es como va desflorando él nuestras óptimas primicias y nos las arrebatando para sí.

Por lo cual, si queremos cumplir eficazmente el contenido del mencionado versículo, debemos armarnos de prudencia, de cuidado y atenta vigilancia para ponernos al abrigo en el primer despertar de nuestros pensamientos de la mañana, no sea que la envidia del adversario, pronto a apoderarse de ellos, los mancille y haga que nuestras primicias sean rechazadas por el Señor como ofrendas viles y ajadas. Si no nos anticipamos a sus ataques con hábil estrategia, lejos de deponer sus intrigas, diariamente se anticipará él a nosotros con sus ardides.

Si, pues, deseamos ofrecer a Dios los primeros frutos de nuestro espíritu como hostias aceptas y siempre agradables a sus ojos, no debemos contentarnos con una solicitud mediocre en la guarda de nuestros sentidos, que deben ser, máxime en las primeras horas de la mañana, sagrados holocaustos del Señor, y por lo mismo inviolados e intactos.

Muchos, inclusive de entre los seglares, cultivan esta especie de devoción. Se levantan antes del día o al rayar el alba, pero no se envuelven en seguida en los cuidados familiares y demás menesteres de este mundo. Van antes al templo para consagrar en la divina presencia las primicias de sus acciones y trabajos.

POR QUÉ LA OBSERVANCIA DE LA CUARESMA DIFIERE POR EL NÚMERO DE DÍAS

XXVII. Por lo que se refiere a lo que habéis dicho antes, sobre las diferentes maneras de celebrar la Cuaresma, de siete semanas o de seis, que se observa en diversas provincias, hay que advertir que aun bajo esta aparente disparidad el ayuno es el mismo en el fondo y en la forma. Los que fijaran la observancia de seis semanas partieron del criterio de que hay que ayunar el sábado. Con lo que se cumple el ayuno seis días a la semana. Y este número reiterado seis veces arroja el total de treinta y seis. Así como he dicho ya, el ayuno es igual e idéntico en unos y otros, si bien difiere en la cifra de semanas.

XXVIII. Tal es, por consiguiente, la razón profunda de nuestra observancia, que la incuria de los hombres borró de su memoria. Y el tiempo en que ofrecemos a Dios el diezmo del año durante treinta y seis días y medio de ayuno fue llamado cuaresma o cuarentena.

Tal vez pareció un deber adoptar este vocablo porque Moisés, Elías y el Señor habían ayunado cuarenta días. Además, los cuarenta años que Israel pasó en el desierto y las cuarenta místicas estaciones que jalonaron la travesía sintonizan también con este número misterioso. O también pudiera ser que este diezmo recibiera el nombre de cuadragésima por un plagio de los usos de la recaudación. De hecho, es esta la manera de designar entre el pueblo el impuesto público que aporta al servicio del rey una parte de los beneficios. Y en nuestro caso sería el legítimo impuesto de Cuaresma que el Rey universal de los siglos exige de nosotros en pago al disfrute de la vida presente.

Pero hablemos ahora de otro punto que, aunque no tiene relación alguna con la pregunta formulada, no me parece oportuno silenciarlo, pues se nos ofrece oportunidad para abordarlo.

Nuestros ancianos han dicho repetidas veces que los demonios redoblan en estos días sus ataques contra la casta de los monjes, empujándoles con mayor violencia a abandonar sus celdas para encaminarse a otros lugares. Del mismo modo que antaño los egipcios oprimían a los hijos de Israel con toda suerte de vejámenes, así también estos egipcios espirituales se esfuerzan por doblegar bajo un trabajo duro y humillante al verdadero Israel, el pueblo espiritual de los monjes. No dejan piedra por mover para impedir que por una tranquilidad agradable a Dios abandonemos la tierra egipciaca y vayamos al desierto de las virtudes donde reside nuestra salvación. El faraón ruge de ira contra nosotros y exclama: «Huelgan y por eso dicen: Tenemos que ir a sacrificar a nuestro Dios. Cargadlos de trabajo, que estén ocupados y no den oídos a embustes»[68].

Y, efectivamente, sumergidos en su diabólica veleidad, los demonios presentan como una vanidad suprema el sacrificio del Señor, que no se ofrece sino en el desierto de un corazón libre, pues la religión fue siempre una abominación para el pecador.

LOS PERFECTOS VAN MÁS ALLÁ DE LO QUE PRESCRIBE LA LEY CUARESMAL

XXIX. No obstante, el varón justo y perfecto no está ligado por la ley de la Cuaresma, ni puede contentarse con una regla tan exigua y modesta. Los jerarcas de la Iglesia la han establecido para las gentes del mundo que durante el año se hallan enfrascadas en sus

negocios y placeres. Al constreñirles en cierta manera con esta necesidad legal, no han hecho sino obligarles a consagrarse siquiera en estos días al Señor. Al propio tiempo han obtenido que le dedicaran el diezmo de su vida; de otro modo, hubieran sido enteramente devorados.

Pero no ocurre lo mismo con los justos. «La ley no ha sido hecha para ellos»[69]. No consagran a los ejercicios espirituales una parte tan insignificante, como es la décima parte de su tiempo. Hacen donación de toda su vida. Por eso están exentos del pago del diezmo legal. Y si alguna coyuntura honesta y santa les obliga a quebrantar el ayuno[70], lo hacen con gran libertad de ánimo. Y eso no es en menoscabo de los diezmos, toda vez que se han ofrecido a sí mismos al Señor con todo lo que tenían.

Por otra parte, quien no ofrece algo espontáneamente a Dios no podrá menos de hacerse reo de fraude. La Ley le obliga necesariamente a satisfacer sus diezmos sin excusa alguna. Y, en su consecuencia, se comprende claramente que no puede ser tenido perfecto servidor de la Ley aquel que se limita a evitar lo prohibido y hacer lo que está prescrito. Y, por el contrario, pueden tenerse como verdaderamente perfectos quienes se abstienen incluso de las cosas que la misma Ley les concede.

Es de notar que, aunque se ha dicho que la Ley mosaica «nada tiene que conduzca a la perfección»[71], no obstante, leemos que hubo perfectos entre los santos del Antiguo Testamento. Pero ello es debido a que, yendo más allá del precepto de la Ley, vivieron ya bajo la perfección evangélica, pues «no se ha puesto la ley para los justos, sino para los inicuos, para los rebeldes, para los impíos y pecadores, para los que carecen de religión y piedad, etc.»[72].

xxx. Procede saber que la observancia de la Cuaresma no existió mientras se mantuvo inviolada la perfección de la Iglesia primitiva. El ayuno no estaba fijado en los estrechos límites de un precepto o de alguna disposición legal que obligara de un modo absoluto. El ayuno se observaba a lo largo de todo el año.

Mas, paulatinamente, la multitud de los fieles fue enfriándose, decayendo aquel espíritu característico de los apóstoles[73]. Cundió de nuevo el afán de riquezas, haciendo acopio de ellas, sin preocuparse en lo más mínimo de distribuir las por igual entre los fieles, habida cuenta de sus necesidades, según habían preestablecido los apóstoles. Cada cual miraba por sus propios haberes, y no contentos con seguir el ejemplo de Ananías y Safira[74], su única mira era consolidarlos y aumentarlos en lo posible.

Se comprende que los obispos, ante la actitud de aquellos cristianos que solo pensaban en los cuidados seculares —ajenos a toda abstinencia y compunción—, establecieran de común acuerdo un ayuno canónico, a la manera de un diezmo legal, para obligarles a un obrar más santo. Esta medida, por bienhechora que fuese para los débiles, no podía perjudicar a los perfectos. Viviendo bajo la gracia del Evangelio, su devoción voluntaria trascendía la Ley y se lanzaban a la consecución de la bienaventuranza, de que nos habla la sentencia paulina: «El pecado no os dominará a vosotros, porque no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia»[75]. El pecado, en efecto, no podrá ejercer su dominio sobre el alma que es fiel en permanecer bajo la libertad de la Ley de gracia.

¿CÓMO HAY QUE ENTENDER LAS PALABRAS DEL APÓSTOL: «EL PECADO NO EJERCERÁ SU DOMINIO SOBRE VOSOTROS»?

XXXI. GERMÁN. No puede tildarse de falaz la sentencia de san Pablo cuando promete la seguridad no solo a los monjes, sino a los simples cristianos en general. Y, sin embargo, esta afirmación es para nosotros un tanto oscura.

Si, como afirma, todos los que creen en el Evangelio son libres y ajenos al yugo y dominación del pecado, ¿a qué obedece que este dominio o tiranía se ejerza sobre casi todos los bautizados? Así lo atestigua el Señor cuando dice: «Todo el que comete el pecado es esclavo del pecado»[76].

XXXII. TEONAS. Vuestra objeción plantea de nuevo un problema de gran alcance. Y estoy convencido de que el que no está instruido por la experiencia, no podrá captar su secreto. Intentaré, sin embargo, resolverlo y explicarlo brevemente. Una sola condición exijo: que vuestra inteligencia acoja con obras lo que yo expongo con palabras. Todo lo que se aprende por la experiencia, más bien que por la doctrina, así como no puede exponerse por un inexperto, así tampoco no puede comprenderlo ni conservarlo sino aquel que está fundado en un estudio semejante y en la misma instrucción.

En primer lugar, creo necesario considerar atentamente el fin y voluntad de la Ley, y luego la disciplina y perfección de la gracia. Basados en estos principios fundamentales, podremos discernir lo que hay que entender por la dominación del pecado y por la expulsión del pecado.

La Ley recomienda particularmente el matrimonio. Y afirma: «Feliz el que tiene descendencia en Sión y domésticos en Jerusalén»[77]. Y: «Maldita la estéril que no pare»[78]. La gracia, en cambio, nos invita a la pureza de la perpetua integridad y a la continencia de la virginidad bienaventurada: «Felices —dice— las estériles que no dieron a luz y los pechos que no amamantaron»[79]; y: «Quien no odia a su padre y a su madre y a su esposa, no puede ser mi discípulo»[80]. Y aquello del Apóstol: «Quien tenga esposa que sea como si no la tuviera»[81].

La Ley afirma: «No tardarás en ofrecer tus diezmos y primicias»[82]. Y la gracia: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dalo a los pobres»[83].

La Ley no prohíbe la venganza, ateniéndose a la observancia del talión frente a la invectiva y a la ofensa, diciendo: «Ojo por ojo, diente por diente»[84]. La gracia quiere que para probar nuestra paciencia suframos las injurias y los golpes que se nos han infligido, y ordena que estemos prontos a soportar doble pérdida: «Quien te diere en tu mejilla derecha, ofrécele la otra; y quien pretende disputar contigo en el juicio y coger tu túnica, dale también el manto»[85]. Aquella dice que hay que odiar a los enemigos; esta que hay que amarlos, e incluso llega a prescribir que debemos rogar a Dios por ellos sin cesar[86].

QUE SON MÁS SUAVES LOS PRECEPTOS DEL EVANGELIO QUE LOS DE LA LEY

xxxiii. Quien ha escalado la cumbre de la perfección evangélica se siente elevado por el mérito de tan grandes virtudes por encima de toda la Ley. Todo lo ordenado por Moisés le parece ya insignificante y mezquino. Tiene conciencia de no estar ya sujeta sino a la Ley de gracia del Salvador, percatándose de que su ayuda le ha hecho llegar a un estado tan sublime.

El pecado no ejerce ya dominio sobre él, porque «la caridad de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado»[87]. Esta caridad excluye en realidad toda otra afección, pues es incapaz de apetecer lo que está prohibido y menospreciar lo que está mandado. Todo su afán y todo su deseo convergen al divino amor; y no solo se mantiene a distancia de las cosas que conducen a los deleites rastreros, pero ni siquiera usa de cosas que están permitidas.

Aunque, gracias a la Ley que garantiza el derecho mutuo de los cónyuges, se ha logrado cercenar la violencia de la carne estabilizando el matrimonio con una sola, mujer, sin embargo, es imposible que el aguijón de la concupiscencia deje de existir. Un fuego al que se procura atizarle difícilmente puede contenerse en los límites que se le han fijado. Lo natural es que intente abrirse brecha para abrasar cuanto se ponga a su alcance. A mi juicio, la concupiscencia posee en el matrimonio una materia que devorar, que le impide derramarse allende sus límites. Mas no deja de extender sus tentáculos por más que se la contenga, porque en la voluntad reside una tendencia culpable y el uso legítimo crea una especie de pendiente que resbala rápida hacia la infidelidad.

En cambio, en la Ley de gracia el Salvador infunde una santa pasión por la incorrupción perfecta. Esa pasión consume por el fuego de la caridad divina todas las espinas de los carnales deseos. De esta suerte no es fácil hallar en esas almas ni siquiera la tibia ceniza que pueda poner en contingencia el frescor de su integridad.

En resumen, los siervos de la Ley se ven empujados por el uso de lo lícito a lo ilícito; los hijos de la gracia, al renunciar a lo lícito, desconocen lo ilícito. Así como el pecado[88] o su tendencia perdura en el que es partidario de matrimonio, perdura igualmente en aquel que se contenta con pagar el censo de los diezmos y las primicias. Indefectiblemente peca, sea por negligencia en la cantidad o en la calidad, sea en la distribución diaria que hace de ellos. Imaginaos a un hombre obligado a dar infatigablemente sus bienes a los indigentes. Por grandes que sean su fe y devoción en este cometido, ¡cuán difícil le será a veces no verse envuelto en las redes del pecado!

Consideramos ahora a los que no han despreciado el consejo del Señor. Tras haber distribuido todos sus bienes a los pobres, han tomado su cruz y han seguido al dispensador de la gracia. Es sabido que el pecado no puede ejercer su dominio sobre ellos. Su fortuna está ya consagrada a Cristo, sus riquezas no les pertenecen. Mientras reparten piadosamente sus haberes, no se sienten atenazados, por el cuidado infiel de reservarse algo para sí; ninguna vacilación o pesar mengua el gozo que acompaña a la limosna. Como lo han dado todo a Dios, todo lo consideran como ajeno, su desprendimiento es tal que no se les ocurre procurarse algo para sus necesidades, ni alimentan ningún temor por el pedazo de pan que han menester para vivir. Y es que

están plenamente convencidos de que, una vez llegados al despojamiento apetecido, Dios les alimentará con más solicitud aún que a las aves del cielo[89].

Le acontece todo lo contrario al que retiene sus bienes y distribuye ora el diezmo o primicias de ellos, ora una parte de su dinero bajo la obligación de la Ley antigua. Es verdad que no hay rocío semejante a esta limosna que sea capaz de extinguir el fuego de sus pecados. No obstante, cualquiera que sea su magnanimidad en este reparto de su fortuna, le es imposible sustraerse enteramente al dominio del pecado. A no ser, claro está, que por la gracia del Salvador, al par que renuncia a sus bienes extinga en sí el espíritu de propiedad. De modo semejante, no puede menos de servir al imperio del pecado aquel que ateniéndose a la Ley pretende sacar ojo por ojo, diente por diente, o prefiere odiar a su enemigo. Mientras está al acecho y busca represalias iguales a la ofensa recibida, alimentando contra su enemigo el rencor y la amargura, laten convulsas en ellos las pasiones del odio y la ira como un fuego que no se apaga.

Aquel, empero, que vive bajo la luz de la gracia del Evangelio, triunfa del mal no por la resistencia, sino por la paciencia. Al que le hiere en una mejilla, le ofrece espontáneamente la otra. Y al que suscita un litigio para arrebatarse su túnica, le entrega incluso el manto. Ama a sus enemigos y ruega por los que le calumnian. He ahí a un hombre que ha sacudido el yugo del pecado y ha roto sus cadenas.

Este tal no vive ya bajo la Ley, pues la Ley no anula las semillas del pecado. Por eso dice san Pablo, no sin razón: «Se anuncia la abrogación del precedente mandato a causa de su ineficacia e inutilidad, pues la Ley no llevó nada a la perfección»[90]. Y el Señor por boca del profeta: «Y les di preceptos no buenos y mandatos en los que no vivirán»[91]. Sino que vive bajo la gracia, que no se limita a cortar los retoños del mal, antes bien, arranca las mismas raíces de la voluntad malvada.

CÓMO RECONOCER QUE ALGUIEN VIVE BAJO LA LEY DE GRACIA

XXXIV. Quienquiera, pues, que se esfuerza por seguir la perfección de la doctrina evangélica, permanece bajo la gracia y no gravita sobre él el peso del pecado. Estar bajo la gracia es cumplir lo que la gracia ordena.

Mas el que rechaza la plenitud de la perfección evangélica, sepa que en vano es bautizado o es monje. Porque no está bajo la gracia, sino que le aprisionan todavía las cadenas de la Ley y se siente resbalar por la pendiente del pecado.

No hay que olvidar cuál es el designio del Señor al hacer suyo, por la grada de la adopción, al que le recibe. No es destruir, sino coronar; no es abolir, sino perfeccionar los preceptos de Moisés[92]. Hecho que muchos ignoran por completo. Dando al traste, por un lado, con las magníficas exhortaciones de Cristo, no dejan, por otro, de mecerse en una libertad presuntuosa. Con lo que no solo no alcanzan a cumplir los preceptos de Cristo por ser arduos, sino que consideran como anticuados, como algo anacrónico, y, por lo mismo, despreciables, los que estableció Moisés en la Ley para aquellos que eran principiantes y párvulos. Libertad esta culpable, que merece la execración del Apóstol, que dice: «Pecaremos, porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia»[93].

Por consiguiente, quien no está bajo la gracia por no haber sabido ascender hasta el ápice de la doctrina del Señor, ni bajo la Ley, porque ha rehusado abrazar los preceptos facilísimos de ella, sufre dos veces la tiranía del pecado: porque su postura equivale a haber recibido la gracia de Cristo para separarse de Él por una libertad funesta. Es incurrir en el desatino contra el cual nos prevenía san Pedro al decir: «Como libres y no como quien tiene la libertad cual cobertura de la maldad»[94]. Y san Pablo dice también: «Vosotros habéis sido llamados a la libertad, hermanos», es decir que habéis sido arrebatados a la tiranía del pecado, «no uséis de ella para la ocasión de la carne»[95]. Dicho de otra manera: No creáis que el escapar a los preceptos de la Ley os autoriza para dar rienda suelta a los vicios. La verdadera libertad está donde está el Señor. Lo dice el mismo san Pablo: «El Señor es espíritu, y donde está el espíritu allí está la libertad»[96].

Ignoro si he logrado exponer y elucidar este pensamiento del santo Apóstol como saben hacerlo quienes lo han penetrado por la experiencia. Una cosa sé, que, aun cuando no haya maestro que la explique, está patente a todos aquellos que han llegado a poseer la *πραχτικήν*, es decir, la disciplina de la ciencia práctica[97]. No tendían que afanarse para comprender en una conferencia lo que una vez aprendieron por las obras.

POR QUÉ A VECES SOMOS MÁS COMBATIVOS CUANTO MÁS AYUNAMOS

XXXV. GERMÁN. Has proyectado mucha luz sobre una cuestión muy oscura y que a mi juicio permanece todavía en el misterio.

Pero deseamos aún que nos ayudes a continuar nuestro progreso, esclareciéndonos este punto: en el tiempo en que con más ardor nos entregamos al ayuno, sentimos en nuestra carne más encarnizados combates. A menudo, al despertar se cierne sobre nosotros el abatimiento, al percatarnos de lo que nos ha sucedido en sueños. Ni siquiera osamos levantarnos para la oración, faltos como estamos de toda confianza.

XXXVI. TEONAS. Vuestro deseo, que no se satisface con alcanzar la senda de la perfección de un modo mediocre y transitorio, sino plena y totalmente, me induce a seguir infatigable esta conferencia.

En realidad, no es la castidad exterior, la circuncisión visible o de sobrehaz lo que deseáis averiguar e inquirir, sino la que está en lo oculto. Sabéis de sobra que la plenitud de la perfección no estriba en una continencia puramente física y material. La necesidad y aun la hipocresía pueden hacerla factible incluso entre los infieles. La perfección consiste en la pureza voluntaria e invisible del corazón.

Es la que predica el Apóstol, cuando dice: «Porque no es judío el que lo es en lo exterior, ni es circuncisión la circuncisión exterior de la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y es circuncisión la del corazón, según el espíritu, no según la letra. La alabanza de este no es de los hombres, sino de Dios[98], quien, por lo demás, es el único que penetra en el secreto de los corazones».

Sin embargo, me es imposible satisfacer plenamente vuestros deseos. El breve espacio de tiempo que nos queda de la noche no nos permite indagar esta cuestión, de sí tan abstrusa; por eso me parece más oportuno diferirla por el momento. Además, estos temas

son de tal naturaleza que exigen un ambiente de calma y un corazón libre del estrépito de los pensamientos. En esa disposición de ánimo debo yo hablaros y vosotros captarlo con vuestra inteligencia. Por otra parte, del mismo modo que conviene inquirir estas cosas con miras a una mayor purificación, así también debe enseñarlas y precisarlas quien tiene experiencia de lo que es el don de integridad. Porque no se trata de razonamientos y palabras huecas, sino del testimonio íntimo de la conciencia y de la fuerza de la verdad. Por eso, repito, solo el experto puede tratar de esta ciencia y doctrina. Y solo puede comunicarla el amante apasionado de la verdad, que no hace de ella objeto de discusiones vacuas, sino que pone en juego todas sus fuerzas íntimas para alcanzarla. Es decir, no busca el gusto de una locuacidad inane, sino el deseo de pureza interior.

[1] De este abad nos refiere *PALLADIO*, en la *Historia Lausiaca*, c. 50, que guardó absoluto silencio durante treinta años. Véase *Col. II*, xi.

[2] Este Juan parece ser el autor de *Col. XIX*. Por el cargo de diácono se entiende el oficio de mayordomo del monasterio, o más bien el oficio de recibir y repartir las limosnas que los fieles ofrecían en la iglesia los domingos para subvenir a las necesidades de los pobres o de los mismos monjes.

[3] Cfr. *I Cor IX*, 11.

[4] *Prov III*, 9-10 [LXX].

[5] Cfr. *I Tim I*, 9. Al decir de santo Tomás, «la esencia de la nueva ley consiste en la gracia del Espíritu Santo, que se manifiesta por la fe que obra a impulso de la caridad» (I, II, q. cxi, a i y q. cxviii, a 1). Es decir, que el alma fiel a la acción del Espíritu Santo necesariamente se siente impulsada más allá de lo que es de estricta justicia, hasta la generosidad de los hijos que, obrando por el único motivo del amor, aspiran sin cesar a sobrepasar las exigencias de la ley.

[6] *Gen XIV*, 22, s. [LXX].

[7] Cfr. *Ex XXI*, 22-25. Moisés establece la ley del talión únicamente para los jueces y magistrados, no para los particulares como hacían los escribas.

[8] Cfr. *I Reg XXIV*; *27 Reg i*.

[9] *Hebr XI*, 37 s.

[10] *Ier XXXV*, 6 s.

[11] *Ibid.* 19.

[12] *Mt XVI*, 26.

[13] *Mt XIX*, 21.

[14] *Lev XVIII*, 5.

[15] *Mt V*, 3.

[16] *Ibid.* XIX, 29.

[17] *Deut XXVII*, 26.

[18] *Mt XIX*, 12.

[19] *Deut IV*, 26.

[20] *Mt XIX*, 2.

[21] *I Cor VII*, 25.

[22] *Ex XXII*, 29.

- [23] *Mt* XIX, 21.
- [24] *Ibid.* VIII, 21 s.
- [25] Cfr. II *Cor* VII, 10.
- [26] I *Cor* IX, 24.
- [27] Cfr. *Mt* V, 29 s., y *Mc* IX, 43.
- [28] Cfr. *Mt* XIX, 8.
- [29] *Ibid.* 29.
- [30] *Eph* VI, 21.
- [31] *Lc* XIV, 26.
- [32] Las razones que aduce Teonas no justifican su decisión, contraria a la sana doctrina cristiana. Hacer caso omiso del consentimiento de su consorte —esencial en este punto— sólo puede justificarse por su buena fe, o, si se quiere, apelando a una especial inspiración del Espíritu Santo. Cfr. cap. siguiente.
- [33] *Hebr* XIII, 4.
- [34] *Diebus quinquagésimae*, dice el texto, o sea el tiempo litúrgico de Pentecostés. Los antiguos distinguían dos «quinquagésimas». El tiempo de ayuno y penitencia antes de la Pascua. Y el de la alegría y perdón, desde Pascua hasta Pentecostés. Durante este período litúrgico, por antiquísima tradición, no se permitía el ayuno ni postrarse para la plegaria. Cfr. TERTULIANO, *De Corona*, c. 3; S. Jerónimo, *Dial. adv. Lucif.*, n. 8.
- [35] *Eccl* III, 1-8 [LXX].
- [36] *Ibid.* 17 [LXX].
- [37] I *Tim* IV, 3 s.
- [38] *Rom* XIV, 14.
- [39] Tal fue el parecer de muchos herejes, como los ebionitas, eucratitas, maniqueos, priscilianistas, etc. Cfr. S. AUGUSTINUS, *Haer.* 25, 46 y 70; S. EPIFANIO, *Hcur.* 30.
- [40] Cfr. *Mt* VI, 16.
- [41] *Is* LVIII, 3.
- [42] *Ibid.* 3-5.
- [43] *Ibid.* 6-9.
- [44] *Ier* XIV, 12.
- [45] *Mt* XV, 11.
- [46] *Mt* IX, 14.
- [47] *Ibid.* 15.
- [48] Cfr. *Act* I, 12 ss.
- [49] Cfr. *Deut* XVI, 9 ss.
- [50] Cfr. *Act* II.
- [51] *Ps* XCVIII, 4.
- [52] *Prov* III, 9 [LXX].
- [53] *Lc* IV, 7 [LXX].
- [54] *Ps* XXXII, 5.
- [55] *Is* LXI⁸.
- [56] *Ier* XLVIII, 10 [lxx].
- [57] *Ps* LXI, 10.
- [58] *Rom* XII, L.
- [59] *Lev* XIX, 36.
- [60] *Prov* XX, 10 s. [LXX].
- [61] *Ibid.* 23 [LXX].
- [62] *Nah* I, 15.
- [63] Cfr. *Is* LXVI, 23.
- [64] Tal era la observancia de la Iglesia griega y que también estaba en uso en la Iglesia de Milán, Cfr. SAN AMBROSIO, *De Helia et ieiuo*, 10, 34. La Iglesia latina, en cambio, ayunaba el sábado. Más tarde tal vez hacia el siglo VII, bajo el pontificado del Papa Vitelio, dándose más importancia a la materialidad de los cuarenta días de ayuno que al significado místico del tiempo de Cuaresma, se añadieron los cuatro días que anteceden al domingo I de Cuaresma, al cual aún hoy la Sagrada Liturgia denomina *Caput Quadragesimae*.
- [65] *Ex* XXII, 29.
- [66] *Ps* CXVIII, 147 s.
- [67] *Ps* LXXXVII, 14.
- [68] *Ex* V, 8 s.

[69] *I Tim* I, 9. Véase la nota 5.

[70] *Stationen ieiunii*, repite aquí CASIANO. El primero que usa el término de estación —de origen militar— para significar el ayuno cristiano es el *Pastor de Hermas*, *Simil* v, 1.

[71] *Hebr* VII, 19.

[72] *I Tim* I, 9.

[73] No está en lo cierto CASIANO con estas afirmaciones un tanto exageradas. El ayuno cuaresmal es evidente que es de origen apostólico. Ni la razón de su institución fue la decadencia del fervor primitivo, ni los cristianos practicaron en el principio un ayuno perpetuo, como pretende nuestro autor; véase, por ejemplo, lo que dice san Pablo en *Rom* XIV, 1 ss.; *I Cor* IX, 1 ss., y x, 27 ss., etc. Y la *Doctrina de los Apóstoles*, VIII, 1. Cfr. Duchesne, *Origines du culte chrétien*, VIII, 1.

[74] *Act* v, 1 ss.

[75] *Rom* VI, 14.

[76] *Io* VIII, 34.

[77] *Is* XXXI, 9 [LXX].

[78] Estas palabras no son de la Sagrada Escritura. Sin embargo, manifiestan el pensar judío sobre este punto: Cfr. *Ps* CXXVI; *Deut.*, XXVIII, 4, etc.; San Jerónimo aduce este texto en su Ep. 22, 21 a Eustoquio.

[79] *Lc* XXXIII, 29.

[80] *Ibid.* XIV, 26.

[81] *I Cor* VII, 29.

[82] *Ex* XXII, 29.

[83] *Mt* XIX, 21.

[84] *Ex* XXI, 24. Cfr. nota 7.

[85] *Mt* v, 39 s.

[86] *Ibid.* 44.

[87] *Rom.* v, 5.

[88] Es decir, la concupiscencia, lo cual, por tener su raíz en el pecado de Adán e inclinarse al pecado, san Pablo la llama pecado. Cfr. Conc. Tridentino Ses. IV, can. 5.

[89] Cfr. *Mt* VI, 26.

[90] *Hebr* VII, 18 s.

[91] *Ex* XX, 25.

[92] *Mt* v, 17.

[93] *Rom* VI, 15.

[94] *I Pet* II, 16.

[95] *Gal* v, 13.

[96] *II Cor* III, 17.

[97] Cfr. *Col.* XIV, 1 ss.

[98] *Rom* II, 28-29.

XXIII.

TERCERA CONFERENCIA DEL ABAD TEONAS. DE LA IMPECABILIDAD

Capítulos: I. Exposición del abad Teonas sobre las palabras de san Pablo: «No hago el bien que quiero».—II. De los bienes de que estaba dotada la vida del Apóstol.—III. Cuál es el bien verdadero que atestigua el Apóstol no haber podido alcanzar.—IV. La bondad y justicia humanas no son buenas si se las compara con la bondad y la justicia divinas.—V. Nadie puede concentrar de una manera constante su atención en el sumo bien.—VI. Los que se creen sin pecado se asemejan a las gentes que padecen de oftalmía.—VII. Los que sostienen que el hombre puede estar sin pecado son víctimas de un doble error.—VIII. Hay pocos que comprenden todo el alcance del pecado.—IX. Con qué cautela debe el monje guardar la memoria de Dios.—X. Quienes tienden a la perfección se humillan en verdad y sienten de continuo la necesidad de la gracia divina.—XI. Exposición de esta sentencia: «Me deleito en la Ley de Dios según el hombre interior...»—XII. Sobre estas palabras: «Sabemos que la Ley es espiritual...»—XIII. Sobre esta sentencia: «Sé que no hay en mí, es decir, en mi carne, cosa buena».—XIV. Objeción: que lo que dice san Pablo «no hago el bien que quiero...» no conviene ni a los infieles ni a los santos.—XV. Respuesta a esta objeción.—XVI. Qué cosa sea el cuerpo del pecado.—XVII. Todos los santos se han confesado siempre con toda verdad impuros y pecadores.—XVIII. Que hasta los santos y los justos no dejan de estar sin pecado.—XIX. Que apenas puede evitarse el pecado, incluso en el momento de la oración.—XX. De quiénes debemos aprender a librarnos del pecado y a progresar en la virtud.—XXI. Aun cuando reconozcamos que no estamos sin pecado, no por eso debemos privarnos de la comunión del Señor.

EXPOSICIÓN DE TEONAS SOBRE LAS PALABRAS DE SAN PABLO: «NO HAGO EL BIEN QUE QUIERO»

I. Al apuntar el día, acosamos con las más vivas instancias al anciano para estudiar hasta el fondo la cuestión suscitada la víspera, a propósito de un texto de san Pablo. El anciano habló así:

Os esforzáis en probar que el Apóstol no hablaba en nombre propio, sino en la persona de los pecadores, cuando dijo: «No hago el bien que quiero, sino el mal que odio». Y también aquello: «Mas si yo hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, es el pecado que habita en mí». O lo que sigue: «Porque me deleito en la Ley de Dios, según el hombre interior; pero siento otra ley en mis miembros que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros»[1].

No obstante, la conclusión a que llegamos tras de un detenido examen de estos textos es contraria a la que vosotros sostenéis. Semejantes ideas no se adicen con la persona de los pecadores, sino con la de los solos perfectos. Pues un lenguaje como este conviene únicamente a la santidad de aquellos que imitan las virtudes apostólicas[2].

Porque, ¿cómo pueden convenir a la persona de los pecadores frases como esta: «No hago el bien que quiero, sino el mal que odio»? O esta otra: «Mas si hago lo que no quiero, no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí». ¿Quién, de entre los pecadores, se contamina, contra su voluntad, con el adulterio o fornicación? ¿Quién, a la fuerza, tiende asechanzas contra sus semejantes? ¿Quién, por necesidad, es forzado a oprimir a otro por falso testimonio, a engañarlo con el robo, a codiciar el botín ajeno o a derramar su sangre?

Al contrario, está escrito: «El género humano está adherido con pasión al mal desde su juventud»[3]. Todos aquellos que se mueven a impulso de la pasión, ¿no desean satisfacer su codicia? Con solicitud buscan de continuo la ocasión propicia para hacer el mal. Hasta el punto de que temen llegue demasiado tarde el momento de poder solazarse en sus apetitos. Y, lo que es más, se jactan de su propia ignominia y del cúmulo de sus miserias. Al decir del Apóstol, que los vitupera, desean granjearse una alabanza de aquello mismo que de suyo engendra confusión[4]. El profeta Jeremías describe acerca de ellos un cuadro por el estilo. No solo no cometen sus torpezas contra su voluntad, no dejando en paz sus cuerpos y sus corazones, sino que se afanan y ponen en juego sus energías para lograr su fin. Ninguna dificultad, por ardua que sea, es capaz de apartarles de su afán de cometer el crimen: «Se fatigaron —dice Jeremías— para hacer el mal»[5].

Y esta otra palabra del Apóstol, ¿podrá alguien afirmar que conviene a los pecadores: «Yo soy el mismo que por el espíritu sirvo a la Ley de Dios, y por la carne a la Ley del pecado»?[6]. Es notorio que no sirven a Dios ni en su espíritu ni en su cuerpo. Y ¿cómo los que pecan en el cuerpo servirán a Dios en el espíritu? El fomes de los vicios es engendrado en la carne por el corazón. El mismo autor de ambas substancias lo declara abiertamente: aquí es donde está la fuente y origen del pecado: «Del corazón —dice— proceden los malos pensamientos, los adulterios, las impurezas, los hurtos, los falsos testimonios»[7], etc.

En suma, es a todas luces evidente que estos textos no pueden entenderse de la persona de los pecadores. Porque estos, lejos de odiar el mal, lo aman. Y aparte de que no sirven a Dios ni en el espíritu ni en la carne, cometen el mal en su corazón antes de cometerlo en su cuerpo. Antes de entregar este al placer, el pecado de su espíritu y de sus pensamientos les ha prevenido ya, anticipándose al mal que apetecen.

DE LOS MÚLTIPLES BIENES QUE HUBO EN EL APÓSTOL SAN PABLO

II. Resta, por tanto, que veamos la dimensión real de estas palabras, relacionándolas con los sentimientos íntimos que informaban al que las profirió un día.

En primer lugar, debemos averiguar qué es lo que el Apóstol llama bueno y qué lo que denomina, en comparación con él, malo; y juzgar de estas palabras no según su significación llana y simple, sino considerarlas desde el ángulo en que él las mira. Es decir, debemos escrutar el alcance de su pensamiento partiendo de la dignidad y mérito del que nos habla. Es medio muy eficaz para comprender las máximas inspiradas de Dios y captarlas como Él quiere que lo sean, considerar atentamente el estado de ánimo y el mérito de aquellos que las han proferido, situándonos en las mismas disposiciones y los mismos sentimientos; y eso no con meras palabras, sino por la experiencia. La manera de concebir las cosas, como también de expresarlas, depende del estado en que uno se encuentra.

Examinemos, pues, con diligencia, cuál es ese bien por excelencia que san Pablo no ha podido practicar a pesar de quererlo.

Conocemos muchos bienes que, indudablemente, tanto el Apóstol como otros hombres de mérito semejante al suyo los poseyeron, ya sea por naturaleza, ya por haberlos adquirido con la grada. La caridad es buena, digna de laude la continencia, admirable la prudencia, larga la hospitalidad, circumspecta la sobriedad, modesta la temperancia, piadosa la misericordia y santa la justicia. No admite duda que todas estas virtudes existieron de una forma plena y perfecta en el Apóstol y en sus compañeros, que predicaron la religión más con su vida santa que con palabras. ¿Qué decir del celo que sentían por el cuidado constante y la vigilancia siempre solícita de todas las iglesias? ¡Cuánta misericordia, cuánta perfección implica llegar a abrasarse por aquellos que se escandalizan, y sentirse débil con los que desfallecen![8].

Pues bien, entre este cúmulo de bienes tan sublimes, ¿cuál es ese que no le ha sido posible realizar a la perfección? No podemos saberlo, si no nos elevamos hasta el mismo sentimiento que le hacía hablar así. Todas las virtudes que hemos visto en él son realmente cual gemas espléndidas y preciosas. Sin embargo, estas virtudes disminuyen en mérito y devienen poco menos que despreciables, si se las compara con aquella magnífica y preciosa margarita que el comerciante evangélico desea hacer suya vendiendo cuanto tiene[9]. Nadie vacile en renunciar a ellas, pues a cambio de tantos bienes vendidos de esta suerte adquirimos el único que nos hace verdaderamente ricos.

DEL BIEN VERDADERO QUE EL APÓSTOL ATESTIGUA NO HABER PODIDO ALCANZAR

III. ¿Cuál es, por consiguiente, este único bien, incomparablemente superior a tantos y tan grandes bienes, que para poseerlo hay que despreciar todos los demás?

No es otro que aquella óptima parte, cuya grandeza y perpetuidad preferirá María a los deberes de la hospitalidad. El mismo Señor la encarece al decir: «Marta, Marta, te afanas y te preocupas por muchas cosas; pero pocas son necesarias, o más bien una sola. María ha escogido la mejor parte que no le será quitada»[10]. La theoria, la contemplación de Dios, he aquí lo único necesario, cuyo mérito sobrepuja a todas las acciones santas, a todos los esfuerzos de la virtud.

Todas aquellas dotes a que nos referíamos resplandecían en el apóstol san Pablo, eran tan buenas y útiles como grandes y preclaras. Pero establezcamos una comparación: el estaño, que pudo parecer en un principio de algún provecho o belleza, se envilece frente a la plata. Todo el valor de esta se desvanece si se le coteja con el oro. El mismo oro viene a ser despreciable si se le compara con las piedras preciosas. Y toda la belleza de estas palidece ante el brillo deslumbrante de una sola perla.

De modo parecido, todos los méritos de la santidad, aun cuando sean buenos y útiles no solo para la vida presente, sino porque nos adquieren también el don de la vida eterna, parecerán viles y, si se me permite la expresión, dignos de venderse en almoneda, si se les compara con los méritos de la contemplación divina. La autoridad de la Sagrada Escritura viene a confirmar este paralelismo. Por ventura, no dice de todos los seres creados por Dios: «He aquí que todo lo que hizo Dios era muy bueno»[11]. Y también: «Todas las cosas que Dios ha hecho son buenas en su tiempo»[12].

Por donde aparece claro que todas las criaturas materiales se dicen buenas con relación al mundo presente. Y no buenas simplemente, sino muy buenas, con el superlativo. Y, en realidad, mientras estamos en este mundo se prestan esas cosas a los menesteres de la vida, sirven a la salud del cuerpo, sin hablar de otras utilidades que escapan a nuestro conocimiento. Son, además, muy buenas, en cuanto que nos hacen «apreciar los atributos invisibles de Dios que se revelan en sus obras, después de la creación del mundo», y contemplar su «eterna omnipotencia y su divinidad»[13] en la grandeza imponente y en el orden del universo creado y de todos los seres que subsisten en él.

No obstante, esas cosas apenas si podrán conservar el nombre de esa bondad, si se las compara con el siglo futuro, donde los bienes no sufrirán cambio alguno, donde no habrá que temer ninguna alteración en la verdadera beatitud. Ved cómo se nos describe esta bienaventuranza del mundo que vendré: «La luz de la luna será como la luz del sol, y la luz del sol brillará siete veces más, como la luz de siete días»[14]. Además, todas las cosas de aquí abajo, por más grandes, bellas y maravillosas que nos parezcan, se convierten en vanidad ante lo que la fe nos promete para el futuro: «Todo envejecerá como un vestido —asevera David—. Los mudarás como se muda una veste. Pero tú siempre el mismo y tus días no tienen fin»[15].

Ahora bien, si nada es de suyo estable, ni nada es inmutable, ni nada es bueno fuera de Dios, si ninguna criatura es capaz de lograr la beatitud de la eternidad y de la inmutabilidad por su propia naturaleza, sino únicamente por una participación de su Creador y por la gracia, toda bondad creada se desvanece como un soplo en presencia del Creador.

QUE LA BONDAD Y JUSTICIA HUMANAS NO SON BUENAS, SI SE LAS COMPARA CON LA BONDAD Y JUSTICIA DIVINAS

IV. Pueden hallarse todavía, si lo queremos, testimonios más manifiestos con que poder afianzarnos en esta verdad.

¡Cuántas cosas son calificadas de buenas en el Evangelio! Se da el calificativo de bueno al árbol, a un tesoro, a un hombre, a un servidor: «El árbol bueno no puede dar frutos malos»[16]. «El hombre bueno saca del buen tesoro de su corazón cosas buenas»[17]. «Muy bien, siervo bueno y fiel»[18]. Y es indudable que en todos estos casos se trata de una bondad real, no imaginaria. No obstante, si dirigimos la mirada a la bondad de Dios, ninguno de ellos podrá hacerse acreedor al calificativo de bueno. Así lo dice el Señor: «Nadie es bueno sino Dios»[19].

Ante Él, los mismos apóstoles, a quienes el mérito de su elección les sitúa en muchos aspectos por encima de la bondad del común de los hombres, son declarados malos. A ellos, en efecto, se enderezan estas palabras: «Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará cosas buenas a quién se las pide!»[20].

Consiguientemente, si nuestra bondad se cambia en malicia al considerar la bondad celestial, nuestra justicia, cotejada con la justicia divina, viene a ser semejante, como

dice Isaías, a un lienzo inmundo: «Toda nuestra justicia es como lienzo inmundo»[21]. Y si apelamos aún a un testimonio más evidente, he aquí lo que nos dicen los preceptos de vida de la Ley: «Ella —se afirma— ha sido dada por los ángeles, por obra de un mediador»[22]. Y de ella dice también san Pablo: «Así, pues, la Ley es santa; y el precepto es santo, justo y bueno»[23]. Pero el oráculo divino proclama que no son buenos frente a la perfección evangélica: «Les he dado preceptos que no son buenos, y mandamientos en los que no encontrarán la vida»[24]. Oíd asimismo a san Pablo, que afirma que toda la gloria de la Ley se eclipsa ante la luz que proyecta el Nuevo Testamento, hasta el punto de que frente al esplendor del Evangelio ya no merece ser glorificado: «Lo que fue glorificado en otro tiempo, deja de ser glorioso ante esta gloria eminente»[25].

La Escritura sigue esta trayectoria y este mismo estilo, cuando, con signo inverso, pone en la balanza los pecados de los hombres. Así, en comparación con los impíos, justifica a los que han pecado menos, diciendo: «Tú has justificado a Sodoma»[26]. Y aun: «¿Cuál fue el pecado de Sodoma, tu hermana?»[27]. Y también: «Israel, el infiel, ha parecido justo en comparación de la pérfida Judá»[28].

Lo mismo acontece con todas las virtudes enumeradas más arriba. Son buenas y preciosas en sí mismas, pero oscurecen ante la claridad de la «teoría». Y es que, por más que los santos se ocupen en obras buenas, van muchas veces envueltas en cuidados terrenos que detraen y retardan de la contemplación de aquel sublime bien.

QUE NADIE PUEDE ESTAR CONSTANTEMENTE ATENTO Y FIJO EN EL SUMO BIEN

v. Este «libra al desvalido del poderoso», «al pobre y al afligido de aquel que le despoja»[29]; «quebranta los dientes del soberbio y arranca a la presa de sus fauces»[30]. Al ejecutar esta obra justiciera, ¿elevará tal vez su mirada, con ánimo tranquilo, hacia la gloria de la majestad divina?

Otro distribuye limosnas a los pobres. Huésped lleno de humanidad, acoge en su casa a todos los que le visitan. En el momento en que las necesidades de sus hermanos ocupan y solicitan su espíritu, ¿podrá por ventura tener fija su mirada en el océano sin límites de la celestial bienaventuranza? Zarandeado por las inquietudes y cuidados de la vida, ¿se lanzará su corazón, salvando este lastre terreno, a considerar en la lejanía el siglo venidero? He aquí por qué David suspira por unirse de continuo al Señor, y asevera que solo esto es bueno para el hombre: «Estar unido a Dios constituye mi felicidad, cifrar en el Señor toda mi esperanza»[31]. Pero el Eclesiastés dice que ninguno de los santos es capaz de realizar sin censura este ideal: «Porque, dice él, no hay justo en la tierra que haga el bien sin jamás pecar»[32].

¿Quién, por más santo y justo que sea, mientras se halla envuelto en los lazos de este cuerpo mortal, ha logrado poseer de un modo inmutable el bien soberano, sin apartarse nunca de la contemplación divina, no dejándose distraer un solo instante por pensamientos humanos de Aquel que solo es bueno? ¿Podrá encontrarse a alguno que no ande nunca solícito del alimento, del vestido ni de las otras necesidades de la carne? Es

posible que no se haya preocupado nunca de la recepción de los hermanos, de un cambio de morada, de la construcción de su celda, hasta solicitar la ayuda de los hombres, o movido por la necesidad, incurrir en aquella sentencia increpatoria del Señor: «No os inquietéis por vuestra vida, por lo que comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis»[33].

Finalmente, el mismo apóstol san Pablo, cuyos sufrimientos han sobrepujado a los de todos los santos, no ha podido llegar a este ideal. Lo decimos sin temor, cuando él mismo lo atestigua en los Actos: «Vosotros sabéis que estas manos han trabajado para mi subsistencia y a la de mis colegas»[34]. Y lo confirma cuando escribe a los Tesalonicenses: «He trabajado noche y día en la pena y en la fatiga»[35]. Con ello su alma adquiriría tesoros de méritos. Y, no obstante, su alma, por santa y sublime que fuera no podía evitar el verse separada de la celestial «teoría», es decir, de la contempladora divina, para aplicarse al trabajo que exigía su condición de hombre en la tierra.

Por lo demás, se le ve ponderar, por un lado, los frutos inapreciables de su vida activa y, por otro, pesar en su corazón el bien que le granjea la «teoría». En cierto modo coloca sobre un fiel de la balanza el producto de tantos trabajos, y en otro el deleite de la divina contemplación. Durante mucho tiempo hace lo posible por encauzar su juicio interior por la rectitud perfecta. Porque al paso que, de una parte, el mérito de sus trabajos le colma de alegría, por otra, el deseo de la unión con Cristo le invita a abandonar su cuerpo. Y al fin, lleno de ansiedad, como dudando, dice: «Todavía no sé qué elegir. Por ambas partes me siento coartado: pues de un lado deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor; por otro, quisiera permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros»[36]. Por donde se ve claramente cómo coloca por encima de los frutos de su predicación este bien excelentísimo.

Sin embargo, ante la caridad, sin la cual no podemos merecer cerca del Señor, opta por ceder. Es decir, que por consideración a aquellos que nutre con la leche del Evangelio, como lo haría una madre, no rehúsa estar separado de Cristo. Esto es verdaderamente cosa nociva para él, pero necesaria a los demás. Sobre todo, le compele a adoptar esta actitud su piedad sin límites. Y eso le induce incluso a desear, si fuera posible, el mal supremo del anatema, mientras le sea dado salvar a sus hermanos: «Porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos, según la carne, los israelitas»[37]. Esto es, quisiera ser condenado no solo a las penas temporales, sino también a las penas, eternas, a fin de que todos los hombres, si pudiera ser, gozasen de la compañía de Cristo; pues estoy seguro de que la salud de todos es más útil a Cristo y a mí mismo que la mía propia.

Por tanto, para obtener el sumo bien, que consiste en gozar de la visión de Dios y permanecer perpetuamente unido a Cristo, arde en deseos de ver desatados los lazos del cuerpo. Como el cuerpo es caduco y está como impedido por las necesidades sin número que nacen de su fragilidad, puede que sea alguna vez separado de la sociedad de Cristo.

Repitémoslo: es imposible que nuestra alma, distraída por tantos cuidados y derramada en tantas inquietudes que la ocupan y la abruman, pueda gozar a todas horas de la contemplación de Dios. ¿Cabe en un alma una aplicación tan pertinaz, una vida tan

austera que no se aparte alguna vez de esa atención concentrada, a causa de las ilusiones del diablo? ¿Existe alguien que haya penetrado los secretos de la soledad y evitado el consorcio de los hombres hasta el punto de no resbalar jamás por la pendiente de los pensamientos inútiles, o no haberse inhibido, bajo la influencia de las cosas perecederas o el cuidado de las ocupaciones terrenas, de la contemplación divina, la única que es buena? ¿Quién ha sido capaz de conservar tan perfectamente el fervor del espíritu que no se haya visto alejado de su oración, víctima de la imaginación y la fantasía, y precipitado desde lo alto del cielo a ras de tierra? ¿A quién de nosotros no le ha sucedido alguna vez —y paso en silencio otros momentos de divagación— abismarse por una especie de sopor en la displicencia más profunda, en el preciso instante en que eleva su alma al cielo en actitud suplicante? Y aunque involuntariamente, ha ofendido a Dios en aquello por lo cual pensaba obtener el perdón.

¿Quién está ya tan ejercitado y posee un dominio tan cabal de sí mismo que no se distraiga jamás del sentido de la Escritura cuando canta un salmo al Señor? ¿Quién, en fin, ha penetrado tan hondamente en la intimidad divina que pueda gozarse de haber cumplido un solo, día el precepto del Apóstol de orar sin intermisión?[38].

Todas estas miserias parecen banalidades y vienen a ser como ajenas al pecado para aquellos que están sumergidos en los vicios más groseros. En cambio, para quienes están penetrados del bien que encierra la perfección, esas faltas leves, esas nimiedades representan algo gravísimo.

LOS QUE SE CREEN SIN PECADO SE ASEMEJAN A LAS GENTES QUE PADECEN DE OFTALMÍA

VI. Supongamos que dos hombres penetran a la vez en una casa espaciosa, pero obstruida por múltiples sarcias, muebles y por los más dispares objetos. El uno goza de una vista sana y perspicaz. El otro tiene los ojos embotados por la oftalmía. Este último, privado de visualidad, por tener sus pupilas nubladas, asegura que no hay allí más que armarios, lechos, escaños, pesebres... En una palabra, cosas todas cuya presencia se la ha revelado más el tacto que la vista. El primero, en cambio, ha lanzado en torno la mirada, escudriñando, en visión certera, los ángulos más ocultos y distantes. Ello le permite aseverar la existencia de cuantiosos objetos, apenas perceptibles. Objetos que, si alguien intentara amontonarlos, igualarían e incluso podrían superar por su número la grandeza de mobiliario que su compañero ha ido reconociendo a tientas.

Cosa pareja acontece en los santos. Estos son, por decirlo así, los videntes. En su afán ilimitado por la perfección, descubren en sí con rara sagacidad y condenan sin piedad cosas que nuestra mirada interior, entenebrecida, no puede ni siquiera atisbar. En nosotros, según el criterio que nos permite formar nuestra vida religiosa, el pecado más leve no ofusca el níveo candor de la conciencia. Ellos, por el contrario, se ven cubiertos de manchas. Y eso les ocurre no solo cuando un pensamiento vano entra subrepticamente en el santuario de su alma, sino cuando el recuerdo de un salmo que es preciso recitar desvía simplemente su atención en la plegaria.

Suele decirse, hablando en metáfora, que si rogamos a algún personaje constituido en dignidad no con el fin de garantizar nuestra salvación y nuestra vida, sino únicamente para alcanzar alguna utilidad lucrativa, fijamos en él los ojos y el alma entera, y suspensos con una expectativa llena de zozobra al menor ademán que haga, temblamos ante la sola idea de que una palabra inepta e incongruente venga a hacernos indignos de su misericordia. Pongamos también el caso de que nos hallamos en la audiencia, ante el tribunal de los jueces de este mundo. Frente a nosotros está nuestro adversario. Si en medio del debate empezamos a toser, expectorar, reír, bostezar, dormir, ¡cómo el odio vigilante de nuestro enemigo estará pronto a excitar en nuestro disfavor la severidad del juez!

Pues bien, cuando suplicamos al Juez divino, testigo infalible dé todo lo secreto, para que aparte de nosotros el peligro de muerte eterna que nos amenaza, teniendo ante nosotros a aquel que es a la vez nuestro astuto seductor y acusador, ¡con qué acentos de fervorosa y atenta plegaria debemos implorar su clemencia!

Se comprende, pues, que se haga culpable no solo de una falta leve, sino de gravísima impiedad, el que mientras ora en presencia de Dios aparta de Él su atención, como lo haría un ciego o un sordo, para seguir la vanidad de un pensamiento inútil. Mas aquellos que cubren los ojos de su corazón con el craso velo de los vicios, y según la palabra del Salvador «viendo no ven, y entendiendo no entienden ni comprenden»[39], son incapaces de apreciar en lo íntimo de su conciencia los pecados mortales. Es imposible que tengan esa clarividencia que es necesaria para discernir la aparición insensible de los pensamientos o esa lúbrica y oculta comezón de la concupiscencia que hiere al alma de modo tenue y sutil, o las distracciones que les atenazan.

En fin, van siempre errantes al albur de una imaginación sin freno. Ni pasa por sus mientes lamentarse cuando se ven alejados de la divina contemplación, que es algo único y simplicísimo. Más: no tienen nada cuya pérdida puedan deplorar. Abriendo su alma de par en par a todo pensamiento que la invade, no tienen ningún objeto en que afincarse y que polarice todos sus deseos.

QUIENES SOSTIENEN QUE EL HOMBRE PUEDE ESTAR SIN PECADO SON VÍCTIMAS DE UN DOBLE ERROR

VII. La causa que nos precipita en este error arranca de la ignorancia en que nos encontramos respecto a lo que constituye el *αναωαρτητου*, es decir, la virtud de la impecabilidad. Nos parece que son inocuas la ociosidad y la divagación de nuestros pensamientos, y por lo mismo compatibles con la perfecta inocencia. Aturdidos por la estupidez y afectados de ceguera, no advertimos en nosotros más que los pecados mortales. A nuestro juicio, basta con que evitemos únicamente lo condenado por las leyes de este mundo. Y es el caso que si en este aspecto nos sentimos indemnes, inmunes por un tiempo, en seguida nos persuadimos de que no hay en nosotros pecado.

De ahí que estemos segregados del número de los videntes por la sencilla razón de que somos incapaces de descubrir ese acervo de minúsculas sordideces acumuladas en

nosotros. Inmersos en este estado miserable, ningún sentimiento de devoción nace de nuestro interior, aun cuando la tristeza venga a turbar nuestra alma; ni sentimos dolor alguno ante las sugerencias de vanagloria que nos abrasan; y mucho menos afloran las lágrimas, por nuestro desánimo y tibieza en la oración. No reputamos como falta el que durante la oración y la salmodia pululen en nuestro espíritu pensamientos ajenos a ellas. Tampoco mentimos el más mínimo horror por muchas cosas que nos daría vergüenza decir o hacer ante los hombres; y, sin embargo, no nos causa el menor sonrojo ocupar en ellas nuestro corazón, siquiera unos momentos, a pesar de saber que están patentes en la divina presencia.

Y ¿qué decir en el ejercicio de la caridad? Cuántas veces, al subvenir a las necesidades de nuestros hermanos o cuando distribuimos la limosna a los pobres, nubla la serenidad de nuestra alegría la vacilación de la avaricia Y no nos lamentamos de ello. Creemos también que no sufiremos ningún detrimento por descuidar el recuerdo de Dios, para pensar en las cosas temporales y corruptibles. Y no nos percatamos de que el oráculo de Salomón se aplica entonces perfectamente a nosotros: «Me han pegado y no me ha dolido, me han pisoteado y no lo he sentido»[40].

VIII. Muy de otro modo acontece a aquellos que saben polarizar todo su deleite, toda su alegría y felicidad en la contemplación de las cosas divinas y espirituales. Cuando, contra su voluntad, son arrancados de ella por la alevosidad de los pensamientos, siquiera sea por breves instantes, creen haber cometido una especie de sacrilegio, que deben castigar al punto con la penitencia. Y asoman entonces lágrimas abundantes por haber preferido a su Creador una vilísima criatura que distrajo los ojos de su alma. Se acusan a sí mismos del crimen de impiedad. Y aunque con una alacridad suma vuelvan de nuevo los ojos hacia la claridad de la gloria divina, las tinieblas de sus pensamientos carnales, por fugaces que sean, son para ellos insoportables y consideran como algo execrable todo lo que retrae su espíritu de esta verdadera luz.

Esta es la disposición que el santo apóstol Juan deseaba inculcar a todos, al decir: «Hijos míos, no améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa, y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre»[41].

De ahí el fastidio que sentían los santos por todo lo de este mundo. Pero es imposible que no se vean arrastrados hacia esas cosas terrenas, aunque no sea más que por fugaces distracciones. Nadie entre los mortales, excepción hecha de nuestro Señor y Salvador, ha logrado mantenerse a pulso dentro en la contemplación divina y contener la natural movilidad de su alma, hasta el punto de no dejarse distraer de ella y no pecar nunca por la afección a una cosa creada. Efectivamente, la Escritura dice a este respecto: «Las mismas estrellas no son puras en su presencia»[42]. Y también: «Ni sus santos gozan de su confianza». O según una versión más exacta: «Entre sus mismos santos, ninguno es inmutable, y los cielos no son puros ante su faz»[43].

IX. De buena gana compararía a los santos, y no sin razón, a los acróbatas, es decir, a los que llamamos vulgarmente funámbulos. Cuando se esfuerzan por conservar fielmente el recuerdo de Dios, se parecen a los que discurren sobre las maromas suspendidas en el espacio.

Los equilibristas que arriesgan su vida pasando por un alambre estrechísimo, pongo por ejemplo, saben la muerte atroz e instantánea que les aguarda si la más insignificante vacilación les desvía o hace perder ese equilibrio del que depende su salvación. Mientras con maravillosa habilidad hacen su marcha aérea en el vacío, precisan de una gran cautela y un cuidado sin igual para mantenerse seguros, impávidos, sobre aquella senda angosta, más estrecha que el paso de un hombre. De lo contrario, la tierra, que es para todos la base natural y el apoyo más sólido y seguro, viene a ser en un momento su propia perdición. Y no es que esta mude de naturaleza, sino que se precipita en ella con todo el peso muerto de su cuerpo.

De igual suerte, la bondad infatigable y la inmutable sustancia de Dios no hieren a nadie. Nosotros somos quienes nos damos la muerte, abandonando la sumidad celestial y tendiendo a las bajezas de la tierra. Mejor dicho: ese mismo abandono es la muerte. Así lo dice el profeta: «¡Ay de ellos por haberse apartado de mí! Ruina sobre ellos por haberse rebelado contra mí»[44]. Y también: «¡Ay de ellos cuando yo me aleje!»[45]. Pues «te servirán de castigos tus perversidades y de escarmientos tus apostasías. Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para ti haberte apartado del Señor, tu Dios»[46]. Se ha dicho también: «Todo hombre está prisionero en los lazos de sus pecados»[47]. A gentes de esta laya endereza el Señor justamente esta increpación: «Los que estáis encendiendo un fuego y preparando saetas encendidas, arrojaos a las llamas de vuestro fuego sobre las saetas que prendéis»[48]. Y en otro lugar: «El que esparce la malicia perecerá en ella»[49].

X. He aquí en síntesis el balance de la experiencia cotidiana que han hecho los santos: sentir gravitar en sí mismos el peso de los pensamientos terrenos, y descender así de las alturas sublimes de la contemplación. Luego, contra su voluntad, y, lo que es más, sin saberlo, verse sometidos a la ley del pecado y de la muerte. En fin, sentirse apartados de la divina presencia —y adviértase que paso por alto otro cualquier motivo— por las obras enumeradas más arriba, que, aunque buenas y justas, son, sin embargo, terrenas.

Ciertamente, tienen razón para elevar al Señor continuamente sus lamentos, y confesarse pecadores no solo de palabra, sino también de corazón, abrigando sentimientos de humildad y compunción.

Tienen sobrado motivo para verter sin cesar verdaderas lágrimas de penitencia, implorando de la misericordia de Dios el perdón de las faltas en que incurren cada día por la fragilidad de la carne. Y se sienten vejados por un continuo dolor, ante la perspectiva de verse envueltos hasta el fin de su vida en semejantes turbaciones, sin poder ofrecer sus mismas súplicas sin mezcla de inquietud.

Conscientes, además, de la inutilidad de las fuerzas humanas para alcanzar, a despecho de su carne, el fin deseado; conscientes de su impotencia para unirse, según el impulso de su corazón, al bien incomparable y soberano; y teniendo experiencia de las distracciones que les llevan cautivos a las cosas de este mundo, lejos de la contemplación de Dios, recurren a la gracia divina «que justifica a los impíos»[50], y protestan con el Apóstol: «Desgraciado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?». «La gracia de Dios por Nuestro Señor Jesucristo»[51].

Sienten, en efecto, que no pueden cumplir el bien que quieren, antes hacen el mal que no quieren y detestan, quiero decir, en la agitación de los pensamientos o el cuidado de las cosas temporales.

EXPOSICIÓN DE ESTA SENTENCIA: «ME DELEITO EN LA LEY DE DIOS SEGÚN EL HOMBRE INTERIOR»

XI. Ciertamente, estos tales se deleitan «en la Ley de Dios según el hombre interior»[52], el cual, trascendiendo todas las cosas visibles, se esfuerza por vivir constantemente unido a Dios. Pero al mismo tiempo advierten «en sus miembros otra ley», que está inserta en la condición humana y que «lucha contra la ley del espíritu». Esta es la que aprisiona su inteligencia bajo la ley tiránica del pecado, obligándola a escamotear el bien soberano para someterla a los pensamientos de aquí abajo.

Por muy útiles y necesarios que parezcan estos pensamientos —máxime cuando la religión los encarece para subvenir a alguna necesidad—, no obstante, los santos los consideran como nocivos. Y es que en comparación con el bien divino, cuya contemplación constituye el deleite primordial de toda su vida, los santos ven en estos pensamientos transeúntes un mal que es preciso evitar a todo trance, porque los enajenan del goce de esta bienaventuranza.

Es incuestionable que fue la ley del pecado quien acarreó la prevaricación del primer hombre sobre el género humano, cuando en castigo de su falta el justísimo Juez fulminó contra él esta sentencia: «La tierra es maldita en tus trabajos; te producirá espinas y cardos, y comerás el pan con el sudor de tu frente»[53]. Esta es, digo, la ley ínsita en los miembros de todos los mortales, que está en pugna con la ley de nuestro espíritu y nos aleja de la contemplación de Dios. Por día, una vez hubo el hombre adquirido el conocimiento del bien y del mal, la tierra maldita en nuestros trabajos comenzó a producir abrojos y espipinas. Y estos retoños malditos son los que sofocan las semillas naturales de las virtudes, y no nos permiten comer el «pan que baja del cielo»[54] y «vigoriza el corazón del hombre»[55], sino con el sudor de nuestra frente. Todo el género humano, sin excepción alguna, está sujeto a esta ley. No hay nadie, por santo que sea, que no coma este pan con la fatiga de su trabajo y mediante la vigilante aplicación del corazón. En cuanto al pan ordinario, no faltan —como vemos— muchos ricos que se alimentan de él, sin que el sudor haya humedecido en lo más mínimo su rostro.

SOBRE ESTAS PALABRAS: «SABEMOS QUE LA LEY ES ESPIRITUAL...»

XII. No obstante, san Pablo afirma que esta ley es espiritual: «Sabemos, dice, que la Ley es espiritual; pero yo soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado»[56]. Es, en efecto, espiritual la Ley que nos manda comer con el sudor de nuestra frente el verdadero pan «que descende del cielo»; pero nos hace carnales al estar vendidos al pecado.

Y pregunto: ¿a qué pecado y de quién? Sin duda el de Adán, cuya prevaricación nos vendido Negocio este —si se me permite hablar así— del todo fatal, y comercio a todas luces fraudulento. Fascinado y seducido por la serpiente, come el fruto prohibido, y con ello vende y somete a toda su descendencia al yugo de una eterna servidumbre.

El uso ha consagrado la costumbre entre vendedor y comprador. Aquel que desea manciparse a otro recibe de su comprador una paga para compensar la yactura de su libertad y la entrega de sí mismo a una perpetua esclavitud. Pues bien, entre Adán y la serpiente tiene lugar la misma inversión. Adán recibe la paga de su libertad, comiendo el fruto del árbol prohibido. Desde este momento histórico renuncia a la condición de hombre libre, en la cual había nacido, y escoge sin réplica la esclavitud del demonio, de quien ha recibido el precio letal de la manzana vedada.

Además, sujeto por este pacto a la condición de esclavo, encuadra, como consecuencia lógica, a toda su posteridad dentro de la misma esclavitud. De un matrimonio de esclavos, ¿qué otra cosa puede nacer sino esclavos?

Entonces, ¿qué? ¿Por ventura el comprador, a fuer de astuto y sagaz, habrá robado su dominio al verdadero y legítimo Señor? De ningún modo. Un solo fraude no ha podido entregarle del todo el tesoro divino, de modo que el verdadero dueño haya perdido enteramente su derecho de propiedad. De hecho, por rebelde y fugitivo que sea, ha de curvarse bajo el yugo de la servidumbre divina.

Pero como el creador había concedido el libre albedrío a todas las criaturas racionales, no debía restituir por la fuerza en su libertad original a los que habían sido sacrílegamente vendidos por un pecado de gula. Todo lo que es contrario a la bondad y a la equidad repugna al Autor de toda justicia y misericordia. Hubiera sido contrario a su bondad revocar el beneficio de la libertad tras haberla otorgado. Y hubiera igualmente estado en desacuerdo con su justicia coartar la libertad del hombre, teniéndola cautiva en virtud de su potestad, y no dejándosela ejercer.

Mas reservó su salvación para los siglos futuros, a fin de que, llegada ya la plenitud de los tiempos, viniera regularmente hasta su término. Era necesario que la raza de Adán perdurara en la condición de su abuelo hasta tanto que por su gracia y por el precio de su sangre derramada la restableciera su primer Señor en su antiguo estado de libertad, una vez rotas las cadenas que la amarraban al origen. Hubiera podido salvarla desde un principio, pero no quiso. La equidad no le permitía contravenir a las disposiciones de su decreto.

¿Quieres saber la causa de que fueras vendido? Oye a tu Redentor, que te lo dice paladinamente por boca del profeta Isaías: «¿Dónde está el libelo de repudio de vuestra madre, por el cual la he repudiado yo? ¿O cuál es aquel de mis acreedores a quien os haya vendido yo? Por vuestros crímenes fuisteis vendidos y por vuestros pecados fue repudiada vuestra madre»[57]. ¿Quieres saber por qué no quiso usar de su poder para

redimirte de la servidumbre a que estabas sometido? Oye lo que añade a las palabras precedentes, con, las cuales reprochaba a los esclavos del pecado la causa de su venta voluntaria: «¿Habrás acertado mi brazo para salvar o no tendré ya fuerza para librar?»[58].

Pero ¿qué es lo que en todo caso se ha opuesto a esta misericordia omnipotente? El mismo profeta lo declara: «No, no se ha acertado la mano salvadora del Señor, ni se ha hecho su oído duro para oír. Vuestras iniquidades cavaron un abismo entre vosotros y vuestro Dios: vuestros pecados hacen que El oculte su rostro para no oíros»[59].

SÉ QUE NO HAY EN MÍ, ES DECIR, EN MI CARNE, COSA BUENA

XIII. Carnales como somos, y condenados a las espinas y abrojos por aquella primera maldición de Dios, vendidos en inicuo comercio por nuestro primer padre, nos vemos en la impotencia más absoluta de obrar el bien que queremos. Y así la necesidad aparta nuestro pensamiento del sumo Dios para pensar en los menesteres de la humana fragilidad. Ardiendo en amor por la pureza, esos incentivos naturales de la carne que deseáramos ignorar totalmente nos aguijonean, a pesar nuestro. Por eso sabemos que «el bien no habita en nuestra carne»[60], quiero decir, la constancia y perpetua tranquilidad de contemplación y pureza a que nos referíamos.

Tiene lugar en nosotros un divorcio lamentable, cuanto funesto. Por el espíritu quisiéramos servir a la ley de Dios y no apartarnos nunca del resplandor que proyecta en nosotros la claridad divina, Pero cercados por las tinieblas carnales una ley de pecado nos arranca del bien que conocemos. De la celsitud del espíritu resbalamos en los cuidados y pensamientos que pasan, a los cuales nos condena justamente la ley del pecado, es decir, la sentencia divina fulminada contra el primer pecador.

De ahí que san Pablo, al confesar abiertamente esta inevitable necesidad de pecado en que él y los demás santos se hallan enzarzados, no deja de confesar con osadía que ninguno de ellos es condenable por ese hecho: «Ninguna condenación pesa ahora sobre los que están, en Cristo Jesús. Porque la ley del Espíritu de la vida en Cristo Jesús me liberó de la ley del pecado y de la muerte»[61].

Como si dijera: la gracia de Cristo absuelve cada día a todos los santos —cuando imploran el perdón de sus deudas— de esta ley del pecado y de la muerte a la cual les astringe sin cesar una fatalidad involuntaria.

Ya veis, pues, que no es en la persona de los pecadores, sino en la de aquellos que son realmente santos y perfectos, que san Pablo ha dicho: «Porque no es el bien que quiero lo que hago; antes el mal que no quiero es lo que obro». Y: «Veo otra ley en mis miembros que guerrea contra la ley de mi razón y me tiene cautivo en la ley del pecado, que está en mis miembros»[62].

OBJECCIÓN DE GERMÁN: LO QUE DICE SAN PABLO, «NO HAGO EL BIEN QUE QUIERO», NO CONVIENE NI A LOS INFIELES NI A LOS SANTOS

XIV. GERMÁN. A nuestro juicio, estos textos no convienen más a los que viven en pecado mortal que al Apóstol o a los perfectos que han alcanzado su medida. Propiamente deben entenderse de los que, después de haber recibido la gracia divina y conocido la verdad, quieren abstenerse de los vicios carnales. Mas, a pesar de ello, se sienten arrastrados hacia los apetitos inveterados por mor de un antiguo hábito que domina tiránicamente sus miembros como una ley de naturaleza. El hábito adquirido y la frecuencia de los actos se convierte, por así decirlo, en ley natural. Por lo mismo, estando esa ley inserta en los miembros de la débil humanidad, empuja al vicio al alma insuficientemente formada en las prácticas de la virtud, y tiene todavía una castidad novicia y tierna. La somete, en virtud de la antigua condenación, a la muerte y al yugo tiránico del pecado. No le permite lanzarse a la consecución de la pureza que ama, y le obliga a hacer el mal que aborrece.

XV. TEONAS. A la verdad, noto ya un sensible progreso en vuestras ideas. Vosotros mismos sostenéis ahora que estas palabras no riman con la persona y modo de ser de los pecadores. Más bien se compaginan con aquellos que bregan por abstenerse de los vicios carnales. Después de haber excluido del número de los pecadores a aquellos a quienes van dirigidas estas palabras de san Pablo, poco a poco llegaréis a confundirles con los fieles y los santos.

Porque ¿qué clase de pecados creéis vosotros que podrían cometer, en los cuales, aunque se vieran envueltos después del bautismo, no pudieran ser de nuevo libres por la gracia cotidiana de Cristo? ¿De qué cuerpo de muerte hay que creer que ha dicho el Apóstol: «Ay de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor»[63]. ¿No es manifiesto que la verdad os ha movido a confesar que no se trata aquí de los pecados mortales, cuyo castigo es la muerte eterna, por ejemplo, el pecado de homicidio, fornicación, adulterio, ebriedad, robo, rapiña, sino del cuerpo de pecado del que hemos tratado antes, y al cual la gracia de Cristo aporta el remedio?

Todo aquel que, tras de haber recibido el bautismo y la ciencia de Dios, incide en aquel cuerpo de muerte de los pecados graves, sepa que su crimen no será perdonado por la gracia cotidiana de Cristo, es decir, por ese perdón fácil que el Señor concede a cada momento por nuestras leves infracciones merced a nuestra plegaria. Antes bien, deberá someterse a las prolongadas aflicciones de la penitencia y purificarse con el dolor expiatorio, o también será condenado en la vida futura a los suplicios del fuego eterno. El mismo Apóstol lo afirma al decir: «No os engaños. Ni los impúdicos, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los infames, ni los ladrones, ni los bebedores, ni los calumniadores, ni los rapaces poseerán el reino de Dios»[64].

Una vez más pregunto: ¿cuál es esta ley que milita en nuestros miembros y lucha contra la ley de nuestro espíritu? ¿Qué ley puede ser esta que, después de someternos, contra nuestro querer, a la ley del pecado y de la muerte —cual si fuéramos cautivos— y hacernos sus esclavos en cuanto a la carne, nos deja, sin embargo, servir a Dios con el espíritu?

En mi opinión, esta ley del pecado no designa las faltas graves, ni se refiere a los

delitos que hemos enumerado ahora. Y la razón es clara. El culpable de tales faltas no puede cumplir la ley de Dios según el espíritu, sino que, al contrario, se separará de ella en su corazón, antes de cometer alguno de estos pecados en su carne.

Porque, servir a la ley del pecado, ¿qué otra cosa es sino cumplir lo que el pecado manda? Pero ¿qué clase de pecado es este, del cual una santidad tan consumada como la de san Pablo puede sentirse cautiva, sin dudar, por otra parte, de que la gracia de Dios le ha de librar de él? He aquí sus palabras: «Desgraciado de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de pecado?»[65] ¿Cuál será, digo, en vuestro sentir, esta ley que vive en vuestros miembros, que nos separa de la ley de Dios y nos sujeta bajo la ley del pecado, haciendo de nosotros unos desdichados, más bien que unos culpables? De tal manera que, en vez de ser destinados a los eternos suplicios, suspiramos, únicamente al ver que se interrumpe el goce de nuestra felicidad y suplicamos con san Pablo la merced de ser restablecidos en ella: «Pobre de mí, ¿quién me libraré de este cuerpo de pecado?» ¿Qué significa ser aherrojado bajo la ley del pecado sino permanecer en los actos del pecado? ¿Y cuál es el bien por excelencia que los santos no pueden poner por obra, sino aquel en comparación del cual todos los demás dejan de ser bienes?

Efectivamente, sabemos que existen muchos bienes en este mundo, y en primera línea la humildad, la justicia, la misericordia, la temperancia y la piedad. Pero todos ellos no pueden parangonarse con este bien soberano. Están al alcance no solo de los apóstoles, sino también de las almas mediocres. De suerte que el que no cumple con ellos será castigado con eternos suplicios o con largos trabajos de penitencia. Pero no espere ser librado por la gracia cotidiana de Cristo.

En consecuencia, estas palabras de san Pablo solo se adaptan perfectamente a la persona de los santos. Sujetos a la ley del pecado, tal como la hemos descrito arriba, y no a aquella que implica faltas graves, sienten la plena confianza de su salvación. Claro es que no caen en el crimen, pero, como he dicho ya varias veces, se sustraen de la divina contemplación para derramarse en la miseria de las solicitudes temporales, sintiéndose siempre defraudados del bien de la verdadera bienaventuranza.

En fin, si por esta ley de sus miembros se sintiesen ligados por los pecados diarios, no se lamentaría de haber perdido la felicidad, sino la inocencia. Y entonces san Pablo no diría: «¡Desgraciado de mí!», sino «¡Ah, impuro de mí, soy un criminal!». No desearía verse libre de este cuerpo de muerte, es decir, de la condición mortal, sino de la deshonra y de los crímenes de la carne.

En cambio, sintiéndose, por mor de la fragilidad humana, cautivo y derramado en las preocupaciones y cuidados de la carne —consecuencias de la ley del pecado y de la muerte—, gime bajo la pesadumbre de esta ley, a la cual por fuerza está sometido, y recurre en seguida a Cristo, Cuya gracia le pone a salvo y le da la libertad. Todo aquel cúmulo de solicitudes que la ley del pecado —que engendra naturalmente las espinas y abrojos de los pensamientos y cuidados— hace germinar en el corazón, de san Pablo, lo arranca luego la ley de la gracia. El mismo dice: «La ley del espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte»[66].

QUÉ COSA SEA EL CUERPO DE PECADO

XVI. Tal es ese cuerpo inevitable de muerte en que los perfectos, después de haber gustado «cuán suave es el Señor»[67], caen diariamente, experimentando con el profeta «qué mal es para ellos, qué amargura haber abandonado al Señor su Dios»[68].

Este es el cuerpo de muerte que les aparta de la contemplación celestial y les hace bajar a las cosas terrenales. El que, durante la salmodia o mientras están prosternados para la oración, les evoca el recuerdo de figuras humanas, de palabras, negocios y acciones superfluas. Tal es el cuerpo de muerte que se opone a sus más altas aspiraciones de imitar la santidad de los ángeles y adherirse constantemente al Señor. No pueden, por la fuerza que les hace, alcanzar tan gran bien. Y por eso hacen el mal que no quieren, esto es, son impulsados, incluso en su espíritu, hacia las cosas que nada tienen que ver con el progreso y la consumación de las virtudes[69].

En una palabra, san Pablo, para significar que había hablado de los santos, de los perfectos, de los que eran semejantes a él, prosigue en seguida, como señalándose a sí mismo con el dedo: «Así, pues, yo mismo...»[70]. Que vale decir: Yo que os hablo de esta suerte, no pretendo descubrirlos los misterios de la conciencia de otro, sino los míos propios. Y es costumbre en san Pablo hacer uso de locuciones por el estilo cuando le importa designarse así: «Yo, Pablo, os conjuro por la mansedumbre y modestia de Cristo»[71]; y también: «Si no es más que por mí, yo no he querido seros una carga»[72]; y en otra parte: «Y bien, en cuanto a mí, jamás he querido constituir para vosotros un peso»[73]. Y aún: «Soy yo, Pablo, quien os lo dice: si os hacéis circuncidar, de nada os servirá Cristo»[74]; y, en fin, a los Romanos: «Yo quisiera ser anatema de Cristo por mis hermanos»[75].

También puede aceptarse razonablemente que ha querido hacer hincapié y decir con énfasis esa frase: «Así, pues, yo mismo...». Como si dijera: Yo, a quien conocéis muy bien como apóstol de Cristo, a quien veneráis con honor y respeto, a quien creéis tan grande y perfecto, por ser portavoz de Cristo, confieso que, aun guardando la ley de Dios por el espíritu, sirvo a la ley del pecado por la carne. Las distracciones inherentes a mi condición humana me obligan a descender a menudo del cielo a la tierra; mi alma se desliza insensiblemente desde las alturas hasta abismarse en los cuidados de las cosas bajas y rastreras. La ley del pecado que siento me aprisiona a cada instante. Y aun cuando mis deseos están orientados constantemente hacia Dios, me siento impotente para sustraerme a la violencia que me hace esta cautividad, si no recurro de continuo a la gracia del Salvador.

QUE TODOS LOS SANTOS SE HAN CONFESADO EN VERDAD IMPUROS Y PECADORES

XVII. Esta fragilidad de su naturaleza hace gemir a los santos. Cuando consideran la movilidad de sus pensamientos y sondean las reconditeces de su conciencia, no pueden menos de exclamar con voz suplicante: «No entres, en juicio con tu siervo, pues ante ti no hay nadie justo»[76]. Y aquello: «¿Quién puede decir: He limpiado mi corazón, estoy

limpio de pecado?»[77]. Y en otro lugar: «Ciertamente, no hay justo en la tierra que haga solo el bien y no peque»[78]. O también: «¿Quién será capaz de conocer los deslices?»[79].

Hasta qué punto han estimado endeble e imperfecta la justicia del hombre, necesitado siempre de la misericordia divina, lo muestra lo sucedido con uno de ellos. La palabra de Dios le purificó de sus iniquidades y pecados con un carbón de fuego tomado de sobre el altar. Pues bien, después de su maravillosa visión de la divinidad, tras haber contemplado a los sublimes serafines y recibido la revelación de los misterios del cielo, exclama: «Miserable de mí, soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros»[80].

Y yo creo que ni aun entonces hubiera sentido la impureza de sus labios, de no haber comprendido, por la contemplación de Dios, la verdadera y entera pureza de la perfección. Pero ante esta evidencia, conoce inmediatamente las manchas que hasta aquel momento le estaban veladas. Y es manifiesto que se trata de la mancha de sus propios labios, no de la del pueblo, pues dice: «Desgraciado de mí, soy un hombre de labios impuros». La prueba de ello está en lo que sigue: «Habito en medio de un pueblo de labios mancillados».

Además, cuando confiesa en su oración la sordidez de los pecados que llenan la faz de la tierra, su súplica no se limita a los perversos; encierra en ellos a todo el pueblo de los justos. Y dice: «Te has irritado y nosotros hemos pecado. Hemos vivido siempre en nuestros pecados, pero seremos salvados por ti. Hemos venido a ser todos como un impuro, y todas nuestras justicias como un lienzo inmundo»[81]. Y ahora os pregunto: ¿Qué cosa hay más evidente que esta sentencia? Por una parte, el profeta abraza, no una sola de nuestras justicias, sino todas. Y por otra pasa, como quien dice, revista a lo que hay de más asqueroso y repugnante en nosotros. Y no encontrando otra analogía que refleje más al vivo ese asco y repugnancia, lo compara a un lienzo sórdido e inmundo.

En vano, pues, oponéis la espina de vuestra objeción a la evidencia de la verdad. Expresabais hace poco esa dificultad de esta manera: Si nadie está exento de pecado, nadie es santo. Si nadie es santo, nadie será salvo.

Sin embargo, el testimonio claro del profeta corre el velo que parece cubrir esta verdad. «Te has irritado —dice— y nosotros hemos pecado». Entendamos así esta frase: Cuando, apartándonos de ti, por la altivez de nuestro corazón y por nuestras negligencias, nos has privado de tu ayuda, hemos caído en la vorágine del pecado. Como si alguien dijera al disco rutilante del sol: «He aquí que te has ocultado en el horizonte, y nos envuelve la oscura tiniebla». Y, no obstante, aun afirmando que los santos han caído, y no solo que han pecado, sino que han permanecido siempre en sus pecados, no desespera de su salvación: «Estuvimos siempre en nuestros pecados —dice—, pero seremos salvados».

Yo establecería un paralelo entre esta sentencia: «Te has irritado y nosotros hemos pecado», y la de san Pablo: «Desgraciado de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?». Lo que añade el profeta: «Hemos vivido siempre en nuestros pecados, pero seremos salvados», está en perfecta sintonía con lo que sigue del Apóstol: «La gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor». Asimismo, este pasaje del profeta: «Desgraciado de

mí, soy un hombre de labios impuros y habito en medio de un pueblo de mancillados labios», parece como un eco de las palabras paulinas que acabo de citar: «Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte?». Finalmente, cuando el profeta continúa y dice: «Uno de los serafines voló hacia mí, teniendo en sus manos un carbón encendido, que con las tenazas tomó del altar, y tocando con él mi boca, dijo: Mira, esto ha tocado tus labios, tu culpa ha sido quitada y borrado tu pecado»[82]. Cuando el profeta habla así —digo—, parece que estamos oyendo al Doctor de las Gentes, que dice: «La gracia de Dios por Jesucristo Nuestro Señor».

Ya veis, pues, cómo todos los santos han hablado, no tanto en persona del pueblo como en nombre propio, y cómo se proclaman verdaderos pecadores. La plenitud de la justicia, que desconfían obtener por sí mismos, debido a la fragilidad humana, la esperan de la gracia de Dios y de su gran piedad.

SEGÚN LA ORACIÓN DOMINICAL, NADIE ESTÁ SIN PECADO

XVIII. El mismo Salvador nos muestra que nadie en esta vida, por más santo que sea, está exento de la deuda del pecado.

Un día brinda a sus discípulos la fórmula de la oración perfecta. Ahora bien, entre los diversos mandamientos, tan sublimes cuantos augustos, que encierra —que, por otra parte, no pueden convenir a los perversos e infieles, por cuanto han sido dados a los santos y perfectos—, ordena incluir esta petición: «Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores»[83].

Siendo esto así, si esta oración es sincera en labios de los santos —y hay que creerlo sin duda—, ¿es posible que pueda hallarse alguien tan contumaz y presuntuoso que se reconozca sin pecado? Porque declararse a sí mismo exento de pecado equivale a creerse no solo mayor que los apóstoles, sino también tildar al mismo Salvador de ignorancia y ligereza. Puesto que o desconocía que podía haber hombres sin deudas, es decir, sin pecados, o enseñaba en vano a gentes que sabía no tenían necesidad del remedio de esta oración.

Además, cuando los santos, fieles observantes del mandato de su rey, repiten a diario: «Perdónanos nuestras deudas», una de dos: o dicen la verdad y, por tanto, no hay nadie exento de pecado, ni siquiera ellos, o bien se limitan a fingir. En cuyo caso, aún es más verdad que no están exentos del pecado de mentira. Por eso, el sapientísimo Eclesiastés, escudriñando todos los actos y deseos humanos, sentencia sin excepción alguna: «No hay ni un justo sobre el haz de la tierra que haga el bien sin jamás pecar»[84].

Jamás se ha encontrado ni se encontrará en este mundo un hombre cuya santidad, diligencia y aplicación sean tales que pueda adherirse al bien verdadero y no tenga que experimentar todos los días que ha faltado distrayéndose de él. No. obstante, aun pronunciando que no está sin pecado, la Escritura no niega que sea justo.

XIX. No falta quien atribuye a la naturaleza humana la impecabilidad. Pero este tal, si fuera sincero, en lugar de aducir palabras huera, tendría que aducir, para combatirnos, el testimonio de la conciencia, pues esta es realmente la prueba de peso. Y solo entonces, si

posee el sentimiento de no haber estado nunca separado del sumo bien, pronúnciese sin pecado. Más todavía: todo aquel que, examinando su conciencia, pueda asegurar que ha celebrado una sola sinaxis —por no decir nada más— sin distracción alguna de pensamiento, de palabra o acción, que se declare sin pecado.

Hay que reconocer que nuestro espíritu tornadizo propende a pegarse a todos los objetos frívolos y superfluos. Y he ahí por qué confesamos con toda verdad que no estamos sin pecado. Por más atento que uno sea en la guarda de su corazón, no lo guardará nunca según el deseo de su espíritu, condicionado como está por la oposición de la carne.

Porque la pureza de la contemplación está en razón directa de los progresos que hace el alma. Y claro está que entonces se siente más impura, al contemplarse en el espejo de su propia pureza. Es indudable que cuando el alma avanza hacia una contemplación más sublime, con la mirada proyectada siempre más allá, desea habitar en regiones más altas, y, como consecuencia, desprecia el grado en que se encuentra como rango inferior y vil.

El ojo sano distingue naturalmente muchas cosas: una vida irreprochable hace que la reprensión sea más dolorosa. La enmienda de las costumbres y el celo vigilante de la virtud multiplican los gemidos y los suspiros. Nadie puede estar satisfecho del grado a que ha llegado. Cuanto más pura es el alma, tanto más manchada se reconoce, y encuentra en sí más motivos de humillación que de altivez. Y también cuando el alma es más rauda en su vuelo hacia las cumbres, más fácilmente ve cómo se ensancha ante sus ojos el espacio que ha de recorrer.

En fin, aquel apóstol eximio entre todos, «al que Jesús amaba», descansando un día sobre el pecho de su Maestro, extrajo, por así decirlo, del corazón del Señor esta sentencia: «Si decimos que estamos sin pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros»[85]. Y si cuando decimos que estamos sin pecado no tenemos en nosotros la verdad, es decir, a Cristo, ¿qué ganamos por esta profesión, sino que de pecadores nos hacemos públicamente criminales e impíos?

DE QUIÉN DEBEMOS APRENDER A LIBRARNOS DEL PECADO Y A PROGRESAR EN LA VIRTUD

XX. Por último, si deseamos de veras profundizar en la cuestión propuesta y saber con más seguridad si cabe en la naturaleza humana la impecabilidad, ¿quién nos instruirá mejor que aquellos que «han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias»[86], para quienes «el mundo está verdaderamente crucificado?»[87].

Después de desarraigar todos los vicios de su corazón, y a pesar de hacer lo posible por declinar el pensamiento o el recuerdo del pecado, confiesan todos los días paladinamente que no pueden permanecer sin el lastre del error, ni siquiera por espacio de una hora.

XXI. No obstante, aunque tengamos conciencia de ser pecadores, no por eso debemos privarnos de la comunión del Señor. Al contrario, tenemos que ir a recibirla con más avidez, para encontrar en ella la santidad del alma y la pureza del espíritu. Si bien

tenemos que alimentar sentimientos de humildad y de fe, juzgándonos indignos de gracia semejante, y buscando únicamente el remedio para nuestras heridas.

Si esperamos a ser dignos no comulgaremos ni una vez al año. La comunión anual es una práctica muy extendida entre aquellos que viven en el monasterio. Se forjan una idea tal de la dignidad, de la santidad, de la grandeza de los divinos misterios, que en su opinión no debe acercarse a ellos sino el que sea santo y sin tacha, y no para que con su participación lleguemos a ser más santos y puros. Creen de este modo anular toda presunción de arrogancia, pero en realidad, caen en otra mayor, porque cuando comulgante creen dignos de la comunión. Mucho más razonable es recibir los sagrados misterios cada domingo como remedio a nuestras dolencias, con humilde corazón, creyendo y confesando que no merecemos tamaño beneficio. Así nos evitamos esa altivez, fruto de la vana persuasión de que al menos seremos dignos al cabo de un año. Por lo cual, a fin de comprender todas estas cosas y conservarlas con provecho en nuestra memoria, imploremos con mayor afán la misericordia del Señor, para que nos ayude a cumplirlas. Estas cosas no se aprenden como las ciencias humanas, en que se empieza por la enseñanza verbal. La práctica y la experiencia deben preceder a todo. Ello, no obstante, es igualmente necesario estudiarlas cuidadosamente en las conferencias con varones espirituales, y profundizarlas con ejemplos, mediante la experiencia de todos los días. De lo contrario, quedan sin efecto por la negligencia o se pierden por el olvido.

[1] *Rom* vii, 14 ss.

[2] A pesar de lo que dice Teonas, san Pablo trata en este fragmento del hombre bajo el imperio del pecado, antes de la justificación. En el capítulo siguiente hablará del cristiano justificado que posee el Espíritu, quien a pesar de estar justificado no deja de sentir en su interior esta división de que habla el Apóstol. Cfr. *Gal* V, 17 ss.

[3] *Gen* viii, 21.

[4] Cfr. *Phil* iii, 19.

[5] *Ier* ix, 5.

[6] *Rom* vii, 25.

[7] *Mt* xv, 19.

[8] Cfr. *II Cor* xi, 29.

[9] Cfr. *Mt* xiii, 46.

[10] *Lc* x, 41 ss.

[11] *Gen* I, 31.

[12] *Eccl* xxxix, 16. [Lxx].

[13] *Rom* i, 20.

[14] *Is* xxx, 26.

[15] *Ps* ci, 27 s.

- [16] *Mt* VII, 18.
- [17] *Ibid.* XII, 35.
- [18] *Ibid.* XXV, 21.
- [19] *Lc* XVIII, 19.
- [20] *Mt* VII, 11.
- [21] *Is* LXIV, 6.
- [22] *Gal* III, 19.
- [23] *Rom* VII, 12.
- [24] *Ez* XX, 25.
- [25] *II Cor* III, 10.
- [26] *Ez* XVI, 52.
- [27] *Ibid.* 49.
- [28] *Ier.* III, 11.
- [29] *Ps* XXXIV, 10.
- [30] *Iob* XXIX, 17.
- [31] *Ps* LXXII, 28.
- [32] *Ps* VII, 21.
- [33] *Mt* VI, 25.
- [34] *Act* XX, 34.
- [35] *II Thes* III, 8.
- [36] *Phil* I, 22 88.
- [37] *Rom* IX, 3 s.
- [38] Cfr. *I Thes* V, 17.
- [39] *Mt* XIII, 13.
- [40] *Prov* XXIII, 35. [LXX].
- [41] *I Io* II, 15 ss.
- [42] *Iob* XXV, 5.
- [43] *Ibid.* XV, 15. [LXX].
- [44] *Os* VII, 13.
- [45] *Ibid.* IX, 12.
- [46] *Ier* II, 19.
- [47] *Prov* V, 22.
- [48] *Is* I, 11.
- [49] *Prov* XIX, 9. [LXX].
- [50] *Rom* IV, 5.
- [51] *Rom* VII, 24 s.
- [52] *Rom* VII, 22.
- [53] *Gen* III, 17 s.
- [54] *Io* VI, 33.
- [55] *Ps* CIII, 15.
- [56] *Rom* VII, 14.
- [57] *Is* I, 1.
- [58] *Ibid.* 2.
- [59] *Ibid.* LIX, 1-2.
- [60] *Rom* VII, 18.
- [61] *Rom* VII, 1 s.
- [62] *Ibid.* VII, 19 y 23.
- [63] *Rom* VII, 24 s.
- [64] *I Cor* VI, 9 s.
- [65] *Rom* VII, 24 8.
- [66] *Rom* VIII, 2.
- [67] *Ps* XXXIII, 9.
- [68] *Ier* II, 19.
- [69] *Rom* VII, 25.
- [70] *II Cor* X, 1.
- [71] *Ibid.* X, 2.

- [72] *Ibid.* XII, 16.
- [73] *Ibid.*
- [74] *Gal* v, 2.
- [75] *Rom* IX, 3.
- [76] *Ps* CXLII, 2.
- [77] *Prov* XX, 9.
- [78] *Eccl* VII, 20.
- [79] *Ps* XVIII, 13.
- [80] *Is* VI, 5.
- [81] *Is* LXIV, 5 s.
- [82] *Ibid.* VI, 6 s.
- [83] *Mt* VI, 12.
- [84] *Eccl* VII, 21 [LXX].
- [85] *I Io* I, 8.
- [86] *Gal* v, 24.
- [87] *Ibid.* VI, 14.

XXIV.

CONFERENCIA DEL ABAD ABRAHAM. DE LA MORTIFICACIÓN

Capítulos: i. Cómo manifestamos al abad Abraham el secreto de nuestros pensamientos.—ii. Cómo el anciano desvaneció nuestro error.—iii. Qué lugares deben escoger los anacoretas.—iv. Qué trabajos deben escoger los solitarios.—v. La ansiedad del corazón en lugar de anularse se agrava más bien por las correrías al exterior.—vi. Comparación por la que muestra cómo el monje debe custodiar sus pensamientos.—vii. Pregunta: ¿Por qué hay que pensar que la vecindad de nuestros padres nos sería nociva, cuando este inconveniente no existe para los que moran en Egipto?—viii. Respuesta: Todas las cosas no convienen igualmente a todos.—ix. Mortificación del abad Apolo.—x. Pregunta: ¿Es perjudicial al monje que sus padres le provean de lo necesario?—xi. Respuesta: Parecer de san Antonio sobre el particular.—xii. Utilidad del trabajo y daño de la ociosidad.—xiii. De la fábula del barbero ideada por el abad Macario para poner de manifiesto las ilusiones del diablo.—xiv. Pregunta: ¿De dónde proviene que irrumpían en nosotros tales ideas?—xv. Respuesta: Del triple movimiento del alma.—xvi. En primer lugar, la parte corrompida que hay que curar es la racional.—xvii. La parte más débil del alma es la primera que sucumbe a las tentaciones del demonio.—xviii. Pregunta: ¿Podría considerarse como bueno que lo que nos indujera a volver a nuestra patria fuera el deseo de guardar un silencio más perfecto?—xix. Respuesta: Hay una ilusión diabólica que consiste en prometer el descanso en una soledad más vasta.—xx. Cuán útil es tomarse algún descanso a la llegada de un hermano.—xxi. Cómo el evangelista san Juan, al decir de algunos, demostró la necesidad del esparcimiento.—xxii. Pregunta: ¿Cómo hay que entender esta sentencia del Evangelio: «Mi yugo es suave y mi carga ligera»?—xxiii. Explicación de esta sentencia.—xxiv. ¿Por qué el yugo del Señor parece amargo y pesado?—xxv. Qué utilidad nos reportan las tentaciones.—xxvi. Que a los que renuncian perfectamente se les promete el céntuplo en este mundo.

CÓMO MANIFESTAMOS AL ABAD ABRAHAM EL SECRETO DE NUESTROS PENSAMIENTOS

i. Comienzo, con la gracia de Cristo, la vigésimo cuarta colación, que fue pronunciada por el abad Abraham[1]. Con ella voy a dar cima a las enseñanzas y preceptos de los ancianos.

Cuando, con el favor de vuestras plegarias, la haya concluido, me consideraré libre de toda promesa. Y advertid que he llenado este número de veinticuatro, por estar místicamente relacionado con los veinticuatro ancianos[2] que el Apocalipsis nos presenta ofreciendo sus coronas al Cordero[3]. Si nuestros ancianos son acreedores a alguna corona de gloria por la hermosa doctrina que nos han ido desarrollando, la ofrecerán también, con la frente sita en el polvo, al Cordero que ha sido inmolado por la salvación del mundo. Es Él quien, por el honor de su nombre, se ha dignado conceder a ellos un sentido tan excelente y a mí un cierto estilo para expresar tales abismos de doctrina. A Él, por consiguiente, autor de todos los bienes, hay que atribuir el mérito de sus dones. A quien da más, más se le debe.

Fuimos, pues, llenos de ansiedad al abad Abraham, con el propósito de confiarle las cuitas a que nos sometían nuestros pensamientos. En nuestra alma sentíamos día tras día mayores deseos de volver a nuestra patria y ver de nuevo a nuestros padres.

Lo que fomentaba sobre todo este afán era el recuerdo de su espíritu de religión y su piedad. Estábamos convencidos de que no opondrían resistencia a nuestro género de vida. Más aún: en nuestra mente se revolvía sin cesar la idea de que la asiduidad de sus cuidados favorecería más bien nuestro progreso. Con ello, ni la inquietud por las cosas materiales, ni el afán de subvenir a la propia subsistencia podrían ya distraer nuestra

atención. Sería para ellos una satisfacción abastecernos de todo lo necesario. Aparte de esto, abrigábamos la esperanza de inanes alegrías. Entreveíamos ya la gran cosecha que íbamos a recoger: convertiríamos grandes muchedumbres, a las que nuestro ejemplo y nuestras exhortaciones orientarían por la senda de la salvación.

Nada extraño que se perfilara ante nuestros ojos la imagen de aquellos lugares que comprendían el dominio hereditario de nuestros antepasados, con sus aledaños y la amenidad sonriente de sus paisajes. ¡Qué extensiones podrían hallarse rebosando una soledad tan apacible y oportuna a la par! No podía concebirse mayor delicia para un monje que el secreto de aquellos bosques, donde se ofrecían tantas facilidades para vivir. Manifestamos con simplicidad al anciano todos estos pensamientos, siguiendo el testimonio de nuestra conciencia. Declaramos al mismo tiempo con lágrimas que no podíamos resistir por más tiempo estos violentos asaltos si la gracia de Dios, mediante el remedio que quisiera él procurarnos, no venía en nuestra ayuda.

Por de pronto, guardó silencio largo rato. Al fin, tras exhalar un profundo suspiro, dijo:

II. Todavía no habéis renunciado a los deseos del mundo ni mortificado vuestras antiguas pasiones. Lo morboso de vuestros pensamientos son prueba evidente de ello.

La desidia de vuestro corazón vaga a merced del capricho. Habéis emprendido este largo viaje y os habéis separado de vuestros padres únicamente con el cuerpo, cuando debíais haberlo hecho, sobre todo, espiritualmente. Todos estos pensamientos estarían ya del todo sepultados y desarraigados de vuestro corazón si hubieseis comprendido la renuncia y la razón principal por la cual hemos escogido la soledad como lugar de nuestra morada. Pero me doy cuenta de que os aqueja ese morbo de la ociosidad, cuya característica presentan así los Proverbios: «El haragán vive al albur de sus deseos»[4]. «Los deseos matan al perezoso»[5].

No cabe duda de que tampoco nosotros hubiéramos prescindido de esas ventajas y facilidades terrenas a que habas aludido si las hubiésemos reputado convenientes a nuestros propósitos o hubiésemos juzgado que la amenidad de esos atractivos hubiera podido granjearnos un provecho parecido al que reportan la aridez de estos lugares y la aflicción del cuerpo. Por lo demás, no estamos de tal suerte desprovistos del solaz de nuestros Padres; pues no faltan quienes se complazcan en mantenernos a sus expensas. Mas de continuo ocurre a nuestra memoria esta palabra del Salvador, que nos manda menospreciar todo lo que pueda halagar a la carne: «El que no aborrece a su padre, a su madre, a sus hijos, a sus hermanos, no pueda ser mi discípulo»[6].

Aunque nosotros estuviéramos absolutamente privados del sustento de nuestra parentela, podríamos por lo menos confiar ciertamente en los servicios de los poderosos de este mundo. Se gozarían de subvenir con obsequiosa largueza a nuestras necesidades, animados de los sentimientos de la más profunda acción de gracias. De este modo, viviendo al amparo de ellos estaríamos libres de todo cuidado respecto a nuestra subsistencia. Pero la maldición del profeta, infundiéndonos el terror, nos detrae de esta senda, al decir: «Maldito el que pone en el hombre su confianza»[7]. Y: «No confiéis en los príncipes»[8].

Podríamos asimismo situar nuestras celdas a orillas del Nilo, para tener el agua junto a nuestra puerta. Nos ahorraríamos así la fatiga de transportarla sobre nuestros hombros el espacio de cuatro millas. Mas también la palabra de san Pablo nos enardece a cada instante y nos da fuerza para resistir este trabajo: «Cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo»[9].

No se nos oculta tampoco que en nuestro país existen lugares agradables, donde la abundancia de los frutos, la belleza y ubertad de sus campos nos proporcionarían con el mínimo esfuerzo las cosas necesarias para nuestro sustento. Con todo, nos intimida el reproche que fue dirigido al rico del Evangelio: «En vida no recibiste sino consolaciones»[10].

Hemos despreciado y considerado en nada estas comodidades con todos los placeres del mundo, poniendo toda nuestra afición en la aridez de este desierto. Preferimos a todos los deleites la pavorosa desnudez de esta soledad. Las riquezas de la tierra más rica y fecunda no tienen para nosotros punto de comparación con la amarga desolación de estos arenales que nos circundan. No vamos tras el lucro pasajero de este mundo, sino en pos de lo único que es eterno: los bienes del espíritu.

Para el monje es bien poca cosa renunciar una sola vez, es decir, despreciar los bienes caducos en el principio de su conversión. Es menester que persista todos los días en esta renuncia. Ha de repetir hasta el fin de su vida con el profeta: «Tú sabes, Señor, que no he deseado el día del hombre»[11]. Esta sentencia está en perfecta consonancia con lo que dice el Señor en el Evangelio: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame»[12].

LUGARES Y TRABAJOS QUE DEBEN ESCOGER LOS ANACORETAS

III. Aquel cuya mirada se proyecta siempre vigilante sobre la pureza del hombre interior debe buscar lugares que por la exuberancia de su vegetación no le soliciten un cultivo absorbente; ni le impidan, por otra parte, hacer de su celda una morada fija e inmutable, forzándole a trabajar constantemente al aire libre. Pues entonces sus pensamientos se dispersan dividiéndose en múltiples tentáculos, atraído por lo que se ofrece a su vista. La orientación de su alma, su enfoque hacia el único fin, que es de suyo algo sutilísimo, quedará sin efecto, abandonado como está al vaivén de tantos objetos dispares.

Por solícito y vigilante que sea, es imposible evitar esta disipación, e incluso darse cuenta de ella, a no ser que permanezca continuamente recluido en cuerpo y alma dentro de los muros de su celda. Me imagino a un egregio pescador que buscara su alimento según el método aprendido de los apóstoles. Atento y quedo, bucea en la más honda intimidad de sí mismo y ve sus pensamientos que nadan en tropel. Como desde un saliente escollo, lanza hasta el fondo su mirada, y discierne los pensamientos que debe atraer hacia sí y los que debe despreciar como si fueran peces malos y nocivos.

IV. Todo el que persevera así en la guarda de su corazón cumple eficazmente lo que el profeta Habacuc expresa, al decir: «Yo me estaré en pie en mi puesto, en pie sobre el muro, y quedaré observando a ver qué dice contra mí y qué respondo a su querella»[13].

Mas con cuánto trabajo y dificultad se realiza este ideal, lo pone de manifiesto la experiencia de los monjes del desierto de Cálamo o de Porfirio[14].

La soledad que les separa de las aldeas y moradas humanas es más dilatada que la de Escete. Siete u ocho días de camino a través de un desierto vastísimo apenas si basta para conducirles al retiro donde están escondidas sus celdas. Sin embargo, se consagran a la agricultura en lugar de permanecer encerrados. También, cuando llegan a estas horrendas comarcas en que vivimos o a las de Escete, se sienten vejados por un tropel de pensamientos, por una ansiedad tal que, al modo de advenedizos que no han gustado los ejercicios de la soledad, no pueden soportar la permanencia en la celda ni el silencio del retiro. Como inexpertos novicios, al instante se precipitan fuera, presos; de profunda turbación.

Y es que no han aprendido a contrarrestar los movimientos del hombre interior ni a disipar las tempestades de sus pensamientos mediante una continua solicitud y una perseverante aplicación. Esforzándose diariamente en los trabajos externos, su cuerpo, al compás de su espíritu, va merodeando por el exterior. Y sus pensamientos, acomodándose al movimiento incesante del cuerpo, van a la deriva perdidos en el espacio.

Pero del mismo modo que no se dan cuenta de la inconstancia de su corazón, no tienen tampoco la fuerza necesaria para coartar sus lúbricas divagaciones. Incapaces de sostener el trabajo de la compunción, consideran intolerable la misma continuidad de su silencio. Infatigables en los rudos trabajos del campo, son vencidos, no obstante, por el ocio, y les cansa la diuturnidad de su descanso.

LA ANSIEDAD DEL CORAZÓN, EN LUGAR DE CURARSE SE AGRAVA MÁS BIEN CON LAS SALIDAS AL EXTERIOR

v. Es muy natural que el monje, mientras permanece en su celda, tenga sus pensamientos como ensamblados dentro de su estrecha clausura. Ni es de admirar que al salir la copia de ansiedades que le oprimen aprovechen la oportunidad para evadirse de la cárcel donde permanecían cautivas, y se desboquen en todas direcciones como corceles sin freno. Desde el momento en que han podido romper los lazos que les retenían, el alma percibe un breve, pero triste solaz. Mas cuando el monje vuelve de nuevo a su propia celda, la caterva de pensamientos acude presurosa a ocupar su sede. Entonces siente surgir en él aguijones tanto más dolorosos cuanto más inveterada ha sido la licencia a que les había habituado.

Se da el caso de que algunos no pueden o no saben resistir las instigaciones de su voluntad. Estos tales, llenos de inquietud en la soledad de su celda, sienten gravitar sobre su corazón —no acostumbrado a semejantes asaltos— toda la vehemencia de la acedía. Si se conceden una relajación en la austeridad de la regla, o se toman una excesiva libertad de salir, en lugar de encontrar el remedio que se imaginan, se agrava su mal.

Es lo que les sucede a ciertos enfermos. Creen en la posibilidad de atenuar los ardores de la fiebre tomando agua helada. Y no se dan cuenta que de este modo atizan más este

fuego interior en lugar de extinguirlo. El momentáneo alivio suscita una aflicción más grave.

VI. Es menester, pues, que el monje fije sin cesar toda su atención en un objetivo único: el recuerdo de Dios. Hacia él deberán converger todos los pensamientos que surgen o bullen en su espíritu.

Supongamos a un arquitecto que deseara construir en el espacio la bóveda de un ábside. Debe trazar toda la circunferencia partiendo de un punto clave: el centro. Guiándose por esta norma infalible, ha de calcular luego la exacta redondez y el diseño de la estructura.

Quien intentara llevar a feliz término la obra, haciendo caso omiso de este punto céntrico, por más que presuma de su destreza y de su ingenio, es imposible que pueda obtener una forma regular y sin defecto. Ni cabe con la sola mirada apreciar hasta qué punto su error ha menoscabado la belleza que resulta de una perfecta armonía de líneas. Para ello necesita referirse constantemente al modelo, que le permitirá justipreciar la exactitud de las medidas. Con esta luz le será fácil entonces determinar con precisión el contorno interior y exterior de la obra. Así es cómo un solo punto se convierte en la clave fundamental de una construcción imponente.

Algo parejo sucede en nuestra alma. El monje debe hacer de la caridad del Señor el centro inmovible que aúne en un solo haz todas sus obras y empresas; si no encauza sus pensamientos o no los rechaza, procediendo, como quien dice, al compás preciso de la caridad, no logrará jamás llevar a término el edificio espiritual cuyo arquitecto es san Pablo[15]. Le pasará inadvertida la belleza de ese templo interior que el santo profeta David deseaba presentar al Señor, cuando decía: «Oh Señor, yo amo la morada de tu casa, el lugar en que se asienta tu majestad»[16]. Falto de todo arte, edificará en su corazón un templo inestético e indigno del Espíritu Santo y destinado a derrumbarse sin remedio. Aparte de verse privado de la gloria de morar con el Huésped divino, se verá aplastado miserablemente bajo sus propias ruinas.

¿POR QUÉ ES NOCIVA LA VECINDAD DE LOS PADRES?

VII. GERMÁN. Es un precepto muy laudable recomendar los trabajos que puedan realizarse en el interior de la celda. Además de tu ejemplo, que se funda en la imitación de las virtudes apostólicas, el testimonio de nuestra propia experiencia nos ha enseñado las ventajas que encierra esta conducta.

Pero no comprendemos por qué motivo debemos nosotros evitar con tanto cuidado la vecindad de los padres, cuando vosotros, al parecer, no la habéis rehusado con demasiado escrúpulo. Procedas sin tacha por la senda de la perfección y, sin embargo, residís en vuestra propia patria. Y no podemos menos de observar que muchos habéis afincado cerca de vuestros caseríos. Si esto no es nocivo a vosotros, ¿por qué estimarlo pernicioso para nuestra vida de perfección?

VIII. ABRAHAM. A veces se da el caso de que se toma mal ejemplo de un hecho que, por otra parte, es bueno. Los hay que, llevados de la presunción, se empeñan en realizar las mismas obras que su prójimo. Pero no se dan cuenta de que no están animados de los mismos sentimientos y propósitos, y mucho menos de la misma virtud. Por eso, lo que ha sido bueno para otros, les envolverá a ellos en las redes del error y de la muerte.

No es dudoso que tal hubiese sucedido al belicoso joven David en su lucha contra el gigante Goliat si se hubiera revestido de la pesada armadura de Saúl, apta únicamente para un hombre ya formado. Con esta armadura, una edad más robusta hubiera humillado hasta el polvo a batallones enteros, pero el adolescente David hubiera hallado en ella su propia perdición. No obstante, gracias a su prudente discreción, supo escoger las armas que convenían a su mocedad. Y así, para enfrentarse a su temible adversario, no echó mano de la coraza y el escudo con que los demás iban armados, sino que tomó sencillamente los dardos con los cuales se sentía capaz de luchar.

De aquí que cada cual debe considerar antes atentamente la medida de sus fuerzas y, según estas, abrazar el género de vida que guste. Y es que, aunque todas las vocaciones sean buenas, no todas se acomodan indistintamente a todos. La anacoresis es óptima, pero no la juzgamos idónea para todo género de monjes. La experiencia enseña cuán infructuosa e incluso funesta es para muchos. No dudamos en afirmar que el estilo de vida cenobítica y el cuidado de los hermanos son con razón cosas santas y dignas de elogio. Pero no vayamos a creer que todo el mundo debe conformarse con esa vida. Asimismo, la obra de los hospitales reporta ubérrimos frutos de santidad, pero no todos pueden consagrarse indiferentemente a ella sin detrimento de su paciencia.

En primer lugar, comparad las costumbres que están en vigor en vuestro país con las que están en uso en el nuestro. Considerad luego el grado de fortaleza moral de sus respectivos habitantes, que es lo que nos revela su asiduidad en la consecución de la virtud o su sujeción al vicio. Lo que es duro e insoportable para una persona de una determinada región, para otros ha venido a constituir una segunda naturaleza, merced a una predisposición de su alma. Hay pueblos que, a pesar de la gran diversidad de clima, logran soportar, sin necesidad de cubrirse con vestidos, tanto el rigor extremo del frío como el ardor abrasador del sol. Pero los que no están habituados a esta inclemencia atmosférica son incapaces de resistir estas temperaturas excesivas por más robustos que sean.

Otro tanto sucede con vosotros. Empleáis toda vuestra energía física y moral para combatir en muchos aspectos lo que es congénito al natural que habéis heredado de vuestra patria. Pero reparad con diligencia si en vuestras regiones envaradas —como pregonaba la fama— y como congeladas por el frío de una excesiva infidelidad es posible soportar esta especie de desnudez que advertís aquí. Y es que en nuestras provincias la vetustez de la vida monástica ha vuelto en cierta manera natural este vigor en el santo propósito. Si descubris en vosotros una constancia pareja y una virtud igual, no hay motivo para que rehuyáis la vecindad de vuestros padres y hermanos.

IX. Es mi deseo ofreceros una norma segura que os ayude a tener una idea cabal de lo que pueden vuestras fuerzas. Para ello voy a contaros brevemente una historia, cuyo protagonista fue un anciano llamado Apolo[17].

Si después de penetrar hasta el fondo de vuestro corazón podéis sinceramente asegurar que no sois inferiores al propósito ni a la virtud de este anciano, será indiferente que prefiráis ir a morar a vuestra patria junto a vuestros padres. Ello no será en menoscabo de vuestro ideal ni supondrá un peligro para vuestra profesión. Podéis abrigar la confianza de que la austera bajeza de nuestra vida, a la cual os habéis obligado por propia voluntad y por la necesidad de vuestro peregrinar, no sufrirá merma alguna al contacto de las afecciones de familia o con el atractivo del lugar.

Al filo de la media noche, el hermano del anciano de que os hablo vino a verle. Entre gemidos, le dijo que un buey se le había atascado en un barrizal, y le suplicó saliera por breve tiempo de su monasterio para que le ayudara a sacar el animal, pues le sería imposible hacerlo él solo.

Apolo le replicó: «¿Por qué no se lo has pedido a nuestro hermano menor, que está más cerca que yo en tu camino?». El otro pensó para sí: «Este se ha olvidado de que nuestro hermano murió y ha tiempo que fue enterrado». Su rígida abstinencia y la soledad le han hecho perder la memoria». Y contestó: «¿Cómo iba yo a llamar de su tumba a un hombre que hace quince años está muerto?».

El abad Apolo: «Pero ¿es que ignoras que yo también hace veinte años que estoy muerto al mundo, y que de la tumba de esta celda no puedo servirte de ayuda en lo que concierne a la vida presente? ¿Acaso Cristo me permitiría la más insignificante tregua en la vida de mortificación que he abrazado para ayudarte a sacar tu buey? Él, que no ha concedido un instante para ir a sepultar al propio padre —oficio, por otra parte, más urgente, más digno y más religioso—, ¿consentirá esto?».

Y ahora escudriñad los arcanos de vuestro corazón y sopesad con prudencia si sois capaces de ser fieles, junto a los vuestros, a tal austeridad. Si os podéis comparar con este anciano por la mortificación interior, tened la seguridad de que la cercanía de vuestros padres y hermanos no os será nociva. Aunque viváis junto a ellos, es consideraréis siempre como muertos. No os sentiréis perplejos ante la alternativa de socorrerles, ni los servicios que podáis prestarles serán parte para relajaros.

SI ES PERNICIOSO AL MONJE QUE SUS PADRES LE PROVEAN DE TODO

X. GERMÁN. No dejas sobre el particular lugar a duda. Estamos persuadidos de que nosotros no podríamos, viviendo cerca de nuestros padres, vestimos miserablemente ni ir siempre descalzos, como hacemos aquí. No tendríamos que preocuparnos tanto para subvenir a los menesteres de la vida, como sucede, por ejemplo, aquí, en que hay que llevar el agua todos los días a cuestras a una distancia de tres millas. La propia vergüenza y el temor de sonrojarles nos impediría obrar de tal suerte ante sus ojos.

Pero ¿qué obstáculo podría oponerse a nuestros propósitos, si, por su amable condescendencia, libres de la solicitud de proveemos de alimento, nos entregamos

enteramente a la lectura y a la plegaria? Suprimiendo este trabajo que es motivo de distracción y podríamos aplicarnos con más ardor y exclusivamente a los ejercicios espirituales.

XI. ABRAHAM. No voy a exponeros mi juicio personal, sino el del venerable abad Antonio.

Había un hermano que era víctima de esa desidia de que habéis hablado. Las palabras con que el abad confundió al hermano por su ignavia riman de tal suerte con el problema que habéis planteado, que nos vienen como de molde para solucionarlo.

Sucedió que un día se le presentó cierto monje, echándole en rostro que la disciplina anacorética no era acreedora a tanta admiración. Que ofrecía garantías de más acendrada virtud practicar la perfección en medio de los hombres que no en el desierto.

Por toda respuesta, le preguntó el venerable Antonio, donde vivía. El otro le replicó que junto a sus, padres, y que, gracias a sus atenciones, no le hacía falta nada, y por lo mismo estaba libre de todo el cuidado e inquietud que lleva consigo el trabajo cotidiano. «De este modo, prosiguió con cierto aire altanero, puedo consagrarme sin tregua a la oración, ajeno a toda intranquilidad de espíritu».

Y de nuevo, el abad Antonio: «Muy bien, hijo; pero dime: en las desgracias y reveses que ellos experimentan, ¿no sientes insinuarse en ti la tristeza? Y, a la inversa, su prosperidad, ¿no llega a colmarte de su misma alegría?». El hermano no pudo menos de confesar que sentía como propio todo el mal y todo el bien que ellos sufrían. «Pues ten por cierto —replicó con viveza el anciano— que en el siglo venidero serás contado entre aquellos con quienes ahora has compartido las ganancias y las pérdidas, las alegrías y las amarguras».

En seguida, como si no bastara la admonición, el abad Antonio siguió diciendo: «No es este solo el perjuicio a que te lleva la gran tibieza en que vives, y que, hoy por hoy, crees que no hace mella en ti. De tal suerte que tu conducta parece la de los Proverbios: «Me han pegado y no me ha dolido», me han pisoteado y no lo he sentido»[18]. O esta otra de Oseas: «Los extraños devoran su sustancia sin que él se dé cuenta»[19]. Este inconveniente no por eso deja de ser menos nocivo, ya que tu alma flota a merced de los acontecimientos más dispares y se ve indefectiblemente inmersa en los efectos terrenos.

Pero no es tampoco este el único mal. Te priva además del fruto de tus manos y de la justa recompensa de tu trabajo personal. Sustentado por las liberalidades de tus padres, no tienes por qué proveer con tu actividad a tu subsistencia como lo establece la regla del santo Apóstol. He aquí lo que dice al dar sus postreras recomendaciones a los jefes de la Iglesia de Efeso. Les recuerda que en medio de los trabajos apostólicos de la predicación evangélica no cesó de proveer a su mantenimiento y al de los compañeros que compartieron con él el ministerio y que, por lo mismo, estaban impedidos de atender a ello: «Vosotros sabéis que a mis necesidades y a las de los que me acompañan han suministrado estas manos»[20]. Y para mostrar que lo hacía con miras a darnos ejemplo, añade en otro lugar: «No hemos vivido entre vosotros en ociosidad ni de balde comimos el pan de nadie, sino que con afán y con fatiga trabajamos día y noche para no ser

gravosos a ninguno de vosotros. Y no porque no tuviéramos derecho, sino porque queríamos daros un ejemplo que imitar»[21].

xii. Aun cuando no nos hubiera faltado la asistencia de nuestros padres, no obstante, hemos estimado sobre todas las riquezas la desnudez que nos rodea. Antes que poner toda nuestra confianza en su asistencia, hemos preferido ganar a pulso con el propio sudor el alimento diario. Es mucha la laboriosidad que exige esta penuria, pero la reputamos superior a la vacua meditación de las Escrituras y a las fugaces lecturas que con tanto celo encomias.

De buen grado hubiésemos seguido tu práctica si el ejemplo de los apóstoles y las enseñanzas de los ancianos nos hubiesen aleccionado que era más útil proceder así. Pero ten presente el otro inconveniente que esto tiene, tan grave como el que acabamos de enunciar. El dinero ajeno ha de servir para sustentarte a ti, que gozas de una salud y robustez de cuerpo envidiables, cuando en rigor esta conducta solo conviene a personas de complexión débil.

En verdad, salvo aquel género de monjes que siguiendo el precepto apostólico viven del trabajo de sus manos, todos los hombres viven al amparo de la caridad ajena[22]. No solamente los que se glorían de vivir a expensas de sus padres, del trabajo de su servidumbre o del fruto de sus posesiones, sino también los mismos reyes son acreedores de su sustento a la limosna.

El parecer de nuestros antepasados es que todo lo que en nuestro consumo diario no proviene del trabajo de nuestras manos hay que anotarlo en el haber de la caridad. Que es lo mismo que enseña el Apóstol cuando prohíbe a los ociosos recibir toda asistencia de la liberalidad de los demás: «El que no quiera trabajar, que no coma»[23]. Hasta aquí las palabras del santo abad Antonio en respuesta a este hermano.

Este ejemplo nos enseña a huir las perniciosas blandicias de nuestros padres y de todos los que con su caridad se prestan a facilitarnos lo necesario, como también los atractivos de urna regalada mansión. Nos muestra asimismo cómo hay que posponer las riquezas de este mundo a los arenales desapacibles, de suyo amargos y estériles, a las regiones agostadas por las inundaciones y sobre las cuales el hombre se siente incapaz de ejercer ningún derecho ni dominio. Y ello —desde luego— con miras a declinar, por el retiro inaccesible, la presencia de las gentes. Pero hay otra razón de peso: y es que la fecundidad de la tierra no nos lleve a prestar un cultivo que nos absorba hasta el punto de que el alma se decante de su principal objetivo, y se vea condenada así a una completa inanidad espiritual.

FÁBULA DEL BARBERO IDEADA POR EL ABAD MACARIO

XIII. La perspectiva de salvar a otros y la esperanza de un mayor lucro espiritual os hace desear el regreso a vuestra patria. Pues bien: oíd sobre el particular una fábula del abad Macario traída a colación con no menos grada que destreza. La explicó hace ya tiempo a cierto hermano que estaba agitado por semejantes deseos, a fin de proporcionarle remedio a sus males.

Vivía —dijo— en cierta aldea un barbero muy hábil. Por solo tres monedas de cobre rasuraba a sus clientes. Insignificante y mísero era en verdad su salario. Mas él podía ingresar cada día en su bolsa cien denarios, después de haberse reservado lo que había menester para su sostenimiento.

El caso es que mientras iba atesorando sin cesar se enteró de que en una población lejana los barberos percibían una moneda de oro por servicio. Ante tal novedad, se dijo para sí: «¿Hasta cuándo me daré por satisfecho con este oficio de mendigo? ¡Tanto esfuerzo por ganar tres denarios, cuando con solo trasladarme allí podría ganar lo suficiente para hacerme una fortuna!».

Al instante toma los instrumentos de su arte. Gasta en el viaje todo cuanto había economizado en largo tiempo, y con gran fatiga llega por fin a la ciudad opulenta, y desde el primer día empieza a ejercer su oficio. Recibió de cada uno la cantidad estipulada. Al atardecer, con la alegría de ver la bolsa bien repleta, se dirigió al mercado con el propósito de comprar lo necesario para su refección. Muy pronto se da cuenta de que todo lo que compra está a unos precios exorbitantes. Y después de gastar por una mísera cena todo el dinero que había ganado, váyase a su casa sin un centavo.

Al advertir que todo su sueldo desaparecía rápidamente y que no solo no podía ahorrar alguna cosa, pero ni siquiera le era fácil subvenir a su sustento diario, comenzó a decirse para sí: «Me volveré a mi pueblo y reanudaré allí mi trabajo, contentándome con la exigua ganancia de antes. Porque, a pesar de todo, podía atender con largueza a mi manutención, y con los ahorros que hacía, reunía un pequeño capital para mi vejez. Estos ahorros, aunque en apariencia insignificantes, eran a la larga una apreciable suma. Por lo mismo, sacaba más provecho entonces con mis denarios de cobre que ahora con mis sueldos de oro; pues de estos mal puedo sustraer algo para el ahorro, ya que no me bastan siquiera para mis necesidades».

La moraleja es clara: lo mejor para nosotros es ir sin descanso tras la exigua ganancia que nos reporta la soledad. Los desvelos y cuidados del siglo, la altivez de la vanidad no pueden socavarla; la solicitud por el pan de cada día no logra mermarla en lo más mínimo. Razón sobrada tiene el adagio del salmista: «Mejor le es al justo lo poco que la gran opulencia de los impíos»[24]. Nos ciega la ilusión de un mayor provecho. Pero en realidad, aun concediendo que llegáramos a ello merced a múltiples conversiones, la vida que lleva el mundo y las distracciones diarias son suficientes para volatilizarlo todo. «Es mejor, según sentencia Salomón, una sola mano llena en reposo que las dos llenas en trabajo y en vana presunción»[25].

Sin embargo, los débiles viven implicados en estas engañosas ilusiones y dispendios. Tienen un concepto erróneo de su propia salud, cuando de hecho tienen todavía necesidad de formarse bajo el magisterio y dirección ajenos. Se comprende que el demonio se sirva de ello para engatusarlos con sus artificios e incitarles a convertir y gobernar a los demás. Y claro está: aunque logren algún provecho atrayendo a sí a muchos, con todo su impaciencia y la ligereza de sus costumbres no tardarán en malograr todo el fruto de sus actividades.

Les sucederá lo que dice el profeta Ageo: «El que atesora mercedes echa su ganancia en saco roto»[26]. La frase entraña una gran verdad, porque equivale a meter la propia ganancia en una bolsa agujereada cuando por mor de la intemperancia del corazón y de la continua distensión del espíritu se echa a perder lo que parecía haberse adquirido con la conversión de otro. Por último, no se dan cuenta que mientras imaginan atesorar frutos instruyendo a los demás, queda en suspenso la obra de su reforma personal. Pues «hay quien se las da de rico y no tiene nada, y quien teniendo mucho vive humildemente»[27]. Y: «Mejor está el hombre oscuro que tiene que comer que el presuntuoso que carece de pan»[28].

¿DE DÓNDE PROVIENE QUE IRRUMPAN EN NOSOTROS TALES IDEAS?

XIV. GERMÁN. Tus palabras han puesto de manifiesto las ilusiones que nos perturban, gracias a esta alegoría tan oportuna. Nos gustaría conocer ahora las causas y los remedios. Y desearíamos asimismo nos enseñaras de dónde provino este engaño. Es evidente que nadie puede recetar la medicina a un enfermo, sino el que con anticipación ha revelado el origen de sus dolencias.

XV. ABRAHAM. Todos los vicios brotan de una misma fuente y principio. Pero habida cuenta de la parte o, si se me permite, del miembro que está viciado en el alma, se les denomina con los diversos vocablos de las pasiones y enfermedades espirituales.

Un hecho análogo advertimos en las afecciones corporales. Aunque su causa sea única, no por eso deja de diversificarse en las enfermedades más dispares, según el miembro a que afectan. Si el humor maligno interesa la cabeza, que viene a ser como la ciudadela del cuerpo, degenera en la enfermedad de la cefalalgia. Si invade los oídos o los ojos, se convierte en el morbo de la otalgia o la oftalmía. Si alcanza las articulaciones o las extremidades de las manos, se da la enfermedad articular o quiragra. Si fluye hasta la extremidad de los pies, la afección toma otro nombre, llamándose podagra. Un mismo principio de humor maligno se distingue con tantos vocablos como partes o miembros afectados.

Ahora bien: si de las cosas visibles damos un paso a las invisibles, es indudable que la energía de cada vicio se afina también en las diferentes partes y, si cabe la expresión, en los distintos miembros del alma.

Los sabios distinguen tres facultades: la racional, la irascible y la concupiscible. Siempre que el mal irrumpa en nosotros, una u otra facultad sufrirá necesariamente alguna perturbación. En el instante que la pasión malvada conmueve alguna de estas potencias, según la alteración que origine, determinará al vicio su nombre particular. Si esta peste infecta la facultad racional, se engendra la vanagloria, la altivez, la soberbia, la presunción, la contienda. Si asedia la parte irascible, brota el furor, la impaciencia, la tristeza, la acedia, la pusilanimidad, la crueldad. Si corrompe la concupiscencia, germina la gula, la impureza, el amor al dinero, la avaricia, los deseos nocivos y mundanos.

xvi. Ahora bien: si queréis conocer cuál es la fuente y el origen de este vicio que os domina, sabed, por lo pronto, que la porción corrompida de vuestra alma y espíritu es la racional. Es en ella, en efecto, donde suelen pulular los vicios de la presunción y de la vanagloria. Por tanto, es menester emplear como lenitivo para con esta facultad principal del alma el juicio de la recta discreción y la virtud de la humildad.

Porque la señal evidente de que esa potencia está viciada es el ademán petulante de la vanagloria, que os hace resbalar hacia esas fútiles divagaciones que me habéis manifestado. Digo esa creencia que ha arraigado en vosotros de que no solo habéis alcanzado el vértice de la perfección, sino también de que podéis enseñar a otros y os juzgáis capaces de formar a los demás.

Os será fácil sustraeros a todas esas frivolidades una vez estéis cimentados —como acabo de decir— en una humilde y verdadera discreción. Cuando os sintáis agujoneados por la contrición os daréis cuenta de la laboriosidad y esfuerzo que supone el salvar la propia alma. Se afianzará en vosotros la profunda convicción de que, lejos de poder enseñar a los demás, tenéis todavía necesidad de la ayuda de un maestro.

xvii. Aplicad, por consiguiente, al miembro o a la parte de vuestra alma particularmente afectada el remedio de la humildad. Es notorio que esta facultad, según todas las probabilidades, por lo mismo que es más débil que las demás, es la primera que sucumbirá al embate diabólico.

También aquí puede establecerse una cierta afinidad con lo que se advierte en el cuerpo humano. Cuando se ofrece una ocasión enojosa por exceso de fatiga o como consecuencia del aire corrompido, las partes más débiles de nuestro organismo son de sólo las más sensibles a la infección, cediendo a sus acometidas. Y cuando la enfermedad ha interesado ese miembro, propende a contagiar las demás partes todavía sanas.

Algo parecido ocurre con el alma. Cualquier hálito pestilencial que venga a cruzársele, le hará sucumbir, y para inocularse se servirá de aquella zona que, por ser más delicada, opone menos resistencia al ímpetu del enemigo. Con el consabido riesgo, por supuesto, de ser presa por allí mismo donde la guarda imprudente abre a la traición un acceso más fácil.

Tal es la forma como Balaam pronosticó se podía burlar al pueblo de Dios. Sabedor de la parte débil de los hijos de Israel, aconsejó tenderles por ese mismo lado la celada que había de seducirles. Estaba seguro de su caída inmediata con solo ofrecerles una ocasión de lujuria. Conocía muy bien que era el sector concupiscible de su alma el que ofrecía más evidentes señales de corrupción[29].

Este es el sistema que usa también la taimada malicia de las potestades espirituales para tentarnos. Enmarañan con sus falacias principalmente aquella porción del alma que advierten enferma. Ven, pongo por caso, que la facultad racional está viciada en nosotros, y tratan de engañarnos haciendo como hizo antaño el rey Acab contra los sirios. Así lo recuerda la Escritura: «Nosotros hemos oído que los reyes de la casa de Israel son reyes misericordiosos; vamos a vestirnos sacos sobre nuestros lomos y a ponernos sogas al cuello, e iremos al rey de Israel y le diremos: Tu siervo Benadad dice:

Déjame la vida»[30]. Y Acab, movido por el vano elogio de que era objeto, más que por una clemencia sincera, afirma: «Si todavía vive es mi hermano»[31].

De esta suerte, los demonios procuran inducirnos a error en la parte racional, a fin de instigarnos a ofender a Dios precisamente por donde abrigábamos la esperanza de obtener una recompensa y recibir el don de la piedad. Pero entonces oiremos la reprensión hecha a Acab: «Por haber dejado ir de tus manos al que yo había dado al anatema, tu vida responderá de la suya y tu pueblo de su pueblo»[32]. Igualmente, cuando el espíritu inmundo atestigua: «Yo iré, y seré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas»[33], tiende sus lazos a la razón por considerarla accesible a sus mortales infundios. Es lo que sucedió a Herodes. El astuto enemigo se valió de la porción irascible, que sabía más proclive al mal, para incitarle a aquel enorme infanticidio. Este enemigo común se había formado una idea parecida de Nuestro Señor. De ahí que le tentara por las tres potencias del alma, por las cuales todo el género humano deviene cautivo. No obstante, quedó frustrada toda su habilidad.

Atacó el flanco concupiscible al decir: «Di que estas piedras se conviertan en pan»[34]. El irascible, al inducirle a apetecer el poder de este mundo y los reinos caducos de la tierra. El racional al proponerle: «Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo»[35]. A pesar de todo, sus ilusiones caen en el vacío. Contrariamente a las conjeturas que se había formado, no encuentra nada en él de vicioso. El mismo Señor es quien lo testimonia de sí: «He aquí que viene el príncipe de este mundo, que en mí no tiene nada»[36].

HAY UNA ILUSIÓN DIABÓLICA QUE CONSISTE EN PROMETER EL DESCANSO EN UNA SOLEDAD MÁS VASTA

XVIII. GERMÁN. Diversas han sido las ilusiones y errores que hemos padecido de ver otra vez nuestra patria, acariciando —tal como tú con aguda mirada has reconocido— la vana esperanza de encontrar ventajas espirituales. Pero esto es lo que sobre todo nos inducía a ello: los hermanos que nos visitan de tarde en tarde impiden que nos ocultemos, como sería nuestro deseo, en un retiro continuo y en un prolongado silencio. Además, nos vemos obligados, cuando viene alguno de ellos, a quebrantar nuestra abstinencia cotidiana y a abandonar la medida que adoptamos. Nuestro deseo, en cambio, sería guardar fidelidad a esta vida castigando nuestro cuerpo. Estamos persuadidos de que esto no sucedería en nuestra provincia, donde no hay nadie, o casi nadie, que siga nuestra profesión.

XIX. ABRAHAM. El no querer ser visitado por nadie arguye un rigor rayano en el desatino o la sinrazón. Mejor dicho: es indicio de una excesiva tibieza. Cuando alguien avanza con paso demasiado lento por la senda que ha emprendido, y el hombre viejo continúa morando en él, es muy justo que nadie vaya a visitarle, no solo de entre los santos, pero ni siquiera del común de las gentes[37].

Por lo que toca a vosotros, si os anima un amor sincero y perfecto por Cristo y seguís a Dios, que es caridad[38], por más que huyáis a lugares solitarios, inevitablemente irán

los hombres a buscarlos. Porque cuanto más el ardor urente del divino amor os acerque a Dios, mayor será la multitud que afluirá a vosotros. Así lo sentencia Cristo: «Una ciudad situada sobre una montaña no puede ser escondida»[39]. Y aun dice el Señor: «Honraré a los que me aman y despreciaré a los que me desprecian»[40]. No hay que perder de vista que el ardid más sutil del demonio, la trampa más disimulada en la que aprisiona a los mezquinos e incautos consiste en arrebatarnos lo ordinario mientras les promete lo extraordinario del progreso. Les persuade que deberían buscar más abstrusas y vastas soledades, pintándoselas en su imaginación ornadas de los atractivos más halagadores. Más aún: les deslumbra con el espejismo de lugares ignorados, inexistentes, y ellos los ven como si los conocieran; se los imaginan acogedores, y no tienen dificultad alguna en tomar posesión de ellos. En lo que mira a los habitantes, se los presenta tratables, y fáciles de conducir por el camino de la salvación.

Y así, el alma fluctuando a merced de estas promesas, tiene la esperanza de recoger allí más copiosos frutos. Y no se da cuenta que se le entretiene en cosas irreales, al paso que se le arrebatara el provecho de lo presente. Si el monje presta oídos a esta vana esperanza, pronto se verá separado de la sociedad de los ancianos. Por lo demás, todas las ilusiones que se había ido forjando en su corazón se le esfumarán como un soplo. Cual si despertara de un profundo sopor, no encontrará después nada de lo que había soñado.

Las exigencias de la vida se han acrecentado y lazos inextricables lo tienen aprisionado como en una red. Y el demonio no le deja un momento siquiera para pensar en los bienes que se había prometido. Ha renunciado a las visitas, tan raras como penetradas de espíritu sobrenatural, que le hacían los hermanos, para engolfarse en el trajín de visitas de seglares. Nunca encontrará —ni en un grado mediocre— la calma y regularidad de la vida monástica.

XX. Por lo demás, es una agradable tregua la que nos proporciona de vez en cuando la hospitalidad con ocasión de la visita de un hermano. En lugar de considerarla como una importunidad que hay que rehuir, debemos mirarla como un bien útil y saludable, tanto al cuerpo como al espíritu. Prestad atención a lo que os voy a decir. Sucede muy a menudo no solo a los novicios y a los débiles, sino incluso a los muy experimentados y consumados en la perfección que, si el cambio no le proporciona algún relajamiento a su espíritu, siempre tenso por los pensamientos serios, caen en la tibieza. Ni faltan casos en que una perniciosa enfermedad acaba por minar su cuerpo. Por eso los solitarios prudentes y perfectos, a más de soportar con paciencia las frecuentes visitas de los hermanos, se esfuerzan en recibirlos con alegría.

Por de pronto, tales visitas nos hacen desear con mayor avidez el secreto de la soledad. Aunque parezcan obstaculizar nuestra carrera, en realidad sirven de salvaguarda a su monótona continuidad. Porque si no se interpone ningún obstáculo que la atenúe, nos sería imposible conservar hasta el fin con la misma tónica el ritmo de nuestra constancia.

Y es que además del fruto de la hospitalidad que indulgentemente nos granjean nuestros hermanos, proporcionan a nuestro pobre cuerpo una refección necesaria. Aun

ofreciendo al cuerpo una agradable laxitud, nos brindan mayores ganancias que las que hubiéramos conseguido perseverando en una abstinencia sin descanso.

Y a propósito de esto voy a exponeros brevemente una comparación, a mi juicio muy oportuna. El hecho es antiguo y divulgado.

XXI. Cuéntase que el evangelista san Juan acariciaba apaciblemente una perdiz. De pronto ve venir hacia él cierto filósofo con el aparejo de cazador. Este se maravilla de que un varón que gozaba de tanta reputación se entretuviera en cosas insignificantes y de tan poco relieve.

«¿Eres tú —le dice— ese Juan cuya insigne fama y celebridad había suscitado en mí tan gran deseo de conocerte? ¿Por qué, pues, te entretienes en tan fútiles diversiones?

Por toda respuesta le dijo san Juan: ¿Qué es esto que llevas en la mano? Un arco —respondió el otro—. Y ¿por qué no lo llevas siempre tenso? No conviene —replicó el filósofo—, porque a fuerza de estar curvado la tensión le enervaría y se echaría a perder. Así, cuando fuera necesario lanzar un disparo más potente contra alguna fiera, por haber perdido su fuerza debido a la continua rigidez, el tiro no partiría ya con la violencia necesaria.

Pues bien —concluyó el Apóstol—, no te admire tampoco, joven, que yo conceda a mi espíritu este inocente y breve esparcimiento. Si de vez en cuando no le permitiese descansar de su tensión concediéndole algún solaz, la misma continuidad del esfuerzo le ablandaría, y no podría obedecer cuando fuera necesario a las solicitudes del espíritu».

CÓMO HAY QUE ENTENDER ESTA SENTENCIA DEL EVANGELIO: «MI YUGO ES SUAVE Y MI CARGA LIGERA»

XXII. GERMÁN. Puesto que nos has proporcionado remedio a todas nuestras ilusiones, y gradas al Señor tu doctrina ha descubierto las insidias diabólicas que nos agitaban, te suplicamos todavía nos expliques lo que se nos dice en el Evangelio: «Mi yugo es suave y mi carga ligera»[41]. Estas palabras parecen contradecir la sentencia profética que dice así: «He seguido los caminos difíciles, conforme a las palabras de tus labios»[42]. Tanto más cuanto que el Apóstol afirma: «Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones»[43]. Y no hay duda de que todo aquello que es duro y está lleno de persecuciones en modo alguno puede ser leve y suave.

XXIII. ABRAHAM. La parábola de Nuestro Salvador es de todo punto verdadera. El testimonio de la experiencia nos da una prueba fehaciente. Basta para ello entrar en el, camino de la perfección de la manera que conviene y según el querer de Cristo; mortificar todos nuestros deseos y podar nuestras malas voluntades; no permitir en nosotros la posesión de los bienes de este mundo, lo que daría pábulo al demonio para vejarnos a su gusto; más aún: comprender que no somos maestros de nosotros mismos, haciendo nuestro con toda verdad el oráculo de san Pablo: «No soy yo quien vivo, sino que es Cristo que vive en mí»[44].

¿Qué puede haber de penoso o duro para aquel que abraza con todo el ardor de su alma el yugo del Señor, y firme en la verdadera humildad, con la mirada fija en los sufrimientos de Cristo, se alegra en medio de todas las injurias: «Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias, por Cristo; pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte»?[45] ¿Qué atentado a su patrimonio hará sufrir a aquel que, glorioso por su perfecta desnudez, ha rechazado voluntariamente por Cristo todas las pompas de este mundo, y mira todas sus concupiscencias como inmundicia, con el fin de ganar a Cristo[46], que desprecia y aparta de su corazón toda la congoja que podía darle la pérdida de sus bienes, por la continua meditación de este precepto evangélico?: «¿Qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde el alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?»[47].

¿Qué privación podrá entristecer hondamente a aquel que reconoce que todo lo que los otros pueden arrebatarse no le pertenece y protesta con valentía: «Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él»?[48].

¿Qué indigencia podrá abatir la fuerza de un hombre que no quiere llevar alforja para el camino, ni dinero en su cinto, ni túnica[49] que le proteja de la intemperie, sino que con el Apóstol se gloria en ayunos frecuentes, en hambre y sed, en frío y desnudez?[50].

¿Qué trabajo, qué orden, por ardua que sea, de su anciano podrá turbar la tranquilidad del corazón de quien, no teniendo voluntad propia, va adelante en todo cuanto se le ha mandado no solo con paciencia, sino inundado de alegría; que a ejemplo de nuestro Salvador, no busca hacer su voluntad, sino la del Padre, diciéndole él mismo a este su Padre: «No se haga como yo quiero, sino como quieres tú»?[51].

¿Qué injurias y persecuciones podrán desconcertar, o por mejor decir, qué suplicio no será capaz de regocijar a aquel que en medio de los azotes exulta sin cesar con los apóstoles y ansia ser juzgado digno de sufrir oprobios por el nombre de Cristo?[52].

XXIV. Si, al contrario, el yugo de Cristo no nos parece ligero ni suave, es justo que lo atribuyamos a nuestra miseria. La difidencia y la incredulidad nos envilecen. Y entonces por una sinrazón luchamos contra el consejo que dice: «Si quieres ser perfecto, ve, vende —o abandona— cuanto tienes, y ven y sígueme»[53]. Es decir, que queremos conservar los bienes de la tierra. De ahí las innumerables cadenas con que el demonio nos tiene presos. En consecuencia, cuando le plazca separamos de las alegrías espirituales, nos contristarán con alguna disminución de nuestro haber o la privación total del mismo. Pues su aguda sagacidad tiende a este fin: cuando nuestra codicia viciosa nos habrá convertido en pesado el yugo del Salvador y lo llevadero de su carga, gravados con las riquezas que reservamos para nuestro descanso y consolación, nos torturará sin cesar con el azote de los cuidados terrenos, tomando de nosotros mismos ocasión de lacerarnos. Y es que «todo impío queda cogido en el lazo de su culpa»[54]. Y el profeta le dice: «Todos los que estáis encendiendo un fuego y preparando saetas encendidas, arrojaos a las llamas de vuestro fuego sobre las saetas que prendéis»[55]. Y Salomón atestigua, asimismo: «Por donde uno peca, por ahí es atormentado»[56].

Los mismos placeres que amamos constituyen en sí mismos nuestro tormento. Los

goces y delicias de nuestro cuerpo se vuelven contra nosotros como verdugos. Quien se apoya sobre sus bienes de otro tiempo no llegará ni a la íntegra humildad de corazón ni a la perfecta mortificación de los placeres malsanos.

Ahora bien, si por un lado es cierto que, gracias a estas virtudes, pueden soportarse no ya solo con gran paciencia, sino también con la más viva alegría, las angustias de la vida presente y las pérdidas que el enemigo puede infligirnos, no es menos notorio que su ausencia alimenta en nosotros una perniciosa altivez; de modo que la más leve injuria nos hiere con los dardos mortales de la impaciencia. Por eso el profeta Jeremías nos dirige estas palabras: «Y ahora, ¿qué es lo que buscas, camino de Egipto? ¿Beber aguas turbidas? ¿Qué es lo que buscas, camino de Asiria? ¿Beber aguas del río? Sírvente de castigo tus perversidades, y de escarmiento tus apostasías. Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para ti haberte apartado del Señor, tu Dios, y haber perdido mi temor, dice el Señor»[57].

Si encontramos amarga la admirable suavidad del yugo del Señor, ¿no será porque la corrompe la amargura de nuestra aversión? Si la jocunda ligereza de la carga divina nos es tan pesada, ¿no será porque, llevados de una orgullosa presunción, despreciamos a aquel que nos ayuda a llevarla? Así lo testimonia la Escritura: «Si proceden por la senda recta, hallarán suaves los caminos de la justicia»[58].

Somos nosotros, repito, los que volvemos ásperos con los guijarros de nuestros deseos los rectos y fáciles senderos del Señor. Somos nosotros quienes nos apartamos del camino real empedrado con las rocas apostólicas y proféticas, y nivelado por las huellas de los apóstoles y del mismo Señor. Preferimos seguir los caminos torcidos y cubiertos de matorrales. Con los ojos vendados vamos tras el encanto de los placeres de aquí abajo, arrastrándonos por esas sendas oscuras y obstruidas por las zarzas de los vicios. Y no importa que se lastimen nuestros pies ni que nuestra vestidura nupcial quede hecha jirones. Procedemos cual si estuviéramos destinados a ser pábulo de las espinas, de las serpientes y de los escorpiones que tienen allí sus guaridas. Porque escrito está: «Espinas y lazos hay en el camino del impío, el que teme al Señor se aleja de él»[59]. Y en otro lugar dice el Señor por labios del profeta: «Mi pueblo se ha olvidado de mí; ha ofrecido incienso a la vanidad, van de tropiezo en tropiezo por sus caminos, los senderos antiguos, siguiendo sendas extraviadas, camino no trillado»[60]. Pues «los caminos del perezoso —según dice Salomón— son setos de espinas, el sendero de los rectos es llano»[61].

Es claro que, al apartarnos del camino real, no llegaremos nunca a aquella metrópoli, hada donde deberíamos invariablemente dirigirnos sin descanso. El Eclesiastés expresa claramente esta verdad: «El trabajo al necio le fatiga, pues no sabe ni por dónde ir a la ciudad»[62], es decir, hasta aquella Jerusalén celeste «que es nuestra madre»[63].

Con signo inverso, todo el que, renunciando sinceramente a este mundo, toma sobre sí el yugo del Señor, y aprende de Él —que es manso y humilde de corazón—[64] a soportar diariamente las injurias, permanecerá constantemente inmóvil en medio de todas las tentaciones y «todo concurrirá a su bien»[65]. Efectivamente, según el profeta Abdías: «Las palabras de Dios están llenas de bondad para los que siguen el camino

recto»[66]. Y se ha dicho también: «Pues son del todo rectos los caminos del Señor, por ellos van los justos, pero los malvados perecerán»[67].

QUÉ UTILIDAD NOS REPORTAN LAS TENTACIONES

XXV. La gracia del Salvador, benigna para nosotros, nos depara, merced a la lucha contra las tentaciones, una mayor corona de gloria que si nos hubiera dispensado de semejantes combates. Aunque nos asedien persecuciones y pruebas, es una virtud más sublime y más excelente permanecer siempre inquebrantables y guardar hasta el fin, frente a toda adversidad, la misma confianza audaz en el favor divino; y asimismo afrontar los ataques de los hombres, ceñidos con la armadura de una virtud invencible, alcanzando un triunfo gloriosísimo sobre la impaciencia y conquistando la fuerza por medio de la debilidad, pues: «En la flaqueza llega al colmo el poder»[68]. Y el Señor ha dicho: «Desde hoy te hago como férrea columna y muro de bronce, para la tierra toda, para los reyes de Judá y sus grandes, para los sacerdotes y para todo su pueblo. Ellos te combatirán, pero no te podrán, porque yo estaré contigo para protegerte, palabra del Señor»[69].

Así, pues, según la enseñanza del Maestro, el camino real es suave y fácil, aunque en apariencia se le encuentre duro y áspero. Vosotros, siervos buenos y fieles, tomad sobre vosotros el yugo del Señor y aprended de Él, que es «manso y humilde de corazón»[70]. Entonces, deponiendo en cierta manera la sarcia de las pasiones terrenas, encontraréis, por el don de Dios, no el trabajo, sino el descanso para vuestras almas.

Él asevera por su profeta Jeremías: «Haced alto en el camino y ved. Preguntad por los caminos de antes: ¿Es esa la senda buena? Pues seguidla, y hallaréis; la paz para vuestras almas»[71]. Vosotros veréis al punto «cómo se os allanan las cuestas y se os nivelan los declives»[72]. Gustaréis y veréis «que el Señor es bueno»[73]. Ante la palabra de Cristo en el Evangelio: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré»[74], depondréis el peso abrumador de vuestros vicios. Luego comprenderéis las palabras que siguen: «Pues mi yugo es blando y mi carga ligera»[75].

En realidad, la senda del Señor es todo refrigerio, si se marcha por ella siguiendo su Ley. Somos nosotros quienes nos creamos dolores y tormentos por nuestras preocupaciones, siempre que preferimos seguir los caminos tortuosos de este siglo, incluso a trueque de peligros y dificultades.

Y tras haber hecho, por este motivo, pesado y duro el yugo del Señor, el espíritu de blasfemia nos lleva a lamentarnos de la dureza y aspereza del mismo yugo o de Cristo que nos lo impone, según aquello: «La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego acusa al Señor en su corazón»[76]. Y cuando digamos lo que se lee en el profeta Ageo: «El camino del Señor no es recto» el Señor responderá: «¿Que no es derecho mi camino? ¿No son más bien los vuestros los torcidos?»[77].

En efecto, si se quiere comparar la flor esplendente de la virginidad y el delicado perfume que exhala la pureza de la castidad con el barro asqueroso de los apetitos camales; el descanso y seguridad de los monjes con los peligros y desgracias en que se ven implicadas las gentes del mundo; la paz de nuestra pobreza con las tristezas

devoradoras y los cuidados siempre vigilantes que consumen noche y día a los ricos, con peligro de su propia vida, nos será sobremanera fácil comprobar que el yugo de Cristo es suavísimo y su carga muy ligera.

A LOS QUE RENUNCIAN PERFECTAMENTE SI LES PROMETE EL CÉNTUPLO EN ESTE MUNDO

XXVI. Solo en este sentido tan justo como verdadero, y en perfecto acuerdo con la fe, hay que entender la promesa hecha por el Señor a la perfecta renuncia de pagar el céntuplo ya en esta vida: «Y todo el que dejare hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o campos, por amor de mi nombre, recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna»[78].

«Muchos dan a estas palabras un sentido completamente torcido. Ello les da pie para afirmar que los santos gozarán durante un período de mil años de un retomo carnal de lo que han abandonado»[79]. Y colocando esta edad: después de la resurrección se ven obligados a confesar que no puede reconocerse en ella el siglo presente.

Cuánto más obvia y verdadera es nuestra opinión. Quienquiera que a la voz de Cristo desprecie cualquier afección o riqueza terrenas, sus hermanos en la vocación, que están unidos a él por un lazo espiritual, le retornarán en esta vida un amor cien veces más delicado. El amor que la alianza y la sangre crean aquí abajo entre los padres y los hijos, entre los hermanos, los esposos y los allegados es frágil y de poca duración. Cuando los hijos han crecido llega el momento en que son excluidos de la morada y de la fortuna paterna, aun cuando sean buenos y adictos. El vínculo conyugal se rompe a veces, incluso por motivos honestos. Se advierte en ocasiones cómo las disensiones y pleitos rompen el amor de los hermanos.

Solo los monjes perseveran hasta el fin en su estrecha unión y poseen todas las cosas en perfecta igualdad. Cada cual considera como propio lo que es de sus hermanos, y como perteneciendo a estos lo que es suyo. Si, pues, la belleza de semejante dilección, se compara con las afecciones que nacen de tales vínculos carnales, no admite duda que es cien veces más dulce y más sublime.

También la continencia dará a gustar una suavidad mucho mayor que la que reporta la unión sexual. Además, en lugar de la satisfacción de poseer un campo, una casa, ¡qué abundancia, qué céntuplo de riquezas y de gozo, cuando en virtud de la adopción de hijos poseeremos como un bien propio todo lo que es del Padre celestial! Entonces diremos con todo el afecto y fuerza de nuestra alma, a imitación de su Hijo verdadero: «Todo cuanto tiene el Padre es mío»[80].

Sin sombra alguna de preocupaciones y de las inquietudes de otro tiempo, con el corazón tranquilo y alegre, entraremos por todas partes como por nuestra propia casa. Cada día resonarán en nuestros oídos las palabras de san Pablo: «Todo es vuestro: el mundo, lo presente y lo futuro»[81]. Y las de Salomón: «Todo el mundo, con sus riquezas, pertenece al hombre fiel»[82].

Así la retribución céntuple se encuentra en la grandeza del mérito y en la incomparable diferencia de la calidad. Por un determinado peso de bronce, de hierro, o de cualquier vil metal, se os da un peso igual en oro. En realidad, esto es dar más del

céntuplo. Algo parecido sucede cuando por el desprecio de los apetitos y afecciones terrenas se nos da en cambio como paga la alegría espiritual y las delicias de la preciosísima caridad. Aunque el número sea el mismo, no impide que esta sea cien veces mayor y más deslumbrante.

Y para que lo que decimos sea más evidente a fuerza de repetirlo, imaginemos algunas hipótesis: cierto sujeto amaba a su esposa por pura concupiscencia[83]; ahora le ama en el honor de la santidad y la posee en la verdadera dilección de Cristo. Es la misma y única esposa, pero el precio del amor se ha centuplicado. Comparad también la turbación que lleva consigo la ira y el furor con la constante dulzura de la paciencia, el trasiego de los cuidados y de las preocupaciones con la paz del espíritu, la tristeza infructuosa y llena de sufrimientos del siglo presente con el fruto de la tristeza que opera la salud, la vanidad de las alegrías temporales con la fecundidad de los goces del alma. Una vez comparados estos bienes, distinguiréis claramente cuál tiene una retribución centuplicada.

Igualmente, si cotejáis la breve y huidiza voluptuosidad de los vicios con el mérito de la virtud opuesta, la dicha de esta resulta multiplicada; lo que prueba que el precio de la virtud es cien veces superior.

El número cien se obtiene al pasar de la mano izquierda a la derecha. Y aunque la figura formada por el cálculo de los dedos sea idéntica, sin embargo, la cantidad significada ha aumentado enormemente[84]. En la izquierda somos contados entre los cabritos; al pasar a la derecha adquirimos el rango de las ovejas.

Pero pasemos a considerar ahora la cantidad de aquellos bienes que Cristo nos ha restituido en este mundo por haber despreciado las ventajas temporales. El evangelio de san Marcos en especial nos lo especifica: «No hay nadie que, habiendo dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o campos, por amor de mí y del Evangelio, no reciba el céntuplo ahora en este tiempo en casas, hermanos, hermanas, madres e hijos y campos, con persecuciones, y la vida eterna en el siglo venidero»[85].

Quienquiera que renuncia, por el nombre de Cristo, al amor de un padre, de una madre, de un hijo para participar de la sincerísima dilección de todos los siervos de Cristo, recibe centuplicados los hermanos y los padres. Porque en vez de un solo padre, madre o hermano, se le deparan en adelante una multitud de ellos que le están adheridos por una afección más ardorosa y más elevada. Es enriquecido asimismo con la posesión multiplicada de casas y campos. El que había abandonado por amor de Cristo una sola morada, poseerá como propios innumerables monasterios. Y en cualquier parte del mundo entrará como si fuera el dueño.

¿Quién negará que recibe también el céntuplo —y si se nos permite corregir la palabra del Señor, más del céntuplo—, el que tras renunciar a los servicios poco seguros y forzados de diez o veinte esclavos se ve prevenido por los buenos oficios de tantas personas libres y de noble linaje? Que esto sea así, la propia experiencia os lo ha demostrado. Por unos padres o madres, por un hogar que habéis dejado, habéis encontrado en cualquier parte del mundo a donde os hayáis dirigido padres y madres y hermanos sin cuento. Habéis logrado, sin ningún trabajo ni-solicitud, casas, campos y

siervos muy fieles que os han acogido, os han amado, y que os han prodigado cuidados y veneración, como si fuerais sus propios dueños, con las mayores muestras de honor.

Más: únicamente los santos fruirán con justo título y sin duda de tales servicios. Porque solo ellos con voluntaria oblación lo han abandonado todo desde un principio, su persona y sus bienes, para el servicio de sus hermanos. Según la palabra del Señor, recibirán con largueza lo que ellos mismos han gastado para los demás[86]. Pero aquel que no lo habrá sacrificado todo por sus hermanos con sincera humildad, ¿cómo aceptará pacientemente el don de los demás? Sentirá que sus buenos oficios son para él una carga más bien que un consuelo, porque ha preferido más ser servido que servir.

Además, no procurará aprovecharse de todos estos bienes con remiso sosiego o inerte delectación, sino —según la palabra del Salvador— en medio de persecuciones. Es decir, entre las aflicciones de la vida presente y las angustias del sufrimiento. Porque como protesta el sabio: «Aquel que vive con suavidad y sin dolor permanecerá en la indigencia»[87].

No son los desidiosos, los apocados, los regalones, los lacios, sino los violentos los que se adjudican el reino de los cielos Y ¿quiénes son estos violentos? Los que infieren eficaz violencia no a los demás, sino a su propia voluntad. Los que mediante una laudable rapiña la despojan de todo placer por las cosas presentes. Tales son los que la voz del Señor proclama raptos egregios, y con esta rapiña penetran a la fuerza en el reino de Dios. «El reino de los cielos, dice el Señor, es entrado por fuerza, y los violentos lo arrebatan»[88].

En efecto, son violentos con gloria los que hacen violencia a su perdición. Se ha escrito: «El hombre, en medio del dolor, trabaja para sí, y se esfuerza por impedir su propia perdición»[89]. Nuestra perdición es el deleite de la vida presente, o hablando más claramente, el cumplimiento de nuestros deseos y voluntades. El que los aleja de su alma y los mortifica, atenta eficazmente contra su perdición, pues renuncia a lo que le es más caro.

Son asimismo nuestras propias voluntades lo que la palabra divina acusa repetidas veces por medio del profeta: «En el día del ayuno os vais tras vuestros deseos»[90]. Y aún: «Cuando te abstengas de profanar el sábado y de hacer tu voluntad en el día santo, y lo santifiques dejando tus negocios, los deseos que te ocupan y los discursos vanos»[91]. Luego, inmediatamente, añade la recompensa prometida al que obra de esta suerte: «Entonces será el Señor tu delicia y te llevará a las alturas de la tierra, y te hará gozar de la heredad de Jacob, tu padre, habla la boca del Señor»[92]. Y Nuestro Señor y Salvador, en su afán de darnos ejemplos de esta renuncia a la propia voluntad, afirma: «No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió»[93]. Y otra vez: «No se haga como yo quiero, sino como quieres tú»[94].

Especialmente practican esta virtud los que viviendo en los cenobios se rigen por la autoridad de un anciano. No hacen nada a impulsos de su propio querer, sino que su voluntad depende de la voluntad del abad.

Preguntémonos, en fin, como conclusión de esta conferencia: ¿por ventura los que sirven fielmente a Cristo no reciben en pago el ciento por uno, cuando los más altos

príncipes de la tierra los honran a causa de su nombre? Aunque ellos mismos no busquen la gloria humana, no obstante, devienen venerables a los jueces y poderosos incluso en las angustias de la persecución.

Tal vez la oscuridad de su nacimiento o su condición servil les hubiera hecho despreciables por su bajeza, inclusive ante las gentes de la clase media, caso de que hubieran permanecido en la vida secular. Pero la milicia de Cristo les ha ennoblecido. Y nadie osa promover críticas sobre su rango social, nadie se atreve a echarles en rostro la pequeñez de su origen.

Lo paradójico es que el hombre de vilísima condición, que se tiene en confusión y deshonor entre los demás hombres, encuentra entre los siervos de Cristo un nuevo título de nobleza y de gloria. Tal es el caso, que pudimos comprobar con evidencia del abad Juan[95], que vive en el desierto contiguo a la aldea de Lico. Nacido de padres muy humildes, el nombre de Cristo le ha granjeado admiración en casi todo el mundo. Los soberanos de la tierra, que detentan el imperio de las cosas humanas, y ante los cuales tiemblan los mismos poderosos y los reyes, le veneran como a su Señor. De lejanas tierras mandan mensajeros a oír sus oráculos y confían a sus plegarias la soberanía de su imperio, su vida y el éxito de sus batallas.

Tal fue la disertación del abad Abraham sobre el origen y remedio de nuestras ilusiones. Con ella nos ponía al descubierto el engaño que encerraban los pensamientos que nos había sugerido el demonio. Y al propio tiempo enardecía nuestros corazones con el deseo de la mortificación. Deseo que creo inflamará a muchos otros todavía, por más que estas cosas se hayan escrito con un estilo tan sencillo. Mis palabras vienen a ser como rescoldo que enceniza los pensamientos de fuego de tantos Padres eminentes, A pesar de ello estoy convencido de que muchos podrán recalentar su frialdad, si hacen lo posible por sacudir la ceniza de las palabras y reavivar la llama latente de los pensamientos.

No obstante, venerables hermanos, al poner a vuestro alcance este fuego que el Señor ha venido a traer sobre el haz de la tierra y que desea arda sin medida[96], no me ha movido el espíritu de presunción. Ni pretendo con esta aportación mía inflamar vuestro propósito tan ferviente ya. Mi única pretensión es que vuestra autoridad lo acreciente cerca de vuestros hijos, cuando verán confirmada por los preceptos de los más grandes y antiquísimos Padres la enseñanza que les dais no con palabras huera, sino con vuestro ejemplo viviente.

Y ahora solo me resta, después de haber sido zarandeado hasta aquí por la más peligrosa de las tormentas, que el aura espiritual de vuestra plegaria me acompañe hasta el segurísimo puerto del silencio.

- [1] Parece referirse al abad que *CASIANO* nos elogia en la *Col.* xv, 4 y 5, el cual, por la simplicidad e inocencia de su vida, mereció el sobrenombre de *παιδί*, esto es, niño.
- [2] En realidad, este número corresponde a las conferencias, pues los ancianos conferenciantes son únicamente quince.
- [3] *Apoc* iv, 4.
- [4] *Prov* xiii, 4. [LXX].
- [5] *Ibid.* xxi, 25.
- [6] *Lc* xiv, 26.
- [7] *Ier* xvii, 5 [LXX].
- [8] *Ps* cxlv, 2.
- [9] *I Cor* iii, 8.
- [10] *Lc* xvi, 25.
- [11] *Ier* xvii, 16.
- [12] *Lc* ix, 23.
- [13] *Hab* ii, 1 [LXX].
- [14] De este desierto se nos habló ya en las *Col.* iii, v y vii, 26. En él había vivido san Pablo el Ermitaño.
- [15] Cfr. *I Cor* iii, 10.
- [16] *Ps* xxv, 8.
- [17] De este abad se nos habla ya en la *Col.* ii, 13.
- [18] *Prov* xxiii, 35. [LXX].
- [19] *Os* vii, 9.
- [20] *Act* xx, 34.
- [21] *II Thes* iii, 7, 8.
- [22] «*Agapen alienae operationis*», dice el texto. *Casiano* toma la palabra ágape —que propiamente significa amor, dilección— en un sentido más lato: el socorro o ayuda que se presta a los demás. Para él «ágape vivere» equivale a vivir del trabajo ajeno, sustentarse de su limosna (*stipe*).
- [23] *II Thes* iii, 10.
- [24] *Ps* xxxvi, 16.
- [25] *Eccl* iv, 6. [LXX].
- [26] *Ag* i, 6. [LXX].
- [27] *Prov* xiii, 7. [LXX].
- [28] *Ibid.* xii, 9 [LXX].
- [29] Cfr. *Num* xxxi, 16, y xxv, 1-2.
- [30] *III Reg* xx, 31-32.
- [31] *Ibid.* 32.
- [32] *Ibid.* 42.
- [33] *Ibid.* xxii, 22.
- [34] *Mt* iv, 3.
- [35] *Ibid.* 6.
- [36] *Io* xiv, 30.
- [37] El que es negligente y perezoso en su vida espiritual, guardando todavía fidelidad a sus costumbres mundanas, no merece se le visite. Su ejemplo no es capaz de edificar a nadie.
- [38] Cfr. *I Io* iv, 16.
- [39] Cfr. *Mt* v, 14.
- [40] *I Reg* ii, 30. [LXX].
- [41] *Mt* xi, 30.
- [42] *Ps* xvi, 4.
- [43] *II Tim* iii, 12.
- [44] *Gal* ii, 20.
- [45] *II Cor* xii, 10.
- [46] Cfr. *Phil* iii, 8.
- [47] *Mt* xvi, 26.
- [48] *I Tim* vi, 7.
- [49] Cfr. *Mt* x, 9-10, y *Mc.*, vi, 8-9
- [50] Cfr. *II Cor* xi, 27.
- [51] *Mt* xxvi, 39.

- [52] Cfr. *Act* v, 41.
- [53] *Mt* xix, 21.
- [54] *Prov* v, 22. [LXX].
- [55] *Is* l, 11.
- [56] *Sap* xi, 17.
- [57] *Ier* ii, 18 s.
- [58] *Prov* ii, 20. [LXX].
- [59] *Ibid.* xxii, 5. [LXX].
- [60] *Ier* xviii, 15.
- [61] *Prov* xv, 19 [LXX].
- [62] *Eccl* x, 15. [LXX].
- [63] *Gal* iv, 26.
- [64] Cfr. *Mt* xi, 28.
- [65] *Rom* viii, 28.
- [66] *Mich* ii, 7.
- [67] *Os* xiv, 10.
- [68] *II Cor* xii, 9.
- [69] *Ier* i, 18 s.
- [70] Cfr. *Mt* xi, 29.
- [71] *Ier* vi, 16.
- [72] *Is* xl, 4.
- [73] *Ps* xxxiii, 9.
- [74] *Mt* xi, 28.
- [75] *Ibid.* 30.
- [76] *Prov* xix, 3 [LXX].
- [77] *Ez* xviii, 25.
- [78] *Mt* xix, 29.
- [79] Según los mileranistas, después de la resurrección el Señor establecerá con los justos un reinado de mil años en este mundo, antes de introducirlos en el cielo. Durante este tiempo los justos recibirán el céntuplo de todas aquellas cosas que hubieren abandonado por seguir al Señor.
- [80] *Io* xvi, 15.
- [81] *I Cor* iii, 22.
- [82] *Prov* xvii, 6. [LXX].
- [83] Cfr. *I Thes* iv, 5.
- [84] *CASIANO* se refiere aquí a la costumbre de los antiguos, según la cual para contar expresaban los números sirviéndose de diversos gestos que harían con los dedos. Contaban hasta 90 sirviéndose de la mano izquierda, y a partir de 100 empleaban la derecha. Aunque el gesto fuera el mismo en ambas manos, sin embargo, el que en la izquierda tenía, por ejemplo, el valor de 10, en la derecha se centuplicaba. Cfr. Beda Venerabilis, *De computo vel loquela per gestum digitorum*.
- [85] *Mc* x, 29 s.
- [86] Cfr. *Mt* vxx, 2.
- [87] *Prov* xiv, 23 [LXX].
- [88] *Mt* xi, 12.
- [89] *Prov* xvi, 26. [LXX].
- [90] *Is* lviii, 3.
- [91] *Ibid.* 13.
- [92] *Ibid.* 14.
- [93] *Io* vi, 38.
- [94] *Mt* xxvi, 39.
- [95] Lo que dice *CASIANO* sobre este abad concuerda con el encomio que de él hace el Martirologio Romano, el 27 de marzo: «Varón insigne por su santidad; entre otras virtudes brilló por su espíritu profético, prediciendo al emperador Teodosio sus victorias contra los tiranos Máximo y Eugenio».
- [96] Cfr. *Lc* xii, 49.

JUAN CASIANO, teólogo y uno de los fundadores del monaquismo occidental, nació hacia el año 365 en la Escitia menor. Siendo aún muy joven, marchó a Belén y comenzó la vida monástica. Hacia el año 400 se retiró a Constantinopla, y allí Juan Crisóstomo le ordenó diácono. Vivió durante diez años en Roma, donde se ordenó sacerdote, y más tarde fue a Marsella, donde fundó dos monasterios. Murió hacia el año 435.

Sus obras han ejercido una honda influencia en el pensamiento cristiano y en la formación de los grandes santos de la Iglesia.



www.traditio-op.org

(Colación de San Antonio Abad y San Pablo Primer Ermitaño, Fra Angelico, Museos Vaticanos).